

JOAQUÍN LEGUINA
RUBÉN BUREN

OS SALVARÉ LA VIDA



«Se puede morir por las ideas, pero nunca matar por ellas».

Os salvaré la vida es una sólida y emocionante novela que recrea la vida de Melchor Rodríguez, personaje histórico y singular absolutamente apasionante con un papel infravalorado hasta ahora durante la Guerra Civil y en la trayectoria del anarcosindicalismo español. El Ángel Rojo, como es conocido, defendió a ultranza siempre, aun a riesgo de su propia vida, todo aquello en lo que creía y puso fin a las lamentables sacas producidas a principios de la guerra, sacas que se cobraron la vida de miles de españoles. Director de Prisiones, evitó vejaciones en las cárceles y ejecuciones irregulares y arbitrarias. Tras la guerra, fue detenido y juzgado. En uno de los consejos de guerra al que fue sometido, en una escena casi de película, solo el testimonio del general del bando nacional Muñoz Grandes y miles de firmas de personas a las que había salvado, de todo sesgo político, evitaron que lo condenaran a pena de muerte.

El relato de la figura de Melchor, ficcionalizado aunque apoyado siempre en testimonios históricos, permite a los autores de la novela mostrar una parte de la historia de España; primero, centrándose en el microcosmos del palacio de Viana, donde conviven refugiados de toda índole y tendencia, los verdaderos protagonistas, y entre ellos, de forma destacada, la joven comunista Juana, herida en las calles y recogida por Melchor durante las revueltas entre cenetistas y socialistas contra los comunistas que siguen al golpe de Estado de Casado contra Negrín en las postrimerías de la guerra. A esta parte le siguen las dos restantes, en las que se ponen de manifiesto las luchas encarnizadas y también la vida personal y familiar de Melchor, a través de su hija Amapola.



Joaquín Leguina y Rubén Buren

Os salvaré la vida

ePub r1.0

Titivillus 01.04.2018

Cubierta: Melchor Rodríguez con su mujer Paca,
convaleciente de un bombardeo, y su hija Amapola

Título original: *Os salvaré la vida*
Joaquín Leguina y Rubén Buren, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Esta obra resultó ganadora del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio 2017, convocado por Caja Castilla La Mancha y Espasa, Grupo Planeta, y fallado por un jurado compuesto por Soledad Puértolas como presidenta, Almudena de Arteaga, Javier Moro, Javier Negrete y Ana Rosa Semprún.

A Amapola, por todo lo que no nos quiso contar.

A Petón, por ser el pegamento de esta novela.

*A Fátima, por esa mezcla de cordura
y belleza que tanto necesitamos.*

*Se puede morir por las ideas,
pero nunca matar por ellas.*

MELCHOR RODRÍGUEZ

*Negras tormentas agitan los aires, nubes oscuras nos impiden ver,
aunque nos espere el dolor y la muerte, contra el enemigo nos manda el
deber.*

El bien más preciado es la libertad, hay que defenderla con fe y con valor.

Alta la bandera revolucionaria, que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.

¡En pie, pueblo obrero, a la batalla!

¡Hay que derrocar a la reacción!

¡A las barricadas! ¡A las barricadas, por el triunfo de la Confederación!

¡A las barricadas! ¡A las barricadas, por el triunfo de la Confederación!

LA VARSOVIANA (HIMNO ANARQUISTA)

Su nombre de Rey Mago, yo considero

que en premio a sus virtudes le fue otorgado.

*Yo le tuve, en prisiones, por compañero, que a presumir de jefe nunca fue
dado.*

*Con los brazos abiertos —gesto sereno— a la muerte se opuso del
confinado;*

*Y por abrir los brazos, como el Cordero, por los suyos se ha visto
crucificado.*

*Isla de amor, en medio de un mar de saña, la flor de un homenaje le debe
España.*

Su alma destila mieles; nunca veneno.

*Y os juro, yo que el goce grande he sentido de tratar, en la vida, mucho
hombre bueno, ¡que es el hombre más bueno que he conocido!*

SONETO DE JAVIER DE BURGOS DEDICADO A MELCHOR RODRÍGUEZ (1957)

PRIMERA PARTE

LA DERROTA

AMAPOLA

El 5 de marzo de 1939, con la guerra a punto de finalizar, el coronel Segismundo Casado, apoyado por el profesor Julián Besteiro y otros socialistas, además de los anarquistas, se sublevó en Madrid contra el Gobierno que presidía Juan Negrín. Casado pretendía llegar a un acuerdo «honorable» con los franquistas y probablemente lo hacía aconsejado por los servicios secretos británicos. Se exilió en Inglaterra al acabar la guerra.

Palacio del marqués de Viana. Calle del Duque de Rivas. Madrid, marzo de 1939

—Que no entregue la casa... Como si supiera cómo funciona este chisme... ¡Con el miedo que me dan las armas!

La joven Amapola Rodríguez sujetaba temblorosa una ametralladora, una de esas grandes que ella había visto cerca de la Ciudad Universitaria. Le sudaban las manos y los dientes le repiqueteaban. Ella prefería pensar que era por el frío, no por los nervios, ni por la cercanía de la muerte.

Desde el primer piso, en lo alto de la escalera, el arma apuntaba hacia la entrada principal. La ametralladora estaba en la misma posición en la que la habían instalado los milicianos anarquistas. Nunca había pensado en la muerte en sus casi diecisiete años de vida, pero ahora que la veía tan cerca tampoco era un buen momento para pensar en ella. Tenía que hacerse la fuerte, si entraban los comunistas por aquella puerta, todo estaría perdido y ella no quería perderlo todo. Otra vez ir a visitar a su padre a la cárcel, otra vez a esconder los artículos que él escribía para los periódicos en su ropa interior.

Batista, el que había sido funcionario de la Modelo antes de la guerra, cuando ella iba de visita, le decía: «Amapolita, qué bien te veo», siempre

que salía de visitar a su padre. Ahora Batista también tenía miedo y estaba protegido asimismo por Melchor. Melchor había sido uno de sus presos y ahora era su «ángel de la guarda».

Los comunistas que apoyaban al Gobierno de Negrín eran los malos ahora, casi más que los fascistas. Bueno, lo eran desde 1937, cuando pasó en Barcelona lo de la Telefónica. Amapola sabía que su padre y los de la CNT nunca se fiaron de ellos. Desde que Ángel Pestaña y Fernando de los Ríos contaron al mundo los abusos de Lenin en la Revolución rusa, ¿para qué quería el pueblo ruso la libertad? «Libertad ¿para qué?», le llegó a decir Lenin a De los Ríos. Ángel Pestaña, un obrero anarquista, tuvo ocasión de ver lo que era de verdad aquel «paraíso» comunista. Amapola lo había oído decir mil veces cuando los Libertos se reunían: «Los bolcheviques no son buena cosa, los marxistas no creen en el hombre, ni en sus posibilidades; se olvidan del amor y del individuo, de las emociones que hacen al hombre diferente de los animales».

Amapola pensaba, sin embargo, que ella nunca había tenido enemigos y ni siquiera sabía muy bien qué era eso de la anarquía que tanto defendía su padre, pero ella se sentía anarquista, aunque, como su padre, tenía amigos de todos los colores... Estaba muy cansada, temblorosa y con ganas de que todo aquel mal sueño terminase. Tres años de su vida viendo morir a gente era mucho tiempo para una adolescente, pero allí estaba, sujetando la ametralladora.

—No te preocupes, niña, que no nos va a pasar nada —dijo la Abuelita, intentando mostrar una tranquilidad que no tenía y observando desde la ventana cualquier movimiento en la calle.

La llamaban la Abuelita, pero no era abuela de nadie, aunque sí era la mujer más vieja de cuantos estaban en aquel palacete. A veces se levantaba el parche de cuero negro que tenía en el ojo izquierdo. Tenía esa costumbre: levantarse el parche cuando las cosas se ponían feas. Una costumbre que hacía reír a Amapola.

Se oían tiros y explosiones cerca, demasiado cerca. Gente que corría de un lado a otro, gritos y muertos, muertos aún calientes, mirando al cielo con esa impersonal mirada de los muertos.

La radio había vuelto a funcionar. Hablaba Besteiro:

Por la ausencia y, más aún, por la renuncia del presidente de la República, ésta se encuentra decapitada... El Gobierno del señor Negrín carece de toda legitimidad. ¿Quiere esto decir que en el territorio de la República existe un estado de desorden? No. El Gobierno del señor Negrín no está investido de legalidad, pero el Ejército republicano aún existe y es la autoridad indiscutible. Aquí, en mi entorno, y en este locutorio, se halla una representación de Izquierda Republicana, otra del Partido Socialista, otra de la Unión General de Trabajadores y otra del Movimiento Libertario. Todos, junto conmigo, estamos dispuestos a prestar al poder legítimo del Ejército republicano la asistencia necesaria en esta hora difícil. Yo os pido que en este momento grave asistáis al poder legítimo de la República, que no es otro que el poder militar. Para eso se ha creado el Consejo Nacional de Defensa, que preside el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro.

El viejo socialista enarbola esa dudosa bandera mientras Negrín, al parecer, se había marchado a Francia. Y se había ido con la plana mayor de los comunistas: Pasionaria, Líster... y «todos tenían alguna que otra cuenta oculta en Suiza», eso decían los anarquistas. También que «el doctor Negrín se había llevado todo el oro a Rusia».

El viejo Besteiro intentaba tranquilizar a los radioyentes para que apoyasen el Consejo de Defensa. Pero Amapola no se fiaba de los militares. Se lo había oído decir una y mil veces a su padre mientras discutía de política en casa con los compañeros del sindicato. Por otro lado, Segismundo Casado era, según su padre, un viejo zorro manejando los hilos políticos. Ella sólo se fiaba de los de la FAI y los de la CNT, y no de todos, pues algunos que se habían afiliado después del 18 de julio de 1936 eran mala hierba y andaban robando y matando.

—Cuando los militares se replanteen las órdenes antes de cumplirlas y las discutan en asamblea, entonces creeré en ellos —comentó Amapola en voz alta, imitando lo que decía su padre, Melchor—. No hay que fiarse de nadie hasta que entre papá.

Nadie se atrevía a salir de casa desde el día 5 de marzo. No había con qué calentarse. Tampoco había pan. Como le ocurría a Amapola, en aquellos últimos estertores de la República nadie se enteraba de nada, pero seguía muriendo gente... y la gente que estaba refugiada en aquel palacete del marqués de Viana, que Melchor y los suyos habían confiscado al inicio de la guerra, aquella gente tenía más miedo que nunca.

—¡Estamos *joriditos* como entren, estamos *joriditos*...! Yo no quiero tiros, no quiero tiros... —gritaba nervioso Pepe, el Joridito.

Pepe, el Joridito, tenía, tras su fusilamiento fallido, la mente de un niño

de cuatro o cinco años y le ponían nervioso los disparos. No paraba quieto y se contaba los botones de la camisa o sacaba unos cromos e intentaba ordenar las alineaciones del Athletic de Bilbao o del Barcelona. Las clasificaba por apellidos o por el color de la camiseta. Eso le relajaba, eso y mirar los colores de las cosas. A veces, por la noche, Amapola le veía quedarse mirando la luz de las farolas cuando las encendían. El brillo cadmio, amarillento, entre la neblina, le debía de recordar algo de su pueblo. Un pueblecito cercano a Madrid llamado Colmenar Viejo.

—No te preocupes, Pepe, que no te va a pasar nada, que yo estoy aquí —le calmaba Amapola.

Desde que había llegado a la casa, el Joridito era como su juguete, quizá el hermano pequeño que nunca tuvo. Nunca le gustó ser hija única, nunca. A veces su padre le enseñaba el feto que dormía en aquel frasco con formol que tenían en un armario del baño de la casa familiar, en la calle del Amparo, 25, en Lavapiés, donde ahora vivía su madre sola. El niño se iba a llamar Clavel, pero no llegó a nacer.

A Melchor le gustaban mucho las flores y por eso ponía nombres de flores a los hijos de todo el vecindario y los vecinos le traían a sus hijos recién nacidos para que les diese un nombre anarquista. Y se iban tan contentos. Pobrecitos, pensaba la niña, porque había cada nombre... Eso de Acacio, Silvestre, Campo o Liberto no iba mucho con ella. Ella prefería los nombres de toda la vida: María, Paco, Antonio o Matilde, como su amiga, pero el suyo sí le gustaba. Su padre le había puesto Amapola porque era la flor más rebelde. Él decía que las amapolas nacían solas en el campo, que nadie las plantaba y que, como nacían libres, eran las flores más libertarias de todas.

Había tenido una hermana, su hermana mayor, Violeta, otra flor, pero había muerto con dos o tres años de meningitis, cuando Amapola era aún bebé y, naturalmente, ella no se acordaba de Violeta. Muchos niños morían temprano, sobre todo los niños pobres. Amapola no tenía hermanos ni hermanas de sangre, pero hermanas tenía y de las buenas: Matilde, Margarita, Azucena... todas las vecinas de la corrala de Lavapiés y todas las muchachas de la calle del Amparo. Pero siempre se sintió hija única, aunque no se lo contaba a nadie, ¿para qué iba a hacerlo?

La Abuelita estaba atenta a la batalla que se libraba en las calles de Madrid, en una guerra doblemente fraticida, pues ésta lo era dentro del bando republicano.

—Mira, niña, ¿los nuestros cuáles son, que nunca me acuerdo? —inquirió la Abuelita espiando entre los visillos.

—Los del pañuelo blanco en el brazo... —explicaba Amapola como si lo hubiera repetido cien veces.

—¡Como si fuera tan fácil distinguirlos en plena pelea! —dijo la señora Tita, otra refugiada, que estaba intentando sintonizar la radio.

El Cura se secaba el sudor con un pañuelo blanco bordado, el pañuelo que había traído del Perú, con la Santísima Trinidad bordada por su madre. Mirando a la señora Tita junto a la radio, recordó a su madre cosiendo y cosiendo cerca de la ventana de su casa peruana, siempre sonriente, dejándose la vista con la poca luz, sentada en aquella sillita de enea. Su madre trabajaba de mucama en la casa de los señores y por las noches llegaba a casa, hacía la cena con las sobras que le hubieran dado y se sentaba cerca de aquella ventana a rezar y a coser. Era la única ventana que daba sobre el bien cuidado jardín de los señores, que no apagaban los faroles de noche.

Cuando no llovía, las mujeres del pueblo quedaban en la calle para cerrar el día charlando de sus cosas, para esto llevaban su silla a cuestas y se sentaban en corro, canturreaban bajito, hablaban de los hijos o de las borracheras de los maridos. Pero cuando caían unas gotas, su madre se quedaba en casa y él, aún niño, la observaba bajo una ligera ráfaga de luz amarilla intentando dar las puntadas con un hilo dorado.

El Cura había venido a Europa desde América y tuvo la mala suerte de estar aquí, en el territorio de los rojos, cuando el alzamiento, y no le parecía bien lo que habían hecho los obreros con las iglesias. Eso no estaba bien. El pañuelo que le había hecho su madre le reconfortaba, sabía que cuando él muriera fusilado sería lo último que soltaría de su mano. Eso pensó mientras seguía escuchando la radio, por si llegaban noticias.

Unión Radio, la única que emitía, había sido tomada por los comunistas desde hacía unas horas y las pocas noticias que se filtraban no eran muy halagadoras para el Consejo Nacional de Defensa del coronel Casado. La

radio hablaba de la victoria en todos los frentes y de cómo «habían aplastado y fusilado a los traidores a la República»: «¡Lucha a muerte contra el Consejo de Defensa del coronel Casado!».

—Pues el pañuelo blanco del brazo es la única manera de distinguirlos, si es que son todos iguales... —pensó en voz alta Amapola—. ¿No se disparará sola la ametralladora esta, Abuelita? No sé si está bien, pero ahora yo me acuerdo de San Antonio, no sé por qué, pero le estoy rezando... No se lo digas a papá.

—Tú cree y reza, niña, que de algo servirá —contestó, nerviosa, la Abuelita—. Tu papá, a pesar de sus ideas, también reza, a su manera... Además, San Antonio siempre escucha...

—Recemos todos —dijo la señora Tita—. ¡Porque como ganen los comunistas, nos entregamos y ya está, no te vas a poner a disparar el cacharro ese...!

El Cura no hacía más que rezar; sacó un rosario y cogió con la suya la mano a la señora Tita. Ella rezaba en voz baja, como si no se supiera bien las oraciones. La Abuelita sonreía y con su ojo bueno leía los labios de la señora Tita, comprobando que aquello que murmuraba no era un avemaría. El Cura, cada dos por tres, daba un golpecito a la radio a ver si daban un parte, pero el aparato tenía vida propia: lo mismo llegaba un hilo de la BBC que un poco de música o unos sonidos ininteligibles que recordaban que todo seguía sin definirse ahí fuera. Los disparos, cada vez más cercanos, rebocaban haciendo eco en las paredes del entorno.

—Todos a resistir... —decía Amapola, levantando la trampilla de la ametralladora para cerciorarse de que todo estaba en su sitio—. A los primeros que entren les voy a dar candela. No me voy a dejar coger así como así.

—No digas tonterías, niña. ¿Vas a ponerte a disparar tú? ¡Como si supieras...! —gritó el Cura.

—Coña —contestó Amapola—, no debe de ser tan difícil, apuntas y...

Sonó un disparo, seco, todos quedaron callados y congelados, como si hubieran visto un fantasma. Se tentaron el cuerpo. La bala había roto una de las esquinas de la puerta de entrada, que era de roble.

—Ni-niña —tartamudeó el Joridito—. Si pasan que pasen, si pasan que

pasen... no tiros. —Y siguió recogiendo los cromos y llevándose las manos a la cabeza y contando los botones de la camisa.

Amapola persiguió con la mirada el humo que había producido el disparo y que ya había subido hasta el techo. Era una tira grisácea, pequeña, casi como la que desprendían por última vez los cigarros de picadura que tiraba la gente con las prisas antes de bajar al metro por los bombardeos. Al disparar, la ametralladora se había movido y se dieron cuenta de que si no ponían algo entre las patas del trípode que la sujetaba, aquella arma del demonio se iría bailando por toda la casa en cuanto empezase a disparar. La Abuelita recriminó con la mirada de su único ojo la torpeza de Amapola y ayudó a colocar algo de peso entre las tres patas, unos libros y un viejo baúl. Amapola, por fin, cerró la boca y tragó saliva.

—¡Deja ya eso, niña, saca la mano de ahí que ya has visto lo que puede pasar! —pidió la Abuelita.

—Mira, ahí fuera hay dos milicianos —comentó el Cura, forcejeando con la Abuelita por encontrar un hueco en la ventana.

—¿Llevan el pañuelo del Consejo de Defensa? —preguntó la señora Tita, levantando el oído de la radio.

—No sé, no se ve muy bien —respondió el Cura.

Amapola retiró con mucho cuidado la mano de la empuñadura de la ametralladora. Sus nervios se calmaron. Dejó el arma y se fue a mover el dial.

En la radio una voz nerviosa comentaba cómo las tropas del Cuarto Ejército de Cipriano Mera habían controlado ya la zona de Chamartín, además de otros puntos estratégicos de la capital, mientras los comunistas se batían en retirada o se rendían en masa. De pronto oyó la voz de Melchor, de su padre: Condenamos con todas las fuerzas de nuestra alma el movimiento criminal y sedicioso del Partido Comunista, el más desastroso, el más cruel, el más antiespañol, el más antipatriótico que ha tenido el Frente Popular. Y a un hombre tan funesto como el doctor Negrín...

—¡Es papá, está hablando en la radio! —gritó Amapola.

La Abuelita y la señora Tita se acercaron y escucharon el discurso. Hasta Pepe, el Joridito, parecía estar más tranquilo y ya no contaba sus botones. La alocución de Melchor significaba muchas cosas y todas eran buenas para los

que estaban en aquella casa.

En la calle se oían tiros, pero cada vez más lejanos. La gente poco a poco iba saliendo a las aceras y dejaron de oírse gritos. Algunos vecinos aprovechaban aquellos momentos para escudriñar los cadáveres y quedarse con algún reloj, algún anillo, unas botas, dinero... Sin embargo, a estas alturas de la guerra los muertos sólo tenían frío, frío y alpargatas.

Amapola se acercó a la ventana y observó a los dos milicianos que guardaban la entrada y que se daban golpes en las manos y en los brazos para entrar en calor.

—Míralos, se están muriendo de frío, Abuelita. ¿Y si les damos un café de malta?

—Déjate de cafés, que no sabemos quiénes son... —dijo el Cura.

—No sé —seguía preocupándose Amapola—. No puedo verlos ahí, muriéndose de frío.

—¿Y si son comunistas? —aventuró en alto la señora Tita.

—Pues si son comunistas... eso no les hace menos personas, ¿no? ¡Si son dos críos! —exclamó la Abuelita, acercándose al hueco entre las cortinas.

—Abuelita, anda... haz dos cafés y échales leche condensada. —Amapola puso esos ojitos tiernos que tan bien le funcionaban y la Abuelita entró en la despensa—. Oye —dijo Amapola a los de fuera, entreabriendo ligeramente la ventana—. Sí, vosotros, ¿queréis café?

—Sí, señorita, hace mucho frío, si fuera usted tan amable... —pidió uno de los milicianos.

—¿Sois comunistas?

—No, señorita, somos anarquistas, de las Juventudes. Mire. —Amapola por fin vio el pañuelo en el brazo.

—¿Queréis café entonces? —sonrió ella.

—Claro, por favor, señorita, es usted muy amable, mucho —contestó el miliciano.

—Entra..., pero chitón.

Los dos milicianos sonrieron y uno de ellos, Josito, el que había hablado con Amapola, llamó a la puerta principal, a la que apuntaba la ametralladora. La señora Tita le abrió y no paró de mirarle como si el chico fuera un ladrón. «Niña, que no es buena idea», dijo entre dientes el Cura. La

señora Tita le hizo una señal para que se callase. Así nadie sospecharía que era cura. Porque ella siempre le decía que a los curas se les nota de lejos que lo son. Que tienen, además, olor a cura.

—Hola, señorita, no sabe usted el frío que hace... ¿Han oído la radio? ¿Saben cómo va la cosa? —quiso saber el miliciano, quitándose la gorra.

—Vamos ganando —respondió Amapola.

—¿Quiénes? —preguntó el miliciano.

—Nosotros, los fieles al Consejo de Defensa... Os están preparando el café para que os calentéis.

—Vaya días, ¿eh? Están matando a mucha gente. Es usted la hija de Melchor Rodríguez, ¿no?

—No sé, ¿qué Melchor? —contestó Amapolita, tensa.

—Nos dijeron que teníamos que cuidar este portal por si entraban los comunistas.

La Abuelita traía la bandeja con los dos vasos pero, antes de entrar, observó unos instantes al miliciano con su ojo bueno. Ella no había matado una mosca en la vida, pero a su niña, a su Amapola, no la tocaba nadie, que la quería como a una hija. El Joridito, Pepe, se acercó a por uno de los vasos, pensando que eran para él, como a veces por la tarde la Abuelita le daba un café con una galleta o un trozo de pan. Pero no, la señora Tita se lo llevó con el Cura a la mesita de la radio para que contara sus cromos y él miró de soslayo los cafés con mucha envidia. Al cabo, la anciana entró en el salón con los dos cafés de malta.

—Con mucha leche, miliciano, leche condensada... esto no se ve todos los días, ¿eh? —Y la Abuelita guiñó su único ojo.

—Muchas gracias, no sabe cuánto se lo agradezco. —El miliciano cogió los vasos y metió la nariz casi hasta dentro para oler la malta, o la achicoria, que olía como un campo de rosas. Ni resto de café, pero era mejor llamarlo café, que así parecía.

—¿Ha estado en los combates? —le preguntó la señora Tita.

—Bueno. —El miliciano se puso serio, como si de la guerra no se pudiera hablar con cara de niño—. Yo estuve en Cibeles y fue una carnicería, pero los hemos parado. Yo no entiendo muy bien la cosa, pero vamos ganando... Bueno, ahora les subo los vasos. Gracias, muchas gracias. Gracias, señorita,

es usted un ángel.

El miliciano se quedó mirando a Amapola unos segundos y bajó la escalera. Amapola también pensó que esa mirada había durado más de lo que debía durar...

La Abuelita frunció el ceño y masculló:

—¿Has visto cómo te miraba?

—Estos milicianos no tienen respeto por nada —apuntó el Cura.

—¿Cuándo viene tu padre? —preguntó la señora Tita.

—Ya vendrá, ya vendrá... —dijo la Abuelita.

—Nos van a fusilar a todos, *ijoriditos* que estamos!

—¡Pepe, déjate de fusilamientos! —le recriminó la Abuelita.

—¿Has visto? Estos milicianos no saben ya ni para quién luchan. No me extraña, aquí nadie sabe ya lo que hace —dijo el Cura, volviendo a dar golpecitos a la radio.

La señora Tita fumaba unos cigarrillos franceses muy chic, de esos que salían en las películas, y los colocaba en una larga boquilla negra, pero casi no le quedaban ya. Así sentía que no había perdido su elegancia y que todavía la guerra no le había arrancado el glamour que un día tuvo. A decir verdad, ahora la mayoría de sus pitillos no eran cigarrillos franceses, eran restos de picadura que le traían los niños trapicheros del barrio. Pero ella los cuidaba mucho, los prensaba bien y los hacía rodar por la mesa hasta que quedaban perfectos.

Empezaron a aparecer en el salón los otros habitantes de la casa. Algunos se habían refugiado en el sótano y comenzaban a subir. Otros habían estado en sus habitaciones temiendo lo peor y no habían querido salir de allí. Juan, el marido de la Abuelita, parecía el más tranquilo, como si hubiera dormido una siesta y fuera a vaciar el orinal; de hecho, así lo hizo. Preguntó si todo había terminado ya y miró por la ventana. La Abuelita le dijo que no hiciera rabiar a Pepe, el Joridito, que hoy no le dijera eso de que el Valencia era el mejor equipo, que a Pepe no le sentaba bien y se ponía tan nervioso que empezaba a recitar la alineación del Atlético de Madrid de carrerilla. Pero Juan lo hizo nada más llegar a la ventana, en cuanto la

Abuelita bajó a la planta de abajo. Le dijo que el Valencia era el mejor y Pepe se puso nervioso y le recitó la alineación entera: Pacheco, Mesa, Valcárcel, Ipiña, Gabilondo... y Juan se rio mucho y miraba hacia la puerta del salón por si entraba su mujer, no fuera a pillarle. Juan era un tipo, de profesión «simpático», que se tomaba todo con humor, y, sin embargo, le habían intentado dar *el paseo* unos desalmados vestidos de anarquistas.

—Ahí está Melchor, con el chico —anunció el Joridito. Todos se acercaron a la ventana.

—Parece que trae a una mujer —dijo el Cura.

—Lo que faltaba... —soltó la señora Tita, exhalando la penúltima calada de su cigarrillo.

Melchor traía a una chica que parecía herida. Los milicianos de la puerta se pusieron rectos, marciales, escondieron los vasos de café y le ayudaron con la muchacha. Melchor parecía nervioso y agotado. Amapola pensó que con su padre aquí ya no tendría que volver a empuñar la ametralladora y suspiró porque todo hubiera terminado bien, por seguir viva, y se le pasó de pronto el miedo a la muerte. Todos bajaron a recibirla a la planta principal. Amapola se lanzó a sus brazos y Melchor la besó en la frente. La muchacha sabía que su padre tenía un ángel de la guarda. Ella no debía creer en esas cosas, pero creía, aunque no podía decirlo, que algún santo, o el mismísimo Bakunin, lo protegía y por eso no iba a morir nunca.

Melchor le dijo a la Abuelita que llevase a la chica que traía consigo a la cama grande y que preparase agua caliente y paños. La muchacha traía la cabeza vendada y la ropa llena de polvo y de sangre. La Abuelita acarició a la joven y le dijo algunas frases bonitas mientras se la llevaba a la habitación de la cama grande. Allí organizó todo con Juan y con Saturnino, el hermano de Pepe, el Joridito, y de Ramón. A la Abuelita se la oía mandar a unos y a otros a por vendas y tijeras mientras desnudaba a la muchacha y limpiaba la tierra de sus heridas con una esponja.

—¿Qué tal todos? Amapolita, te dije que no abrieses la puerta, ya sabes que me tienes que obedecer...

—Pero si no he abierto la... —Josito, el miliciano, bajó la cabeza y

Amapola le torció el gesto, recriminándole.

—Sólo nos dio café, ya se lo he dicho. —El miliciano intentó defender a la niña.

—Amapola, que eres lo que más quiero en este mundo, si te cogieran... Ya sabes que hay muchos que quieren darme un *paseo*. Ve dentro con la Abuelita y ayuda a la muchacha.

Melchor trajo de la cocina una jarra de agua con un par de vasos y se sirvió dos o tres veces. Luego suspiró, como si hubiera recuperado el espíritu.

El Cura se ofreció para ir a la habitación de la cama grande, pues si la muchacha estaba grave, podría requerir de sus servicios. Melchor sonrió y le dijo que se dejase de tonterías, que esa chica era comunista y que seguro que no iba a necesitar los servicios de un cura. Que si entraba y le soltaba uno de sus sermones, seguro que empeoraba y le subía la fiebre, que ayudase a la Abuelita con los paños. El Cura pensó en rezar por ella, pero decidió no gastar una de sus plegarias por el alma de una comunista.

Llegó Ramón, el chófer de Melchor. Había venido corriendo. Traía las llaves del Ford en la mano y se alegró mucho de ver a todos vivos. No parecía creérselo del todo, así que buscó a sus dos hermanos, Pepe, el Joridito, y Saturnino, para ver cómo se encontraban.

Melchor y Ramón se habían librado de la muerte una vez más. A Melchor, a Ramón y a Batista los habían cogido los comunistas mientras hacían de enlace con las tropas de Cipriano Mera, pero habían tenido suerte. Melchor había dado la cara por Ramón y Batista cuando le quisieron liberar a él, pues uno lo conocía. Les dijo que o salían los tres o iban a tener que fusilarle allí mismo.

—Tenías que haber estado aquí, Ramón —protestó Melchor—. Mira cómo están en la casa, están muertos de miedo... Te dije que no dejaras a Amapola sola por si entraban... ¡Es que ninguno vais a hacer lo que os digo! —se enfadó.

—Melchor, en el ayuntamiento no hay dios que se aclare —se justificó Ramón mientras abrazaba a Melchor con distancia—. Me han dicho que los de Negrín se llevaron a todos al cuartel de Chamartín. ¡Coño, Melchor, que tú no sabes cómo estaba aquello! —se defendió.

—Nos iban a fusilar por la mañana —dijo Melchor, dirigiéndose a Amapola—, pero un tipo me conocía de antes, de cuando las huelgas, un capitán comunista...

—¿Quién? —preguntó Amapolita.

—No sé, uno, no ha querido darme el nombre. Sólo ha dicho: «Hala, pa fuera, porque eres Melchor Rodríguez y admiro todo lo que has hecho en esta maldita guerra».

—Hizo bien en no decirte el nombre —reflexionó en voz alta Ramón—. Tal y como están las cosas, cuanto menos se sepa quién eres mejor.

Amapola pensó que había gente buena en todos lados. ¿Los comunistas eran tan malos? ¿Entonces, la muchacha herida que había traído su padre?

Melchor intentó explicar a la gente de la casa la situación, pero ¿cómo se podía entender un golpe de Estado contra el Gobierno de Negrín mientras los franquistas seguían a las puertas de Madrid?

Melchor dijo haber oído a un anarquista, unas semanas atrás, que, cuando Negrín y los comunistas iban ya a relevar a todos los mandos militares para colocar a sus comisarios políticos, había saltado la chispa. Casado, los socialistas y los anarquistas habían dado un golpe de Estado contra el moribundo Gobierno para intentar detener la maldita guerra y conseguir una paz honrosa. Pero lo que podría haber sido un cambio de Gobierno sin más se convirtió en una verdadera guerra civil dentro del campo republicano, con miles de muertos.

Melchor pensaba en voz alta mientras escribía rápidamente un discurso para la radio que le habían encargado los compañeros del sindicato para explicar lo que estaba sucediendo en Madrid. Él sabía que sus discursos eran pacificadores y que a la gente de la capital le gustaba oír lo que él decía, que siempre tenía tino, destreza con las palabras y acierto con el tono. Además, a los madrileños les gustaba ese gracejo andaluz que tenía su acento. Por el teléfono daba gritos a algunos compañeros que sólo querían fusilar a todo el mundo. Muchos no deseaban más que matar y matar, pero él quería que la cosa se calmase. Salvar la vida de todos los comunistas que se pudiera, en la cárcel o donde fuera.

En la casa todo se fue calmando poco a poco. La Abuelita dejó de dar órdenes y se relajó. La tormenta había pasado y las noticias que provenían

de la «cama grande» sobre la salud de la muchacha que había traído Melchor eran tranquilizadoras.

—¿Es cierto eso que dicen? —preguntó la señora Tita—. ¿Que en el PCE tenían almacenes llenos de comida?

—Son peor que la peste —espetó el Cura.

—Hasta tanques escondidos —afirmó Ramón, el chófer.

Melchor pensaba que eran unos cabrones, pero no quería decirlo en voz alta más veces, y la señora Tita soltó airada que había que machacarlos como a cucarachas.

—Aquí no se va a machacar a nadie —replicó Melchor, interrumpiendo a la señora Tita y al Cura, que calentaban el ambiente—. Y si tuviéramos que machacar a alguien, tendría que ser a los fascistas. Además, lo de la comida acumulada por los comunistas está por ver. También dicen que los de la FAI andamos de fiesta en fiesta.

Al Cura le ponía enfermo esa manera que tenía Melchor de ser bueno y comprensivo hasta con sus enemigos. Quizá porque aquella actitud mostraba lo mezquino que se sentía él mismo y lo poco que podía controlar su odio.

Ramón estaba muy nervioso. Se tocaba la mano para intentar detener el temblequeo. Esa noche no pensó en que volvería a ver a su hija Amapola. Sí, había puesto también el nombre de Amapola a su hija en honor a la niña de Melchor. Él era falangista, aunque nunca se lo confesó a Melchor hasta después de la guerra, le había salvado la vida a él, a sus hermanos y a su mujer. Si el anarquismo era ser como Melchor, todos los hombres deberían ser anarquistas, pero Ramón había visto demasiadas veces que no todos eran así.

La señora Tita encendió una vez más el cigarrillo y dio unas caladas. Luego lo apagó con sumo cuidado. La tercera encendida era la mejor, porque no tenía que preocuparse si quedaba mucho por consumir y las caladas podían ser más largas y profundas.

Melchor le dijo a Ramón que tenían que volver al ayuntamiento. Le preguntó si el Ford seguía entero. Ese coche parecía que también tenía un ángel de la guarda. Por más bombas, tiros, explosiones y pinchazos que la guerra le enviase, siempre seguía entero. Ramón miró a Melchor: «Ese

coche...», dijo sonriendo.

Josito, el miliciano, volvió a preguntar a Melchor qué debía hacer él. El anarquista le dio una colleja cariñosa y le miró a los ojos.

—Niño, si yo digo que no entre nadie, es nadie, ¿te queda claro?

—Si no ha entrado nadie...

—Ni tú, coño; si tú estás dentro, ¿quién vigila fuera? Que esto no ha acabado... ¡Y coge el fusil!

JUANA

Se despertó en la cama grande sin saber dónde estaba. No recordaba haber dormido, no recordaba aquellos muebles caros, no recordaba la noche anterior. Le dolía la cabeza. Se levantó con dificultad, se sentó ante el tocador y se miró al espejo. Había un cepillo, unos cofrecitos con maquillaje y lápices de ojos. Se vio la venda que tenía en la cabeza, la palpó con las yemas de los dedos y se la quitó poco a poco. Sólo era una herida superficial, algo aparatoso, pero superficial. Lo que sí le dolía era la pierna derecha, como si tuviera un clavo metido dentro del fémur. De allí le habían sacado un trozo de metralla. Empezó a recordar las bombas y los olores. Y a Olvido, su compañera. Claro, ahora le venían las imágenes, había estado arrastrando a Olvido un montón de metros después de que cayeran las bombas hasta que le pitaron los oídos. Luego no recordaba nada más, pero sí el rostro de su amiga ensangrentado, con la mirada fría, seca, perdida. Abrió la contraventana y se dejó acariciar por el sol. No era un sol de verano, pues hacía un frío que cortaba los huesos. Pero era luz y la luz era vida. Cojeando, consiguió llegar hasta el pasillo. Amapola se sorprendió al verla, le sonrió y llamó a gritos a la Abuelita. Juana le dijo que quería sentarse, pues estaba un poco mareada, y Amapola la llevó al salón, a la mesita de la radio.

—No sé cuántos días has estado durmiendo, con sudores... —le dijo Amapola.

—¿Hemos perdido?

—Bueno, creo que aquí ha perdido todo el mundo... «La semana del duro», la llaman, como las rebajas de los almacenes. Vamos, que le hemos dejado Madrid a los fascistas a precio de saldo, a duro, regalado.

La chica se refería a los Almacenes Rodríguez, que estaban en la Gran

Vía: «Artículos de primera a cinco pesetas, un duro». En plena Gran Vía madrileña vendían sus telas, alfombras y lanería con grandes ofertas, como si no hubiese guerra.

A Amapola le gustaba mucho coser desde que había estado en Barcelona al principio de la guerra, en el treinta y seis, cuando su padre la envió a Cataluña. Aprendió a coser allí, con la mujer de uno de los obreros de una fábrica colectivizada, que la trató como a una hija. Y se le daba bien. De hecho, desde aquellas semanas hacía ganchillo y tomaba las medidas de hombros de la Abuelita y del «abuelo» Juan para hacerles jerséis. Le relajaba, era como sumergirse en un mundo perfecto. Un mundo de puntadas y medidas exactas donde todo encajaba a la perfección. Nada que ver con la vida real donde las puntadas nunca encajan.

—¿Y mis compañeros? —siguió preguntando Juana.

—No sé. Hay muchas mujeres de las JSU^[1] que están ahora en la cárcel de Ventas y dicen que ha habido muchos muertos, más de mil, dicen... no sé...

—Esto es el final, ¿no?

—Quizá, pero lleva siendo el final ya tanto tiempo que ya...

La Abuelita siempre colgaba trapos en su cintura y a todas horas andaba haciendo cosas en la casa ocupada por los Libertos. La verdad es que sin ella hubiera sido imposible mantener aquello en orden, con tanta gente escondida y hacinada por todos lados. Como había sido guardesa, sabía muy bien cómo organizar las cosas. La Abuelita entró, sonrió y le puso la mejilla en la frente. Juana se sintió bien, como si volviera a estar con su madre. La Abuelita se detuvo unos instantes, midiendo mentalmente la temperatura, y sonrió de nuevo.

—¡Ay, Juana, Juana, vaya días...! Vaya susto que nos diste... ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien, gracias, ya me ha dicho Amapola que...

—Tómate esto, te vendrá bien, que todavía no estás para paseos... —

Esas infusiones que hacía la Abuelita levantaban a cualquiera, aunque supieran a rayos.

—Me lo ha pedido ella, que quería salir de la cama y caminar un poco —dijo Amapola.

—Sí, se lo he pedido yo. Gracias —respondió Juana, intentando medir la fuerza de sus brazos para coger el tazón y beber un poco—. Os habéis portado muy bien para no conocerme, eso no lo hace cualquiera.

La Abuelita le volvió a testar la frente, esta vez con el dorso de la mano, y se fue canturreando. La madre de Juana también cantaba, siempre cantaba. Aunque hacía mucho que su madre había dejado de existir, podía recordarla y hacer que su madre volviera a cantar. Los recuerdos son así, siempre están vivos, y cantar es lo mejor que puede hacer una madre mientras cocina.

—Dice mi padre que no te deje salir todavía —explicó Amapola—. Que anda todo alborotado. Los comunistas ahora tenéis que esconderos, que todo el mundo os odia. Las bombas huelen igual que las lechugas podridas —sonrió.

Matilde, la amiga de Amapola, siempre decía cosas ocurrientes, como esa de las lechugas. Por ejemplo, que al vecino de arriba le tocaba la lotería todas las noches porque, con las violinas que se agarra, acertar con su puerta y con la llave en la cerradura era cuestión de suerte.

Juana pensaba en sus compañeros y compañeras comunistas, en Olvido, en lo mucho que la quería y en todo lo que habían pasado juntas. Pensaban que acabarían la guerra juntas, a lo mejor no vencerían, pero fantaseaban con ir a Rusia con los camaradas. Vivir la experiencia en directo de los campos trabajados por el pueblo. Conocer a Stalin en persona, en uno de esos mítimes tan multitudinarios.

Abajo, en la planta principal, entró Celedonio. Amapola se puso muy contenta y bajó a darle un abrazo. Celedonio, el mejor amigo de su padre, era un hombre afable y alegre casi siempre, pero últimamente tenía el gesto un poco torcido.

—Hola, Cele, papá no está —saludó sonriendo la chica.

—Ya, por eso vengo.

Celedonio se sentó en el escritorio que había en el salón y empezó a releer unos papeles que había sobre la mesa al tiempo que tomaba notas en

una libreta y rebuscaba en los cajones.

Juana, ya sentada en la cama grande, intentaba que todo parase de dar vueltas. Recordó a Melchor, aquel tipo que le había separado de la mano de Olvido cuando le pitaban los oídos tras el bombardeo. Aquel hombre a quien todos conocían por la calle. Aquel samaritano alto y fuerte que la había cogido casi en brazos arrastrándola por medio Madrid para ponerla a salvo en aquella casa de ricos. Allí vivía gente burguesa, había tocadores con maquillaje francés y peines caros. Era un anarquista muy conocido del que todos decían que era de la quinta columna, que ayudaba a los fascistas y que se ponía hasta arriba de carne de cordero lechal. Melchor.

—¿Por qué me salvó Melchor?... Pero ¿no es de la quinta columna? —preguntó Juana.

—Todos los que no seguimos a Stalin somos de la quinta columna —comentó Celedonio, que estaba rebuscando en los papeles revueltos que descansaban sobre la mesa y soltó una gran carcajada.

—¿Mi padre de la quinta columna? —rio Amapola, mirando a Celedonio—. ¡Tú estás loca! ¡Pero si mi padre es de los anarquistas de toda la vida! Ha estado más tiempo en la cárcel que fuera de ella. En todas las cárceles: con el rey, con Primo de Rivera, con la República... El Decano le llamaban en la Modelo, ¿verdad, Cele? —Celedonio asintió—. Si tiene hasta su celda. Cuando entraba, antes de la guerra, Batista, el funcionario de la Modelo, el que ahora es su secretario, le decía: «Hala, Melchor, ya tienes preparada tu celda»... ¿Fascista? ¿Mi padre?... ¡Qué cosas dice la gente!

—Si fuéramos como esos cabrones de la quinta columna, no estaríamos así como estamos —apuntó Celedonio—. Niña, tu padre me ha pedido que me des lo de las listas, que las tiene en el mueble, pero...

—Sí, aquí... —Amapola abrió un buró con una pequeña llavecita que tenía colgada al cuello—. Juana, mi padre dice que los presos tienen derechos, que él lo sabe bien, aunque mucha gente no lo entiende. Él dice que ya no quedan idealistas.

—A casi todos los de la FAI de verdad los mataron en el treinta y seis, pero ahora... —murmuraba Celedonio mientras repasaba unas carpetas

buscando la que contenía el encargo—. Pero hace rato que cualquiera se pone una boina y va pegando tiros en nombre de la revolución.

—Quedamos muchos de los de antes —aseguró Juana, seria, mirando a los ojos de Celedonio.

—Claro, y quedaremos... y quedaremos. —Celedonio sonrió y siguió buscando entre los papeles.

—Ya, muchos, los de ahora no son iguales, yo lo veo —señaló Amapola, jugando con la llavecita—. Oye, ¿eso que dicen... que vosotros teníais los parapetos hechos con sacos de legumbres y patatas, y hasta queso y mermelada?

—¿Eso dicen?

—Dicen muchas cosas de los comunistas...

—Ya, que nos atiborramos de comida mientras vosotros os morís de hambre y que tenemos cuernos y rabo... Pues si supieras lo que se cuenta de tu padre y los suyos —replicó Juana.

—¡Bah! Yo no entiendo de política... —Amapola se guardó el colgante con la llavecita dentro de la camiseta interior, como veía que Celedonio no terminaba de encontrar lo que buscaba—. Aquí hay de todo en esta casa, gente de todos los colores. Sólo faltaba una comunista y mira por dónde... Al Joridito y a su hermano Saturnino los salvó mi padre en una cuneta, donde los habían mal fusilado durante un *paseo*... Como su otro hermano, Ramón, el chófer de mi padre, era de derechas, creo... Al Cura, que era cura, que eso ya es malo de por sí, lo salvó porque se lo encontró vagando por la calle, desorientado, el día que mataron a varios seminaristas, compañeros tuyos, en el bosque de la Ciudad Universitaria, y la modista, la señora Tita, lo único que había hecho era ropa para los ricos y por eso la llevaron a la checa de Fomento... y toda la gente que pasa por aquí, que esto es como un hotel...

—Los fascistas no preguntan, fusilan a todos y ya está —dijo Juana cortante.

—Por eso nosotros no tenemos que hacerlo —apuntó, como de memoria, Celedonio—. Que no tenemos que ser igual que los fascistas, que ellos pueden ser unos salvajes, pero nosotros somos anarquistas y tenemos principios y moral, y que...

—Pues estos días también han fusilado a unos cuantos... —comentó

Juana.

—¿Quiénes? —preguntó Amapola.

—Los de la moral y los principios.

Celedonio sonrió y siguió con sus papeles, pensando en la locura de Melchor y la jaula de grillos que era aquella casa donde no se podía hablar de política porque no había dos iguales. Pero que ellos, los Libertos, tenían razón, eso lo daba por supuesto.

Juana pensaba que esos anarquistas eran lo peor de la República, que por ellos se había ido perdiendo todo. Que no se puede hacer la guerra con gente que no sabe delegar, que quiere opinar de todo individualmente. Que si les hubieran dejado hacer desde el principio a ellos, a los de las JSU y el PCE, todo habría sido más fácil y hubieran controlado todo mejor. Las colectivizaciones ácratas no tenían ningún futuro, era mejor obedecer a un mando único: al partido, y dejarse de pequeños grupos armados, sin adiestramiento ni jerarquía. Porque cuando todo fracasara: ahí estaría el partido; cuando no tuvieran nada: ahí estaría el partido; cuando estuviesen a punto de perder la moral en la batalla: ahí estaría el partido; cuando no hubiese moral y tuvieras que dar tu vida por la causa: ahí estaría el partido. Muchos de las JSU habían aprendido aquel poema y lo repetían una y otra vez. Por primera vez, Juana se paró a pensar en el partido, nunca se había atrevido a criticarlo ni en pensamientos.

Amapola, por el contrario, pensaba en lo fácil que era la vida en esa casa llena de gente de diferentes ideas. Tenía la extraña sensación de que nadie realmente sabía sobre qué estaba hablando y que la guerra la hacía un montón de personas que no se habían parado a charlar en un café y a poner algo en común.

Por fin Celedonio encontró lo que estaba buscando y le hizo una señal a Amapola para que le cerrase de nuevo el mueble con la llavecita. Antes de despedirse suspiró por lo guapa y alta que estaba la muchacha.

—¡Cómo has crecido, ya eres toda una mujer! —se despidió.

Para Amapola, él era como un tío, algo más incluso, como un segundo padre, y cuando él, como ahora, la abrazaba, se entregaba para ser

espachurrada como una marioneta y sentir la fuerza de un hombre que la quería y estaba curtido en mil batallas sindicales. Los rasgos marcados y las manos ásperas por el trabajo.

Se escondió tras los visillos de la ventana para ver cómo Celedonio se alejaba. Juana quiso encender la radio pero no tenía casi fuerzas, así que se concentró en el suelo, que parecía no parar de dar vueltas en su cabeza. Amapola se acercó a la mesita de la radio y suspiró.

Con el abrazo cariñoso entre la muchacha y el viejo anarquista, Juana recordó lo entrañables que eran los abrazos. Pensó en Manuel, su Manuel, que cayó en el Ebro, y en cómo la quería y la abrazaba cuando estaba de permiso, en aquella pensión que olía siempre a lejía y donde se oían llantos, pero también gritos de amor. En el Ebro se sufrió mucho, más que en ningún lado. Toda Europa se quedó asombrada por la ofensiva republicana sin armas. Negrín siempre lo decía. Pero los franceses dejaron todo el material en la frontera en plena ofensiva fascista y eso fue el final. Manuel no murió como un héroe. Nadie moría como un héroe en aquella guerra de frío, de zapatos rotos y barba escarchada. Los pobres no mueren como héroes, siempre se lo repetía ante el espejo, cuando se abrazaban antes de marchar. Por eso no es tan malo morir. Morir para hacer un mundo mejor para nuestros hijos. Manuel no pudo hacerle un hijo, casi no les dio tiempo a compartir las noches y no llegó a fructificar. Él no tenía vitaminas, ni energías, y llegaba demasiado cansado y con ganas de abrazos y caricias, de miradas y pausa. Les encantaba mirarse a los ojos, muy cerca, casi hasta donde el aliento se comparte. Los permisos eran suspiros de tiempo cadente encerrados entre el humo de los cigarrillos. Manuel no podía dormir y decía siempre que los compañeros que morían todos los días se le aparecían en pesadillas. Por la noche todo era oscuro, hasta el alma y los sueños.

—Yo no sé, esta guerra... —dijo Amapola—. Nadie entiende nada... de lo único que habla la gente en la calle es de que los fascistas tienen hornos llenos de pan.

A lo mejor era cierto y tenían los hornos llenos de pan, pensó Juana. Los alemanes les darían también harina y maíz, huevos y leche. Minaba la moral eso de que los fascistas tuvieran pan y los panes que tiraban a veces desde los aviones se clavaban en el pensamiento de manera más profunda que las

bombas.

Al inicio de la guerra, Madrid tenía un millón de habitantes, que se fueron incrementando con el notable número de evacuados de los territorios tomados en su avance por las tropas de Franco. Y la serpiente del éxodo, que se arrastraba campo a través, penetró en Madrid y al entrar en la ciudad se fueron desprendiendo los anillos de su cuerpo interminable. Cuando los sublevados llegaron en noviembre de 1936 a las puertas de la ciudad, el éxodo continuó desde los barrios periféricos hacia los barrios céntricos. Allí surgió otra ciudad dentro de la ciudad, el mundo pintoresco y dramático de «los evacuados». Los que no encontraban acomodo inmediato se refugiaban en las estaciones del metro. Un mundo de pesadilla.

Desde el primer momento, el abastecimiento había sido difícil y escaso. Hasta el mes de octubre de 1936, cuando se cortó el ferrocarril, se hubieran podido introducir en la ciudad víveres y carbón para varios meses, pero no se hizo.

Sólo quedó libre una carretera de entrada, la de Valencia. A esa dificultad se unieron las urgencias militares, los conflictos de competencias entre los múltiples organismos, la falta de camiones, el acaparamiento de productos, los fraudes, el mercado negro y la especulación, lo cual provocó un verdadero desbarajuste. Para empeorarlo todo, aquellos inviernos fueron de los peores del siglo.

Juana, la comunista, pensaba que desde el principio la Junta de Defensa de Madrid había sido un desastre. Pasaba siempre, se decía a sí misma que cuando no hay una sola voz, un solo partido, todo va mal. No entendía aquello del anarquismo con sus comités por uno y otro lado, que luego los que tenían la responsabilidad no tenían la autoridad. Al final, por unos y por otros, no llegaban los alimentos a las casas, que era lo importante.

En los primeros días de la guerra las tiendas fueron desvalijadas a cambio de unos papeles avalados por los sindicatos y los partidos. Los comerciantes respondieron, como era lógico, escondiendo el género.

La mayoría de los restaurantes de Madrid se vieron obligados a cerrar. En los que permanecieron abiertos, los milicianos tenían preferencia. Les habían repartido tarjetas que les daban derecho a comidas gratis. A cambio, ellos ayudaban a los establecimientos aportando carne y verduras que

obtenían en sus redadas por las granjas cercanas, muchas veces robando.

Luego, en el treinta y siete, con el nuevo ayuntamiento, en el que ya estaba Melchor de concejal de cementerios, se intentó la centralización del abastecimiento. Pero siguieron existiendo las cooperativas y los economatos que repartían vales a los miembros de los sindicatos, cada uno a lo suyo. Más tarde, la Junta de Defensa impuso el racionamiento. La Abuelita, junto a casi todos los madrileños, había esperado largas, interminables y eternas colas de mujeres y niños del alba al anochecer, mirando al cielo para ver si venían los aviones. Incluso se prohibió que la gente fuera a los comercios a hacer cola horas antes de que abrieran y ya no se podía hacer turnos de espera. Y, luego, cuando por fin llegaban al mostrador, se les decía que sus tarjetas no valían y se les daba unas cartillas de cupones, que pronto tampoco sirvieron de mucho porque había más cartillas falsas que verdaderas. Y las buenas, o las buenas falsificaciones, se vendían a precio de oro en el parque del Retiro o en las calles junto a la plaza Mayor.

Luego llegó aquello de «ayuda a Madrid» y entró algo de carbón y leña, poco y malo, pero calentó algo las cocinas. De Valencia venía el que llamaban «el Potosí», un único camión que traía la carga desde allí, pero que nunca llegaban a ver los vecinos de la ciudad. Sólo algunos bares que servían aquellas viandas a precios elevadísimos.

Había mitos y leyendas sobre algún matadero clandestino donde se sacrificaban animales en malas condiciones. Pero, aunque la Abuelita compró un par de veces alguna pieza, olían mal, tenían tantas moscas y tan mal color que no quería arriesgarse a que les diera un *tripichí* a los de la casa. Luego vino el asunto de la tala de árboles: se le prohibió a la población cortarlos en los parques. Aunque Juan, su marido, sabía de unos que iban a El Pardo a cortar de vez en cuando y les podía cambiar unos kilos por leche condensada de la que traía Melchor de alguna embajada.

Pero sí, los fascistas tiraban aquellos panes y unas notas amables donde se prometía traer doce mil huevos y mil litros de leche fresca de Santander en cuanto Madrid se rindiera.

Después de un largo silencio, Juana intentó levantarse.

—Déjame ir, deja que me vaya a dar una vuelta, a ver qué pasa por la ciudad...

—No, Juana, aún estás muy débil, quédate unos días y luego te vas —le pidió Amapola—. Mírate, si todavía casi no puedes tenerte en pie... Tómate los caldos de la Abuelita y espera a que la cosa se calme, que así no llegas ni a la Puerta del Sol.

—Tu padre me tenía que haber dejado allí.

—¿Qué pasó?

—No sé... yo me escapé... A todas las mujeres que fueron a los locales del partido las cogieron y las metieron en la cárcel, yo conseguí juntarme con los del Segundo Cuerpo del Ejército y tomamos el cuartel de Chamartín... Pero apenas me acuerdo, luego vinieron los aviones y ya no sé más, sólo este dolor en los oídos.

—¡Pues cuando te trajo mi padre estabas hecha un desastre! Las bombas no son buena cosa. Un día vi a una pareja que estaba besándose... Yo estaba con mi amiga Matilde y vinieron los aviones, nosotras nos metimos en un portal y cuando los novios quisieron venir a refugiarse y echaron a correr... pues... que no les dio tiempo. Sólo quedó un zapato, de él, sólo eso. Ni sangre en el suelo. Desde entonces siempre corro al metro.

En el metro madrileño, donde vivían permanentemente algunos evacuados, durante los bombardeos los andenes se llenaban de gente.

Todas las personas que se veían obligadas a convivir en las estaciones subterráneas procuraban aislarla en el trozo del andén. Se reunían por familias. Cada grupo una casa, aunque no los separara muro alguno. Cada cual dentro de los límites marcados por sus preocupaciones comunes y muchos se tapaban la cabeza para aislarla mejor. Hablaban poco y en voz baja, aunque sus bocas cerradas estaban llenas de gritos. Si, de pronto, hubiese estallado un clamor unánime de angustia y desesperación, se habrían estremecido las entrañas de la tierra.

—Ven, vamos a la cama, Juana —susurró Amapola, levantándose y agarrándola suavemente del brazo—. Es demasiado para el primer día —añadió.

—No, en serio —insistió Juana—, un rato más aquí no me va a hacer mal... ¿Funciona la radio?

Juana intentó sintonizar, pero casi no podía mantener el brazo estirado. Amapola se acercó, se arremangó y comenzó a mover el dial con su buen

pulso, pero sin suerte. Al cabo entró Josito, el miliciano, con la gorra rojinegra en la mano. Se quedó en la puerta del salón como un pasmarote sin saber si entrar o no entrar, si hablar o no hablar.

—Hola, perdón, señoritas —dijo cuando se armó de valor—, no quisiera molestar... que yo venía... pues, hombre, que ese café... el de la leche condensada, es que no paro de pensar en ella, es como si la tuviera en el bigote... Estábamos abajo Constantino, mi compañero, y yo y hemos echado a suertes a ver quién venía a pedir café y me ha tocado a mí.

—Porque tú no querías subir, ¿no? —preguntó, irónica, Amapola.

—Hombre, yo, bueno... por verla a usted, pero...

—Y ¡dale con el usted, que no somos marqueses! —Juana sonreía viendo a los adolescentes haciendo el adolescente.

—Vale, voy a decir a la Abuelita que te haga uno, pero te quedas cuidando a Juana. Y que sepas que tú todavía no tienes bigote.

—Que sí que tengo, y barba, mira... si ya me afeito...

—Ya. —Volvió a reír la niña.

Josito, el miliciano, descubrió cuál era el sitio desde el que Amapola le observaba a través de la ventana, entre las cortinas. No sabía si debía hablar con Juana o no. Por más que la observaba por el rabillo del ojo, no podía encontrar nada malo en ella, le parecía una pobrecilla, como él, viviendo una guerra e intentando sobrevivir.

—¿Es verdad que eres de las JSU? —se atrevió por fin a preguntar.

—Sí —respondió Juana.

—Bueno, lo siento...

—¿Qué es lo que sientes?

—Que hayáis perdido... —siguió estrujando la gorra—. Todo el mundo dice que vosotros tenéis la culpa de todo, pero yo... no sé, me parece que no sois tan malos. Yo tenía muchos amigos que...

—Yo también en vuestro lado —apuntó Juana, sin levantar la cabeza, intentando mover el brazo para sujetar el dial de la radio.

—¿Tienes familia? ¿Quieres que pregunte por ahí?

—Ya no, no te preocupes, los que me importan ya sé dónde están —dijo

Juana.

Los más cercanos ya estaban muertos o desaparecidos. Su madre, su padre, su hermano, Manuel... a casi todos los habían enterrado. Juana miraba a Josito con cariño. Él sentía la mirada de Juana en su nuca, no era igual que cuando Amapola le vigilaba desde aquella ventana, era diferente, Juana era diferente. Era como si ya estuviera muerta, sentía como una extraña energía que le acariciaba el vello de los brazos y el cogote.

Cuando llegó Amapola, suspiró aliviado.

—El café para el señorito.

—De señorito nada...

—¡Que es una broma! A ver si te vas a enfadar ahora...

—Te llamas Amapola, ¿no?

—Pero no te pongas nervioso, ¿qué te pasa? —dijo Amapola, mirando cómo Josito bailaba de un lado a otro con los vasos.

—¡Coño, que quema! Pensaba yo que... si una tarde de éstas quieres... pues...

—Claro. —Amapola le dio una colleja aprovechando que él tenía las dos manos ocupadas—. Mira... podemos ir a ver el cementerio de la Almudena, a ver los entierros; o a la cárcel de Ventas; o a ver cómo se van rindiendo los de la Ciudad Universitaria... Mira, o al Cerro Garabitas, a tomar una horchata... —La niña miró a Juana buscando complicidad y Juana esbozó una sonrisa.

—Mujer, que sólo digo de tomar algo por ahí, o dar un paseo, que eso no cuesta —siguió Josito.

—El caso es que... si quieras, me doy un paseo contigo, pero sin tu escopeta.

—Pero eso no puedo, que tu padre...

—Pues o la escopeta o yo.

—Vale... —Josito dio un trago a uno de los cafés—. ¿Ves? Es la leche condensada... es que se te queda pegada a la lengua y no se quita, por eso no me lo puedo quitar luego de la cabeza... Un día me podías conseguir un bote.

—Sí, también... ¡Mira éste, el *espabilao*! Un paseo, un bote de leche... ¿Quieres un chuleton de ternera también?

—¿Eso existe?
—Hombre, es un decir...

Ramón, el chófer, había entrado con prisas. Había colgado el abrigo en la entrada y se había fijado en el agujero de la puerta. Parecía un disparo. Le extrañó porque nadie le había dicho nada de ningún ataque y subió al salón donde estaba Amapola.

—¿Qué haces aquí, Josito? Sal fuera, que como te vea Melchor... —le regañó Ramón.

—Sí, perdón, señor Ramón, es que... —tartamudeó el miliciano.

—Pero ¿quién coño ha entrado disparando en esta casa? —casi gritó Ramón.

—Es que fue un accidente, con la ametralladora esa que trajeron, por si entraban. Con los nervios se me disparó —confesó la niña.

—Bueno, dile a Saturnino y a Juan que lo tapen, que tu padre no se entere, ya sabes cómo es con estas cosas. Que saquen la bala y le pongan masilla al agujero, y que lo pinten.

Ramón abrió uno de los cajones de la mesa grande y cogió una carpeta. Observó las piernas de Juana y le gustaron. A Ramón le gustaban las mujeres con piernas largas y ella tenía las piernas largas.

—Y ésta, ¿cómo va? —preguntó Ramón refiriéndose a Juana.

—Bien —contestó Amapola.

—Niña, he estado con tu madre, ya se ha instalado y está bien, en el piso de la calle del Amparo. Si vas a verla, que te acompañe Josito.

Ramón volvió a mirar las piernas de Juana y fue subiendo la mirada por los muslos. Juana no lo notó, estaba concentrada en mantener el brazo erguido para mover el dial de la radio.

Ramón salió deprisa, tal y como había entrado.

Juana pudo sintonizar el parte de guerra y escuchó atentamente el rumbo que adquirían las cosas. Cada noticia la tristeza más y más. Los anarquistas y los socialistas habían tomado el control de Madrid. Los

comunistas habían perdido y el Gobierno de Negrín había desaparecido de España, pero el golpe de Casado había resultado un fracaso absoluto. Ya sólo se podía esperar una capitulación incondicional ante Franco. El Ejército republicano estaba roto por completo y muchos, desesperados y hambrientos, desertaban o se entregaban al enemigo. Todo lo que estaba oyendo en la radio era un desastre, un desastre del que no había marcha atrás.

—¿Qué quería Josito? —preguntó la Abuelita en voz alta mientras guiñaba su único ojo a Juana, tocándole la frente y midiendo su pulso.

—Nada, que le gusta la leche condensada que le das —respondió Amapola, moviendo los visillos de la ventana.

—¿Nada más? —insistió la Abuelita.

—Déjalos, son críos, que tonteen un poco no les va a venir mal —comentó pausadamente Juana—. Por lo menos que alguien sonría en esta ciudad.

—Bueno... de temperatura estás bien y ya tienes la cama preparada, así que venga —le ordenó la Abuelita.

La Abuelita sonrió y Juana hizo lo mismo, y luego Amapola se sumó con su sonrisa. Entre las dos levantaron a la herida y la fueron llevando a la habitación de la cama grande.

Ya acostada, Juana intentó descansar. Estaba débil, pero dispuesta a recuperarse en pocos días. Lloró con ganas, por dentro y por fuera... Todos los muertos, todas las miserias... «Cuando no paras de hacer cosas —pensaba—, la vida pasa rápido y los miedos no te atacan por la noche». Decidió ser fuerte, afrontar lo que le había tocado... Por Manuel, por Olvido, por su madre, por su padre, por su hermano. Hacía tiempo que no había sentido el tacto de unas sábanas tan suaves. Pensó que estaba harta de trincheras, harta de vivir, harta de hartarse y de no tener consuelo.

Las lágrimas se le fueron secando poco a poco y, por fin, derrotada por el cansancio, se durmió. Durmió como una niña, como no lo había hecho desde hacía años. Se reencontró así con ganas para seguir viviendo y se agarró a su dignidad como si fuera un arma, para respirar en aquel Madrid con olor a putrefacción y con esa imperfección tan perfecta que tiene lo imperfecto. Odiaba por unos instantes a los que sonreían, a los que caminaban, a todos

los que olían a presente.

PACA

Paca lo pensó dos veces, se paró ante la puerta y dudó si debía ir a ver a Melchor. ¿Para qué? No iba a conseguir nada. Pero debía hacerlo, aunque sólo fuera por su hija, aunque no fuera más que para poder estar tranquila consigo misma. Sabía que había perdido la batalla con la niña, que Amapola había preferido quedarse con su padre después de la separación, pero Paca no había tirado la toalla. «El tiempo es implacable y coloca las cosas en su sitio», pensaba.

Ella todavía tenía fuerza en las piernas. No tanta como antes, cuando era bailarina de primera, pero todavía se podría ganar la vida con ellas. ¿Quién sabe dónde acabarían todos dentro de unos meses? Se colocó el abrigo y los pendientes, dio un último golpecito a su cabello, cerró la puerta de su casa y salió de la corrala de la calle del Amparo, número 25. Se dispuso a ver al padre de su hija, al que tantos años había sido su compañero, su marido. Melchor, el torero con mala suerte, el que la había enamorado en tiempos de los bailes y los cafés, cuando ella actuaba con Pastora Imperio y la Niña de los Peines. Cerraba una noche Pastora y otra Paca, bailando el baile ruso con Antonio, su compañero bailarín, con el que formaban la Pareja Palacios.

Hacía ya casi veinte años que se habían conocido Melchor y ella. Él había intentado ser torero, pero, sobre todo, se había dedicado a la dichosa política. Aquellas ideas anarquistas, la doctrina de la redención humana según la cual el hombre es originariamente bueno, pero lo vuelven malo el Estado, el sistema económico... En fin, todo lo que hace de él un ente sujeto a leyes... Si todo eso se suprimiera, el hombre recuperaría automáticamente su congénita bondad, la injusticia desaparecería de la tierra y la felicidad se repartiría entre todos sus habitantes, instaurándose una existencia edénica,

ni más ni menos que si el cielo hubiera bajado a la tierra. Aunque los sueños fueran ahora ya distintos, Melchor seguía ambicionando la gloria, aunque la buscase por otros caminos. Ahora se dedicaba a salvar gente, y no es que ella estuviera en contra de eso, pero debería guardar algo de su generosidad para su propia familia.

Aquella desgraciada cornada en la corrida de Tetuán de las Victorias tuvo un epílogo que iba a dibujar la faceta más personal de la vida de Melchor: la del amor. «El debutante, Melchor Rodríguez, lanceó de capa con más voluntad que arte. Puso a su primer toro un par y medio de banderillas en silla, y a su segundo, par y medio al cambio. Sus faenas de muleta fueron vulgares, aunque valentonas. Cada pase que dio a su primer enemigo fue a costa de un revolcón y lo despachó de un pinchazo y una estocada alta. Al entrar a matar el sexto y dejar un pinchazo, fue derribado y pasó a la enfermería». Ese recorte del periódico *ABC* lo llevaba siempre Melchor en su cartera.

Aquella cornada en la nalga derecha tenía mala pinta y lo tuvo dos meses en el hospital. Luego había vuelto a los ruedos, pero varias cogidas más lo hicieron desistir definitivamente. El fantasma de la gloria y del dinero, ese que persiguen los pobres de solemnidad, se esfumó para siempre.

Paca, caminando por un Madrid moribundo, en dirección al palacete del marqués de Viana, recordaba aquellas noches en el teatro con Pastora, aquella gitana de ojos verdes, todo fuerza y arte, que se deslizaba por el escenario con movimientos precisos y vitales. Ella era la encarnación del *duende*.

Pastora tenía ese gracejo y ese don que se debe tener para bailar con *duende*. Paca había sido siempre una buena bailarina, pero de segunda fila. No era una gran belleza, pero profesional sí que era, que nunca faltó a un ensayo ni a una actuación. Pero el tiempo pasa para todos y Paca sabía que el baile no dura mucho.

Melchor, aquella noche en la que se conocieron, se había colado en el bar del teatro para sentarse entre los escritores que allí halagaban a la Imperio y a las demás artistas. Desde el primer momento se habían cruzado sus miradas, que Paca no era mucho de mirar a los hombres, pero ese tenía

algo, le pareció diferente a los demás. Muy zalamero, y eso le gustaba. Melchor se le acercó y se interesó por Paca, no muy alta, pero que se movía como un ratoncito por el baile y tenía mucho desparpajo y arte.

—En realidad, bailo porque se empeñó mi madre, que me hizo estudiar baile en una academia, y así me saco un dinerito, pero trabajo de sastra. No sé si seré alguna vez bailaora como Pastora, que ya tengo veintidós años — le respondió Paca a Melchor.

Pastora siempre le había pedido, le había insistido, más bien, que fuera con ella en sus viajes por España y por el extranjero, pero Paca no parecía dispuesta a esos trajines, aunque sí que la acompañaba en sus andanzas madrileñas y siempre cuando Pastora frecuentaba los ambientes intelectuales. Paca conoció así a personajes como Manuel y Antonio Machado, Azorín, Gómez Carrillo, Baroja, Benavente, Mariano Benlliure, Julio Romero de Torres... y en el café Fornos y en otros lugares de tertulia, poco a poco, de la mano de Paca, se fue introduciendo también Melchor, su «compañero», como él decía, como llamaban los anarquistas a los novios.

Paca recordaba aquellos tiempos que describía un poema que ella guardaba en casa, escrito por Francisco Villaespesa:

Es hora de beber... Manuel Machado,
con elegancias de banderillero,
apura un vaso de vino de jerez dorado, mientras Gómez Carrillo,
aspecto y corazón de mosquetero,
fuma con ilusión un cigarrillo,
al lado del pintor Julio Romero.

A su lado, indolente,
sobre el verde diván arrellanado
está Antonio Machado,
y con su rictus grave, adusto, serio, de padre mercedario,
devora en un diario
líricos ditirambos a la Imperio;
la gitana ideal, que, cuando avanza
agitando en el aire su melena
de tempestad, parece que en la escena es el alma española la que danza.
Y un día Melchor consiguió convencer a Paca de que era natural y

conveniente acabar con este gusanillo que les estaba hurgando dentro del estómago. Y fueron a la pensión donde él vivía.

—Ya te empiezo a querer —recordaba Paca que dijo ella—, pero no quiero tirar por derecho si no me aseguras que lo que quieras de mí no es sólo darte un capricho.

—Te aseguro que no, que aunque el amor puede ser libre, el mío me atará a ti... para siempre. —Así de romántico era.

Melchor, que ya estaba medio instalado en Madrid y con trabajo, había usado toda su labia sevillana para convencer a doña Pilar, la dueña de la pensión en la que pernoctaba, para que le permitiera subir con quien ya era su mujer. Aunque a doña Pilar le caía bien Melchorín, como le llamaba, porque le hacía versitos y le traía flores, no le gustaba eso de que no hubieran pasado aún por la vicaría. Pero bueno, esos anarquistas eran así y así vivían: sin autoridad, ni Iglesia. Pero este, al menos, pagaba religiosamente la semana por anticipado.

Paca recordaba aquella primera vez en la que estuvieron solos. De pie, mirándose a los ojos, Melchor le fue abriendo cada botón de su vestido y, aunque lo dudó un par de veces, ella se fue dejando acariciar. Recordaba los escalofríos que sentía, el aislamiento del mundo que se producía cuando se miraban a los ojos. El silencio, la falta de palabras cuando hablaban las manos. Paca se sentía incómoda, pero también madura. Cuando él terminó de desabrocharle el vestido, ella, con cuidado, sacó los brazos y dejó caer la tela al suelo. Jamás se había desnudado delante de un hombre.

Desnudos, frente a frente, Melchor bajó la mirada y descubrió por primera vez la maravilla de aquellas piernas fuertes y torneadas, los potentes muslos dando paso al triángulo levemente velloso, limitado al norte por la muy suave curva, prólogo de un vientre plano y trabajado. Siempre se lo decía, que le encantaban las piernas de bailarina que tenía, y aquellos senos enhiestos, dispuestos a las caricias que estaban ya recibiendo.

Después de muchos besos y caricias, él le pidió suave, con sus manos, que se diera la vuelta, como jugando, colocando su espalda en torno a su cuerpo. Y en aquellos pequeños instantes sintió cómo algo dentro de ella comenzaba a derretirse, algo que nunca había sentido. Él empezó por besar

cada uno de sus dedos y su boca, y fue subiendo por su brazo hasta llegar a los hombros. Recordaba cómo su cuerpo reaccionaba casi involuntariamente, respondiendo a cada caricia. Melchor tenía más experiencia y sus manos sabían bien hacia dónde dirigirse y lo que tenían que buscar. Cuando notó la rigidez masculina, le salió un pequeño grito de dolor que tuvieron que acallar porque las paredes de la pensión parecían de papel. Sonrieron y volvieron a permanecer tumbados, sintiendo ella cómo él la iba penetrando lentamente y cómo sus piernas se cerraban para atraparle y no dejarle escapar nunca. Aquello no se parecía en nada a lo que había escuchado a otras mujeres.

Después del primer asalto, se tumbaron abrazados. Pero la noche —hacía ya veinte años de aquello— siempre era joven... y ellos también, así que volvió a sentir la mano de él sobre el seno derecho, y de aquella caricia surgió de nuevo el deseo, un deseo mezclado con el miedo que le tiene al dolor, pero esta vez, entre el dolor y el deseo, ella se encontró con un placer intenso, largo y sonoro. Sintió dolor por ser la primera vez y sintió dolor por no querer perder lo que estaban construyendo. Ella aprendió a explotar en medio de aquel baile como si lo hubiera estado esperando desde siempre, llevando ahora el mando, y el viaje fue más largo, provechoso y dialogado que los dos anteriores. Melchor era un hombre tierno y cariñoso que siempre la llenaba de besos y de caricias. De poemas y comprensión, pero todo aquello había cambiado.

Dejando atrás el barrio de Lavapiés en dirección a la calle Duque de Rivas, donde estaba el palacete ocupado al inicio de la guerra por Melchor y los Libertos, Paca no quería que esos recuerdos le trastornasen el sentido. Debía hablar con la niña y con aquel hombre al que ella había abandonado hacía unos meses, por la guerra y por alguna de aquellas lagartas que —ella estaba segura— habían «agradecido» a Melchor los «servicios prestados». Seguía enamorada, pero eso nunca se lo diría. Ni le contaría los recuerdos incómodos de las noches durmiendo sola, llorando. Aguantó de él cárceles y reuniones, discusiones y huelgas, estrecheces económicas y compañeros muertos. Pero no se puede soportar todo, cuando no se respeta lo que se ha pactado, eso no tenía vuelta atrás.

A su memoria acudió el tiempo en que se buscaron la vida juntos,

cuando encontraron el piso bajo en la calle del Amparo. La casa tenía un patio flordio que a Melchor le recordaba su Triana y por eso eligieron aquel lugar.

Lavapiés siempre había sido un barrio de obreros con oficios que daban nombre a muchas de las calles: Cabestreros, Sombrereros, Curtidores... Pero a los vecinos no les sobraba el dinero. Por eso llevaban gorras, no sombreros, excepto Melchor, a quien le gustaba ir al trabajo como un pincel: sombrero de ala ancha, camisa, corbata, traje y zapatos bien lustrados. Luego, en el taller, se despojaba de todo para enfundarse el mono azul. Era ella quien le dejaba todo impecablemente preparado en la silla por la noche, aunque nunca le gustó eso de hacer de ama de la casa. La casa siempre se le caía encima y tenía que salir para airearse. Pero él se había empeñado en que dejara el baile cuando tuvieron la segunda niña.

—¿Para qué seguir trabajando? Si ese ambiente de juerga y de jarana no es el tuyo. Además, yo gano un jornal decente en el taller —le decía Melchor cuando a ella le entraba el gusanillo de volver a bailar—. Que Mateos me tiene confianza, que siempre dice que soy un manitas con las chapas de los coches.

La verdad es que ella no era muy noctámbula, que era más del día y de ver el sol, que la noche traía muy malas compañías y ella no las quería.

Galo Mateos era el dueño del taller donde trabajaba. Era un buen jefe y le guardaba el puesto cuando le metían en la cárcel. Le tenía respeto y confianza, pero también miraba por su taller y por el dinero que le entraba al tener a un manitas trabajando para él y dando buena fama a la casa, que por eso le traían sus coches muchos tipos ricos del barrio de Salamanca.

Cuando Paca conoció a Melchor, éste ya era anarquista. Ella recordaba que cuando llegó a Madrid ya venía *envenenao* por la política, antes de que lo metieran entre rejas cuando el asesinato de Eduardo Dato en la Puerta de Alcalá, detrás del cual estaban anarquistas que no eran tan pacíficos como Melchor.

El desgaste que el tiempo produce —decían las vecinas— acaba con el amor, pero no había acabado con el suyo. Fueron las frecuentes ausencias carcelarias de Melchor las que hicieron que el carácter de Paca se fuera agriando.

Por huir de aquella rutina de ausencias y algo cansada de la vida en Lavapiés, Paca decidió llamar a Pastora Imperio y alguna noche se iba con ella a vivir un poco en las estancias del café Platerías, frecuentado por literatos. Tenía aquel café más de un siglo de existencia y dos puertas: una pequeña, para las parejas enamoradas, que daba a la plaza de Herradores. Allí, una noche, don Manuel Fernández y González se enredó a bastonazos con unos desconocidos que molestaban a su mujer. La otra puerta era más amplia y daba a la calle Mayor.

La Imperio y Paca también iban, como habían hecho siempre, al café Fornos, que no tenía música. Y también al Levante, que sí la tenía. A veces iban al San Marcial, el de zarzuela de Chueca, o al de la Concepción, en la calle Corredera, frente al teatro Lara. A Paca le gustaban menos, pero también acabaron alguna noche en el Español y el Habanero, con sus «comedores reservados» considerados «lugar de perdición».

A Paca le gustaba canturrear, que la música siempre había formado parte de su vida. Cantaba y bailaba por la noche con sus compañeros de escenario y luego cantaba por la mañana mientras cosía. Siempre le gustó ese Madrid de su juventud, el anterior a la guerra. Un Madrid donde, como en los pueblos, las gentes salían de sus casas «a tomar el sol» y, en verano, «el fresco». Un Madrid sin prisas. Y ella era muy madrileña, una auténtica *gata*.

Al final de la monarquía, la bohemia estaba ya dando las boqueadas, pero aún se veían por Madrid tipos de chalina negra, botas desgobernadas, dedos uñosos, capa o gabán raídos, sombrero de alas anchas sobre una cabeza melenuda, semblante macilento y mal afeitado... personas que comían de milagro y se acostaban vestidas.

La Imperio y ella eran muy amigas y confidentes. Y era a la Imperio a quien Paca podía contar lo de sus abortos y la frustración que sentía por no poder tener más hijos. Y Pastora se la llevaba por ahí a sus estrenos y a sus cosas, y se olvidaban de los problemas. Como el día que estrenó la Imperio en el teatro Lara el musical de *El amor brujo*, que el maestro Manuel de Falla había compuesto exclusivamente para ella. Allí estuvo el «todo Madrid», con Alfonso XIII a la cabeza. El rey acudió al camerino para felicitar a la gitana y Paca acompañó a Pastora al palacete del marqués de Viana, entre la

calle del Duque de Rivas y la de la Concepción Jerónima. Ni se imaginaba Paca que aquellas lujosas estancias serían durante algún tiempo su casa, cuando en los primeros días de la guerra Melchor y los Libertos ocuparon el palacio.

Pastora le confesó a Paca una de aquellas noches que tenía «un amante muy especial» y que éste le había dado una hija.

—¿Y se puede saber quién es ese caballero? —preguntó Paca.

—Sí, a condición de que no se lo digas a nadie, ni a tu marido, que ya sé de qué pie cojea.

—Te lo juro.

—Se llama Fernando de Borbón y es primo del rey.

—¿Y has tenido una hija con un Borbón?

—Pues sí, ya ves, pero la niña no puede llevar ese apellido porque Fernando es un hombre casado.

Un día Pastora llegó llorando al piso de la calle del Amparo y se sentó en el salón. De pronto miró la casa de Paca y se dio cuenta de que nunca había estado allí, de que hacía tiempo que no veía la pobreza de cerca. Paca hizo una manzanilla y la consoló.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Que me quieren enterrar en vida, mira esa Conchita Piquer el otro día en Barcelona, que quería salir la última al escenario. ¡La última!, como si me fueran a ningunejar, Paca... Me puse como una hidra. ¿Tú crees que una chiquilla puede quitarme el sitio en el cartel? Y hoy leo en el periódico lo que ha puesto la Goya, la tonta esa del «tápame, que tengo frío».

—Pero no hagas caso de los periódicos, que siempre están igual, que quieren vender ejemplares y por eso publican esos follones, para que habléis y os calentéis y soltéis lo que no tenéis que soltar.

—No me dice la muy guerra que deje paso a eso del jazz, que no hay dios que lo entienda. Mira. —Pastora sacó el periódico y comenzó a leer en voz alta la carta que habían publicado—: «... Tu tiempo pasó. Ten en cuenta que la España tradicional ha muerto. Retírate. En tu casa, y como un símbolo, serás admirada por todos. En el escenario y en lucha desigual, créeme, llevas las de perder. El mejor general es el que prepara bien su retirada. Recuerda que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso...». ¿Tú has visto,

esta fresca? —le preguntó, retórica, la Imperio a Paca.

—No te hagas mala sangre y olvídate. En el escenario estás mejor que nunca —aseguró Paca—. Y te quedan muchos años.

—¡Me pongo...! ¡Cómo me pongo! —Pastora intentó calmarse un poco con la manzanilla y al rato volvió a mirar el pequeño pisito y la ropa barata de su amiga—. Niña, ¿por qué no vuelves conmigo? Sí, hacemos un número bueno las dos, algo moderno, que dejemos a todos con cara de tontos. Melchor es un hombre bueno, pero no puede pretender que estés sin bailar, que es lo que mejor sabes hacer, mientras él se pasa la mayor parte del tiempo en la cárcel.

—¿Yo? ¿Bailar? —respondió Paca, sin levantar su mirada del mantel—. Yo no soy como tú... Además me duele aquí —dijo, señalándose el gemelo—. Que desde aquello no he vuelto a ser la misma, que me duele cuando hago los giros. A ti no te va a enterrar nadie, nadie, por eso no tengas miedo.

—Bueno, tú piénsatelo.

—Sí, me lo pienso.

A Paca le habían cambiado los cuatro abortos y su cuerpo ya no era el mismo. Le dolían los huesos, por eso y por el frío y la humedad del piso, que apenas tenían para calentarse. Su vida ya no era la vida de artista con la que había soñado. Ella se veía ya en otras cosas, no sabía todavía en cuáles, pero en otras... y luego los abortos. Ella y Melchor lo habían pasado muy mal, muchas noches sin mirarse, uno de espaldas al otro, pensando que los hijos nunca iban a terminar de cuajar.

Nunca volvió a bailar y nunca volvieron Paca y Pastora a hablar del asunto, y menos cuando, por fin, Paca quedó embarazada de Violeta y luego de Amapola, y Melchor, contento, volvió a escribir versos y cancioncillas:

Las flores de mi patio son muy bonitas, Violeta y Amapola, Rosa y Margarita.

Son tan lindas las flores de mi jardín...

¡que viva la gente de esta casa
que no falta más que el Clavel!

Clavel, el niño que seguía en el frasco del baño, pues Melchor siempre quiso tener un varón. Rosa y Margarita eran, junto a Matilde, otras niñas de la corrala a las que Melchor había bautizado con nombre libertario. Las otras

dos flores sí que iban a florecer... Pero Violeta se truncó enseguida. Los hijos de los pobres no duran mucho y la plaga de meningitis fue muy contagiosa en aquel barrio. Parecía gripe, pero no lo era, y en todas las corralas varios pequeños murieron. Amapola resistió: siempre fue delgada, pero fuerte, frágil como una porcelana, pero dura como el acero. La niña con el nombre de la flor roja, libre e intensa. Su madre vio, desde el principio, cómo la niña se convertía en el ojito derecho de su padre.

Por qué no había dejado Melchor que su hija estudiara, que Amapola era muy lista y seguro que podría haber hecho carrera. Pero con tanta cárcel y tanta reivindicación lo último siempre era su familia. Amapola cantaba muy bien, pero él quería que lo hiciera en casa. En eso le salía el andaluz que llevaba dentro, que no quería que su hija cantase fuera, aunque Pastora Imperio y el Caracol le dijeran que *valía* y que *tenía*.

Paca siguió caminando, ahora ya no eran los años veinte, ni siquiera los treinta, ahora estaba en marzo de 1939, un mes que se deshacía en las calles de Madrid, bajo el hambre y el olor a derrota. Quería que Melchor le dejara a la niña, pues él tendría contactos para salir de España, como muchos de los rojos estaban haciendo ya. Quizá esa fuera la segunda oportunidad de Melchor, empezar una nueva vida en Francia o en América. ¿Con ella y con la niña? Paca tenía miedo, pues sabía que su amor se había desgastado, quizás demasiado, pero con todo lo que habían pasado juntos quizás pudieran reconstruirse como familia en el extranjero.

DESENCUENTRO

Melchor estaba en su despacho trabajando. Había estado reunido con los Libertos. Nunca había dejado de trabajar desde que entró en el sindicato. Los del sindicato decían que tenía mal carácter, incluso le habían «suspendido de militancia» por la forma airada de defender sus posiciones, pero él intentaba mantener la sonrisa, aunque sí era un hombre de carácter. Era un tipo íntegro y los viejos anarquistas lo sabían, aunque no todos estuvieran de acuerdo con que hubiera salvado a tanta gente de derechas durante la guerra. En aquel Madrid, tener el amparo de los Libertos era salvar la vida y así había sido desde julio del treinta y seis, y los que se escondían de las patrullas nocturnas lo sabían. Por eso tanta gente dormía en el palacio que tenían ocupado y por eso tanta gente llamaba a Melchor el Ángel Rojo.

«Yo, que estuve preso tanto tiempo, cuando tuve que hacerme cargo de los presos, lo hice con respeto a la vida, al ser humano, que nada tenía yo que ver con esos malnacidos que pegaban tiros por ahí a cualquiera en nombre de la FAI».

Melchor revisaba en su despacho del palacete unas listas con nombres destinados a salir de España, evacuados en barcos.

Entró Celedonio, cansado, parecía como si no hubiera dormido en varias noches. El despacho de Melchor, a pesar de que él era meticuloso en el orden, cada vez tenía más papeles y más solicitudes de evacuación.

Celedonio era un tipo calmado. Se había curtido en mil batallas, pero tenía el corazón tocado y eso le hacía ser más pausado. Admiraba a Melchor y Melchor lo admiraba a él. Se querían y se lo demostraban cada día, decisión tras decisión. Demasiada celda y demasiada lucha juntos.

—Buenas, compañero —dijo Celedonio señalando su reloj—. ¿Es que no vas a terminar...? ¿Has hablado con Val?

—No, ¿qué pasa ahora? —respondió Melchor, sin levantar la mirada de las listas, repasando en susurros los apellidos.

—Algunos piensan que nos han utilizado Casado... Besteiro... y los demás.

—Tú sabes que sí... Necesitaban apoyo para dar el golpe y ésos éramos nosotros: los idiotas de los anarquistas. Pero mejor Casado que Negrín, por lo menos Casado es íntegro.

—Casado es militar... —replicó Celedonio—. Se dice que está pactando en secreto con los de Burgos, que lleva meses haciéndolo por cuenta de los ingleses. A saber si lleva toda la guerra haciéndolo.

—Eso no, yo le conozco. —Melchor le miró fijamente—. Siempre ha defendido la República —concluyó.

—No me fío, pero bueno, lo hecho hecho está.

—Cele, ¿qué han hecho con las presas?

—Ya están en Ventas, poco a poco las están sacando para cuando entren...

—Hay que darles tiempo, no podemos dejar las cárceles llenas de comunistas... cuando entren, esos cabrones no van a ser como nosotros... ya sabes. Son comunistas, pero también son antifascistas.

—Algunos de los nuestros siguen con la idea esa de la dinamita, a mí me parece...

La idea de algunos del sindicato era juntar toda la dinamita que les quedaba, que era mucha, y ponerla debajo de las principales calles y así, cuando entraran los fascistas, hacerlos volar por los aires. Pero también saldría volando todo Madrid, con un montón de gente que no tenía nada que ver con el asunto. Quizá por eso nunca llegaron a ponerse de acuerdo y la truculenta idea jamás tomó cuerpo.

—Aquí todos hablan de hacer «Numancias» y lo que necesitamos es salvar vidas.

De pronto entró Ramón, el chófer de Melchor, sin llamar a la puerta, abriéndola rápido y dándoles un susto de muerte.

—¡Está confirmado, Melchor, ya no hay flota! —informó Ramón,

tomando aire.

—¿Y la evacuación? —se quejó Melchor, levantando las manos—. Si llevo horas preparando las listas para la evacuación...

—La flota salió de Cartagena, estaban asustados, no sé... La han entregado a los franceses, en Túnez. —Ramón se tocaba el pelo.

—¿Y por dónde van a salir los de Alicante? —quiso saber Melchor.

—Pregúntale a Casado —comentó irónico Celedonio.

—En Alicante van a cazarlos como a conejos —afirmó Melchor, tirando con fuerza a la mesa las listas que llevaba horas confeccionando.

—Nos tenemos que ir, Melchor... —insistió Celedonio.

Celedonio apoyaba casi todas las acciones de su amigo Melchor, pero que dejase tanta libertad de acción a Ramón sólo por el mero hecho de que le había dado palabra de no traicionarle... Estaba seguro de que ése tenía gato encerrado, seguro que era un fascista. Vale que Melchor salvase curas, monjas, burgueses, empresarios, políticos... pero poner de chófer suyo a uno de ellos le parecía demasiado. A Celedonio le cambiaba el semblante cuando Ramón aparecía.

—Bien... —dijo Melchor, cogiendo su chaqueta—. Que nadie se entere de que está Juana aquí —le indicó a Ramón—. Que no quiero más comunistas muertos.

—¿Por qué no la llevas con las de Ventas? —apuntó Celedonio, como si fuera una gran idea.

—No, Cele, no... Está todavía convaleciente. Aquí está mejor, con la Abuelita y con Amapola —respondió Melchor.

En aquel momento Paca entró en el despacho. Celedonio y Ramón miraron a Melchor, bajaron la cabeza y Ramón se marchó.

Algo había cambiado en Paca, quizá su manera de andar, de mirar. Melchor no sabía muy bien qué, pero ya no era la misma.

Paca observaba aquel despacho como si fuera un recinto del pasado. Ahora que había vuelto al pisito de Lavapiés este palacio le parecía frío y lleno de gente extraña. Siempre se lo había dicho a Melchor. La gente de aquella casa tenía la mirada huidiza y esquiva cuando ella aparecía. Para ella

no había sonrisas. Todos sabían que la relación entre ambos hacía tiempo que era fría. Ella pensaba que si todos los que se encontraban allí estaban en mala situación, algo habrían hecho.

—Hola, Paca, ¿qué tal vas? —saludó, amable, Celedonio, acercándose para besarla.

—Bien, Cele, bien, estoy bien. —Se besaron sinceramente.

—Bueno, Melchor, ahora sí que me voy, no te espero, que ya sabes cómo son los nuestros con lo de la puntualidad. —Se puso la gorra y salió a toda prisa.

Cuando Melchor y Paca estaban solos, el aire se hacía más denso. Parecía que el tiempo se detenía. Durante unos instantes todo pareció volver a ser como antes. Incluso pensaron en besarse o abrazarse, pero habían pasado demasiadas cosas, demasiados desencuentros como para volver a empezar. Ya no querían discutir para no llegar a sitio alguno y romperse el corazón con la emoción incontrolada que se provocaban el uno al otro. Como dos volcanes en erupción, eso eran los dos juntos: dos volcanes.

—¿Estás bien? —le preguntó Melchor, sentándose sobre la mesa—. Ya me han ido contando...

—Vengo a darte una última oportunidad —le cortó Paca.

—No me lo puedes pedir, ahora no, Paca. Quizá después de que acabe todo esto...

—Es que a lo mejor no hay después. Sólo quiero que hagas algo que me haga pensar que todavía te importa lo nuestro. Yo no soy una compañera más, soy tu mujer. ¿Te acuerdas de cuando venías a verme bailar? Nos quedábamos solos, horas, mirándonos, tocándonos. No había más mundo que nosotros dos.

—Tú sabes con quién te juntaste.

—¿Acaso te crees Jesucristo, ese del que tanto huyes? ¿Crees que alguien se va a acordar de ti cuando entren los franquistas?

—Paca, tú no puedes entenderme, yo te quiero, te he querido desde el primer momento en que te vi, pero nunca me has entendido.

—Vámonos, Melchor, vámonos a donde sea.

—Venga, vale... nos vamos a Francia, como los del Gobierno, salvamos el

pellejo y tenemos una vida larga y decente. ¿A Francia? ¿A México? ¿O prefieres los Estados Unidos? Luego, cada mañana tendré que afeitarme y mirarme al espejo y pensar que soy un miserable y que os hago miserables a vosotras.

—Ya nos has hecho miserables.

—Cada uno elige, Paca. Tú eres libre de elegir y lo has hecho. Yo también tomé ya mi decisión.

—Negar a tu familia, ¿ésa es tu decisión?

—Si es preciso, sí. Tú no lo entiendes, esto es mucho más grande que nosotros, ¿no te das cuenta?

—Nada es más grande que nosotros. Nada es más grande que tu hija, nada es más grande... nada. Ni España, ni la CNT, ni toda esa panda que tienes aquí escondidos. Ni siquiera me has preguntado por qué me he vuelto a Lavapiés...

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes... nunca sabes lo que pienso, porque hace años que no me preguntas. ¿Hace cuánto tiempo que no hablas conmigo, Melchor? Si soy como una sombra para ti. Y no creas que es el numerito de la mujer celosa, no... No te estoy pidiendo que dejes tus ideas, te estoy pidiendo que mires más allá, que parece que te importa más un preso fascista que tu hija... ¿Por qué haces desgraciados a cuantos te quieren? Te van a matar, Melchor. Si no te han matado los comunistas, lo van a hacer los otros cuando entren. Claro, Amapola sólo ve por tus ojos, pero ¿con quién se va a quedar cuando tú no estés?

—Ojalá hubiéramos vivido otra vida, Paca. Yo no tengo la culpa de la guerra. Yo te haría poesías y canciones, y tú bailarías para mí... Pero si he de sacrificar mi vida por el anarquismo, bien, algunos, más adelante, disfrutarán de lo que estamos sembrando, aunque nosotros no lo veamos. La niña elige, tiene diecisiete años.

—Estás loco, Melchor, ¿pero qué son esas ideas? ¿Es que no os dais cuenta? Luego criticáis la fe, ¡pero si es lo que tenéis: fe, nada más que fe!

—Paca, me tengo que ir...

—Espero que no te maten, porque yo no voy a ir al muro de San Isidro a recoger tu cadáver.

—No lo espero, ya me recogerán los compañeros... Paca... cualquier cosa que...

Paca hizo una señal para que no siguiese hablando, quería contener el torrente de rabia. No quería que todo acabase igual que siempre. Deseaba dar una apariencia de normalidad ante él. Ser más fuerte que él. Claro que no iba a dejar que alguien cogiese su cuerpo cuando le fusilaran, ella y sólo ella era la que tenía que beberse su sangre aunque ya no le amara, no podía permitírselo. Amarle significaría volver a ser desgraciada y a esperar una bala o la cárcel... y las cartas, odiaba las cartas, las cartas significaban que él no estaba y prefería estar sola a las cartas. Por su hija hacía esto, por su hija se había puesto el vestido, por su hija se contenía. Pero él seguía igual de impermeable. Y no quería volver a recibir más cartas desde la prisión. Odiaba esas cartas, porque hablaban de su ausencia.

Melchor cogió el abrigo, comenzó un par de palabras que nunca llegaron a sus labios y salió. Paca se sentó en la butaca e intentó recomponerse, para no parecer tan pequeña a su lado, para no morir de incomprendición y abandono. Aquel con el que había compartido tantos años ahora no existía. Era ya un extraño.

Melchor salió del despacho. Seguía pensando, y lo sostenía para sí hacía tiempo, que Paca, con tanta farándula, no tenía ideas. No se podía ir por el mundo sin ideas, eso es lo último que puedes hacer en la vida.

La niña, que había oído a su padre dar un portazo y él sólo daba portazos por dos razones, entró en el despacho.

—Mamá, no sabía que estabas aquí —dijo Amapola, intentando sonreír.

—Hija, ¿cómo estás? —respondió Paca, secándose las lágrimas.

—Bien, bueno, ya sabes... ¿Vas a volver?

—No, Polita, ya no puedo... Cuando todo acabe, vente conmigo. Vente, hay sitio para las dos...

—Mamá... yo tengo que estar aquí... con papá.

—¿Le prefieres a él?

—No digas eso, mamá, no empieces con esas cosas... Yo estoy aquí porque hay que cuidar de la gente que vive en esta casa.

—Ya, ¿y quién cuida de ti? —la interrumpió Paca—. Hija, sabes que cuando todo esto acabe, todos éstos os van a abandonar.

—No, mamá, todos me han dicho...

—No te creas nada, Polita. Están aquí por miedo, pero odian a la gente como papá. Cuando entren los fascistas, todo esto lo van a ocupar y te van a hacer muchas preguntas... Vente conmigo y ya nos buscaremos la vida. —Paca se acercó a Amapola y le dio un beso en la frente—. Hazme caso, si a papá no le fusilan, le van a meter en la cárcel durante mucho tiempo, y ya sabes cómo es eso, que ya lo hemos vivido... Toma —dijo, ofreciéndole un llavero—. Ésta es la llave de nuestra casa, he cambiado la cerradura y he hecho dos copias, una para ti y otra para mí... Yo te quiero, hija, eso no lo dudes, si me voy es porque no quiero sufrir más...

—En unos días voy a verte, cuando Juana se...

—Cuando quieras —la interrumpió de nuevo, cogiendo su abrigo—. Dile a papá que te lleve a Francia, ahí podéis empezar...

—Se lo diré, mamá, no te preocupes.

Paca se sintió en libertad fuera de aquel palacio. Sabía que había hecho lo correcto, que su hija había elegido ya y que ella no era la vencedora en aquella batalla familiar. Pero el tiempo, otra vez el tiempo, le daría la razón. Ella sí sabía de eso y Amapolita no, todavía era demasiado joven para saber lo implacable que es el tiempo. Malos días para vivir, malos días.

Madrid estaba más gris de lo que lo había estado nunca, más gris que en cualquier invierno. Mucha gente sacaba de sus casas lo poco que les quedaba y lo empaquetaba con prisa, con la intención de irse. Colaboraban todos: abuelos, nietos, madres, hijos...

INMACULADA

María Inmaculada López de Dueñas, condesa de Quintana, era una mujer de cabello rubio natural, ojos de color verde claro en un rostro hermoso y un cuerpo espigado de largas y torneadas piernas. Su fino y estiloso palmito no le impedía tener un notable y atractivo busto y en 1936, a sus treinta años recién cumplidos, no escapaba a las miradas de los hombres. Cosa que ella sabía y explotaba desde adolescente, con sana y bien cuidada coquetería, como le habían enseñado.

De una familia leonesa de mucho nombre y pocos recursos, Inma se acabaría casando con Antonio Gómez de Haro, primogénito del general de división Celestino Gómez de Haro, conde de Quintana, que había hecho su carrera militar en caballería. También había sido amigo personal de Miguel Primo de Rivera y, tras su jubilación en 1930, mantuvo vivos sus firmes lazos con las Fuerzas Armadas, pasando a ser proveedor de ellas. Un saneado negocio que tuvo hasta su muerte, en 1933.

Antonio había conocido a Inmaculada, «la chica de los Dueñas», en León, en cuya provincia los Gómez de Haro tenían fincas. Concretamente en el Bierzo, cerca de Villafranca, no lejos de donde provenía su distinción nobiliaria: Quintana de Fuseros, a poca distancia de Bembibre. Antonio se había instalado en León y desde allí acudía en un espectacular Hispano-Suiza hasta sus tierras y a la casa solariega, que estaba dentro de una de las fincas ubicadas al norte de Villafranca. Era licenciado en derecho por la Universidad Central, pero ejercía de terrateniente, y no de los peores, pues siempre estuvo abierto a la innovación técnica. De hecho, el primer tractor que llegó a la provincia lo importó él de Inglaterra. Y se decía que no trataba mal ni a los aparceros ni a los obreros que trabajaban para él.

Inmaculada tenía dos hermanos mayores que a la muerte del padre habían orientado ya su vida, pero a ella, con dieciséis años y una educación de señorita, le quedó como única salida el matrimonio. Por eso su madre y sus tías paternas, Carmela y Fernanda, no hicieron sino empujarla a los brazos de Antonio cuando éste, en una fiesta navideña celebrada en el recién inaugurado Casino Recreativo de León, no pudo evitar fijarse en aquella hermosa muchacha que acababa de cumplir los veinte.

—¿No es un poco mayor para mí? —preguntó a su madre y se preguntó a sí misma cuando, al finalizar el baile, Antonio la invitó a merendar, junto a la madre de ella, claro está, en su casa de la calle Ordoño.

A partir de aquella merienda, la triple alianza de Jacinta, Carmela y Fernanda no hizo sino maniobrar hasta que Antonio, encandilado por la belleza y gracia de la moza y también por los halagos del trío administrador de aquella joya, pidió formalmente la mano de Inmaculada.

La boda se celebró en la catedral de León el 8 de diciembre de 1928, día en que la novia celebraba su onomástica, y en el momento de otorgar el sí ella acababa de cumplir veintidós años. El día más feliz de su vida, según todos. Su marido cumpliría pocos meses después los cuarenta y tres, pero, dadas las costumbres de la época, nadie pensó que la pareja estaba descompensada en lo tocante a las edades.

Tras un viaje de novios por Italia, con especial dedicación a Venecia, Inmaculada se instaló en la calle Ordoño, en aquel piso de doscientos metros. Domicilio clásico hasta en las esteras de los baños: grandes cortinas y cortinajes, muebles de maderas nobles, igual que los suelos. Lámparas, o mejor dicho, arañas de cristal con multitud de pequeñas bombillas. Una habitación de matrimonio, todo un gabinete, con un armario para él y un vestidor para ella... y una cama enorme con un firme somier y un fino colchón de lana, pues a Antonio no le gustaban los lechos blandos.

En la casa habitaban también Marisa, la criada veterana, la «mucama» en palabras de Antonio, y Remedios, la recién contratada, una joven de apenas veinte años, natural de Bembibre. Serviciales las dos, pero Marisa pronto fue la encargada del gobierno de la casa, mientras que Remedios se ocupó desde el principio, casi en exclusiva, de los encargos, caprichos y confidencias de Inmaculada.

Inma vivió en aquella casa una «edad de oro», como ella la llamaba después, cuando la guerra... hasta que llegaron los niños: primero Antoñito y un año después la niña, un hermoso bebé que pronto se convertiría en la reina de la casa, el ojito derecho de su padre. Le pusieron por nombre Adamina, como su bisabuela materna.

Antonio salía de mañana en su coche con el chófer, el «mecánico» lo llamaba él, hacia Villafranca y normalmente volvía a León después de comer. Decían siempre que en las provincias se vivía mejor que en las grandes capitales, que todo es trajín y no saben vivir. «A la vida plácida de la provincia», le gustaba decir a Antonio cuando le preguntaban por su trabajo. Inma asentía aunque, la verdad, León, el trío femenino familiar y la monotonía no la hacían demasiado feliz. La cosa cambió radicalmente dos años después de proclamada la República, cuando el general Gómez de Haro murió y Antonio hubo de multiplicarse, pues tenía que sostener la oficina de su padre y la administración de las tierras del Bierzo.

El negocio montado por el general era una especie de asesoría económico-militar. Se encargaba, entre otras cosas, de gestionar buena parte de las compras de alimentos para los cuarteles. Un negocio floreciente, que, con algunas restricciones y mayores controles, se mantuvo durante la República.

Los nuevos condes de Quintana se trasladaron a Madrid para instalarse en el domicilio paterno de la calle Serrano. Allí se hicieron cargo de doña Angelita, la madre de Antonio, una anciana cariñosa que adoraba a sus nietos.

En vísperas del Carmen de 1936, Antonio, inquieto por el ambiente que se respiraba en Madrid, habló con su mujer y de consuno decidieron que él marcharía en el coche con su madre, los niños y Marisa hacia Estella, donde recogería a sus hermanas, cuñados y sobrinos para ir juntos a un chalé que ya estaba alquilado en Biarritz. Así fue como la asonada del 17 de julio cogió a los condes de Quintana con el pie cambiado: Antonio, su madre, los niños y Marisa en Biarritz e Inmaculada y Remedios en Madrid.

El ambiente en las «casas bien» se enrareció de inmediato en la capital de la República, y más cuando empezaron a aparecer los cadáveres que los asesinos incontrolados abandonaban durante las noches en calles y jardines.

Temiéndose alguna visita desagradable, la fiel Remedios le recomendó a su señora una treta que al menos serviría para salir del paso.

—Olvídese usted —le dijo— de sus vestidos elegantes y póngase mi ropa. Así podrá pasar por una fámula y si aparecen los milicianos, les diremos que los señores están fuera y que a nosotras dos nos han dejado en Madrid cuidando de la casa.

A partir de ese momento Inmaculada se vistió de criada, guardó sus galas en el armario y no volvió a dormir en el lecho matrimonial. Se acostaba en otra turca paralela a la de Remedios, en el cuarto que las dos empleadas de hogar compartían en una habitación interior.

En el piso de enfrente vivía, para su desgracia y la de toda la escalera, un joven estudiante de ingeniería, llamado Gerardo, hijo de doña Julia, recién enviudada. Se sabía que el chico se había «hecho» hacía poco tiempo de Falange.

Una noche de mediados de agosto, estando ya acostadas, las dos supuestas criadas oyeron voces subidas de tono en el descansillo de la escalera. Remedios se acercó a la puerta, abrió la mirilla y le dijo a su señora: —Han venido a por el señorito Gerardo. Son milicianos de la FAI. Usted quédese aquí.

Entonces, la muchacha de Bembibre, que sabía muy bien que contra los criados los milicianos nunca hacían nada, salió y se coló en la casa de al lado para ver si podía servir de algo.

Desde el pasillo, por la puerta de escape, Remedios entró en el *hall*, donde había tres milicianos que la miraron con curiosidad. Uno llevaba en la cabeza una piel de zorro plateado a modo de gorro, con la cola del zorro colgándole por la espalda. Mientras tanto, doña Julia le leía la recomendación del alma a Gerardo y Remedios pensó que sonaba como la voz de un cura y un profundo escalofrío se le metió por la espalda y una náusea se le colocó en el estómago.

—Sal de este mundo, alma cristiana, y vuelve a tu Creador, que te formó de la tierra...

Al oír a doña Julia rezando junto a su hijo, los milicianos se reían y se hacían señas unos a otros con el dedo índice sobre la sien, como diciendo que la señora estaba loca.

—Recibe, Señor, a tu criatura, que siempre te ha servido y creído en ti.

Entonces se oyó a Gerardo contestando:

—Amén.

—¡Compañera! —dijo con voz ronca el miliciano que estaba más cerca de Remedios, dirigiéndose a doña Julia—. Compañera, ya hemos esperado bastante y no podrá decir que no somos condescendientes.

Salieron todos, y también la señora, que continuaba rezando, pero con voz más débil:

—Salva, Señor, su alma y llévala a la gloria eterna.

Fueron al recibidor, abrieron la puerta de la escalera y empezaron a bajar.

—*Requiem aeternam...* Dale, Señor, el descanso eterno...

—Amén.

La voz de Gerardo subía desde la escalera. Remedios miró a la señora, que contemplaba como hipnotizada a su hijo. Se oyó cerrar, con un portazo, la puerta de la calle, por donde desaparecieron.

—Señora, vamos adentro... —dijo Remedios. Ella no contestó—. Vamos, señora —repitió Remedios—. Vamos... Dios lo ve *too*, señora, y Él nos ampara a *toos*.

—No puedo... —balbuceó doña Julia, la madre de Gerardo, viendo cómo se llevaban a su hijo.

Parecía que iba a caerse y la criada la sujetó. La llevó casi en vilo a la cama. Remedios, que no perdía nunca la serenidad, iba y venía, abrió el balcón, colocó una silla junto a la cama y se sentó dispuesta a pasar la noche junto a ella, para que no estuviera sola en aquel trago.

—Vete a acostar, Remedios. Que quiero estar sola —pidió doña Julia—. No te preocupes, que luego vendrá Ana.

Remedios volvió a su casa y se metieron ella e Inmaculada en la misma cama turca y durmieron abrazadas. Ya de mañana pasaron las dos a la casa de doña Julia, pero ya no estaba allí.

—Se ha ido en cuanto amaneció —anunció Ana, la criada de doña Julia, que la noche anterior no había estado porque la señora se la había dado para ir al teatro—. No la he podido sujetar... Dijo que se iba al depósito, a ver si estaba el señorito Gerardo para prepararle el entierro. Yo me hubiera

ido con ella, pero no me dejó. María, la criada del segundo, se ha ido también... pero antes ha subido a decirnos que somos *toos*... no sé qué.

—Fascistas habrá dicho.

—Eso... ella sí, que es una perra sin corazón... que ha denunciado al señorito Gerardo. ¡Pero déjala, déjala, que *too* se paga!... ¡Pobre señorito! ¡Y *too* por ser eso en lo que se metió...!

—Gerardo, ¡pobre! —intervino Inmaculada—, yo no sé si era fascista, pero puede que sí lo fuera.

—Es lo *mesmo*... a *toos* los *afusilan* por esto o por lo otro —se quejó Ana—. ¡Madre mía de la Fuencisla, a qué tiempos hemos *llegao*!

—¡Pobre Julia, qué susto se ha llevado! —se lamentó Inma—. Gerardo estará preso... y hasta es posible que se lo encuentre en casa al volver.

Aquel día Remedios e Inmaculada lo pasaron fuera y cuando volvieron a la casa encontraron a Ana en el portal:

—No se asusten... es que... ¿conocen algún sitio donde podamos pasar la noche? Doña Julia encontró a Gerardo en el depósito y perdió la cabeza; gritó, insultó y se la llevaron... no se sabe dónde... a mediodía vinieron unos milicianos y registraron la casa llevándose todo lo que pudieron.

—Vayamos a nuestra casa y mañana Dios dirá —propuso Inmaculada.

Aquella noche la condesa de Quintana durmió otra vez abrazada a Remedios, como si su mucama fuera el único anclaje para su supervivencia. Y en su fuero interno era lo que pensaba y sentía. Se sabía sola y en su pensamiento iba naciendo un reproche que el miedo iba transformando en rechazo y en odio. Su marido la había dejado sola y expuesta a ser tragada por aquel infierno en que se había convertido Madrid. Un infierno del que iba a ser difícil salir... A no ser que Remedios, en su calidad de criada, y por lo tanto con pasaporte obrero, encontrara un refugio para su señora. Y no tardó en encontrarlo en los Libertos que lideraba Melchor Rodríguez.

Una tarde de enero de 1937, pasados ya los grandes agobios del ataque frontal sobre Madrid, Inmaculada, acompañada de su fiel Remedios —de la que decía su señora que nunca pusieron a nadie un nombre más apropiado—, entró por el portón del palacete que en la calle Duque de Rivas tenían los

marqueses de Viana. Inmaculada conocía bien la casa, pues su marido era amigo de larga data del marqués.

Le dieron de cenar unas sopas de ajo que le supieron a gloria y luego la acompañaron hasta la cama turca en la que tendría que dormir, en compañía de una monja que ocupaba la cama pareja colocada contra la pared. La monja se pasó la noche entre oraciones y pesadillas, lo cual no perturbó el profundo sueño en que cayó Inmaculada, pues, por primera vez en meses, se sintió libre de peligro y protegida.

En aquella casa, donde todo parecía seguir en su sitio, convivían más de veinte personas refugiadas, más los que venían a pasar sólo las noches para evitar los *paseos*. Y, a veces, también venía de mañana un número variable de milicianos guardianes, todos convenientemente uniformados y con sus distinciones de la CNT-FAI. Eran ellos, con sus mosquetones al hombro, quienes se ocupaban de la intendencia a las órdenes de la Abuelita, que era la encargada de la despensa y organizaba las camas. Todo parecía estar allí en orden, un orden extraño en el cual los que hasta ahora habían sido temibles milicianos se encargaban de proteger a una tropa de fascistas de variada laya: varios falangistas, unas monjas que pronto se fueron a un piso en San Bernardo, un cura, una modista, un retrasado, un funcionario de prisiones con su familia, varias personas que parecían no querer hablar de su pasado, que habían tenido un taller, una farmacia o algún negociete, algún bebé, una pareja de ancianos y, entre los demás, tres descarridos más de la rancia nobleza madrileña, entre los cuales estaba ella misma.

No fue hasta tres días después de su llegada cuando la condesa de Quintana pudo saludar, agradecida, a su salvador. Y fue durante aquella cuarta noche, mientras la monja descansaba a su lado entre rezos reales o soñados, cuando a Inmaculada se le vinieron a la cabeza todas las represiones que había sufrido y se propuso, primero en su fuero interno y después saltando de la imaginación lúbrica a la realidad, acometer una locura.

Serían ya las tres de la mañana cuando se levantó muy decidida y salió de su cuarto para dirigirse casi a oscuras a la habitación donde ella bien sabía que descansaba Melchor, que la mayoría de las noches no las pasaba allí porque iba de aquí para allá en reuniones. Y allí estaba ella, sin haber

hecho el menor ruido, metida en la cama junto a un hombre al que apenas conocía, pero que no tardó mucho en responder a su presencia con caricias, para llevarla a donde nunca había estado: al éxtasis. Él, al principio, le dijo que volviera a su habitación, que no tenía por qué hacer aquello, pero ella se quedó. Además, todos sabían que en cualquier momento podrían morir y la proximidad de la muerte ayuda a soltar cualquier amarra. Así que Melchor, cansado de su soledad, pues su mujer se había marchado de nuevo a Lavapiés, dejó de oponer resistencia y aceptó la invitación.

El éxtasis, un estado en que la persona pierde la conciencia del mundo exterior y consigue disolver su individualidad en un ser ilimitado y superior. Una experiencia mística que unas veces se consigue con la meditación y otras, con la ayuda de una droga o del sexo. El cuerpo se queda entonces sin peso y se eleva muy alto hasta darle alcance, según Juan de la Cruz, a una armonía y un placer innombrables. Hay quien aseguraba haber experimentado esta sensación en la guerra mientras caían las bombas, como si la vida y la muerte se unieran y no se pudiera controlar los agolpes del alma. Ella recordaba el rostro de Teresa de Ávila, la que esculpió Bernini, que expresa esa subida a tan señalada cumbre, la del orgasmo, que, acrecentado por la santidad, se suele fundir en algo que algunos llaman la pequeña muerte. Una *petite morte* que es también negarse a morir hasta oír al pianista tocar a Chopin, en aquellas fiestas que tanto echaba de menos, de cuando las cosas eran como debían ser.

Apenas habían hablado. Ella sabía que aquel obrero sería uno más de aquellos rudos revolucionarios, pero él parecía tener corazón y buenas maneras, siempre pulcro y cuidado. Siempre defendiendo al débil, fuera de la clase que fuera y tuviera las ideas que tuviera.

El miedo a la muerte —se disculpó ante sí misma— fue lo que la llevó a buscar la visita al cuarto de Melchor las noches que podía, cuando su salvador volvía de sus trajines y tenía un rato para ella. Era como un secreto con un final predeterminado por las circunstancias. No era amor, era otra cosa, más bien algo abstracto que les hacía perder de vista las clases sociales y enfrentarse a lo más humano, por animal, que les quedaba.

La Abuelita se dio cuenta de a poco de esos tejemanejes y no le gustó mucho todo aquello. Que aquella mujer había perdido un poco el norte y se

estaba obsesionando con Melchor, al que siempre llamaba «su salvador». A Celedonio y los otros Libertos nunca les gustaron esas miradas de aquella mujer menuda, tan apocada cuando llegó, pero que ahora se había convertido en una fervorosa adoradora de Eros. Como si cada día fuera un regalo, el último.

A veces, se pasaba los días enteros encerrada en su habitación hasta que escuchaba a Melchor llegar, entonces todo ese miedo se olvidaba y se transformaba en unas terribles ganas de vivir intensamente.

Ella, claro está, no lo recordaba, pero allí, en la casa donde ahora estaba, había coincidido con Paca, una noche que se festejaba a Pastora Imperio en presencia del rey. Y esa mujer, que todavía era la compañera de Melchor, aunque tuvieran sus problemas, tenía demasiado olfato y sabía catar a la gente, y siempre la miraba con cara de pocos amigos. Y la chiquilla espabilada que había visto pasear por la casa y a quien todos llamaban Amapolita era la hija de ambos.

Inmaculada pensaba que en aquella mirada taladradora de Paca Muñoz había todo el odio y toda la sabiduría femenina que, en lo tocante al amor, tiene mucho que ver con los poderes adivinatorios de las brujas. Inmaculada nunca supo a ciencia cierta si fue esa suspicacia femenina a la hora de adivinar lo que había pasado entre ella y Melchor o fueron otras causas más vulgares, pero el hecho fue que la solución de sus temores se aceleró de manera notable.

Paca, que iba de día a ver cómo estaba su hija y si se apaciguaba con su compañero, preguntó a la Abuelita y ella apenas contó, pero contó lo que tenía que contar, que, al fin y al cabo, eran mujeres y esas cosas no estaban bien, aunque Melchor y Paca no estuvieran en su mejor momento. Paca habló con quien tuvo que hablar y, pocos días después, un coche con las insignias y banderas de la FAI y, por supuesto, protegido por dos milicianos con sus gorros cuarteleros rojos y negros, depositó a Inmaculada en la puerta de una casa en el número 8 de la plaza del Marqués de Salamanca, que estaba bajo la protección de la embajada de Chile, la cual entonces dirigía el diplomático Carlos Morla Lynch.

En menos de un mes Inmaculada embarcó en Alicante con destino a Marsella y poco después se reunió en Biarritz con su marido y sus hijos.

Nunca supo si se amaron Melchor y ella, quizá en otras circunstancias nunca se hubieran mirado. Pero aquello tenía un nombre y no encontraba palabras para denominarlo. Era como si ella estuviese despertando de un sueño profundo lleno de inconsciencia, como una droga que ahora echaba de menos y le pinchaba en el corazón.

Ya era libre, pero de vez en cuando sentía unas ganas terribles de gritar y lo hacía tumbada sobre la cama, con la cara apretada en la almohada para que nadie la oyera. Para ella la vida íntima, la de sus deseos y pensamientos, ya no fue la misma. El éxtasis alcanzado en aquellos azarosos días de la guerra no volvería sino en su imaginación. Una nueva forma de expresar en suspiros y gritos contenidos su «amor propio». Un placer solitario que nunca había conocido antes.

Carlos Morla Lynch, el diplomático chileno que a tanta gente había salvado, era casi de la edad de Melchor. Había nacido en París, donde su padre era diplomático. Él mismo acabaría siendo igualmente diplomático de profesión. Le gustaba la música. Tocaba pasablemente el piano y compuso a lo largo de su vida alrededor de ciento cuarenta canciones, muchas de ellas con letras de los amigos que conocería en Madrid, cantadas a menudo por su mujer María Manuela Vicuña, a quien llamaban Bebé, ella sí, una virtuosa del piano. Era una mujer de mucho carácter, tres años menor que su marido y fundamental en la vida de Morla.

Morla y Bebé tuvieron tres hijos: Carlos, Verónica y Colombia. Las dos niñas sufrieron unas muertes trágicas y prematuras. Primero Verónica, infectada por accidente de una enfermedad venérea en el baño de un hotel de mala reputación donde había pernoctado la familia; Colombia, que nació el año en que su hermana moría con tres años, murió de una difteria cuando contaba nueve. Así que estaba acostumbrado a ver la muerte de cerca y no se arredró, cuando fue preciso, cuando desde la embajada de Chile en Madrid se dedicó a ayudar a los que eran perseguidos en la retaguardia republicana.

DAVID

Melchor sabía muy bien que David —el joven judío llegado a España como soldado voluntario desde Palestina y en quien había puesto los ojos su hija— era más listo de lo que quería parecer. David se cuidaba de pasar desapercibido, porque se había dado cuenta de algún movimiento extraño a su alrededor: gabardinas, sombras, pasos, miradas... e intuía que eran los anarquistas quienes sospechaban de él. Era Celedonio quien lo había hecho seguir, al conocer sus citas con Amapola, pero de lo demás, de lo que él ocultaba con tanto cuidado, quienes le vigilaban no podían saber nada, pues si lo hubieran sabido, ya no estaría entre los vivos. Lo perseguían para ver si era de fiar el tipo que andaba con la hija de Melchor. Nada más.

A la niña, aquellas citas con David le parecían la aventura más grande que se podía vivir en una guerra. Era al único al que ella había permitido tocarle un seno. También algún beso y alguna caricia en lo oscuro, pero nada más.

Habían quedado, como siempre, en el parque, detrás de San Francisco el Grande. David tenía muchas noticias, pero no podía contárselas a ella. Incluso llegó a pensar en decirle a la niña que se fuera con él a los Estados Unidos, pero ella no querría. Además, no era propio de un caballero quitarle una menor a su padre. Admiraba a Melchor y a la gente como él, y por ellos se había abstenido de hacer algunas cosas que le habían pedido que hiciera. Se darían unos besos, le acariciaría el cabello, le contaría una de esas historias que tanto le gustaban y bailarían sobre la hierba. La niña bailaba muy bien, aunque a su padre no le gustaba nada que siguiera el camino de

Paca.

Amapola llegó al parque y no vio a nadie, siempre le pasaba lo mismo con David. Él se mostraba después de observar bien el terreno, para asegurarse de que no habían seguido a la niña. Además, en aquellos días terminales había que tener más cuidado si cabe, pues un desliz, un fallo y su doblez podía quedar al descubierto. Siempre supo que pasar información al bando franquista, aunque fuera a través de los servicios secretos norteamericanos, era una traición que se pagaba con la muerte. Los americanos pagaban bien, mejor que las trescientas diez pesetas que el Gobierno republicano les daba al mes a sus milicianos. Él ya sabía cómo trabajaban los yanquis, sabía cómo trataban a los republicanos que habían ido a Nueva York buscando ayuda para la causa. Organizar una muerte para que parezca un accidente de coche es muy sencillo cuando el Estado y el asesino son la misma persona.

David trabajaba por un bien para él mayor que la lucha en España. Había venido de Palestina para combatir contra el fascismo internacional que amenazaba la vida de los suyos. Palestina era su objetivo y utilizaría a sus contactos norteamericanos para que ayudaran a construir un nuevo país. Un nuevo Israel en el lugar histórico que le correspondía. Un pueblo judío arraigado y unido. Él había nacido para servir a su país, un país que aún no había nacido, pero que él imaginaba lleno de futuro.

Amapola estaba cansada de que todos la llamasen «niña». Aquella tarde se había puesto muy guapa... Al fin él apareció y se dieron un beso largo y un abrazo. David le doblaba la edad, pero ella no lo sentía así, porque él era el único que no la miraba como a una niña. En sus brazos era una mujer. Aunque en la casa todos sabían que ella tenía querencia por David, nadie se imaginaba —eso creía ella— estos encuentros suyos con el mozo judío.

—¿Llevabas mucho esperando? —preguntó él—. Ya sabes que anda todo muy revuelto y las calles no son muy seguras.

—No, acabo de llegar —contestó Amapola, besándole de nuevo—. Pensaba que esta semana no nos veríamos.

—Bueno, ¿quieres que vayamos a la habitación?

—Pero ya sabes hasta dónde. —La niña bajó la cabeza—. Que luego no quiero líos, que te conozco.

—No te preocupes, mujer, que ya lo sé... Ya sabes que yo no te quiero por eso. ¿Le has contado a Matilde lo nuestro?

—Bueno... Sí —respondió Amapola—. La verdad es que sí, pero me prometió que no se lo contaría a nadie... es que no podía tener todo esto dentro... Si ella es como mi hermana.

—¿Y es de las que cumple?

—Sí, claro.

En la habitación estaban mejor. Allí podían acariciarse y charlar e, incluso, fumar tabaco americano, aunque a ella le hiciese toser y no le gustara demasiado. Pero con él, con su «novio» judío, con aquel ser misterioso, había que probarlo todo, bueno, casi todo, que tenía que ser decente y no llegar hasta el final. Pero también había que pensar que estaban en guerra y que en cualquier momento podrían morir. ¿Morir sin haberlo probado?

—David, ¿cómo es América?

—¿América? —sonrió—. Grande, ¿para qué quieras saber cómo es América?

—Por si tengo que ir allí... Todo el mundo está huyendo hacia cualquier lado...

—¿Te vendrías conmigo a Palestina? —preguntó David sentado sobre la cama, mientras ella le acariciaba la espalda desnuda. Una espalda de bailarín. Ella seguía medio vestida sobre la cama, con los pechos al aire, sin camiseta, pero con las bragas puestas, que no quería mostrar aquella última intimidad—. Sí, al kibutz... seguro que te iba a encantar.

—No sé... ¿estás casado? —preguntó la niña como si nada.

—Ya sabes que no te puedo contar mucho de mi vida, si no quieres que te mienta.

—Pero ¿lo estás?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro que no.

—¿Quieres que me quite las...?

—No. —Rio de nuevo David, besándola en los labios—. Así está bien y yo

también estoy bien.

—Abrázame y no me mientas —dijo Amapola.

—Yo nunca te miento, Polita, nunca te miento... sólo que no te digo toda la verdad.

Aquellas citas furtivas eran lo más parecido al amor que había tenido David desde que salió de Palestina. El sexo lo encontraba en otros lados, más fácil y muy diferente. Nunca se lo reconocería a sí mismo, pero aquella niña no le dejaba pensar con claridad y quería cuidarla, protegerla. También besarla, tocarla y apretarla contra él.

Había visto caer en España a muchos compañeros judíos que llegaron llenos de ilusión para ayudar a la República... Todo eso lo sabían los americanos, que jugaban a dos bandas y dejaban caer fichas aquí y acullá, en el rojo y en el azul, apostando sobre seguro. Nunca perdían, ellos nunca perdían.

David no creía haber hecho daño a la República: unas fotos, ciertos documentos... pero informaciones relevantes, ninguna. Se decía que en Burgos sabían las órdenes de los generales republicanos antes de que éstos las dieran. Así que él no haría ningún daño a la República. Pero sentía sobre sí el aliento de sus compatriotas muertos, por ejemplo en el Jarama.

Todos sabían que la República había perdido ya la guerra. La guerra estaba ya perdida y su propia situación no era fácil, por eso había pedido regresar ya y tenía en su poder todos los papeles y en regla. Los servicios norteamericanos eran eficaces y pronto le harían marchar. Cuando llegó estaba dispuesto a dar su vida por la República, como muchos de sus compañeros, pero ahora tenía que abandonar el país. Nadie debía saber que iba a dejar España en unos días, ni siquiera Amapola. Además, él tampoco tenía la culpa de que la República fuera un hervidero de agentes dobles. La inteligencia estadounidense lo sabía muy bien... Al fin y al cabo, Franco, el pequeño general, tenía muchos amigos y no era como Hitler; el Caudillo no odiaba a los judíos. Franco era un fascista de segunda y un inculto.

Sólo cabía esperar y tomar posiciones para la futura guerra. Una guerra que se cocinaba en Europa. Si no querían perder lo que habían conseguido en Palestina, debían permanecer fuertes y mover los hilos de la política

norteamericana, porque en los Estados Unidos había demasiada gente que veía a Hitler con buenos ojos.

Aquella tarde Amapola fue feliz sin saber que era la última vez. Luego se enteraría por su padre, en una conversación que escuchó en el despacho, de que era un traidor y de que había estado pasando información a los americanos a cambio de dinero, pero Amapola nunca lo creyó. Porque David sabía mucho de sindicalismo y había estado construyendo Palestina desde niño y trabajando en empresas agrarias colectivizadas. Mucha gente acusaba también a su padre, y a los de la FAI, de estar de fiesta en fiesta y eso tampoco era verdad.

Amapola y David se miraron, se acariciaron otra vez y luego se despidieron como si en pocos días fueran a volver a verse.

A David el frente nunca le gustó, que él no tenía ese arrojo inconsciente que traían sus compañeros. Siempre se guardaba y salía de los últimos en la batalla. Él había estudiado y sabía idiomas, así que pronto se colocó en puestos de papeleo. Además era artista, que había girado por varios países con un espectáculo de baile moderno y música de jazz que tuvo mucho éxito. Fue allí, en las oficinas, donde le contactaron una mañana dos tipos sonrosados que venían de Chicago. David pensó que sería un gran apoyo para su causa. Si Hitler y los demás Gobiernos fascistas querían seguir echando a los judíos, tendrían que habilitar una red para poderlos llevar a Palestina. Era el sueño de todo judío, volver a la tierra prometida, y él había estado construyéndola casi desde el principio.

Por muchas buenas intenciones que tuvieran aquellos anarquistas y aquellos socialistas del Consejo de Defensa, la suerte estaba echada, la traición ya había sido consumada por los empresarios y los bancos en el treinta y seis, y él no iba a cambiar las cosas. Pensaba todo aquello para argumentar el fin que justificaba sus medios. Él hubiera dado su vida por la República, por el POUM, como muchos de sus compañeros, y lo demostró infinitas veces. Pero ahora debía irse, luchar por el sueño colectivo de su país, aunque tuviera que vender alguna información por el camino.

Celedonio estaba justo en la esquina, agazapado esperando. Decidió no

seguir a la niña hasta el palacete, que era todavía buena hora para caminar sola, y leó un cigarrillo. Al rato, David salió repeinado y de punta en blanco hacia la academia de baile que era ahora un lugar ocupado por los de UGT. David daba clases de baile en aquel local, así la gente se olvidaba un rato de sus problemas, al ritmo del tango y del foxtrot. Celedonio le siguió hasta allí y esperó a que casi todo el mundo se fuera al final de las clases.

Aprovechando que una última pareja abrió la puerta para irse, Celedonio se coló en la sala y se aseguró de tener a Walter en la sobaquera. Se camufló en un cuarto que parecía un almacén, entornó la puerta y esperó unos minutos. Después, un hombre fue apagando las luces del local y cerró la puerta de la calle con dos candados.

Cele esperó media hora y entonces desde el sótano comenzaron a llegar ecos de risas y de música. No es que él hubiera escuchado mucha música, pero aquellos ritmos no eran españoles. Amartilló su Walter y salió de su escondite. Cruzó el salón de baile con cuidado de que no crujieran las tablas del parqué y abrió la puertecita que daba hacia el sótano justo cuando otro tipo se disponía a subir.

—¿Qué pasa? —dijo aquel hombre travestido de mujer. Llevaba los labios pintados, peluca rubia y un vestido de moaré rosado. Fumaba un pitillo con una larga boquilla.

Antes de que le diera por gritar, Celedonio sacó la Walter y le apuntó en la sien, mientras le tapaba la boca con la otra mano.

—Vamos, maricón, ¿qué coño tenéis ahí abajo? ¿Qué sois, espías o sólo maricones?

El travestido intentó zafarse, llenando de saliva la mano de Celedonio, que apretó más fuerte con el cañón de la pistola.

—¡A mí no me jodas! ¡O te callas o te pego un tiro!

El hombre le miró a los ojos y supo que Celedonio no bromeaba.

—Nada, nada, no hacemos nada. Sólo es una reunión... de amigos, nada más —explicó cuando Cele le dejó libre la boca.

—¿Amigos...? Pues vamos a verlo.

Bajaron las escaleras lentamente. Cada vez se podían escuchar más cerca las risas y los bailes. Nadie se dio cuenta, al principio, de que Celedonio se escondía detrás de aquel hombre vestido de mujer, nadie

reparó en la pistola. Celedonio vio entonces lo que nunca había visto: hombres vestidos de mujer y otros de frac, tomando cócteles en copas altas en una pequeña barra de bar. Charlaban, reían, bailaban y se besaban. David estaba allí vestido con un frac, abrazado a dos travestidos, intercambiando los tres sus lenguas. En un rincón había una cama enorme, donde media decena de tipos practicaban sexo a la vista de todos.

Celedonio no sabía bien qué hacer. Él se esperaba una reunión de fascistas o de espías, o unos cuantos comunistas haciendo recuento de armas y comida... pero aquello, aquello no entraba en su cabeza. Empujó al tipo que tenía encañonado y disparó al techo. Todos quedaron en silencio y alguien quitó la música del tocadiscos.

—¿Qué haces aquí, Celedonio? —Dio un paso al frente David—. ¿Es por mí? Baja la pistola y me voy contigo, pero deja en paz a esta gente.

—¡Maricones! —gritó el anarquista, respirando fuerte y apuntando en todas direcciones. El camarero de la pequeña barra hizo un gesto raro y Celedonio le apuntó—. ¡Quieto! ¡O te mato!

David intentó acercarse despacio, pero temía a Celedonio, que parecía estar nervioso. Las miradas comenzaron a mezclarse, todos sabían que aquello no iba a acabar bien. Celedonio pensó por unos instantes las alternativas. Conocía del sindicato a algunos maricas y eran tipos duros que no se iban a andar con chiquitas... y luego tirarían su cuerpo en la Casa de Campo.

Miró en derredor, disparó sobre uno de los espejos que colgaban del techo y aprovechó el momento de desconcierto para correr escaleras arriba. Cerró la puerta y la atrancó arrastrando un pesado aparador lo más deprisa que pudo. Pronto comenzaron a golpear la puerta y algunos disparos la atravesaron, rozándole una de las mangas del abrigo. Miró hacia la puerta de salida: sin la llave aquellas dos cerraduras no cederían. Agarró una de las sillas y la tiró contra el cristal de una ventana. Lo intentó dos veces, pero aquel cristal parecía irrompible y el mueble que taponaba la entrada desde el sótano estaba ya cediendo ante el empuje de los de abajo. Agarró su Walter, apuntó a la ventana y disparó al cristal. Ahora la silla sí que funcionaría. La tiró y esta vez atravesó la ventana y él saltó por ella. Corrió por las calles hasta llegar a uno de los locales de la CNT, donde explicó todo

lo ocurrido. Armados hasta los dientes, se dispusieron a ir a por los de la sala de baile, pero cuando llegaron al local habían desaparecido. Luego cogió a dos milicianos y fue al hostal donde vivía David, pero no encontraron nada: vales de comida y poco más. Sin duda el tipo era muy cuidadoso, por eso había engañado durante tantos meses a Melchor y a Amapola, fingiendo lo que no era.

David se escondió en uno de los pisos franceses que en el barrio de Salamanca tenían los americanos. Llamó al teléfono al que no se debía llamar, salvo en casos de urgencia, y una cuadrilla de la quinta columna fue a recogerlo al sitio acordado. A la mañana siguiente lo llevaron con los ojos vendados a un lugar de la Ciudad Universitaria. Allí fueron a buscarlo otros tipos de pocas palabras y en unas horas ya estaba en Burgos contando a un capitán todo lo que sabía y recibiendo las felicitaciones por ello. En menos de una semana sus amigos americanos le proporcionaron un pasaje para un barco que salía desde Lisboa con destino a Nueva York.

Nada más embarcar en Lisboa, David encendió un cigarrillo, uno de esos Luckys sin filtro que tanto costaba encontrar en España, y observó desde la cubierta cómo iba alejándose de tierra. Entonces pensó en Amapola; se habían hecho una foto y la guardaba en su cartera. Pensó en que nunca había planeado aquel romance, que le había cogido por sorpresa y que guardaría aquella foto como una de las cosas más bonitas que había vivido. También pensó que el corazón de Amapola se estremecería cuando supiera que era un indeseable y sintió tristeza en su alma.

Recordó entonces la academia de baile, hacía casi un año, y a Amapola, con un vestido blanco. Fue allí cuando los dos supieron que eran especiales el uno para el otro. Y aquella muchacha le hizo olvidar el alcoholismo de Hannah, su mujer, y las cosas desagradables que le decía cuando se emborrachaba.

Estaba harto de no poder mostrar su condición sexual, al final era igual en todos lados, fueran de izquierdas o de derechas, todos odiaban a los homosexuales. Lo que hubiera dado por que Amapola hubiera sido un hombre y no tener que esconderse. Sabía que las decisiones que había

tomado no tenían marcha atrás. Se repetía una y otra vez que todo lo había hecho por aquel sueño de Israel. Que honraría a todos sus compañeros muertos, a todos, y que siempre habría una vela encendida en su casa para ellos y que no la apagaría nunca. Y otra para el corazón de Amapola, que era puro y moriría de pena al saber todo lo suyo. Que siempre sería su pajarito, su צפורה.

RAMÓN

Ramón era un tipo con suerte. Se lo decían desde niño —«¡Qué buen fario tienes, Ramón, qué suerte tienes!»— y él sonreía.

Sus hermanos y él se escondieron cuando el «levantamiento», de casa en casa. Eran tres hermanos, labradores, eso era una bendición para su padre, una terna de trabajadores con los que labrar la tierra y prosperar. Él se había enrolado en la Falange deslumbrado por José Antonio, aquel tipo que hablaba tan bien y que tenía tan buen aspecto. Le hubiera encantado ser como él, pero no era tan guapo, ni tan elegante, ni manejaba tan bien las palabras. Poco a poco, en discusiones de taberna, fue formando sus ideas de falangista, hasta que llegó a ser jefe de la Falange de su pueblo, Colmenar Viejo. Luego, cuando estalló la guerra, una cuadrilla de indeseables cogieron a sus hermanos, pero ni fusilar sabían aquellos rojos de la FAI. Los tirotearon y los dejaron heridos en una cuneta. Melchor siempre le decía a Ramón que ésos no eran anarquistas, que los del carné marrón eran los anarquistas de toda la vida y los del carné rojinegro eran los nuevos, los que se afiliaron a partir de julio del treinta y seis, y muchos de ellos no eran de fiar.

A los hermanos de Ramón los encontró Melchor mal fusilados una noche. A Pepe le habían dado en la cabeza y su cabeza nunca volvió y estaba siempre *joridito*. Saturnino se convirtió en un tipo triste y mohín y tampoco volvió a ser el que era. Luego consiguió salvar a Ramón, cuando estaba detenido. Pero Melchor nunca supo que eran falangistas, le mintieron para salvar el pellejo.

Ramón le juró a Melchor que nunca lo traicionaría y Melchor le ofreció

ser su chófer. Desde entonces se habían jugado juntos el cuello un montón de veces. Ramón era rápido con el coche, conducía bien y era intrépido. Cuando reventaban un local o rompían algunos cristales, siempre salía del trance. Melchor ayudaba a salvar a los presos y de paso él, Ramón, ayudaba a los suyos. También quería salvar su piel y la de sus hermanos y había entrado en contacto con la quinta columna. Bastaba con darse un paseo por aquellos hotelitos del barrio de Salamanca y comprobar quiénes eran los que salían por las noches para pegar unos tiros, hacer explotar un local o matar a algún miliciano despistado. Ésos eran los suyos, los resistentes frente a toda aquella locura de rojos. Resistir como fuera hasta que Franco entrara al frente de sus banderas victoriosas.

Por fin los suyos iban a entrar... y no podía perder tiempo. Debía mantener la cabeza fría ante lo que vendría. Manejar las cosas con tacto, esperando y viendo cómo los republicanos se despedazaban entre ellos. «Los fascistas al acecho de la carroña, como sanguijuelas, como buitres», eso decía Celedonio de los de la quinta columna.

Ramón admiraba a Melchor y le agradecía lo que había hecho por él y por los suyos, pero de ahí a compartir sus ideas... de eso nada, aunque a los dos les resultaba especialmente repugnante la actitud exterminadora de quienes se dedicaban al asesinato político en la retaguardia republicana.

Pocos días después de comenzar la guerra ya aparecieron esos malnacidos tomándose la justicia por su mano, entrando en domicilios y tiendas, arrasando con todo lo que había de valor y *paseando* después a quienes les daba la gana. Una matanza silenciosa y tenaz que llenó de cadáveres los descampados, los jardines y las cunetas. Los madrileños, siempre dispuestos a tomarse a broma cualquier cosa, llamaban «besugos» a los cadáveres abandonados, quizá porque los ojos velados de los muertos recordaban a los de esos peces.

Ramón sabía que aquellos rojos que decían «limpiar» la retaguardia disponían de cavernas a las que disfrazaban de locales sindicales o prisiones del Frente Popular, donde se reunían y también retenían a los secuestrados antes de convertirlos en cadáveres.

Las checas, así llamaban a las tristemente famosas cárceles de la policía secreta de los sóviets en Rusia y la prensa fascista había adaptado el nombre

a las prisiones de los rojos en España. Ramón había visitado algunos de esos locales con Melchor y vio que la mayoría no se utilizaba para esas leyendas que circulaban en el bando franquista. Aunque torturas las había en algunos sótanos, como en la calle de Fomento o en el cine Europa. Allí se cometían todo tipo de atrocidades. También se decía que los fascistas andaban matando a todo el que se movía, como en Badajoz. Eso era ridículo, pensaba Ramón, ¿cómo iban a matar a tanta gente los militares, si luego los necesitarían para trabajar cuando España fuera libre? Exageraciones, pensaba.

No creía que en el otro lado, en el de los suyos, se produjeran tantos crímenes. En primer lugar, porque la República no bombardeaba a la población civil y nadie iba a pedir venganza por las calles. En Madrid era diferente, como ocurrió en agosto del treinta y seis, cuando empezaron a caer las bombas. La gente respondió espontáneamente al ver a los destripados en las aceras. Las bombas, como era de esperar, no distingüían entre niños y adultos ni entre hombres y mujeres, dejaban muchos muertos en la vía pública y no pocos edificios destruidos. La gente tuvo rabia y se juntaron clamando venganzas. ¿Y quiénes eran los más desprotegidos? Los presos, como siempre. Los que atestaban las cárceles republicanas. La muchedumbre armada tomó en agosto venganza entre los presos de la Modelo.

Prieto, que era entonces ministro de la Guerra, pronunció al día siguiente de aquel asalto un discurso por radio:

Ante la crueldad ajena, la piedad vuestra; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa... ¡No los imitéis! ¡No los imitéis! Superadlos con vuestra conducta moral; superadlos con vuestra generosidad. Yo no os pido, conste, que perdáis vigor en la lucha, ardor en la pelea. Pido pechos duros para el combate, pero corazones sensibles, capaces de ser albergue de la piedad.

Por decir lo que dijo, a Prieto se le cayó el pelo. Aunque algunos socialistas lo defendieron, otros lo atacaron, y qué decir de los comunistas. La Pasionaria escribió en el *Mundo Obrero* lo siguiente: ¡Hay que exterminarlos! Hay que terminar en nuestra patria con la amenaza constante de la militarada. Es demasiada la sangre vertida, pesan como losas de plomo los crímenes horrendos cometidos fríamente para que podamos

perdonarlos.

Y en el periódico del quinto regimiento se pudo leer:

La lucha contra el fascismo es una lucha de exterminio. La piedad sería un aliento para los bandidos fascistas. Por donde ellos pasan siembran la muerte, el dolor, la miseria. Violan a nuestras mujeres. Incendian nuestras casas... ¿Piedad? ¿Misericordia? No, mil veces no.

Esos recortes los guardaba Melchor en una carpeta marrón, porque el negro sobre blanco no miente.

Aquellos días de agosto de 1936 se mataba a los presos según bajaban del tren. Melchor se había enterado y había montado en cólera. Fueron dos trenes que venían de Jaén, el 11 y el 12 de agosto. En el primero se fusiló a una decena en la misma estación de Atocha; y en el segundo, se ametralló a doscientos detenidos cerca del puente de Vallecas.

Los primeros tiempos como chófer fueron duros para Ramón. A veces, por las noches, en aquellos primeros meses de la guerra, Melchor y él entraron por la fuerza en alguna de las prisiones del Frente Popular y salvaron a muchas personas de una muerte segura. Luego, a finales del treinta y seis llegaron las órdenes de cierre de las checas por parte del Gobierno republicano. Pero todos sabían que no se iban a obedecer las órdenes.

Aquellas cárceles eran mantenidas por sindicatos y partidos. Los anarquistas tenían unas cuantas, como la de Ventas, paseo de las Delicias o el puente de Vallecas, hasta una veintena. Pero comentaban en el parque del Retiro, cuando alguna vez Ramón fue a ver a algún cura de aquellos que confesaban a escondidas, que las más eficaces en el pernicioso oficio eran «las trece» del PC, la de Fomento, la de Bellas Artes, la de San Bernardo, 72 o la de Españolet, 29. Decían que si tenías la mala suerte de caer en una de ellas, había que rezar, en otras quizás te salvaras con unas bofetadas y algún diente de menos, pero en éas... en las del PC no, ni rezando te salvabas.

Los del PSOE y los de la UGT tenían otras tantas. Entre ellas, la más famosa fue la de Agapito García Atadell. A él lo conocía Melchor de antes de la guerra y nunca le gustó. Era tipógrafo y llegó a dirigir el sindicato ugetista del «Arte de imprimir», es decir, que fue sucesor de Pablo Iglesias, el fundador del PSOE y la UGT. Fue este Agapito quien montó y dirigió la Brigada del Amanecer, que estaba instalada en la calle Martínez de la Rosa,

número 1. Todo el mundo sabía que Atadell vivía amancebado con una monja exclaustrada llamada Piedad Domínguez, nacida, como él, en Vivero, provincia de Lugo. Como tantos, Atadell estaba seguro de que Madrid caería pronto en manos franquistas y huyó hacia Alicante con la monja, junto a dos de sus ayudantes y sus respectivas esposas. Llevaban encima un saco lleno de joyas robadas. Atadell consiguió que el consulado cubano en Alicante les hiciera seis pasaportes con nombres falsos y que el consulado argentino los metiera de extranjis en un barco de esa nacionalidad, que el 11 de noviembre de 1936 zarpó hacia Marsella. Una vez allí, el 20 de noviembre, a las cinco de la tarde, embarcaron en el puerto marsellés en el buque francés *Mexique* con destino a La Habana. El barco atracó en Vigo y en La Coruña sin que los escapados fueran detectados por los facciosos. Pero cuando el 26 de noviembre llegaron a Canarias, concretamente a Santa Cruz de la Palma, Atadell y uno de sus compinches fueron arrestados por los franquistas. Atadell fue trasladado a Sevilla, donde más tarde le dieron garrote. En la cárcel sevillana coincidió con Arthur Koestler, el escritor húngaro, a quien los facciosos habían detenido en Málaga sin saber quién era. Koestler salvó la vida gracias a los buenos oficios de los británicos, que consiguieron que lo canjearan por la esposa de un militar franquista.

Hubo un tipo en especial que aterraba a Ramón, con aquella mirada de psicópata: Felipe Sandoval. Aquel asesino que se decía anarquista, pero que no fue más que un pistolero sanguinario, utilizó el cinema Europa como si fuera Robespierre. Lo llamaban el Doctor Muñiz.

Sandoval era un tipo siniestro y desgraciado. Había nacido en el barrio de las Injurias, junto al Manzanares, el barrio de esos niños pobres que crecieron sin padre y aprendieron todo lo malo de la calle. Melchor había coincidido en la cárcel con él y nunca le gustaron ni su mirada ni su chulería. En la Modelo, Sandoval se había pasado la mayor parte del tiempo en la enfermería, con tuberculosis. Cuando estalló la guerra, entre varios amigos se hicieron con el cinema Europa, un cine entonces nuevo, inaugurado en 1929, que tenía casi dos mil butacas y había sido muy utilizado para dar mítines políticos, especialmente por el PSOE y la UGT. Fue allí donde Sandoval formó su propio grupo de asesinos. Con él estaban, además de Juan, Gregorio y Brígido Gómez Barba, conocidos en el barrio como los

hermanos Chufletas, Fructuoso Colado y Miguel Sastre. Lo primero que hicieron, tras instalarse en el Europa, fue apoderarse de un espectacular Rolls Royce negro al que bautizaron el *Rayo*. Todo un detalle y no sería el único gusto aristocrático del Doctor Muñiz, herencia acaso de sus años de *valet de chambre* de cuando estuvo viviendo en París. Con aquel coche se paseaba triunfador por el barrio donde había nacido, invitando a su madre a subir al Rolls. Eran unos viciosos del *paseo*. *Paseos* que terminaban regando de cadáveres la Pradera de San Isidro, los mataderos de Legazpi, los pinares de Chamartín y, sobre todo, la Dehesa de la Villa, por estar este parque más cerca del cine Europa.

—Melchorito, a ti te tengo yo ganas, que eso de que vayas salvando a maricones y putas burguesas me da que pensar... —recordaba Ramón que le dijo una vez Sandoval a Melchor, cuando éste intentaba sacar a alguien del cine Europa con una orden oficial.

—Un día, si quieras, salimos a la calle y te arreglo esa cara de cerdo que tienes —había contestado el sevillano.

—Ya se verá, ya... A ver si un día acabas aquí, con todos esos fachitas de mierda que tienes escondidos. Como este chófer tuyo, que tiene cara de facha. Si quieras te hago una visita un día... —Y Sandoval tiraba el cigarro al suelo con desprecio y chulería.

Según contaban algunos, en el cine Europa funcionaba una especie de tribunal que los detenidos llamaban «el tribunal de la muerte». El presidente era Sandoval y, al parecer, sólo trabajaban de noche. Alguno de los que habían conseguido salir de allí relataba que, cuando escenificaban la pantomima del juicio, estaban todos borrachos. Tras un breve interrogatorio, a unos los mandaban a la sala uno, un retrete, para ser *paseados*, y a otros a otro retrete, donde de momento salvaban la vida.

Siempre que él y Ramón pasaban con el Ford por Bravo Murillo, Melchor se cabreaba y torcía el gesto: «¡Qué bien estarían en el frente esos malnacidos y no haciendo estas barbaridades a personas indefensas!». Pero el Ángel sabía que detrás de Sandoval había algunos de la FAI que lo protegían. Y no podía enfrentarse a más gente ni de la CNT ni de la FAI, que

ya había tenido muchos problemas, sobre todo desde lo de Alcalá de Henares.

En aquel Madrid rojo no faltaron «intelectuales» que no sólo justificaron esos desmanes, también incitaron a ellos y los aplaudieron. Melchor había recortado un artículo de Eduardo Zamacois:

Los patriotas que, exponiéndose a morir, vivificaron el actual movimiento salvador no deben avergonzarse de nada de lo que hayan hecho. También en la Revolución francesa se cortaron muchas cabezas y, sin embargo, de aquella tragedia plagada de crímenes surgieron triunfantes los «Derechos del Hombre».

Madrid necesita liberarse de los vividores que la monarquía dejó incrustados en los ministerios y urgía meter a la clerigalla en cintura, acabar con los traidores, con los señoritos holgazanes y con cuantas larvas medran a la sombra del capitalismo.

A veces, a Ramón, cuando venían de salvar a alguien y se enfrentaban a los horrores de la tortura en directo, en esas madrugadas, le sobrevenía un odio incontrolable y se alegraba de las noticias que llegaban del otro lado, de los miles de campesinos y obreros que morían en las tapias ante el avance de las tropas nacionales.

Fusilados, torturados, violados, asesinados, robados, expoliados y encarcelados. En esos momentos no quería héroes como Melchor, deseaba ponerse la camisa azul y ajusticiar hasta que quedaran sólo los suyos. Luego se le pasaba, o la niña lloraba, y volvía a la cama intentando quitarse esos sentimientos.

Pero ahora ya era marzo de 1939 y la guerra estaba ganada —pensó Ramón—. Todo aquello quedaría en el pasado y los torturadores tendrían su merecido. Él sólo pensaba en estar en primera línea cuando vinieran sus camaradas de Falange.

Esa noche, en la casa donde estaban todos protegidos, Ramón había quedado con el Cura y la señora Tita para enseñarles una cosa.

—Mira. —Ramón sacó de una maleta grande una bandera de Falange, la tenía escondida entre ropa y papeles de estraza—. Era la que tenía en

Colmenar. Y aquí hay dos pistolas.

—¿Tienen balas? —preguntó el Cura, mirando insistentemente hacia la puerta.

Ramón les había dicho que el mejor lugar para esconder algo era donde más se viera. Y esa maleta estaba en un rincón del salón, a la vista de todos.

—Pues... —Ramón lo comprobó—. Sí, tienen balas... ésta es un poco antigua —dijo, señalando una Star—. Pero dispara bien, como las que usábamos nosotros antes de la guerra.

—¿Y Melchor? —preguntó algo nerviosa la señora Tita—. ¿No creéis que éste no es el mejor lugar para tener armas?

—¿Y dónde las podemos tener? —respondió Ramón—. Éste es el lugar más seguro, ya os lo he dicho cien veces... ¿Cómo va a sospechar alguien que esto está aquí?

—Si Melchor se entera, nos mata con sus propias manos —aseguró la señora Tita atusándose el pelo como en un acto reflejo—. Tenemos que tener cuidado.

—¿Y qué tenemos que hacer? —El Cura estaba demasiado nervioso. Ramón sabía que podía contar con él, pero sólo para ciertas cosas.

—Está todo planeado —explicó el chófer de Melchor—. En cuanto estén a las puertas, los de la quinta columna se van a hacer con el ayuntamiento, la Telefónica y las radios. Ya está todo previsto.

—¿Sois muchos? —preguntó la señora Tita.

—¿Sois? —Ramón se levantó y se acercó a ella—. «Somos» muchos, mucha gente la que lleva esperando este momento. ¿O es que tú no estás con nosotros? ¿Qué eres, roja tú también?

Eran casi las tres de la madrugada y estaban en el piso de abajo. Un lugar por el que no pasaba nadie de noche. Melchor y los Libertos estaban de asamblea en un local del sindicato y acabarían tarde, y los que quedaban en la casa no solían moverse de sus habitaciones más que para ir al baño o la cocina de la planta superior. Pero, claro, Juana no conocía bien la casa. Tampoco había recorrido más que un pasillo y su habitación, y ese día la Abuelita se había llevado el orinal y olvidó volverlo a dejar en su habitación por la noche, por Pepe, el Joridito, que le había entrado uno de sus miedos y había montado la de San Quintín a gritos y pataletas, como un bebé. Y la

Abuelita tuvo que estar un montón de rato intentando calmarle. Juana, que no conocía bien la casa, entró en la sala, somnolienta, desconcertada y algo mareada, y los pilló in fraganti.

—¡Tú qué haces aquí! —exclamó Ramón, sorprendido, recogiendo la bandera de Falange. Se levantó y apuntó a Juana con la Star.

—¡Pero...! —se despertó de golpe Juana—. ¡Sois unos...!

—¡Ten cuidado! —amenazó el Cura.

—Me lo imaginaba, sabía que algo pasaba en esta casa —intentó decir Juana hasta que Ramón la agarró del cuello, tapándole la boca, por detrás, y la encañonó en la sien.

—Mira, Juanita... —habló Ramón en un tono que el Cura y la señora Tita no le habían oído nunca. Un tono diferente, como de pistolero—. Yo no quiero que haya más muertes, pero... estate calladita y todo irá bien.

—Tengamos la fiesta en paz... —trató de apaciguar la señora Tita. Miró a los ojos a Ramón, que parecía fuera de sí—. ¿Qué vas a hacer? Déjala...

—Mira, Juana, nosotros no queremos más problemas —dijo el Cura, nervioso, sabiendo que estaban haciendo demasiado ruido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? —preguntó Juana.

A ella no le iban a amedrentar por muchas pistolas que tuvieran. Además, si disparaban, Melchor se enteraría de todo.

—Mira, vamos a hacer una cosa... —señaló Ramón, apartando la pistola—. Yo sé que tú no quieras líos, que tampoco estás aquí por gusto, pero... ¿Te imaginas que algo le sucediese a la niña que te cuida?

—No serás capaz de hacerle algo a la niña —le increpó Juana con cara de asco—. Por muy animal que seas, por muy fascista... Ella es la hija de Melchor.

—No tienes ni idea de lo que somos capaces —mintió el Cura.

—No, yo no —sonrió Ramón, soplando la punta de la pistola—. Pero yo conozco a unos cuantos *amiguetes*, amigos de Carrillo y Stalin, a los que les encantaría charlar con la hija de Melchor, tomar un merengue, pasear a solas... conozco dónde se hospedan algunos del PC que siguen escondidos, de los tuyos, sería una pena con lo inocente que es, pero... mi pellejo vale más y esta guerra no me va a ver muerto.

El tono de la conversación había subido de volumen, algunos de la casa se habían despertado, pero la mayoría era demasiado cobarde o tenía demasiado miedo como para salir de las mantas. Se metían debajo y temblaban esperando que la puerta de su habitación no se abriese. Incluso alguno la atrancaba todas las noches con una silla. Amapola se había despertado y se puso la bata para ver qué pasaba. Cuando entró donde estaban Ramón y los demás, le sorprendió ver a Juana en camisón. Todos disimularon, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis todos levantados? —dijo la niña.

—Nada, Amapolita —respondió muy cordial Ramón, escondiendo rápidamente las pistolas sin que la niña se diera cuenta.

Nunca había pensado en hacer daño a Amapola, pero era lo primero que se le había ocurrido para amilanar a Juana.

—Nada, niña, que he venido a traer unos cromos a Pepe y ahora me vuelvo al ayuntamiento... Llévate a Juana a la cama.

—Eso niña... —Juana pensó unos instantes y decidió no delatarlos—. Que me he despertado con el ruido y casi me mareo, menos mal que me han ayudado.

La niña la cogió del brazo y se la fue llevando hacia su habitación.

—Y dale algo para dormir, que está un poco nerviosa —dijo el Cura muy amable, como si la hubiera estado ayudando desde hace un rato.

Desde el piso de arriba Pepe empezó a gritar que estaban todos *joriditos*, que si «no pasarán» y que si había colores en el cielo. Después del día que llevaba y lo que le había costado a la Abuelita dormirle, se había despertado otra vez.

—Lo de Amapolita ¿no lo has dicho en serio...? —volvió a preguntar la señora Tita.

—¿Cómo? —contestó Ramón—. ¡Pero tú piensas que yo...! ¡Que es la hija de Melchor, coño, cómo le voy a hacer daño!... Es lo primero que se me ha ocurrido.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —preguntó el Cura.

—Ésa no tiene dónde caerse muerta. ¿Qué va a hacer? ¿Decirle a Melchor que todos somos del equipo contrario? ¡Si él ya lo sabe, coño!

—¿Por qué no la...? —pensó el Cura en voz alta—. Sí... esta noche... ¿eh?

—Coño, padre —suspiró contrariado Ramón ante los nervios del cura—. Que esto no es tan fácil, que no se puede ir matando a la gente por ahí, que ahora todo el mundo está en guardia... Aquí no se va a matar a nadie. Hay que pensar, hay que ser fríos, no vamos a haber salvado el pellejo toda la guerra para que nos lo fastidie una roja de los cojones... Bueno, guardad esto y la bandera... se la queda usted, padre, en su habitación.

—Pero...

—¿Qué? ¿Me la llevo yo en el coche oficial y la pongo en la CNT? Guárdela con esas mierdas de misa, ahí Melchor nunca miraría.

—Ramón tiene razón. Es un buen sitio —sugirió la señora Tita.

El Cura dudó unos instantes, pero se acercó a Ramón y le quitó la bandera de las manos.

—¡Trae, coño! —dijo, armándose de valor.

—Me voy, que tengo que estar cuando salgan de la reunión, si Melchor no ve el coche...

El Cura cogió las pistolas de la mesa, las metió en la maleta junto a la bandera y se la llevó a su habitación. La señora Tita intentó calmarse, se recolocó la falda y también se fue.

Aquella noche no terminó bien. Pepe, el Joridito, no dejó dormir a nadie con sus gritos y tiró varias veces las infusiones que le trajo la Abuelita. Las tiró al suelo y luego gritaba más fuerte. La Abuelita gritaba a Juan, su marido, porque no la estaba ayudando, y Juan gritaba a Saturnino, el otro hermano de Pepe, por permanecer quieto sin hacer nada. Entonces Amapola pedía calma y decía que aquello era una jaula de grillos y que no había dios que pudiera dormir con tanto follón y que, de un momento a otro, iba a llegar su padre y los pondría a todos firmes.

Melchor no llegó aquella noche. La discusión con los de la CNT fue más larga de lo habitual. Tenían que tomar decisiones y él debía quitar esas ideas que tenían algunos de volar Madrid con dinamita cuando llegaran las tropas de Franco. También había que discutir cómo iban a reorganizar el sindicato en Francia. Y eso no estaba nada claro.

LA ABUELITA

La Abuelita se levantaba la primera, para que nadie fuera a la despensa a olfatear lo que hubiera podido traer Melchor la noche anterior. Ella guardaba la llave y lo organizaba todo. Por algo había sido toda su vida la guardesa de la casa de los señores de su pueblo, que sólo aparecían por allí en verano y algún fin de semana.

Muchos decían que él repartía caviar entre los presos y que los presos comían mejor que la gente que estaba en la calle. La verdad no era ésa, pero sí era cierto que los presos al menos comían una vez al día, cosa que no podía decir todo el mundo en Madrid. El propio Melchor, cuando era director de las prisiones, inspeccionó el rancho y mandó tirar unas ollas que oían a podrido y sabían a excremento de rata. Intentó convencer a la Cruz Roja para que le ayudaran a darles de comer y de paso desviaba algo para la gente que tenía escondida en el palacete y para otros que estaban en otros pisos francos, como unas monjas que tenía guardadas en una buhardilla de la calle San Bernardo. También repartía entre los centros del sindicato y a muchos vecinos del barrio de Lavapiés. Distribuía todo lo que conseguía de las embajadas y de la Cruz Roja.

Mucha gente se moría de hambre y algunos desalmados aprovecharon para el estraperlo, y aceptaban favores sexuales o joyas a cambio de legumbres. En aquellos días, al final de la guerra, el trasiego por el palacete era menor y la cosa estaba más tranquila. Incluso había gente que sólo iba a la casa de noche, a dormir, y luego se iban de allí por la mañana.

La Abuela siempre sonreía, le encantaba cantar por la mañana, cantar al

mediodía, cantar por la tarde, cantar hasta que su marido, Juan, le decía: «Para ya». Ocupar el palacio —pensaba la Abuelita— fue una gran idea. Los Libertos se habían establecido allí, convirtiéndolo en su cuartel general, y habían puesto a la entrada una bandera de la FAI y otra de la CNT. Y allí mandaban ellos. Menos mal, porque otros habían ocupado muchas casas sólo para robarlas y hacer cosas peores.

A veces, la Abuelita se miraba al espejo y no se reconocía con aquel parche. En ocasiones se lo quitaba por si la vista había vuelto. Le parecía sentir el ojo. Pero el ojo ya no estaba, nunca volvió, se quedó en aquella cuneta. No se acordaba bien de aquella noche, tenía muchas lagunas.

A Juan no le gustaba aquel parche, pero prefería el parche al párpado inútil que la hacía tan fea. Porque a él le seguía gustando el *candombe* y sin parche se le quitaban las ganas. Tampoco es que fuera ya un gran amante, como lo fue en sus tiempos mozos, cuando era un tipo fuerte y trabajador. Pero aunque ahora fuera más lento y trajinoso el asunto, a ella sí le gustaba sentirse deseada. Y nada de esas tonterías que decían los curas del pueblo. Se lo había dicho su padre muchas veces: con los curas, distancia, siempre distancia, y a rezar a casa. Ella era muy católica, pero eso de los curas nunca le gustó, prefería hablar con Dios a su manera.

Por el palacete del marqués de Viana habían pasado ministros, empresarios, ingenieros, curas, monjas, gente de todos los partidos. A todos los protegía Melchor.

De hecho, Melchor llevaba muy adentro la represión que la República había realizado contra los suyos y llevaba el recuento de los obreros muertos a causa de la violencia policial desde su columna del periódico *La Tierra*. Llegó a describir a Maura, ministro de Gobernación, como «Maura, el de los ciento ocho muertos»: Dice el señor Maura, el de los ciento ocho muertos, que si la CNT no acata las leyes, llegará un momento en el que el Gobierno, sea el que sea, tendrá que disolverla y perseguirla. Esto, señor Maura, el de los ciento ocho muertos, no nos coge de susto a los hombres que, sacrificándolo todo, defendemos a la gloriosa CNT. Desde que esta central obrera y revolucionaria nació a la vida en España, ha sido constantemente perseguida y sus militantes encarcelados, deportados, ametrallados en plena calle, incluso se les ha aplicado la criminal «ley de

fugas», lo mismo en tiempos de la monarquía tiránica como en los actuales de la República «democrática» de «trabajadores» con tricornios que disparan, bajo sus órdenes, sin previo aviso.

La Abuelita, si tuviera que elegir, quizá se quedara con los socialistas. Besteiro, el viejo Besteiro, que siempre caía bien con su tez blanquecina y su cara de poca cosa. Prefería a los de izquierdas desde que había perdido a uno de sus hijos, al mayor, en Annual, en 1921. Eso no era cristiano, lo que habían hecho con los soldados en África. La Abuela nunca entendió cómo los llevaron al matadero como si fueran corderos, pero, eso sí, sólo a los hijos de los pobres, a los otros no, que pagaban la «cuota» para no ir a la mili. Melchor se lo había explicado bien una de aquellas noches que se habían sentado a hablar. Y de ahí que la Abuela no quisiera ver a los militares ni en pintura. Había perdido a su hijo y nadie le había dado ninguna explicación. Lo habían matado los mismos moros que ahora luchaban al lado de Franco. Ella lo que quería era volver al pueblo, con los dos hijos que le quedaban vivos, y seguir a lo suyo con su Juan.

Cuantas más animaladas profiriera de palabra el patán de Queipo de Llano y más burradas hicieran Yagüe, Varela, Franco, Sagardía Ramos y los demás, más humanos parecían, a pesar de todo, los rojos.

Pensaba en los suyos, en sus hijos. Al menos seguían vivos, uno que estaba en Valencia y el otro en Albacete. La mejor de las suertes, que sabían leer y escribir y habían estudiado, y eso les había servido para estar en la academia de telecomunicaciones, junto a los pocos ingenieros y técnicos que tenía la República, y allí no pegaron tiros. Se lo tenía que agradecer a los señores de su pueblo a quienes servía, que sus hijos tuvieron cuadernos y lápices, y algún dinero para poder ir a la escuela. Se decía que aquellos señores eran incluso republicanos. Ella no lo sabía, porque en los pueblos la gente habla y cuenta cosas...

Ella recriminaba a los del pueblo que hablasen mal de sus señores, que se habían portado muy bien con su familia. Cuando su hijo Dionisio venía de Barcelona, donde hizo la mili, con algún permiso y se afilió a la CNT, él llamaba a los señores «los explotadores» y ella montaba en cólera y le pedía a su marido, Juan, que le dijera algo, pero él no decía nada. Nunca decía nada, que Juan no era mucho de opinar. La Abuela sí, que leía todos los

periódicos para ver si se enteraba de lo que pasaba en Barcelona y los periódicos no paraban de hablar de los enfrentamientos entre los esbirros de la patronal y los grupos de acción de la CNT.

Quizá interesada por algo que le había contado su hijo Dionisio, una tarde le pidió a Melchor que le hablara de la Barcelona de antes de la guerra y éste le explicó que los años veinte habían sido tiempos convulsos en toda España, y más en Cataluña, donde había un sindicalista llamado Salvador Seguí, el Noi del Sucre. Él sabía —le dijo Melchor— que la patronal catalana quería matarlo por sus actividades sindicales. Una patronal que no tardaría mucho en subirse al caballo del general Primo de Rivera. Pero lo más miserable de aquel asesinato fue el argumento con el cual los duros de la patronal impusieron su ley: «Salvador Seguí debe morir porque con sus discursos moderados nos está ganando todas las huelgas y eso nos hace mucho más daño que las pistolas de Durruti y sus compinches».

Asesinaron a Seguí —aseguró Melchor— porque era un sindicalista decente, gravísimo pecado para aquella burguesía podrida que primero apoyó a Severiano Martínez Anido y su «ley de fugas», luego a Primo de Rivera y finalmente estaban apoyando a Franco.

La muerte de Seguí había sido decidida en la sombra y encargaron a Pedro Homs que organizara el atentado.

Homs había recibido ya una importante cantidad del dinero que iba a cobrar por su trabajo. Homs, el antiguo abogado, que desde el anarquismo derivó hacia el matonismo, había organizado una peligrosa banda comandada por su mujer, la Payesa, y ahora debía encontrar a la persona adecuada para apretar el gatillo. Ni Homs ni la Payesa lo dudaron: Inocencio Faced sería el hombre. Faced había sobrevivido a todas las mutaciones del pistolerismo, además era un viejo conocido de Seguí.

Fue en marzo de 1923, un duro golpe para todos. Teresa Muntaner, la esposa de Seguí, embarazada de seis meses, le abrió la puerta del pequeño piso de la calle Valencia en que vivían a Francesc Comas Pagés, a quien todos llaman Perones. Perones era un vidriero cenetista de veintisiete años, delgado y con las orejas de sopillo, que quería y admiraba al Noi. «Tenía el pelo como una boina», le contó una vez Teresa a Melchor mucho tiempo después. La mujer de Perones estaba también embarazada y allí quedaron

las dos, esperando a que sus maridos regresaran de hacer un cobro para el sindicato. Pero nunca volvieron. Teresa había tenido un mal presentimiento al despedirse y se había quedado unos segundos mirando cómo bajaban las escaleras. Salvador le hizo unas caricias y le sonrió, como siempre. Luego, unas horas más tarde, unos compañeros llamaron a su puerta y no hizo falta decir nada, que el dolor ya le subía por el estómago desde que había escuchado unos pasos que no eran los habituales, pues él siempre silbaba al subir.

El día en que el anarquismo español cambió de rumbo comenzó con Perones comprando tabaco. Seguí le esperaba fuera, tranquilo. Todo fue muy rápido. Varios testigos vieron a los tres hombres. Nadie sabe de dónde salieron, por qué calle llegaron. Uno, cubierto con una gabardina ligera y de color claro, era Inocencio Faced, que se dirigió hacia Seguí a grandes zancadas pero sin correr y disparó contra él. Al mismo tiempo los otros dos hicieron varios disparos al aire para sembrar el pánico y ahuyentar a la gente. Fue uno de esos dos quien disparó a Perones cuando salía de un estanco. Perones resbaló, quizás ya herido, y cayó. Se levantó y entonces recibió un segundo tiro en un costado que lo hizo trastabillar, pero no lo derrumbó y consiguió refugiarse en una carnicería. Unos segundos antes, Perones vio cómo un hombre menudo y ágil se puso al lado del Noi del Sucre y le colocaba la pistola en la cabeza al tiempo que Seguí lo reconocía y, sabiendo que iba a morir, se giraba tratando de sacar su pistola del bolsillo cuando ya era tarde, cuando el Noi ya estaba al otro lado de la vida.

Corrieron los asesinos, mientras una mujer gateaba por la acera, con una herida de bala.

El Noi conocía muy bien a Inocencio Faced, que había pertenecido al sector metalúrgico de la CNT. Siempre fue violento y fue acusado del atentado con bomba en el cabaré Pompeya. Durante el interrogatorio se vino abajo y se hizo confidente de la policía de Martínez Anido. A Seguí nunca le gustó aquel tipo que no paraba de hacerle la pelota. «Al *nen* ese lo quiero lejos. No lo trago», había dicho el Noi del Sucre a los más próximos.

Melchor y los suyos, los que abogaban por la no violencia, sabían que con la muerte de Seguí había caído el muro de contención contra el uso de la violencia sindical que Seguí y sus seguidores, Juan Peiró y Ángel Pestaña,

habían mantenido. Se rompió en favor de los partidarios de la Star y de la bomba, cuyo liderazgo fue asumido por «los solidarios», es decir, Durruti, los Ascaso, García Oliver y demás partidarios de la «acción directa», «los mejores terroristas de la clase trabajadora», en palabras de García Oliver. La CNT quedó así definitivamente dividida entre los defensores de la autonomía sindical, como Peiró y Pestaña, y los partidarios de la «acción directa», que ya habían hecho una fuerte «gimnasia revolucionaria» asesinando, por ejemplo, al arzobispo de Zaragoza.

La Abuela no entendía que Melchor no condenase con más fuerza a aquellos pistoleros. Melchor decía que eran violentos, sí, pero el Estado también lo era y, aunque él no aprobara aquellas violencias, sintió mucho la muerte de Durruti, en noviembre del treinta y seis, y fue a verle antes de que falleciera en el hotel Ritz y se le saltaron las lágrimas. Al fin y al cabo, era un compañero y era valiente. Pero a la Abuelita, aquello de que mataran a un hombre desarmado no le gustaba nada, que seguro que el cardenal no iba armado.

Aquella mañana la Abuelita se levantó cantando. Casi no le apetecía, pero pensó que si ella no cantaba en casa, nadie lo iba a hacer, así que abrió las ventanas para airear y cantó con voz suave. Fue a ver a Juana, pero ésta dormía. Le preparó una infusión y fue a limpiar unos cardos que había conseguido Melchor. Eran del campo y estaban frescos. Poco después llegó Amapola y se sentó a su lado para ayudarla con los cardos.

—No sé, no sé... —decía la Abuelita.

—Yo sólo te digo lo que oí —insistió Amapola, refiriéndose a una conversación que había escuchado a gente de la casa.

—¿Y qué si lo hacen? Pasar gente al otro lado tampoco es malo, aquí también se ha hecho siempre que se ha podido.

—Ya, pero no sé si hacen más cosas y no nos enteramos —comentaba Amapola en bajito.

—Niña, tú no te metas. Quédate al margen, ahora no es momento de andar molestando a tu padre.

La Abuelita sabía perfectamente lo que sufría la niña, lo que había

sufrido con la separación de sus padres.

—¿Por qué nunca me has preguntado de cuando llegué? —le preguntó.

—Ésas son tus cosas... —respondió la niña.

—¿Lo quieres saber?

—Bueno —dijo la niña—. ¿Juan y tú erais fascistas?

—¿Yo? ¿Y Juan? —rio—. Niña, ¿tú me ves con edad de ser algo ya? Yo no sé de esas cosas. Nosotros guardábamos la casa de unos ricos y cuando entraron pues...

—Os fusilaron.

—Sí —intentó reír para quitarle hierro al asunto—, pero las armas eran de pequeño calibre... Creyeron que mi Juan estaba muerto. A mí me dejaron herida. Yo creo que se asustaron, que vieron las luces y los gritos de los vecinos y se asustaron. Tenían los brazaletes de la FAI, pensamos que eran anarquistas, pero sólo venían a robar.

—Hay gente mala. —Amapola miraba los cardos e imitaba lo que hacía la Abuelita—. ¿Por eso perdiste el ojo?

—Por eso... Amapolita, pero no hay que confundirse... Dicen que los que vienen son peores y fusilan con jueces y abogados. Mira lo que han hecho en Sevilla, en Granada, o en Badajoz, no sé cómo pueden llamarse católicos, si Dios les viera hacer eso que hacen.

—¿Entonces quiénes son los buenos...? ¿Si los otros son unos bestias y los de este lado te han hecho eso?

—La gente como tu padre, niña, los que viven en otro mundo. Celedonio, tu padre, ésos son los buenos. Pase lo que pase, tú te vienes conmigo y con Juan.

—¿A Valdemoro?

—Adonde haga falta, a Valdemoro o adonde sea. Si sigue en pie mi casa, a mi casa, y si no ya nos buscaremos la vida.

La Abuelita volvió a canturrear y la niña la siguió. Solían cantar juntas canciones y cuando Amapola no se las sabía, la Abuela se las enseñaba. Lo del nombre de la Abuelita le gustaba, tanto que casi había olvidado el suyo. A ella también la había encontrado Melchor en una cuneta, los había traído a la casa a ella y a Juan, y les había dado una vida nueva. Le debía tanto a ese hombre que no quería defraudarlo, ni a él ni a la niña.

Juana se había despertado tarde. Había estado remoloneando en la cama y por la habitación, con miedo a salir por lo que había visto a Ramón y al Cura la noche anterior. No se lo contaría a nadie e intentaría largarse de allí lo antes posible. Había dudado si irse y abandonar aquella casa de locos, pero tomó la decisión de esperar unos días. Todavía se encontraba muy débil y no tenía papeles para enseñar en los controles. Además, Melchor la protegía.

—¿Qué tal estás por la mañana? —le preguntó la Abuelita cuando la vio aparecer por el salón—. ¿Más tranquila?

—La cabeza me va a estallar —respondió Juana, intentando sonreír—. ¿Hoy vais a dejar que me vaya?

—Pero ¿por qué te quieres ir? —dijo Amapola riendo—. ¿Dónde vas a estar más segura que en esta casa?

—Ya... —continuó Juana—. Si yo sé que habéis sido muy buenos, pero ya está todo calmado... En cuanto tenga unos papeles, me vuelvo a casa con los míos, si es que queda alguno ya.

—Bueno —intentó zanjar la Abuelita—, habla con Melchor y que él te diga.

Juana tosió levemente y se tocó las muñecas. La pierna todavía no se arreglaba bien del todo, pero ya cojeaba menos y eso le permitía desenvolverse mejor. Tenía ahora más fuerza interior, más vitalidad. Pensaba que quienes tenían algo por lo que vivir superaban todo, bueno, casi todo. La Abuelita la observaba sabiendo que algo había cambiado en la mirada de Juana. La contemplaba con su ojo del parche, cuando Juana no se daba cuenta. El ojo con el que no veía, pero que intuía las cosas.

La Abuelita sabía que Melchor siempre se las ingenió para salvar a todo el mundo y dar de comer a todo el que se acercara. Incluso les entregaba, al principio de la guerra, fotos suyas con el sello de la FAI y firmadas por él, para que la gente las enseñara en los registros como símbolo de aquiescencia con el bando republicano. Y, de hecho, en muchas ocasiones esos documentos sirvieron para salvar vidas.

Cuando ocuparon el palacete, Melchor hizo un inventario pormenorizado de todo lo que había en la casa y nadie se llevó nada. Había vivido siempre pobre, así que no tenía necesidades.

Pepe, el Joridito, entró en el salón y bajó la cabeza como un perrito cuando vio a la Abuelita. Se dirigió a la ventana y canturreó mientras sacaba unos cromos.

—Hombre, Pepe —le saludó Amapola sonriendo—. ¡Vaya nochecita!, ¿qué? ¿cómo andamos?

—*Joridito, estoy joridito.*

—Como siempre, eso no cambia, truene o haga sol —soltó la Abuelita un poco enfadada.

—Anda, Pepe, ayúdame con esto. —La niña se levantó y le dio unos trapos recién lavados que estaban en un cesto para que le ayudase a doblarlos. Pepe no sabía muy bien qué hacer y la niña jugaba con él y él sonreía.

—Niña —dijo Pepe—, ¿han entrado ya los míos?

—No, todavía no —replicó Amapolita—, pero están ya a las puertas, no te preocupes.

—Éste es el cuerpo de Cristo, que será entregado... —repitió Pepe como si estuviera tomando la comunión. Hacía todos los gestos como de memoria y parecía un actor de cine mudo.

—Calla, Pepe, calla —le recomendó la niña, riendo—, que mi padre está a punto de venir y como te oiga rezando...

—¡No pasarán! —exclamó Pepe, levantando el brazo derecho con el saludo de los césares, el fascista.

—Éste no se entera... —Amapolita se rio de nuevo—. ¡Que los que tienen que pasar son los tuyos! Y estás mezclando las cosas.

—Bueno, que a él no le importa. —Se rio la Abuelita.

Amapola se quedó mirando por la ventana, a ver si venía Josito, el miliciano, que hoy parecía no estar de guardia. Intuía que lo de David había terminado, que no le iba a ver más... Había paseado con Matilde un par de veces por La Latina y Bailén y en el parque no había nadie, tampoco en el apartamento. Mejor huido que fusilado, pensó la chica.

—No entiendo a tu padre... —dijo la Abuelita.

—Ni tú ni nadie, pero los de su grupo son así. Son anarquistas de toda la

vida. Se llaman los Libertos y creen que el hombre está por encima de las ideas. Que se puede morir por las ideas, pero nunca matar por ellas.

—... Y que nos maten los franquistas —añadió Juana—, que no tienen tantos miramientos.

—No sé, no creo que mi padre esté pensando eso, no sé...

—Pues no, no pienso en eso —habló Melchor, que había estado escuchando la conversación desde la puerta mientras se quitaba la cazadora de cuero—. ¿Qué, Juana, cómo vas?

—Melchor —respondió Juana algo sonrojada—, estoy un poco nerviosa... yo aquí... no es que me cuidéis mal, pero... quiero irme a casa.

—¿Y quién te lo impide? —afirmó Melchor mientras encendía el flexo de la mesa grande y se ponía a buscar carpetas—. Vete, si quieres, en cuanto estés recuperada. ¿Tienes algún carné de las JSU o del PCE?

—Sí, los dos.

—Antes de irte dámelos, hay que quemarlos.

—Pero...

—Ahora vosotros no tenéis amigos en ningún lado y a ti no te puedo sacar ya por ninguna embajada. Francia e Inglaterra han reconocido a Franco, Azaña ha dimitido. Ese hombre nunca hizo las cosas a tiempo...

—Yo me quedo en Madrid.

—Ya... —sonrió Melchor—. Todos dicen que se quedan en Madrid y luego cogen el primer avión para Argel. Los fascistas han prometido que quien no tenga delitos de sangre no tiene nada que temer, pero ya los conoces... Tú haz lo que quieras, pero no te quedes con los carnés. Los tuyos quemaron casi todos los registros antes de irse, así que si tienes suerte... Aquí estás bien, pero fuera estarás sola.

—No tengo miedo.

—No digas tonterías, Juana. Todos tenemos miedo. Intenta salvar tu vida. A lo mejor la persecución no dura mucho y todo vuelve a la normalidad en poco tiempo, qué sé yo... Hay que vivir y volver a la lucha. Le diré a Ventura que te haga un papel, por si quieras salir de Madrid estos días. Te pongo el sello de la FAI y de algo te servirá. Hay momentos en que hay que olvidarse del orgullo. Si tienes una foto de esas de carné, dámela. Bueno, Amapolita, ven conmigo al despacho.

Juana se quedó pensativa. Realmente aquel tipo se había creído su papel y quería extender sus tentáculos protectores a todo el mundo, incluso a los comunistas que tanto detestaba. Pero quemar sus carnés, los carnés de los que se sentía tan orgullosa...

Melchor y Amapola entraron en el despacho.

—¡Pero qué guapa estás! —exclamó Melchor, espachurrándola contra él
—. ¿Qué tal con tu madre?

—Bien. Me ha dado una llave —respondió la niña.

—Una madre es una madre, niña, pero por encima están las ideas, eso recuérdalo siempre. Y tu madre va por el mundo sin ideas... Pero es una buena mujer.

—Y las ideas, ¿para qué sirven, papá? ¿Para estar todo el día en la cárcel? Yo no sé... ¿Qué voy a hacer cuando entren? Dice la Abuelita que...

—Tú no hagas caso. Nadie sabe lo que van a hacer. Estamos tú y yo, solos... ¿Has vuelto a ver al bailarín?

—No, ¿por?...

—Sí, ese con el que bailabas, el que era director de baile, el de los tangos. No te hagas la tonta, que sé que andas con él. ¿Lo has visto estos días?

—No, ya hace bastantes días que no...

—Si le ves, me lo dices, ¿estamos?

—Sí, papá... claro... ¿pasa algo?

—Nada, no pasa nada, hija... Me ofrecen salir del país con Juan López, un compañero, y ocho mil francos de la CNT, y llevarnos a Francia. Tengo dos pasaportes, el tuyo y el mío.

—¿Y la Abuelita? ¿Y mamá?

—Niña, ¿tú quieres irte?

—¿Yo...? Yo no, papá, yo quiero quedarme en Madrid, tú no has hecho nada, a mí me da miedo irme a Francia, que todo el mundo dice que pronto habrá guerra allí.

—Yo tampoco me quiero ir, aquí hace falta gente y alguien tiene que parar la primera embestida en Madrid cuando entren esos animales. Y a mí los de Franco creo que me respetarán. Ahora tengo que salir... Por cierto, ve a ver a tu madre, anda, y llévate a Josito de escolta. No es bueno que esté

sola, llévale algo de arroz o lo que haya en la despensa. Que coma algo, que está muy delgada. Dame un beso, anda... Oye, Polita, cuando entren, tu madre y tú vais a necesitaros mucho...

Amapola salió del despacho feliz por quedarse en Madrid, no quería irse a Francia ni a ningún otro lugar. Aquellos días circulaban montones de historias sobre campos de concentración en Francia. Aparte de hambre y frío. ¿Para qué, entonces, cruzar la frontera? Además, su padre no había hecho nada malo... sólo salvar vidas.

Melchor se encerró en el despacho después de que se fuera la niña y respiró hondamente, como preparándose para la derrota, y puso la radio a ver si daban algún parte. Él ya se sentía definitivamente derrotado. En los pocos momentos de soledad que había tenido desde que empezó esa fatídica guerra, no había tenido ni tiempo para pensar en sí mismo. En la radio, Casado se dirigía a los franquistas: Nuestra guerra no terminará mientras no aseguréis la independencia de España. El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. ¡Establecedla! No soy yo quien así os habla. Os lo dice un millón de hombres movilizados y una retaguardia sin posible retirada y dispuesta a batirse hasta la muerte. Escoged.

Amapola lloró y lloró aquella noche y comprobó que la madurez equivalía a vivir en la mentira y no en la verdad, ni siquiera la verdad para uno mismo. Vivir vidas de mentira, eso era cumplir años. Con la amanecida, un chico de Lavapiés le vino con una carta. Era de David, aunque el remitente era otra persona. La carta era corta: *Adiós, mi niña, mi secreto, mi amor.*

Se sintió como una viuda más de las muchas que había en la ciudad.

MATILDE

Matilde era *gata* por los cuatro costados y de ahí su graciosa manera de hablar marcando cada sílaba, como si lo hiciese en morse. De padre, madre y abuelos de Madrid. Matilde era pobre, de los que no tenían absolutamente nada.

Amapolita se portaba muy bien con ella, porque repartía con las amigas de las corralas lo que iban teniendo en casa, que Melchor había sido muy buen chapista y siempre que salía de la cárcel se lo rifaban en los talleres. Antes de la guerra, claro. Además Paca, entre el baile y una cosa de aquí y otra de allá, sacaba alguna perra, que era muy negocianta.

Matilde inventaba cosas, frases y palabras, por ejemplo decía que el abuelo de Amapola, el padre de Paca, era de profesión *violinista*, porque «cogía *ca violina* que *pa qué*».

Ahora, en guerra, como Amapola ya no vivía en la calle del Amparo porque prefería estar con los del palacete junto a su padre, Matilde iba casi todos los días a visitarla y allí charlaban, viendo los cuadros y los adornos caros que su padre no les dejaba ni tocar.

Matilde tenía un hermano, Paquito, que era muy listo. Además de listo, Paquito era muy guapo, como un atleta, le gustaba nadar, correr y saltar y lo hacía siempre «más alto, más lejos y más fuerte» que los demás niños. Era dos meses menor que Amapola y habían sido hermanos de pecho. Como la madre de Matilde no había tenido leche y Paca tenía de sobra, amamantó a los dos, y él siempre sentía a Paca como a su «otra madre». Y a Paca le gustaba aquello, porque nunca había tenido un hijo varón.

Así que Matilde y Amapola compartían hermano. Y Matilde decía aquello de «Mi hermanita *l'Amapola*, que mire *usted* que anda *estirá*», porque Amapola caminaba como si no hubiera suelo, con la espalda bien recta.

Matilde sí sabía que Amapola y David habían ensayado, sin que nadie los viera, unos bailes algo picantes. David era un bailarín de primera y había montado algún espectáculo durante la guerra gracias a Pastora Imperio y a Paca, con el beneplácito de Melchor, que cuidó de él cuando David dejó el frente.

Matilde era feliz, siempre se reía y siempre hacía reír, y pasaba la guerra lo mejor que podía hasta aquel día que se fueron a la Casa de Campo y nadie reparó en un grupo de chavales que iban a darse un chapuzón. Los soldados ya no pegaban allí tiros, pero los cadáveres de noviembre de 1936 que se quedaron sin enterrar habían contaminado las aguas de los arroyos que iban al Manzanares y del arroyo de Meques. La Casa de Campo había sido un lugar con demasiados muertos. Los tres jugaron, intentaron coger ranas y Paquito se metió en el agua para ver si agarraba algo vivo. Y así fue como cogió el tifus y vivió apenas dos semanas.

—Yo pensaba que él era inmortal —había dicho Amapola.

Matilde, a quien nadie quitaba la sonrisa, se volvió triste y le contó a su amiga que había llorado mucho y que aún le quedaba mucho por llorar. Y cuando Matilde ya no tenía las lágrimas a flor de piel, se atrevió a contarle a su amiga unos chismorreos que había oído sobre David.

—Y ¿de verdad oíste eso? Pero ¿era David, mi David? —preguntó extrañada Amapola.

—Lo de la fiesta de hombres no me lo puedo inventar porque yo ni sabía que existían esas cosas. Que dicen que había gachós vestidos de señora y todo. Pero lo de espía... chica, un poco misterioso sí que era el menda. Y más cosas, pero se callaron cuando vieron que yo había entrado en el bar, como saben que te conozco...

—¿Quiénes eran?

—De los de tu padre, Polita, que llevaban los colores en el gorro. Yo no sé, chica, si yo antes de que me dijeras que estabais *arrimaos* pensaba que era un *mariposón* de éhos... con esos andares, parecía un conde o algo así.

—Qué va, de mariquita nada...

—No te pongas nerviosa, mujer. ¿Y se ha marchado el gachó?

—No sé... Bueno, sí...

Amapola le enseñó la escueta carta de David y lloraron juntas.

—Mati, ¿cuándo fue la última vez que fuimos felices? ¿Te acuerdas? Pero felices, felices de verdad —preguntó Amapola.

—Hija, no sé... hace mucho. Yo ya ni me acuerdo. Dice mi madre que los pobres no somos nunca felices, porque la felicidad cuesta un dinero *que pa qué*.

—Te acuerdas de aquel día que nos hicimos la foto con cara de memos, todos, que vinieron mis primos, ¿te acuerdas?

—Eso fue el día de la República, cuando nos llevó tu padre a la Cibeles.

—Yo creo que después de eso todo ha sido cuesta arriba, ¿no?

El día de la República. Aquella República que, según Cipriano Mera, no iba a ser más que el refugio de otro montón de ricos. Habían pasado casi ocho años y eran entonces unas crías, pero lo recordaban como algo muy especial. Melchor había llevado a los chicos de la corrala a la Cibeles, que ahora estaba llena de sacos de arena, pero aquel día de abril de 1931, Paquito se subía con Melchor a todas las alturas: farolas, quioscos, altillos, para ver a toda la gente que se agolpaba tirando al aire sus sombreros y cantando.

—¿Te acuerdas? «El rey no se ha *marchao*, que lo hemos *echao*» —recordaba Matilde.

Aquel 14 de abril había sido uno de los días grandes para casi todos los madrileños. El rey se había marchado por la puerta de atrás porque el pueblo no quería más privilegios, ni más monarquías, ni más dictaduras.

La monarquía iba a dejar una España dividida y un Ejército sobredimensionado y politizado. Ejército que, además, estaba marcado por una desastrosa aventura colonial en la que había enterrado buena parte de su prestigio. La trágica sublevación del regimiento de Jaca, en diciembre, que fracasó, como otras tantas anteriores, y el posterior fusilamiento del capitán Fermín Galán hicieron caer al Gobierno presidido por el general Dámaso Berenguer, y el nuevo Gobierno del almirante Aznar, con Romanones como ministro de Estado, terminó por convocar elecciones para el 12 de abril de 1931.

La suerte estaba echada. Al rey sólo le quedaba un camino: el de Cartagena, para desde allí partir hacia el exilio. Alfonso XIII había vuelto de El Escorial en el lujoso Duesenberg al que alguna vez le había pulido la chapa Melchor en el taller. Había ido a despedirse de su madre con unas violetas.

Aquel 14 de abril de 1931, Melchor, en efecto, había entrado corriendo en casa, había cogido su sombrero y se había llevado a un grupo de chicos gritones que no sabían muy bien ni qué celebraban, ni por qué estaban tan felices, pero lo estaban. Luego, después de la alegría inicial, llegaron varios compañeros y decidieron hablar con el Gobierno para que liberara a los sindicalistas presos, que ya era hora. La CNT llevaba casi diez años ilegalizada y había llegado la hora de la libertad. Maura, que ejercía ya de ministro de la Gobernación, ante la presión de la CNT, tuvo que abrir las rejas y liberarlos. «O lo hacía rápido o iba a haber en Madrid otra toma de la Bastilla», le amenazaron.

Melchor y los demás sindicalistas sabían que la alegría es algo que dura poco a los pobres y se temían que quienes vendrían también eran burgueses.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó Amapolita a Matilde—. Ya sé que no quieras hablar, pero yo también lo quería mucho, como a un hermano, ya lo sabes.

—¿Yo? —Matilde lo pensó un instante—. Pues, chica, no sé, tendría que estar más de malas, pero es que no me sale... Y yo quería mucho a Paquito, que era mi hermano del alma, pero es que no me salen ya más lágrimas de tantas que he *echao*. ¿Soy mala persona por eso?

—Ya te vendrán... Mi padre dice que a todos nos vendrán cuando acabe la guerra. Y un día soltaremos todo junto y nos tiraremos dos o tres días con dolor de ojos de tantas lágrimas.

—Ya, si es que acaba de una puñetera vez... Polita —dijo Matilde, dejando de tirar piedras al hueco de la valla y levantando la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué?

—¿Por qué no me enseñas ese tango?

—¿Cuál?

—El que bailabas con David.

—¿El de la mano así? —Amapola hizo gestos con la mano como si se acariciase el rostro sensualmente.

—Sí, ese de la mano así... antes de ir para casa.

—Pero es que sin David...

—Bueno, pues *ná*, que si no te valgo...

—Que no, tonta, Mati. —Le guiñó el ojo Amapolita—. Que era para hacerte rabiar. Mira, tú pon cara de que estás muy enfadada, que ése es el truco del tango...

Y allí quedaron bailando en la valla del parque, justo detrás de San Francisco el Grande, junto al parque de la Cornisa, riendo y cantando. Mientras, la madre de Matilde esperaba a que los vecinos dieran el último adiós al gran Paquito, que si no hubiera sido por la guerra, habría sido premio Nobel o un atleta de las Olimpiadas.

EL CURA

No es que lo hubiera tenido fácil. Ser cura era quizá una de las pocas «salvaciones» que había en su país para no caer en la botella, en la mina o en la pobreza más horrible. Y su madre lo sabía, por eso había hecho tantas gestiones para que lo acogieran en el seminario, que allí tendría educación y paz. Además, se le veía espabilado desde que era un crío. Su madre andaba rezando y rezando, con la cabeza agachada ante los sacerdotes, los patronos, los militares, los hombres, los caballos... Todos eran más importantes que una insignificante india mestiza.

El padre del Cura los había abandonado, a su madre y a él. Su madre hubiera preferido que su marido hubiera muerto en la mina, así le habrían dado algo de dinero los del sindicato o el patrón la habría visitado con un sobre y unos pocos billetes. Era un mal hombre a quien ellos nunca le importaron nada. Trabajaba en la mina y luego se emborrachaba, pero nunca les pegó demasiado, al menos, no les daba correa, como hacían los padres de sus amigos.

El Cura, cuando niño, creía que la voz del pueblo rugiría más que el león de los patronos y se impondrían la cordura y la paz. «La paz la va a traer el Señor a toda América». Y las amigas de su madre le besaban en la frente y comentaban que era como un pequeño santo y que tenía que hacerse sacerdote.

En el seminario aprendió las cosas que realmente daban sentido a su vida. Aprendió que la luz ilumina a todos por igual, pero hay que saber verla. Aprendió que la Iglesia era más importante que las vidas mundanas. Que su

labor evangelizadora era pura y que las ideas de los ateos no eran buenas para el pueblo porque le llenaban la cabeza de pájaros y le apartaban del camino recto. Aprendió muy rápido el latín y las escrituras, y fue el mejor alumno de su promoción.

Su madre se sintió santa, como la Virgen María, y las amigas y la gente del pueblo pronto empezaron a ir a su casa para que ella bendijera a sus hijos recién nacidos.

Los señores habían ayudado mucho en la región. Ellos habían hecho prosperar la mina y habían dado trabajo. Sin la mina todos hubieran tenido que emigrar. Eso oía él cuando, ya ordenado, pudo sentarse a la mesa de los señores. También había conseguido ser el ayudante del obispo, gracias a la señora. Y ella, la señora, le miraba como si estuviera esculpiendo su propia obra.

Acompañaba a monseñor en sus viajes e incluso le escribía algún sermón. El obispo le decía que tendría un buen futuro si seguía así, escuchando y callando, que un buen cura nunca dice lo que piensa. Tanta suerte y tan buen hacer que hasta le llevó con él al Vaticano y allí quedó deslumbrado por tanto fulgor.

El Cura ahora tenía dudas sobre la Iglesia europea. Él abogaba por una Iglesia americana, lejos de la opulencia del Vaticano, pero iba a ser una tarea difícil. Se sentía como un Lutero de los Andes, con una reforma en la que se escuchara al pueblo indígena y a los pobres.

Fue la mala suerte lo que lo trajo a España. En mal momento y en un Madrid donde se anunciaba ya la guerra, y cuando ésta estalló, tuvo que buscarse la vida de casa en casa.

—La única Iglesia que ilumina es la que arde.

Eso le dijeron aquellos tipos cuando le sacaron de su escondite a culatazos. Él y sus compañeros curas se encomendaron a la Virgen y rezaron sus últimas oraciones, pero uno de ellos sacó una pistola de entre la sotana y se puso a pegar tiros, provocando que los milicianos les dispararan, matando a tres curas. A él lo llevaron preso y lo interrogaron en un sótano y fue allí donde Melchor entró a liberarlo. Ese día tuvo mucha suerte. El anarquista apareció con Batista en el momento justo y le salvó la vida.

En aquellos días terminales de marzo ya llevaba escondido en aquella

casa más de dos años. Se había acostumbrado al miedo y a pasear por las calles con documentación falsa como un rojo más. De vez en cuando, salía del palacete y conseguía los libros que nadie quería, los que ni siquiera habían servido para quemar en las estufas, y de esa guisa salvó decenas de libros sagrados y los protegía.

Durante los dos años había estado confesando en secreto a la gente de la casa, aunque muchos no se fiaban de él, por racismo, por ser medio indio, y preferían, como Ramón, ir al Retiro, donde muchos curitas se jugaban la vida ejerciendo de confesores en improvisados bancos del parque. Amapola, después de un bombardeo, que había matado a mucha gente, también se había acercado a él buscando a Dios, procurando protección. Que las bombas y los muertos se le agarraban al estómago.

Él era muy crítico con la Iglesia. Sabía sus defectos, pero mejor la Iglesia y sus desmanes que esos bolcheviques o esos otros anarquistas que querían destruir la fe y todas las cosas por las que muchos habían dado su vida. Tantos santos que habían muerto a manos de los milicianos por la palabra de Dios, que es la única palabra que habla del amor y la vida. No lo podía entender. Llegaban rumores contando verdaderas matanzas de frailes en Barcelona y en otras partes de España. Él, como tantos otros que estaban escondidos y aunque no fuera un sentimiento cristiano, se alegraba de las matanzas que realizaba el Ejército «nacional» —se lo tenían merecido por ateos y asesinos—, aunque luego rezaba por sus almas.

Estos últimos días estaba bastante intranquilo ante la llegada de los suyos. No salía de la casa y se pasaba horas mirando por las ventanas a ver si escuchaba un *Cara al sol* o veía alguna bandera de Franco. Al fin, la República había perdido y sólo era cuestión de días.

Esa tarde fue a ver a la niña a su habitación con un regalo. Esperó a que Melchor no estuviera, que no le gustaba que su hija anduviese con curas, y llamó a la puerta con tres golpecitos a modo de contraseña, como otras tardes.

—Pasa —dijo Amapola, que se sorprendió un poco, porque esperaba a otra persona. Se estaba arreglando, con un vestido de flores y unos pendientes a juego. El Cura entró y cerró la puerta cuidadosamente.

—Hola, Polita, no quería molestarte... ¿Puedo?

—¡Ah! Claro, padre, pase. Bueno, estaba a punto de irme.

—Es que... como últimamente no hablamos mucho, pues... Mira lo que te he traído, un par de libros. —Sacó de una mochilita dos libros, como si fueran un tesoro.

—¿Vidas de santos? —se sorprendió Amapola, intentando que no se notara su falta de interés.

—No, hija, no es la vida de cualquier santo. Son la *Vida y obra de San Juan de la Cruz* y *Los martirios de San Lorenzo*.

—Bueno, ahora no tenía nada que leer.

—Hay que leer mucho, pero hay que leer cosas buenas, niña. Libros ejemplares, que nos sirvan... Pero no se lo digas a tu padre.

—Claro, padre, como le diga que leo los libros que me trae usted...

—Tu padre es santo, aunque él no lo sabe, como muchos santos, que no lo sabían.

—Por eso le llaman el Ángel Rojo.

—Por eso. Pero aunque él tenga esas ideas, tú tienes que rezar por él —dijo el Cura con aire de sermón.

—Si yo rezo. No sé muy bien para qué, pero rezo. Ya sabe usted: hace tiempo que me puse a rezar. Desde lo del obús.

Un obús le cambió la vida a Amapolita. Ella iba sola paseando por la calle Recoletos cuando cayó un obús y tiró abajo un chalé. Amapola se portó como una valiente. Había sacado de allí uno por uno a todos los que pudo y luego casi perdió el conocimiento. La encontraron horas después caminando por Cuatro Caminos, perdida, como si no supiera ni quién era. Decían que a lo mejor había sido el *Abuelo*, un cañón que tenían apostado los nacionales, pero quizás había sido la aviación, una de las bombas perdidas de los aviones Savoia, esos bombarderos italianos tan grandes que sonaban como una carraca, como el motor de un camión viejo. Se oían desde lejos. Rum, rum, rum. Muy grave y muy lento... pero mejor esos Savoias que los Stukas alemanes. Ésos daban más miedo porque cuando caían en picado parecía que te venía encima un camión entero y no sabías qué hacer. Bajaban verticales y soltaban la carga muy cerca del suelo.

Al Cura le gustaban los alemanes, tan rubios, tan altos, tan elegantes, se parecían a sus señores del Perú, que tenían antepasados alemanes. Un

ejército de hombres invencibles eran esos gigantones.

—Venga, ¿rezas conmigo un padrenuestro? —propuso el Cura.

—Si no es pecado...

—¿El qué?

—Rezarlo siendo anarquista.

—No, no es pecado —respondió él sonriendo.

—Mi padre dice que estas cosas no son buenas. Dice que esto nos hace más oprimidos. Que si tu reino, que si tu voluntad... siempre de rodillas. Padre, ¿esto para qué sirve? ¿Usted está seguro de que alguien nos escucha?

—Claro, hija —siguió sonriendo el Cura—. Sirve para proteger a la gente como tu padre, entre otras cosas. Para que siga salvando vidas.

—Bueno, imagino que un padrenuestro no hace daño a nadie. ¿Y por qué en el otro lado, en el lado de Franco, nadie salva vidas? Yo creo en Dios —añadió la chica—, sobre todo después de aquel obús, pero es que Dios siempre está de parte de los ricos, igual que la Iglesia, por eso me cuesta creer. Y esos moros...

—Los moros son brutos porque no son de Dios. Aunque luchen por nosotros en esta guerra. Son moros y eso les quita la razón y la inteligencia...

—El Cura se levantó y sonrió de nuevo. Debía buscar nuevos razonamientos para que ese trabajo de evangelización no se fuera al garete y volvió a construir un argumento—: Hijita, los hombres somos malos, hacemos cosas malas, pero Dios sólo está de parte de las buenas personas, de los que se portan bien, como tu padre. En el otro lado hay mucha gente pía y que reza para que todo acabe, seguro, ya los conocerás cuando entren en Madrid. Lo que pasa es que esas cosas no se pueden saber aquí, no van a contarnos lo bueno de los enemigos...

—Ya... pues mi padre me ha enseñado una poesía suya que dice que es mejor que el padrenuestro, mire:

Y si un paria de la tierra
pregunta: ¿qué es lo que encierra
dentro de sí el anarquismo?,
se lo explicarás tú mismo
como su doctrina indica.

Anarquía significa:
Belleza, Amor, Poesía,
Igualdad, Fraternidad,
Sentimiento, Libertad,
Cultura, Arte, Armonía;
la Razón, suprema guía;
la Ciencia, excelsa verdad;
Vida, Nobleza, Bondad,
Satisfacción y Alegría.
Todo eso es Anarquía.
Y Anarquía, Humanidad.

Los ripios de Melchor le gustaban porque eran fáciles de aprender. Y luego estaban los hermanos Quintero, Serafín y Joaquín, que venían muchas veces al palacete a comer y a pasar la tarde. Joaquín y su padre se reían mucho, hacían poemas y recordaban su Sevilla y el parque de María Luisa. Amapola había estado de pequeña en la capital andaluza, con su abuela María, pero casi no se acordaba. Lo único que recordaba era que la gente hablaba como su padre, con unas eses muy especiales, como cantando, igual que los Quintero. Incluso le habían hecho un poema en 1938 el día de su cumpleaños. Su padre anduvo pidiendo a sus amigos (el maestro Padilla, los Quintero...) que le hicieran a la niña dibujos, poemas y canciones y lo puso todo en un librillo. Ella guardaba ese libro como oro en paño y lo leía algunas noches. Su padre le decía que, cuando todo esto acabase, el libro tendría que estar en un museo.

El Cura salió de la habitación de Amapola con la sensación de que la niña no estaba perdida, que no tenían razón esos que decían que el gen rojo no se podía curar una vez que aparecía, que se pasaba de padres a hijos. La niña estaba a punto de convertirse en un alma más para el Señor y por eso no estaba dispuesto a cejar en su intento de atraerla hacia la salvación.

Nadie sabía muy bien por qué, pero Amapolita era, quizá, la única anarquista que a la vez era católica y además judía. Lo que no era, eso lo sabía muy bien, era del bando de aquel Queipo de Llano que hablaba por la radio y se atrevía a decir cosas que no se hubieran oído ni en el más arrastrado de los antros del barrio.

Amapola se puso el abrigo y pensó en David otra vez, lo había venido haciendo todos los días desde que él no volvió. Marzo se iba acabando y abril no traería nada bueno... Al salir de la habitación, se encontró con Juana en el salón, que estaba intentando sintonizar la radio.

—¿Seguro que no te importa quedarte sola? —preguntó Amapola—. Bueno, en esta casa sola, sola no se está nunca, pero bueno... lo que quiero decir es que si me voy a pasar la noche con mi madre, te vas a quedar sin niñera. —Sonrió, acariciando la mano de Juana. Luego le dio un beso en la frente.

A Juana le pareció regresar a los buenos tiempos durante un instante, a los tiempos del cariño y el calor humano. Esa niña realmente era especial.

PEPE, EL JORIDITO

El rojo, ése era el color que más le gustaba. Las estampitas que más le gustaban eran las que tenían el fondo rojo. A veces, su hermano Ramón tenía que quitarle y tirar algunos cromos de Stalin y Lenin sobre fondo rojo, y le traía cromos de santos y estampitas de la Virgen. Los cromos del Atlético de Madrid le relajaban, porque él sabía que eran rojos, aunque fueran en blanco y negro. Él había pintado de carmín las rayas oscuras con ayuda de Amapola. Una tarde entera los estuvieron coloreando con un pintauñas. Blanco, rojo, blanco, rojo.

Su hermano Ramón había intentado atraerlo a la Falange, le había dicho que allí estaba el futuro de España, aunque todavía fueran pocos y se hubieran tenido que unir a los de las Juntas, los de las JONS, los de Ramiro Ledesma, que estaban algo más organizados. Tipos fuertes que enseñaron a los falangistas a devolver las bofetadas y los disparos. Pero Pepe, labrador al fin, tenía simpatía por los republicanos, aunque nunca se lo confesó a nadie.

Pepe siempre fue un hombre feliz, chistoso, de todo hacía broma y la gente se reía, a veces de su simpleza, porque su humor era todo menos depurado.

Ahora ya no era la persona que fue antes del disparo en la cabeza que le dieron los milicianos. Cuando llegaba la noche, a Pepe, el Joridito, le entraban los miedos, unos miedos a la oscuridad que no podía controlar. La oscuridad le recordaba que ya no sabía pensar y todo se le arremolinaba a la vez y no podía separar los pensamientos. Lo único que recordaba del otro Pepe que él había sido eran unas imágenes sueltas de una mujer, no podía

acordarse de su nombre. No era una persona, en sus recuerdos era una boca que reía. Como en un sueño donde nada existe realmente, pero todo es perfecto. Evocar esa imagen le relajaba.

A él la guerra no le había afectado mucho, ni siquiera sabía realmente lo que estaba pasando, por eso decía aquello de «no pasarán» con el brazo derecho en alto, como los falangistas. Para él todo era lo mismo: un juego.

Estaban sus hermanos: Saturnino y Ramón. Allí estaba Saturnino, que le cuidaba cuando la Abuelita no estaba. Pero al que él quería más era a Ramón, el chófer de Melchor, porque le traía cosas y, sobre todo, y eso era lo más grande que le podía ocurrir en un día, porque le dejaba sentarse en el asiento del conductor del Ford, eso sí que era una aventura.

El Ford era un vehículo requisado, al que Melchor le dio muy buen uso. «Si ese coche hablara, con la de balas que ha esquivao...», decía siempre Celedonio. La cantidad de gente que se subió al Ford para salvar la vida.

A Pepe, el Joridito, no le gustaba el Abuelito Juan, el marido de Juliana, la Abuelita. Siempre le hacía rabiar, le escondía cromos, le pellizcaba detrás de las orejas y más cosas que no le hacían ninguna gracia. Cuando le veía cambiaba de cuarto y oía cómo la Abuelita le defendía y daba un coscorote a Juan, y eso le hacía feliz. Por eso se metía bajo las faldas de la Abuelita siempre que podía y le ayudaba a hacer la colada, cuando había jabón, o a hacer las cosas de la casa.

Lo del Joridito le gustaba. Disfrutaba cuando la gente repetía ese mote. Porque para él era un buen resumen de lo que estaba pasando en Madrid, en España y en el mundo, que todo está *joridito*, muy *joridito*. Menos su Atleti, que la guerra le había salvado de bajar a segunda. No se acordaba muy bien de cuándo empezó todo a estar así de *joridito*, pero él sentía que era la palabra correcta.

—Hermano, hermano... —dijo Pepe, dando un susto de muerte a Ramón, que andaba con una maleta en la mano—, yo quiero ir a la calle.

—No tengas miedo, Pepe. Ya verás... todo va a salir bien. Dentro de poco volveremos a casa. —Ramón entró a toda prisa en otra habitación y en unos segundos volvió sin maleta.

—A casa no, hermano... mamá no está, papá no está.

—Pepe, mírame... —ordenó Ramón, abrazándole y dándole un beso en

la frente—. ¡Pepe! Yo estoy para protegeros. Mamá nos está esperando, hace mucho... y quiere que volvamos con ella.

—¿Mamá? —susurró—. Más cunetas no, yo no quiero cunetas... ¡No pasarán! —repitió un par de veces haciendo el saludo.

—Pasaremos, Pepe, pasaremos... pero tú deja de decir eso, no vayan a pensar que eres un rojo.

—Yo quiero sol... y hojas. Aquí no hay sol ni hojas.

—Tendrás sol y hojas, Pepe, los tendrás... pero ahora vete a tu habitación... anda, déjame. Ve a tu habitación, que te he traído unos cromos de películas. Están sobre la cama.

Pepe se puso muy contento y se fue a su cuarto.

—A mí me gustan los cromos de colores...

—Anda, ve... y pórtate bien... ¡Y no salgas!

Y Pepe salió del salón y fue de las personas más felices que vivieron en Madrid aquella noche, pues se encontró los cromos sobre su cama.

CELEDONIO

Si la guerra le hubiera pillado más joven, otro gallo les habría cantado, a él y a Melchor. Era un anarquista convencido, de la vieja escuela, de los que no se amilanaban por tres falangistas engominados que gritaban mucho y en el fondo eran una panda de señoritos. Los jonsistas eran harina de otro costal, a ésos un poco más de respeto porque eran animales, y había que preparar las cachiporras para darse de hostias en la calle. Pero eso ya lo tenían que hacer los más jóvenes, que tenían la fuerza para salir corriendo y para esquivar a los guardias de asalto. No le gustaban los discursos directos, los que hablaban de que a los burgueses y a sus esbirros había que darles más fuerte y un tiro en la cabeza. Ese tipo de conversaciones había que tenerlas en privado y García Oliver lo hacía en público, vanagloriándose de ello. Matar hombres que tenían un par de tiendas de ultramarinos o un par de empleados en una farmacia. Así no se hace la revolución. La revolución se hace con huelgas, en los pulsos contra el poder y los pequeñoburgueses tenían que estar invitados a la fiesta de los obreros, para que entre todos construyeran el nuevo mundo que los buenos anarquistas traían en sus corazones. Al fin y al cabo, los pequeñoburgueses eran igual de pobres que los obreros aunque no se dieran cuenta.

A Celedonio le encantaba hablar con los jóvenes. En ellos estaba el futuro de las ideas libertarias. Estuvo en la cárcel casi tantas veces como Melchor, y todos los ácratas hablaban bien de él. Quería a su compañera, Teresa, más de lo que había querido a nadie nunca. Y sabía todo lo que le había hecho sufrir con sus ideas. Amapola era como una sobrina, o como

una hija, y ella le adoraba a él; quizá Celedonio era de los pocos que comprendían todo por lo que la niña estaba pasando. Amapolita sabía que el corazón de Celedonio no era como el de los demás, era más sensible y además estaba delicado.

A Cele nunca le gustó la República. Sentía, como Melchor, que aunque ahora había que defenderla porque los otros eran mucho peores, la República había matado campesinos y obreros. No quería recordar a cuántos compañeros en Casas Viejas, en Arnedo, en Asturias... Los del tricornio no eran santos de su devoción, siempre les había visto desde el otro lado del ring y se sabía de memoria cómo aplicaban la ley. Esos tipos no eran de fiar. Ni ellos ni los militares: ¿qué se puede esperar de una gente que no piensa, que sólo obedece?

Admiraba a Cipriano Mera, el tío Chimeno, aunque éste hubiera aceptado un cargo militar. Cipriano era un obrero de la construcción, pero demostró que los obreros podían ganar batallas a los militares. Como en Guadalajara. Allí les había dado bien a los italianos con sus plumas en el sombrero.

Celedonio odiaba a los comunistas de Stalin y sus perros del NKVD. Pensaba que ellos habían llevado todo esto al desastre. Él había leído, como todos los anarquistas, el informe de Ángel Pestaña cuando viajó por la Rusia revolucionaria en tiempos de Lenin. Así no se hacía una revolución para el pueblo. La revolución no consiste en matar a todo el mundo.

Sabía que, por ejemplo, Santiago Carrillo no había estado en el frente ni pegado un tiro en su vida, aunque él decía que había sido capitán y comisario de un batallón que nadie conocía. Según Líster, el hijo de Wenceslao Carrillo no tenía las cualidades necesarias para batirse en los frentes y por eso se hizo cargo en Madrid de la policía, que requería otras «cualidades» muy diferentes. Enrique Líster sí que había luchado en el frente... aunque también en la retaguardia contra los ácratas, cuando se creó el Ejército Popular.

A Celedonio siempre le gustaron las causas perdidas, porque todas las causas en las que él creía —y reía cuando lo contaba— estaban perdidas de antemano. «Eso tenemos los pobres, que nunca ganamos», decía. Luego discutía con Melchor y estaban de acuerdo en que todo su esfuerzo lo

hacían por las generaciones venideras. «Otros lo verán», aseguraban siempre.

Durante aquellas noches terminales, Celedonio había estado siguiendo a Ramón. Y cuando vio que entraba con una maleta en el palacete, entró detrás, sin hacer ruido. No sabía lo que estaba haciendo, pero seguro que ese tipo no era de fiar. Esperó a oscuras, observando lo que andaba haciendo el chófer de Melchor. Ramón había encendido el flexo de la mesita del despacho y revolvía unos papeles. Celedonio observó unos instantes y salió de la oscuridad.

—¿No tenías que estar con Melchor en la reunión? —le dijo con tono acusador.

—Ahora voy, he vuelto para... —intentó responder Ramón nervioso. Realmente Celedonio le había dado un susto de muerte. No se esperaba que nadie estuviese escondido en la oscuridad.

—¿Y esos cajones abiertos? —siguió interrogando Celedonio, echándose la mano al pecho de su americana, como si comprobase que ahí seguía su pistola.

—Me ha mandado Melchor recoger una carpeta y no la encuentro.

—¿La gris?

—Sí, la gris, ¿cómo lo sabes? —se desesperó Ramón.

—Porque la tengo yo.

—Tengo que volver, ¿qué quieres que le diga a Melchor? —preguntó.

—Pues... Puedes decirle que eres un falangista de mierda. Y me han dicho que das una vuelta por Madrid con el coche y estás con tus amigos de la quinta columna.

—Yo le di mi palabra a Melchor... a él le basta con eso —afirmó Ramón, mirándole a los ojos—. No voy a traicionarle.

—Tú le diste tu palabra y ya está... Eso a Melchor le basta, ¿no...? Pero a mí no... la palabra de un falangista no me sirve de nada.

—¿Qué quieres... buscarme? —dijo Ramón amenazante, irguiéndose y sacando pecho. Para algo era falangista y no estaba dispuesto a aguantar cualquier cosa.

—Ándate con ojo.

—Ya... —Ramón colocó los papeles en la mesa—. Mira, Celedonio, no sé

qué es lo que piensas de mí... pero te equivocas, yo le prometí a Melchor que nunca le traicionaría y yo cumplo. Él salvó a mis hermanos, que estaban medio muertos en la cuneta... ¡Y si hasta a mi hija le he puesto de nombre Amapola!

—Dile a Melchor que la carpeta gris la tengo yo y que mañana se la doy... No me fío de ti.

Ramón terminó de colocar el despacho, miró los papeles y suspiró. Sabía que no podía cometer un fallo, a partir de ahora debía andar con mucho ojo y no contar sus planes a nadie. Cuando entraran los suyos, tenían que saber que siempre se había mantenido fiel a la Falange y para ello había de dejarles claro que no cohabitaba con aquellos anarquistas.

Celedonio se marchó a su casa de la calle de los Artistas y antes de entrar se tocó el pecho. No quería que Teresa le viese sofocado ni nervioso. Cuando le daba aquel dolor en el corazón que luego se le pasaba, sacaba un recorte de *Tierra y Libertad* de 1933. Era un artículo de Melchor que siempre le recordaba la razón de su lucha: Según los eternos enemigos de la clase trabajadora y sobre todo de los hombres que piensan, luchan y se sacrifican por redimir a la humanidad de la esclavitud y de la tiranía a que la tiene sometida una cesta de haraganes privilegiados, los que dominan por la fuerza que les reporta su dinero se aprovechan de la ignorancia de los desposeídos para encadenarlos al infamante yugo de la explotación. Según ellos, los anarquistas somos terroristas, bandidos, vagos, depravados, que matamos por dinero... Si eso fuera la anarquía —luto, sangre, dolor, asesinatos y exterminación de humanos semejantes—, habríamos de convenir que los verdaderos anarquistas son los ministros, los fiscales, los jefes de fuerza armada, los jueces y magistrados...

Celedonio devolvió el papel a su bolsillo y suspiró pensando que los que ya estaban a las puertas de Madrid no iban a dejar en pie ni el recuerdo del sueño que ellos habían intentado construir, un ideal por el que tantas personas se habían dejado la vida durante décadas.

LA SEÑORA TITA

La señora Tita admiraba a Pedro Rodríguez por su facilidad para encontrar el corte adecuado. Las colecciones de Pedro Rodríguez triunfaban en medio mundo, mientras que ella no había conseguido más que tener un modesto local donde iban algunas burguesas de medio pelo a vestirse de ricas. La mayoría gordas y paletas, con más aires que realidades.

Sin embargo, antes de la guerra era feliz. Su infancia la había pasado cosiendo en La Habana, de taller en taller, y un golpe de suerte la había casado con un hombre rico, un *gallego* que hizo fortuna con el tabaco cubano después de la independencia de la isla. Él supo manejar sus cartas y se alió con los yanquis en el momento adecuado, así conservó su patrimonio, pero cuando Tita enviudó, se encontró con que su marido le había dejado un enorme agujero económico. Entre juergas, casinos y amantes, lo había dilapidado casi todo. Guardó lo poco que le quedaba y se marchó. Al principio dudaba si emigrar a Estados Unidos o a España, pero enseguida se decidió, pues con el idioma podría instalarse en España, comprar un localito y comenzar un negocio de modista y luego ver si daba el salto a París. Ella hubiera preferido Barcelona, era allí donde estaban los nuevos ricos que vestían a la moda europea, pero pensó que era mejor empezar en Madrid y luego dar el salto. Que aquí tenía una prima que le ayudó a instalarse rápidamente en su casa. La prima también salió rana, que al poco se marchó con el dinero y las joyas que guardaba Tita en su habitación y no la volvió a ver, dejándole una puya de alquiler con el casero.

Se vino a España en el año treinta, antes de la República, y a base de

trabajo se hizo un pequeño nombre y enseguida tuvo tantos encargos que hubo de contratar a un par de costureras. Cuba no le había dado más que miseria, luto y un marido que la engañaba. Ahora, con toda una guerra civil a sus espaldas, se arrepentía de haber venido a España en vez de haber ido a Nueva York.

Después del golpe militar, Tita había intentado, con la ayuda de Melchor, marcharse fuera a través de la embajada de Rumanía, pero sus papeles eran falsos y no pudo salir.

Melchor la había encontrado en una checa, casi sin ropa. Le puso una chaqueta y se la llevó al palacio. Alguien la había denunciado, decían que era una burguesa al servicio de la derecha porque tenía varias empleadas. Ella siempre pensó que todo era por la denuncia de una viuda a la que tuvo que despedir porque le sisaba.

Sus padres habían muerto en Cuba, a causa de los excesos del general Weyler. Eso era lo que conocía de los generales españoles, por eso no sentía por ellos ninguna simpatía.

Aunque Ramón estuviera casado, con él se sentía segura, por si entraban los otros, que estaba claro que iban a hacerlo ya. Marzo estaba terminando y la guerra no duraría hasta abril. Además, Ramón era un hombre fuerte, limpio y aseado. Como Melchor. Sin ese olor revenido que tenían los obreros y que tanto odiaba.

Ramón entró en la habitación de Tita y cerró la puerta. Siempre lo hacía cuando le apetecía un poco de sexo y ya todos dormían. Ella le seguía el juego porque en el fondo le gustaba sentirse dominada u observada mientras se masturbaba.

—Hola, ¿has venido a verme? —dijo Tita sensual.

—Más tarde nos vemos, si quieres —contestó—. Pero ahora déjame. ¿Guardaste la pistola?

—La tiene el Cura. ¿Tienes prisa? La niña no está y...

—Tengo que irme, Tita... Melchor me está esperando y esta noche es mala, están pasando muchas cosas, que van a entrar mañana o pasado. Voy a la reunión y vuelvo, espérame como tú ya sabes... —Ramón se acercó y comenzaron a besarse. Tita le quitó suavemente el cinturón y le agarró los genitales. Él desabrochó el vestido de Tita y le bajó el sujetador, recreándose

en sus pezones. Ella se metió su pene en la boca mirándole a los ojos. Ramón se relajó unos segundos hasta que algo sonó fuera, una puerta, un ruido, alguien caminando por el pasillo. Entonces, el chófer de Melchor la apartó y se volvió a vestir sin hacer ruido.

Ramón salió y la señora Tita se recompuso frente al espejo. Casi no se reconocía, parecía que habían pasado siglos desde que viniera de La Habana. Se sentía ajada, mayor, con demasiado maquillaje. Se restregó la cara con un pañuelo, descorriéndose el rímel. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se había parado a pensar. Se había mirado al espejo no para peinarse o maquillarse, sino para ver quién era. Durante unos segundos se sintió sucia y rastrera. Pero también supo que ella no era como los fascistas, que aquéllos eran una panda de asesinos asquerosos y llenos de odio, como lo había sido Weyler. Pero ella tampoco era como los otros, los obreros: burdos, toscos y pordioseros. Ella no quería más que volver a ser bella, como antes, y tener un taller de alta costura como el que Pedro Rodríguez tenía en Barcelona, y, de vez en cuando, ir a París, y que todos, en los corrillos elegantes, dijeran a su paso: «Mira, ahí va la modista, la elegante señora Tita».

JOSITO, EL MILICIANO

Josito no soportaba el silencio. El silencio significaba que su padre no llegaba a casa a la hora y que volvería borracho. Y su madre, cuando ya eran las nueve, se quedaba en silencio y sólo se escuchaba un viejo reloj que siempre se atrasaba. Perdía varios segundos en cada minuto y quizá por eso Josito nunca entendió cómo funcionaba realmente el tiempo. Luego, después del silencio, se dormía con sus hermanos hasta que su madre gritaba y llegaban los golpes y él calmaba a sus hermanos. Se prometía que, cuando fuera grande, le devolvería a su padre todos aquellos golpes y le echaría de casa... y así lo hizo, y su padre no volvió. Se perdió, como tanta gente en la guerra, quizá borracho en alguna cuneta. En realidad, el padre de Josito había muerto hacía un año.

Su madre siempre se lo agradeció y, aunque su hermano Jaime había muerto en un bombardeo, eran algo más felices que antes. El padre era un socialista de la vieja escuela, de los que decía que el voto de la mujer nos traería más problemas que ventajas. Había que haber esperado, que la República no estaba aún madura. Y las mujeres debían andar a lo suyo, en la casa cosiendo y con los niños.

Amapola había accedido a dar una vuelta con él, pero no como escolta. Esta vez como si fueran novios, o mejor, como amigos. Se trataba de «hablar». Y él no hablaba con cualquier mujer. Sus compañeros habían gastado con él algún tique con la Dolores, uno de esos que te daban a veces en los ateneos como pago, cuando no había ni dinero. Pero a él la Dolores no le gustaba; además, le recordaba a su madre, y entre eso y los nervios,

pues... que nada.

Josito era un chaval bien parecido, alto de talla, que había comido bien de niño y no había tenido enfermedades. Su hermano era el héroe de la familia y en su casa había una foto de él decorando el comedor. Había estudiado telecomunicaciones y, cuando estalló la guerra, se le llevaron a Alicante a la escuela de transmisiones. Estaba allí con uno de los hijos de la Abuelita. No había pegado un tiro en toda la guerra y eso a su padre le reconfortaba, pues le reforzaba en sus convicciones: creía que la educación era la base de la nueva sociedad.

A Josito, que había estudiado en las clases de los ateneos libertarios, le habían enseñado que las mujeres debían ser libres, igual que los hombres, aunque todavía nadie le había explicado qué era aquello de la libertad. Pero aquella manera que tenía su padre de tratar a su madre no estaba bien, y por eso se sentía mejor cuando estaba con Celedonio, que sí que sabía cómo convencer a los jóvenes de las bondades del anarquismo e intentaba responder sus dudas con argumentos de peso.

Su hermano le contó durante un permiso que cuando bombardeaban en Alicante los Savoias, él siempre miraba para arriba, y una tarde que estaban haciendo maniobras en un cerro, todos sus compañeros se echaron cuerpo a tierra con las manos en la nuca y él fue el único que se tumbó boca arriba y gracias a ese gesto vio cómo se acercaba un punto negro. Era la bomba, que caía y se iba haciendo más grande corriendo hacia ellos. Comenzó a gritar y a levantar a sus compañeros, que permanecían con la cara pegada a la tierra. Y gracias a eso se salvaron de una muerte segura.

Josito pensaba que los socialistas no habían sabido desengancharse del vicio del poder, que estaban siempre enredados en el Estado. Y el Estado corrompe a todos los que trabajan para él, eso lo sabían todos los anarquistas. Además, él quería ser un héroe, pero nunca pudo ir al frente por la edad. Ni siquiera con «los de la quinta del biberón», que eran dos años mayores que él. Disparando o sin disparar, Josito estaba resuelto a morir por las ideas, como decía Celedonio.

Su madre siempre estaba enferma, con eso de los pulmones que no se quitaba y su pecho hacía un ruido como de tren cuando respiraba. Como un pito. Y ahora ya no podía tocar el *Himno de Riego* con la armónica. Una

armónica Hohner que su madre guardaba como oro en paño en el cajón de la mesilla. Eran famosas en el barrio, la señá Angustias y su armónica. Aunque el médico decía que si no fuera por aquella medicina, que de vez en cuando podía conseguir Melchor de la Cruz Roja, ya habría muerto hacía meses. Y por eso Josito les estaba tan agradecido a Melchor y al compañero Celedonio, que era como su padre adoptivo.

En aquellos últimos días de marzo del treinta y nueve hacía un frío que pelaba, la gente por la calle decía que el tiempo también se había aliado con los fascistas. Y aquel día, como iba a acompañar a Amapola, Josito se había peinado y se había lavado los sobacos con agua fría. Habían quedado en la calle Atocha, muy cerca del palacete del marqués de Viana. Ella se acercó por detrás e hizo como que le apuntaba con una pistola. Josito, levantó los brazos un tanto asustado y luego sonrió al ver que era ella.

—¡Te has quedado blanco! —rio Amapola—. ¿Y tú eres el que me va a proteger a mí? —siguió riendo.

—Sabía que eras tú —dijo Josito, intentando impostar la voz.

—¿Quieres ir a bailar? —propuso Amapola.

—¿A bailar? —se sorprendió el miliciano—. Yo pensaba que íbamos a... Yo no sé bailar.

—Pues yo sé cantar y bailar... Bueno, qué, ¿vamos? ¿Me acompañas?

—Bueno, es que yo pensaba que...

—¿No querías un paseo? Pues damos un paseo y me acompañas a casa de mi madre que está cerca.

—Pero no sé, yo... como habíamos hablado de... no sé... pensaba que...

—Pues vaya rollo —suspiró Amapolita—. Tú a beber, como hacen todos. Los hombres no hacéis más que beber. Dice mi padre que los borrachos no son anarquistas y que eso es lo peor que puede hacer un hombre: ser un borracho.

La verdad es que Josito incluso había intentado bailar un par de veces, pero era un poco patoso. Tampoco lo había hecho más que en fiestas, con alguna orquesta, pero hacía tanto tiempo...

—No, si se te ve... ¡que eres un sieso! —Siguieron caminando por la calle León, en dirección a Antón Martín—. ¿Y tú qué? ¿Piensas seguir vestido de miliciano? Anda, que como te vea mi padre sin la escopeta...

—¡Pero si me la he dejado en la casa por ti!

—Eres más tonto... —rio otra vez la niña, disfrutando de lo fácil que era tomarle el pelo—. Y tú, ¿qué vas a hacer cuando entren?

—No sé, buscar trabajo. Yo era chapista, como tu padre, a lo mejor en algún taller... y si alguna chica...

—¡Eh, *espabilao*! ¡Que vas muy deprisa...! O sea, que cualquier chica te vale. ¡Pero tú no estabas enamorado de mí!, vaya, con la ilusión que me hacía a mí tener un Romeo y ahora se va con cualquiera.

—No, que yo me refería a ti.

—¿Sabes lo de los fantasmas? —preguntó Amapola, mirando a los lados y cambiando la voz.

—¿Qué fantasmas? —dijo Josito, que nunca había creído en esas cosas.

—Los de los monjes del convento de la Merced. Cuando hicieron el metro encontraron sus cuerpos degollados, que llevaban emparedados siglos. Dicen que les avisó un grito, como un chillido desgarrador. —Amapola vio que su historia estaba haciendo el efecto deseado. Josito comenzó a mirar para todos lados y se abrochó la chaqueta.

—Eso son tonterías... —tartamudeó el chico.

—Ya, tonterías... hasta que los oyes —afirmó Amapola muy segura.

—¿Tú los has oído?

—¿Yo...? Claro, todos los que vivimos por Lavapiés los hemos oído alguna vez... —Se reía por dentro al ver la cara desencajada de Josito.

Llegaron al 25 de la calle del Amparo, la casa de Paca. Amapola no quería dejar el paseo, pero no podía esperar mucho porque luego tenía que volver pronto al palacete y no quería dormir en casa de su madre.

Paca era de esas personas que tendrían que habérselo pensado dos veces antes de tener hijos y también Melchor. Los anarquistas eran muy teóricos en su feminismo libertario, pero en sus casas todavía se respiraba el machismo como en otra casa cualquiera. Amapola había llorado mucho cuando su padre le prohibió bailar y le hubiera sido fácil, pues tenía una buena madrina, la Pastora Imperio, y de padrino el Caracol. Los dos le decían que lo hacía bien y que tendría futuro.

—Ya hemos llegado, Josito, ésta es la puerta. Desde aquí voy sola, por la corrala digo, que como te vea mi madre, me fríe a preguntas.

—¿Y...? —medio preguntó el miliciano, pensando que la cita era para algo más serio que un paseo.

—Bueno, yo te prometí un paseo y un paseo hemos dado. Pero si luego me tienes que acompañar de vuelta, bueno, si no me quedo a dormir, que no sé cómo andará la cosa...

—No te quedes, anda —le pidió Josito—, así te acompañó y volvemos juntos.

—Lo que diga mi madre. Mira... a lo mejor un día damos un paseo más largo... o a lo mejor otra vez me llevas al cine.

—¿No me das un beso? —Él colocó la mejilla para que Amapola le besara—. Por si te quedas a dormir.

—Claro.

Algo había aprendido Josito de toda aquella guerra: que mejor era parecer tonto que serlo. Así que cuando Amapola se acercó a darle el beso en la mejilla, él giró la cara y juntó sus labios con los de ella. Ella lo llamó tonto y luego corrió calle abajo.

—¡Yo te espero por aquí, en el bar! —gritó el miliciano—. ¡Me avisas si te quedas!

El chico lio un cigarrillo de picadura y luego se sentó en el portal de enfrente, en el 22. La chica le gustaba de verdad, era guapa, inteligente, salerosa y, por si faltaba algo, era la hija de Melchor. Vamos, no podía pedir más a la vida. Ahí andaba el hombrecito imaginando futuros, cosa que se le daba muy bien, tan absorto que no se percató de la presencia de un hombre que llevaba un rato observándole. Cuando levantó la cabeza, del susto, se le cayó el cigarrillo al suelo.

—Josito, Josito... —dijo Celedonio—. No sé cómo te las arreglas, pero tú siempre tienes tabaco.

—Hola, señor Celedonio... —respondió el chico, nervioso—. ¡Me ha dado usted un susto!

—Pero ¡qué manía, Josito...! Que aquí ya no hay señores, ¡coño!, y ten cuidado con Amapola, ¿eh?

—¿Amapola? ¿Yo...? Si yo sólo...

—Ya, Josito, ya, que yo no he visto nada, pero ten cuidado y no te pases con ella.

Celedonio le hizo una seña para que diesen un paseo calle abajo. Le agarró del hombro mientras miraba hacia todos los lados.

—Tengo un problema y tienes que ayudarme —le dijo.

—¿Yo? ¿Ayudarle a usted...? —tartamudeó Josito—. Por supuesto, cuente conmigo para lo...

—Melchor es demasiado bueno y llevamos toda la guerra ayudando a la gente... pero yo me huelo algo. Ese Ramón y ese cura y algunos otros de la casa... no sé. No me fío. He intentado hablar con Melchor y él no entra en razón. Se ha vuelto loco con eso de salvar la vida a todo Madrid.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—¡Coño, Josito, que tengas los ojos abiertos! No quiero que le pase nada ni a Melchor ni a la niña... bueno, ni a nadie.

—Claro, claro, señor... compañero Celedonio. Claro, puede usted, tú, puedes contar conmigo, no sabe usted lo lince que soy yo.

Celedonio se marchó haciéndole una señal para que tuviera los ojos muy abiertos.

Josito decidió no ir al bar. Se culpó una y otra vez de no llevar su máuser y estuvo esperando despierto a la niña, en el portal de enfrente. Allí estuvo casi cuatro horas. Después, pensó que Paca, la madre de Amapola, no la habría dejado salir ni a decir adiós, así que se quedó acurrucado en el portal. Se subió el cuello de la chaqueta y se quedó dormido.

Él siempre prefería la calle a los bares. Los bares le recordaban cuando tenía que ir a buscar a su padre para llevarle a casa mientras el viejo le insultaba sin parar. Allí estaba mejor, vigilante, pasando frío y esperando una mirada de Amapolita.

PACA Y AMAPOLA

En aquellas corralas no había mucho confort, pero a Paca no le gustaba dormir en el palacio. Nunca le gustó, pues necesitaba todo a mano. Tampoco echaba de menos un lujo que nunca había tenido.

Paca tenía su cocina de carbón, sin carbón desde el año treinta y siete, y al lado había hecho un adorno al váter que parecía una silla en vez de una taza. Y Melchor, que era un manitas, había puesto un murete. Así podía uno hacer sus necesidades separado del resto de la habitación. Todo un lujo para las vecinas, que venían a verlo como si fuera un cuadro del Museo del Prado.

En cada planta había un retrete comunitario, que limpiaban entre todos los vecinos, pero a Melchor no le gustaba usarlo, porque nunca estaba a su gusto, que era muy exigente con la limpieza. Tan pulcro él, Melchor se bajaba dos veces por semana a los baños de Embajadores y de allí salía hecho un dandi, con su poco pelo bien peinado y su pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta. La gente podría pensar que era un burgués, pero era un obrero y estaba orgulloso de serlo. Al final del trabajo se quedaba en el taller para limpiarse bien las uñas y abrillantar los zapatos, y cuando salía de allí parecía el patrón. Los compañeros le decían riendo que para él siempre era domingo, pero Melchor aseguraba que las virtudes de uno son sus defectos para otros, que había que ser anarquista por dentro y por fuera. Y él lo sabía bien. También sabía que sin esas ideas que había descubierto en la cárcel, en Sevilla, su vida hubiera sido otra.

A Amapola también la bañaban los jueves y los domingos, en la pila de zinc que guardaban en el patio común. Ella era la más limpia de la corrala,

porque algunas, como Matilde, no podían calentar agua porque no tenían con qué.

Al final, los toros no habían sido lo suyo, pero Paca, ésa sí que había sido su conquista. Tenían los dos más carácter que un morlaco y eso acabó separándolos. Eso y la forma de ser de Melchor, que era más terco que una mula y más cabezón que un burro viejo. Paca y Melchor habían estado viviendo como pareja muchos años, sin casarse, pero cuando a Manolo, el hermano de Melchor que vivía en Sevilla, le tocó hacer la mili, para que no le enviaran a Marruecos, Melchor se casó con Paca, así, rápido y por lo civil. De esa manera, Manolo quedaba como cabeza de familia y lo licenciaron para ocuparse de su madre. Una boda que quizá valió la vida de su hermano.

A Paca todo esto le dio igual. Ella lo que quería es que su hombre estuviera en casa y no en la cárcel. Ella se había criado en Madrid, su madre había venido de Cantabria y era negocianta como ella, que sacaba cuartos hasta debajo de las piedras. Ora vendiendo esto, ora arreglando lo otro, ora haciendo de intermediaria. Paca había sacado el carácter de su madre, resuelta y efectiva, siempre a lo suyo. Su padre, sin embargo, el de las violinas que decía Matilde, el que decía que era *cerero* porque de las melopeas iba de acera en acera, era un viva la Virgen, un don nadie, borracho que no hacía mal a nadie, ni bien tampoco.

Amapolita se sentía bien en aquella casa, al fin y al cabo era su casa, la de toda la vida, y allí tenía a sus amigas: Rosa, Matilde, Margarita... Pero ahora que su padre no estaba, sentía que le faltaba algo. No llevaba bien la separación de sus padres. Siempre se había sentido moneda de cambio entre uno y otro, y eso no le gustaba.

Amapola y Paca se sentaron a cenar y casi no hablaron. Amapola pensaba en el pobre Josito, el *espabilao*, como a ella le gustaba llamarle, pero imaginó que estaría en el bar cociéndose a tinto y seguro que las penas se le olvidarían. Pensando que si no salía a avisarle de que se quedaba a dormir seguro que le hacía un favor, pues ya se habría ido con sus amigotes de tascas, Amapolita no salió.

Paca sacaba algún tema de conversación y la niña respondía con monosílabos. Amapola pensaba que si su madre hubiera sido de otra manera, le habría pedido consejo, o consuelo, para el vacío de corazón que

le había dejado David. Pero no. Era mejor no contarle nada, que luego lo utilizaba todo en su contra, cuando discutía con Melchor... Y los dos se ponían tan brutos cuando discutían y se decían unas cosas tan hirientes...

La radio era un alivio cada vez que estaban solas; por lo menos, escuchando el parte, no tenían que hablar de sus cosas.

Amapola siempre se había sentido más cerca de su padre y Paca lo sabía. También sabía que, hiciera lo que hiciera, la niña tendría que escoger su camino. Era mejor dejar las cosas como estaban y todo volvería a su cauce, pero si se iba con Melchor, qué haría la niña si los fascistas lo fusilaban.

—Piénsalo, Polita —dijo Paca mientras recogía los platos—. Todos se van a ir, tenlo por seguro. Y aquí siempre tendrás un sitio donde estar.

—Ya, mamá, ya lo sé... Pero...

—No lo digas, Polita, prefiero no saberlo. Tú sólo guarda la llave y vente para casa cuando quieras. Cuando todos os abandonen y a papá le metan en la cárcel o... tú vente para acá.

Aquella noche Amapola durmió en la cama pequeña, la suya. Paca le dio las buenas noches y la besó en la frente con cariño. Amapola sintió ganas de llorar imaginando cómo sería tener unos padres que se quisieran de verdad, con el cariño del que hablaban en las novelas.

—David —susurró la muchacha en su cama cuando se aseguró, por la fuerte respiración, de que su madre dormía—. Dime que un día me llevarás a Palestina y actuaremos en teatros y tú me harás coreografías y yo bailaré agarrada a tu mano, mirándonos a los ojos...

Y así se quedó dormida, tras agotar todas sus lágrimas.

JUANA Y RAMÓN

Juana estaba convencida de que debía irse de la casa antes de que entraran los fascistas. Si se quedaba allí, corría peligro, porque seguro que no iban a irse, así como así, el Cura, Ramón, Tita y los demás. Los republicanos que pudieron marcharse ya habían tomado camino de Valencia o Alicante. Pero las noticias que llegaban acerca de quienes habían huido a Francia por Aragón y Cataluña eran malísimas. Los hacían en campos de concentración y se morían de hambre y de frío... y antes de cruzar la frontera los ametrallaban los aviones franquistas en la carretera. Juana no podía entender cómo los franceses se habían portado tan mal durante toda la guerra. Todo el mundo decía que Francia estaba con la República, pero era sólo otra de las grandes mentiras de la guerra. Si la madre Rusia estuviera más cerca, si a Stalin le hubieran dejado, pensaba Juana. Stalin nos salvaría, como había salvado a Rusia. Stalin, como Lenin, éstos no mataban por matar, eran dadivosos y siempre miraban por el interés del pueblo, por eso estaban haciendo el esfuerzo que hacían por el pueblo español, no como las «democracias» europeas, que se merecían que Hitler las invadiera.

Ella, Juana, que no era tonta, sabía que el partido ponía y quitaba a quien quería y manejaba muy bien el aparato de publicidad. Eso era lo más importante para los comisarios políticos que venían de la Revolución bolchevique: hacer iconos y héroes. Si conseguían llenar los periódicos con un nombre, con una gesta, inventando a placer una vida heroica, ese hombre ya podía ser secretario general. La gente era muy inocente y se dejaba engañar con facilidad.

Juana escuchaba la radio y todas las explicaciones que daban los del Consejo de Defensa de Casado, que había ganado la batalla en toda España, bueno, en toda la España fiel a la República, que era ya poca, preparaban a la población para la entrega de Madrid a Franco. Nadie entendía nada, y tampoco cómo Pasionaria, Líster y los demás líderes del partido se habían ido por la puerta de atrás.

Lo que contaba Josito, el miliciano, de lo que estaba pasando en las calles era desmoralizador. Que muchos comunistas se habían sentido engañados por sus líderes y que ahora querían que todo terminara de una vez. Ya comenzaba a dudar hasta de sus convicciones de partido. Parecía, según le había contado un amigo de las JSU a Josito, que el partido se había disuelto como agua en el mar. Y que muchos de los mandos que habían luchado contra Casado habían sido fusilados. Juana se sentó junto a la mesita de la radio, intentando sintonizar algún parte, fuera de donde fuera, cualquier noticia era mejor que el silencio.

La señora Tita dudó si entrar un par de veces y, al fin, se decidió.

—Hola, Juana —comenzó Tita, como si fueran viejas amigas que se encuentran—. ¿Qué? ¿Se coge algo? ¿Han dado el parte ya?

Juana intentó levantarse a duras penas, pero se le había quedado la pierna fría, a veces le pasaba cuando estaba un rato en la misma posición y tenía que estirarla para darle circulación.

—¿Podemos hablar? —preguntó Tita.

—No tengo nada de qué hablar —respondió Juana cortante.

—No te... yo no soy como ellos. Lo que viste la otra noche... yo no... —intentó justificarse Tita.

Realmente ella —añadió Tita— no estaba de acuerdo con todo aquello, lo de la bandera y las pistolas, pero tenía que pensar en sí misma.

—No os preocupéis, que no voy a decir ni mu, ésas son vuestras cosas.

—Pero es que yo no quiero que te pienses que soy una traidora. —Tita la cogió del brazo.

—¿Y qué eres?

—Yo sólo intento... —Se dio cuenta de que la estaba agarrando con demasiada fuerza y la soltó pidiéndole disculpas con la mirada.

—Para salvar la vida no hay que perder la dignidad.

—Yo ya no tengo dignidad, me la quitaron los tuyos, en un sótano, durante cinco días.

—Ésos no son los míos —respondió Juana. Sonrió irónicamente recordando la noche anterior—. Mira, señora Tita o como quiera que te llames... mañana me marcho, por la mañana me traen el salvoconducto, me lo cojo y desaparezco... Ustedes con lo suyo y yo con lo mío.

—Tú no sabes el miedo que se pasa. ¿Has estado en la cárcel? Pero no en una cárcel, en una checa digo, de esas de las que no sabes si vas a salir.

—El Ángel —dijo Juana—... Melchor está loco. Queipo de Llano, Franco, Varela... los tuyos sí que son santos, que no hacen más que mártires por donde pasan. De verdad es que no puedo entender cómo queréis que todo vuelva a ser como antes, ir otra vez para atrás.

—Yo no entiendo nada de política, Juana. Si yo soy igual que tú.

—Nosotras no somos iguales.

—Sí, yo tengo miedo... ¿Qué quieres que haga? ¿Tú no?

—A mí ya todo me da igual, pues hace tiempo que estoy muerta. Si no me matan éstos, lo harán los otros al entrar...

La habitación que compartía Pepe con su hermano Saturnino era de las más pequeñas. No tenía ventana, pero Pepe había pegado un dibujo a lápiz de una ventana que le había dado Melchor. Una ventana que daba a un paisaje andaluz, un paisaje sevillano con un gato. Melchor dibujaba muy bien y él, Pepe, se imaginaba corriendo por aquel campo, por aquellos colores del dibujo y fantaseaba con ríos y peces saltando. Le gustaba imaginar peces saltando con la boca abierta, comiéndose a bocados el sol, que era un círculo rodeado por rayos. Y siempre temía que la nube de la izquierda se moviera hacia el centro y ocultara la luz y todo se volviera sombrío y los peces no quisieran salir del agua... y así se dormía lentamente.

Tita se había sentado en su cuarto e intentaba recordar algún día bonito de cuando llegó a Madrid, pero le costaba; era como abrir un baúl de recuerdos que no quería ser abierto. Era un ejercicio diario para olvidarse de aquel rostro que la perseguía antes de dormir. Un tipo con los dientes negros que la penetraba violentamente mientras la agarraba del pelo en

aquel cuartucho donde la habían tenido retenida. Lleno de olor a anís barato. Recordaba que no sintió dolor, sólo rabia y ganas de matar. Matar con sus propias manos y con eso fantaseaba, con ahogar lentamente a aquellos hijos de puta hasta que sus ojos se quedasen secos. Lo hacía todas las noches justo antes de dormir.

Después de la conversación con Tita, Juana había hecho bien su cama y limpiado su cuarto y fue de nuevo al salón para escribir una nota. Había decidido que no iba a esperar el salvoconducto, no iba a permanecer ni una sola noche más en aquella casa. Sentía asco, vinagre que le subía desde la garganta. Cogió su abrigo y se sentó a la mesa para escribir una despedida. La niña, Amapolita, y Melchor se merecían al menos unas palabras de despedida. Escribió, dobló el papel y se colocó el abrigo para salir. Entonces apareció Ramón.

—Mujer, ¿a qué tanta prisa? —susurró Ramón.

—Me voy —dijo Juana, intentando esconder el papel que acababa de escribir.

—¿Así, sin más? ¿Sin despedirte?

—Déjame ir, ya sabes que no he contado nada.

—Ya... eso habrá que verlo. —Ramón se acercó y le quitó violentamente la nota de la mano—. ¿Y esto? —Comenzó a leer en voz alta—: «Amapola, gracias por haberme cuidado estas semanas, me siento muy orgullosa de haber conocido a gente como vosotros. Da un abrazo a tu padre. Prefiero no despedirme en persona, no se me da bien...». Qué romántico... —se burló Ramón, sonriendo.

—Déjame ir, ya te lo he dicho, no voy a contar nada de lo vuestro, no soy tan tonta.

—Sí, si yo te dejo... pero antes vamos a mi habitación y arreglamos nuestros «asuntos» un rato, que no me queden dudas de si vas a hablar. Entre amigos —dijo acariciándole el brazo.

—Suéltame... Pero ¿cómo puedes hacer esto y estar con Melchor?

—Hacemos lo mismo: él ayuda a los míos y yo también.

—Eres un miserable. —Juana apartó la mano de Ramón y se dirigió hacia

la puerta para marcharse de la casa. Ramón comenzó a silbar como si llamase a un perro.

—Mira —decía mientras sacaba lentamente un documento del interior de la chaqueta—. Éste es el papelito que tenía que darte mañana, a lo mejor lo quieras ahora, con el sello y todo, pero esto te va a costar...

Juana se detuvo y lo pensó varias veces. Aquel documento, el salvoconducto, podía ahorrarle muchas penurias, muchos controles. Quizá podría salir de Madrid y comenzar una nueva vida. Siempre había querido ir a Moscú, ése era su sueño, el suyo y el de su amiga Olvido. Y el de Manuel, su Manuel. Quizá podría conseguirlo. Sin aquellos papeles saldría a la calle y tendría que ir de esquina en esquina, de sombra en sombra, de callejón en callejón. Aquel papel podría significar la vida.

Juana se dio la vuelta y se aproximó a Ramón.

—Ya sabía yo que... —susurró Ramón—. Acércate, acércate...

Juana avanzó lentamente, pero él tenía otros planes, no le iba a dar el papel así como así. Había venido desde el ayuntamiento con una sola intención y no se iba a ir de vacío. Juana sabía lo que él quería, pero estaba tan débil que no podía resistirse mucho, y él también lo sabía. Ramón la agarró de la cintura acercándola y la besó en la boca mientras ella intentaba coger el salvoconducto. Él comenzó a desabrocharle la blusa y a meter las manos en sus senos. Luego sintió sus lengüetazos como si aquella lengua fuera la de una serpiente. Consiguió agarrar el papel y consiguió zafarse. Juana dio un paso atrás y Ramón sonrió limpiándose los labios.

—¿Adónde crees que vas, rojita? —amenazó Ramón sonriente.

—Déjame, ¿no has tenido suficiente?

—Eso lo decido yo.

Ramón sacó su pistola y quitó el seguro. Juana se quedó paralizada. Dos manotazos fuertes bastaron para que cesara su resistencia, casi no podía gritar. Él la cogió violentamente y la tumbó en la mesa, poniéndola boca abajo, como a él le gustaba. Le levantó la falda y le arrancó las bragas mientras acariciaba su mejilla con el cañón de la pistola. Bajó la cremallera de su pantalón lentamente, para que ella lo oyera. Juana estaba dolorida por los golpes y no podía gritar, sólo lloraba y sentía ganas de vomitar.

—Quieta... ¿Pero no es esto lo que os gusta, el amor libre? ¿Qué te pasa?

¿Que nunca te lo ha hecho un hombre de verdad?

La penetró como un animal y ella sintió que algo se desgarraba. Para Ramón era un juego, ni siquiera pensó que estuviera haciendo algo malo. Hacía lo mismo que con Tita: jugar. Pensaba que a las rojas eso les gustaba. Seguro que al terminar le daría los papeles y aquí paz y después gloria. Cada uno a lo suyo. Otra muesca para su revólver de macho. Con cada golpe ella sentía más fuerza, algo en su interior se iba cargando, como una dinamo. Él le agarró el pelo, echando su cabeza para atrás mientras la empujaba cada vez más fuerte. Juana observó cómo Ramón dejaba suelta la mano que sostenía la pistola y la apoyaba sobre la mesa, confiado. Tuvo que decidir, era ahora o nunca. Cogió fuerza, se giró y le arrebató la pistola. Tuvo suerte, él estaba a punto de eyacular y estaba concentrado sólo en eso. Estaba seguro de que a aquella roja le estaba gustando. Ella le apuntó mientras se colocaba las ropas, llorando, desesperada, alejándose de él. Él sabía que ella no estaba jugando, que sus ojos decían que iba a apretar el gatillo. Juana le gritó que era un hijo de puta y que le iba a matar.

—¡Quieta con eso! ¡Suéltala, que te puedes hacer daño! —le ordenó Ramón, alejándose unos pasos y recolocándose.

La señora Tita se despertó con los gritos, se colocó el batín y subió al salón. Cuando llegó y vio la situación, no dudó un solo instante y tomó partido por Juana. Por su cara y por el desorden de la mesa sabía perfectamente lo que había sucedido.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —gritó Tita, encendiendo la luz grande —. ¡Ramón, qué has hecho!

—¡Tita, quítale la pistola a esta loca! —le ordenó Ramón.

—Ya sé que es un cabrón, pero no lo hagas... ¡Baja el arma, Juana! ¡Por favor!

—¡Déjame, Tita...! ¡No se te ocurra acercarte o te dispara a ti también! ¡Eres un hijo de puta! ¡Te voy a matar! —volvió a chillar Juana.

—Toma, ¿es esto lo quequieres? —Ramón cogió el salvoconducto que se había caído al suelo—. Tómalo —se lo tiró—, para ti, lárgate y desaparece.

—¡Ramón, no te acerques a ella! —dijo Tita—. Tranquila, Juana, coge los papeles y vete, por favor, no compliquemos más las cosas.

En la casa comenzaron a encenderse luces y se escuchaban voces. Menos la de Pilar, la mujer de Ramón, que se quedó en la cama agarrando a su niña y le cantó una nana bajito.

Ramón se estaba poniendo realmente nervioso. Entró la Abuelita y se quedó paralizada en la puerta al ver la escena. Al cabo de unos segundos llegaron también el Cura y varias personas de los que todavía quedaban en la casa. Saturnino y el Abuelito Juan se quedaron en la puerta, sin atreverse a entrar al ver que Juana tenía una pistola.

—¡Tengamos la fiesta en paz, hija, ven! —trató de mediar el Cura, intentando acercarse a Juana—. Dame la pistola, no hagas algo de lo que luego tengas que arrepentirte.

—¡Cura, no se acerque, que a mí no me valen sus monsergas...! Abuelita, éstos son unos traidores... ¡Venga, contadle a todos lo de la bandera y las pistolas! —gritó Juana, apuntando a un lado y a otro con el cañón de la pistola... Poco a poco iba notando cómo su energía iba desapareciendo y se encontraba un poco mareada, como si el salón comenzase a dar vueltas.

—¡Suelta eso, Juana! —chilló la Abuelita—. Ya sabemos todos lo que son éstos, bájala... ¡Dejemos las cosas como están!

Sonó un disparo. Todos se quedaron paralizados durante unos segundos que parecieron eternos. Todos se miraron las entrañas y miraron a Juana, para ver hacia dónde apuntaba su pistola, que cada vez se inclinaba más hacia el suelo, lentamente, como si ya hubiera cumplido su deber. Juana tenía la mirada fija en Ramón, pero parecía no verle, parecía no mirar hacia ningún lado.

—¡Niña! —exclamó la Abuelita y corrió hacia Juana.

—Abuelita, me estaba violando, yo sólo quería irme... Abuelita... sácame de aquí... —La herida de Juana era profunda, casi le había atravesado de un lado a otro, cerca del hígado.

—¡Pepe, suelta eso, pero ¿qué has hecho?! —gritó la señora Tita.

—¡Mi hermano, mi hermano...! ¡En la cuneta, no quiero cuneta, no quiero cuneta!... ¡tiros no, tiros no!

Pepe se había levantado de la cama sobresaltado con los gritos. Había visto la escena del salón y había ido a buscar la pistola que tenía el Cura en la habitación, para defender a su hermano. Él sabía que el Cura tenía una

pistola, porque todas las noches el padre la miraba antes de acostarse y a veces dejaba la puerta abierta, y a Pepe, el Joridito, le gustaba pasear cuando no podía dormir y comer sus trozos de galleta junto a la ventana. Él sabía cómo manejar una pistola, eso sí lo recordaba. Y aquella mujer, Juana, estaba apuntando a su hermano, no podía dejar que nadie hiciera daño a su hermano. Sólo quería abrazar a su hermano. Ramón le abrazó, apaciguándole, y le cogió la pistola para que no volviese a disparar. Luego, el chófer de Melchor corrió hacia donde estaba Juana y separó la pistola de sus manos de una patada.

—Hay que sacarla de aquí —dijo el Cura, mirando por la ventana—. La dejamos en la carretera, en cualquier lado, a nadie le va a extrañar.

—¡No seáis animales, hay que llevarla a un médico! —exclamó la Abuelita.

—¿A un médico? ¡Abuelita, coja el cubo y limpíe todo!, iya...! ¡Cura, traiga una manta grande, vamos a envolverla...!

El Cura corrió a su habitación a por la manta.

—¡No, Ramón, yo no...! —gritó la Abuelita.

—¡Ramón! ¡Eres un mal hombre! —chillaba Tita, abrazando a Pepe, un poco paralizada por el miedo.

—¡O lo limpias, o te vas con ella! —Ramón encañonó a la Abuelita—. ¡Aquí estamos todos metidos en esto!

—¡Abuelita, no dejes que me lleven! —gritaba Juana medio consciente, tosiendo sangre.

La Abuelita trajo un cubo lleno de agua con una bayeta y se quedó mirando a Ramón, desafiante. Entró el Cura con la manta. Ramón y el cura comenzaron a envolver a Juana en la manta. La Abuelita intentó impedirlo y Ramón le dio un golpe con la pistola. No le importó que la Abuelita fuera una mujer mayor, no le importó que del golpe cayera mal y se pudiera hacer daño en sus viejos huesos.

Juan no tuvo agallas ni para defender a su mujer, se quedó paralizado en la puerta sin atreverse a entrar.

El Cura y Ramón comenzaron a arrastrar a Juana apartando los muebles y las sillas. Juana gritaba pidiendo ayuda, le pedía desesperadamente a la Abuelita que hiciera algo, que la iban a matar, pero se la llevaron.

Unos segundos más tarde la casa quedó en calma. Pepe, el Joridito, canturreaba entre dientes. La Abuelita miró a su marido, el Abuelo, como le llamaban todos, le reprochó que no hubiera hecho nada, pero sintió un extraño alivio, como si supiera que al no intervenir había salvado la vida.

La señora Tita le preguntó a la Abuelita qué podían hacer, mientras intentaba controlar el temblor de su mano. La Abuelita le dijo que nada, que no podían hacer nada, que las cosas a veces no se pueden cambiar.

Tita acarició a Pepe, le acarició la cabeza como a él le gustaba, y se lo llevó a la cocina, allí le preparó una tila y luego lo acompañó a su cuarto y le cantó canciones hasta que Pepe se durmió, como un niño, tranquilo y sosegado.

Mientras, la Abuelita limpió con sumo cuidado el suelo y las gotas de sangre que habían caído en los muebles. Frotaba como si la vida le fuera en ello, como si no hubiera que dejar ninguna constancia de aquella noche.

La Abuelita pensó en Juana y en cómo lo harían, se la llevarían a una cuneta, la tirarían por ahí en cualquier lado, en un pozo, en una trinchera, la remataría Ramón de un disparo en la cabeza y le quitaría la ropa para que pareciera otra violación nocturna. El Cura rezaría por su alma, como hacían los de Franco, que siempre llevaban curas cuando fusilaban a la gente, para fregar su conciencia.

LA ENTREGA DE MADRID

Para Melchor era, quizá, el peor día de su vida. Aquel capítulo era el final de la lucha, también de la esperanza. Todos y cada uno de los movimientos que habían hecho aquellos anarquistas durante la guerra y la revolución habían desembocado en el mayor de los desastres. Ya no era la hora de buscar culpables. Culpables eran todos: las potencias europeas, los fascistas, la CNT y su debilidad a la hora de tomar la única decisión posible, la revolucionaria. También los comunistas, los obreros que habían sucumbido bajo las órdenes de Stalin.

Melchor pensaba que los otros habían ganado, lo llevaban haciendo siglos, desde que el hombre era hombre, y eso no iba a cambiar. Pero esta vez los pobres habían soñado con cambiar la historia. La misma historia que los había negado una y otra vez, la misma historia que borraba sus luchas, sus héroes y sus muertos.

Melchor iba a enfrentarse con los que entraban, con la prepotencia y el odio en estado puro, un odio en éxtasis por la victoria, arropado por el papa y por Hitler. Ellos eran los elegidos, los cruzados, los liberadores. Sabía que para los perdedores volvería a comenzar un frío invierno del que no saldrían en unos años, quizá más que con Primo.

Había sido una noche muy dura, la asamblea del sindicato había sido intensa, demasiados nervios, demasiada tensión acumulada y demasiada prisa. Había algunos que todavía defendían acciones desesperadas como dinamitar Madrid. Melchor había ya aceptado la derrota, por eso se puso a trabajar en el futuro. En aquel momento sólo había que mantener la

dignidad e intentar salvar el mayor número de vidas que fuera posible. Se desperezó, se había quedado dormido en uno de los sofás viejos del sindicato, pero se despertaba rápido y tardaba muy pocos segundos en estar completamente lúcido. Dedicó unos minutos delante del espejo a colocarse la ropa y a peinarse con agua. Las uñas, los puños de la camisa, el cinturón, los zapatos. Ser obrero era un orgullo, por eso no había que parecer un pordiosero.

Atravesó un Madrid triste, silencioso y solitario hacia el palacete del marqués de Viana. Cuando entró en el salón, notó algo raro, como si las cosas hubieran cambiado de lugar. Tenía la cabeza demasiado ocupada para darse cuenta de que faltaba una alfombra o que algunos muebles se habían movido.

Melchor rebuscó en el mueble de los papeles, el que abría la llave que Amapola llevaba colgada al cuello, y todo estaba en orden. Se sentó en la mesa a ordenar las carpetas que había traído de la reunión de la noche anterior y vio un papel doblado sobre la mesa. Lo leyó, era la despedida de Juana. Sonrió, negó un par de veces con la cabeza y le deseó suerte.

Un rato después entró Celedonio algo nervioso, como si hubiera venido rápido de algún lugar.

—¡Coño, Melchor, estás aquí! —exclamó Celedonio, recuperando el aliento—. El Consejo se ha marchado, sólo quedamos unos cuantos. ¿Cuándo te vas tú?

—Yo no me voy —dijo, seguro, Melchor.

—¿Cómo que tú no...?

—Hablé con la niña y me dijo que nos quedamos en Madrid...

—Te van a matar. En cuanto entren, te van a matar, hay que irse a donde sea...

—La niña y yo nos quedamos. Esta mañana he hecho que cambien nuestros nombres de los salvoconductos. Toma, uno a tu nombre y otro al de Teresa.

—Pero... —Celedonio miró con desprecio los papeles que le enseñaba Melchor—. ¡Te van a matar!

—A mí no, saben quién soy y lo que he hecho por los presos. He salvado a mucha gente en esta guerra y no creo que me peguen un tiro nada más

entrar.

—¿Y luego qué?

—Luego es luego, ya se verá.

—Me quedo contigo, Melchor, si tú no quieres los salvoconductos, yo tampoco —dijo Celedonio resuelto.

—No digas tonterías, Celedonio, en Francia van a necesitar gente de los de siempre, como tú. Hay que reorganizarse. Y para eso estamos los de la vieja escuela, alguien tendrá que reorganizar la CNT.

—Cipriano también se va, le ha dicho Besteiro que no se quede, que si se queda, le van a dar *café*. Casado tenía que haber hecho caso al Chimenó, tendríamos que haber organizado una guerra de guerrillas... ¡Vaya mierda de guerra que hemos hecho!

Los dos discutiendo de política, como siempre, dejaban pasar la mañana, su última mañana, como si todo estuviera calmado, como si no hubiera habido guerra y estuvieran tomando un refresco en una terraza de cualquier bar. No querían hablar de lo importante, de que se querían como hermanos, de que ya las cosas nunca iban a ser iguales. No querían hablar de la derrota, de la humillación de la derrota. De los años de lucha obrera, de los mítinges, del hatillo que tantas veces habían llevado a la cárcel, de las lecturas y discusiones en el sindicato y en los ateneos. De todos los compañeros, hermanos obreros, que habían muerto en estos años. Del horror que habían visto y del que verían cuando sus enemigos tomaran Madrid.

—Tendríamos que haber hecho tantas cosas... —dijo Melchor, casi susurrando—. Hay que saber perder, eso sí que me lo enseñó el toro. Cuando se pierde, se pierde. Y hay que mantener la cabeza alta. Algunos tenemos que organizar las cosas desde aquí y vosotros desde allí. Y a Cipriano le van a seguir muchos, es un buen compañero.

—Vente con nosotros, Melchor, que te van a matar. Mira lo que están haciendo en Alicante.

—Ya te he dicho que está decidido, Cele. Me quedo. Os cogéis el avión con Juan López, ya lo conoces, es un buen compañero, y te llevas el dinero a Francia... Franco quiere una rendición sin condiciones y eso es lo que le hemos dado gracias a la batalla con los comunistas.

—Resulta que Centaño —añadió Celedonio, después de una carcajada—,

el jefe de artillería, también era de la quinta columna... ¡Coño, si es que esto era un desastre! ¡Así sabían ellos en Burgos lo que íbamos a hacer, antes que nosotros mismos! Los de la Ciudad Universitaria hace días que se están rindiendo, dicen que están cantando y bailando. Y en Andalucía ya no se pega un tiro, han entrado en Pozoblanco sin pegar un tiro... Aquí estaba infiltrado hasta el gato... ¿No estás cansado de todo esto?

—Desde hace décadas, desde que nacimos para trabajar como mulas. Cele, ¿cuánta cárcel llevamos tú y yo a cuestas?

—¿Yo? Ni sé... ¿Lo hemos hecho bien, Melchor?

—Eso no lo sabremos nunca. No sé... en una guerra, ¿alguien lo hace bien?

El reflejo de la ventana, el que producía sobre el suelo del salón, era más claro que las semanas anteriores, parecía que el tiempo abría paso a la primavera.

—Ha sido un placer luchar contigo por la revolución, aunque hayamos perdido —afirmó Celedonio, levantándose.

—Hemos perdido esta batalla, compañero, pero la guerra, la de los obreros, al final se ganará, aunque ni tú ni yo lo veamos —respondió Melchor—. ¡Viva la anarquía!

—¡Viva!

El abrazo no era sólo una despedida, también era el final de un sueño. Un sueño que habían comenzado muchos años antes, cuando todavía se sentían jóvenes para volar.

—¿Qué vas a hacer con la niña cuando...?

—Para eso está su madre, espero...

—Toma, Melchor —dijo Cele, hurgando en los bolsillos de su chaqueta —, las llaves de mi casa, son tuyas. Este palacio hay que dejarlo y en algún lugar tendrás que dormir.

—Ya encontraré algo.

—¡Que no, Melchor, coño! ¡Que somos compañeros...! No puedes ser siempre tú el que haga los favores. Tómalas, cuando yo esté en Francia no las necesitaré. Dispón de la casa como quieras. —Celedonio le metió sus llaves en el bolsillo de la chaqueta que estaba colgada en el perchero.

—Vale, yo te la cuido hasta que vuelvas.

La niña entró despreocupada, feliz, como siempre que se creía arropada por Celedonio y por su padre.

—¡Cele! ¿Os vais ya? —preguntó Amapola, besando a Celedonio.

—Sí, tu padre... ya sabes... que es muy cabezón. Me voy con Teresa a Francia.

Celedonio le hizo prometer que cuidaría de su padre y ella le enseñó unas telas que había cortado para hacer el nuevo hatillo para la cárcel. Se rieron del color, porque ella quería hacer un hatillo rojinegro, y si lo hacía un poco en horizontal parecerían los colores de la Falange, que hasta eso les habían robado.

Ramón entró y echó un vistazo al salón. Pensó que nadie se daría cuenta de lo ocurrido allí, pues estaba tan revuelto como siempre. Había pasado toda la noche sin dormir y nadie sabía qué demonios había estado haciendo con el Cura. Mejor no averiguarlo. Melchor, que le había dicho que se fuera, que no esperase en la puerta del sindicato con el coche, pensaba que había estado en el palacete, con su mujer, su niña y sus hermanos.

Melchor recordó que la chica comunista había dejado una nota y se la dio a la niña. Le dijo a Ramón que no hacía falta que siguiera con lo de los papeles de Juana.

—Pues los tenía aquí para dárselos esta mañana, como me dijiste —comentó Ramón—. ¿No está?

—Se ha marchado —explicó la niña, algo enfadada, doblando el papel—. Pero, bueno, en esta casa todos se marchan sin decir adiós.

—Ramón —dijo Melchor, repasando que no quedasen cabos sueltos antes de ir a entregar Madrid—. Que nadie se lleve nada, quiero todo como estaba, ni un tenedor. Cuando venga su dueño, que lo encuentre tal y como lo dejó.

—Bueno, familia —se despidió Cele—, tened mucho cuidado, os tendré siempre aquí, en el corazón, ya lo sabéis.

—Adiós, Cele, os echaremos de menos. —Corrió Amapola a darle el último abrazo.

—Celedonio, sé feliz, compañero. Salud y anarquía —dijo Melchor, sin querer mirarle.

—¡Salud y anarquía! —contestó Celedonio. Se miraron levemente, se abrazaron durante un segundo y se llamaron el uno al otro compañero. Su relación entraría en ese *impasse* terrible y magnífico que tiene el pasado en el presente.

Celedonio salió de la casa con la sombría sensación de que ése ya no era su país, que el aire estaba definitivamente contaminado.

La señora Tita y el Cura habían estado viendo toda la escena desde el pasillo. Se trataba de sobrevivir diez o doce horas más, hasta que todo hubiera acabado.

Amapola intentaba calmar a Pepe, el Joridito, que estaba más nervioso que nunca. No funcionaban las canciones ni los cromos ni los juegos de palmas. Amapola le decía a su padre que intentara serenarle, que él siempre lo conseguía, pero Melchor sabía que Pepe estaba nervioso por lo que iba a pasar, en algún rinconcito de su destortalado cerebro había un atisbo de realidad. Por eso estaría intranquilo. Pero, de todas formas, se acercó a él, haciéndole una carantoña. No hacía más que susurrar cosas sin sentido sobre la pistola del Cura y una mujer que tenía cromos rojos.

La señora Tita se había maquillado algo más que otros días. Lo hacía con lo que podía, cualquier cosa que le diera color le valía. Preguntaba insistenteamente a Melchor si la calle estaría segura, que si no entrarían esos horribles moros y arrasarían con todo. Y Melchor, sonriente, intentaba calmar sus propios nervios y la tranquilizaba con palabras amables.

Josito, el miliciano, entró nervioso con su fusil. Parecía un muerto, por el macilento color de su rostro, que resaltaba el rojinegro de su pañuelo y su gorra. Sus compañeros habían huido hacia sus casas. O se habían ido con lo puesto hacia la carretera de Valencia. Él había decidido quedarse para proteger a Amapola y no dejar solo a Melchor, ahora que nadie quería estar en aquella casa.

—Josito, quédate aquí dentro si quieres, en el palacio, o vete a tu casa. Pero no estés por la calle —le pidió Melchor, taxativo—. Y quítate esa gorra, ya no hace falta. Si entran, tú quédate al margen, no te vayan a pegar un tiro.

—Pero yo quiero ir con usted.

—Ya te lo he dicho, obedece, coño. ¿Tu madre?

—Mi madre está bien, compañero Melchor.

Si Melchor entregaba Madrid, no iba a haber lucha, que entraran las columnas tranquilas por el centro y que no encontraran oposición. Así no habría más muertes. Debían salir ya para el ayuntamiento.

—Vamos, Ramón, hay que ir al ayuntamiento.

—¿A estas horas?

—Me dejas y te vuelves a cuidar de Amapola. Dame tu palabra.

Melchor observó cómo Amapola no quería mirarle a los ojos. Quizá la niña sabía que aquella podía ser una despedida. Se acercó a ella, la apartó hacia la ventana y sacó una moneda.

—Elige, Polita, cara o cruz...

—Cruz.

—Si sale cruz es que no me va a pasar nada.

Melchor lanzó la moneda al aire inventando ya una excusa convincente por si salía cara en la moneda, le contaría que esos juegos son tonterías... Pero salió cruz y la niña dio un brinco.

—Ves, niña, hoy no es el día... Y recuerda que no debes tener miedo, nosotros no hemos hecho nada malo. Cuando entren, la cabeza alta, si vienen aquí, me llamas al ayuntamiento.

Fue un abrazo protector con el que ella pudo recuperar la energía que necesitaba. Amapola le preguntó que si estaba llorando, pero él sonrió y dijo que no, que sería el polvo, o que sería una lagrimita de rocío por lo bonita que ella estaba. La besó y aguantó las lágrimas que le salían. Por los compañeros, por la derrota, por la mala vida que había dado a su hija, por tanta gente que había muerto en aquella horrible guerra.

—Sí, hija, estoy llorando... Lo siento, tengo que ir a entregar Madrid a esos animales.

Y se fue corriendo con Ramón, sin mirar atrás. Ahora tendría que enfrentarse a uno de los peores toros de su vida: militares orgullosos y victoriosos que no respetaban a nadie.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —Se acercó Amapola a Josito, el miliciano, cumpliendo diez o veinte años de golpe, como una mujer adulta, segura de sí misma.

—Tu padre, que me ha dicho que me quede a cuidar...

—¿Tú? ¿Cuidar de mí? —sonrió Amapola—. ¡Anda, *espabilao*!

Amapola tendría ahora que demostrar de qué pasta estaba hecha. Su padre la había forjado un carácter fuerte, pero su estómago no aguantaba. Había pasado de niña a mujer sin apenas darse cuenta y ella echaba de menos su adolescencia. Quería estar bailando y llena de felicidad, como hacen los adolescentes, y pensar que el mundo es una maquinaria que funciona bien, pero no pudo ser así, y menos en aquellas horas. A veces le daba rabia haber tenido un padre que se creía Jesucristo. Ser hija de alguien así te deja marcada para los restos, hagas lo que hagas, siempre vas a ser peor persona, y eso no es bueno.

Llevaba varias noches sin dormir, pensando en David. Las chicas, sus amigas de la corrala, decían que sin fotos se olvida mejor a los novios, que si no acabas siempre mirándolas por las noches y duele el corazón. Pero ella de David no guardaba nada, ni una foto. Las personas en foto no huelen ni sienten ni tienen lágrimas en los ojos al irse.

Todos los de la casa iban de un lado a otro con maletas, conversaciones en voz baja y pasos rápidos. La Abuelita miraba de soslayo a todos intentando controlar que lo poco que quedaba en la despensa no fuera saqueado. Nadie sabía cuántos días podrían estar entrando los fascistas. La leche condensada y la harina debían seguir donde estaban. Por si acaso, la Abuelita había guardado bajo llave los dos o tres huesos que todavía tenían viruta y tuétano para los caldos y el trozo de tocino que había traído Melchor de algún sitio, con algunas botellas de vino y algo de legumbres. Para como estaba Madrid era como tener una tienda de ultramarinos. La Abuelita estaba acostumbrada a no fiarse de nadie, y menos después de la noche anterior, que le había despejado las dudas de lo sola que estaba frente a la barbarie de los hombres y la guerra. Ella estaba esperando algo, no sabía muy bien qué, pero tenía la certeza de que la cosa, para ella, no

había terminado.

Madrid se moría, desaparecía. Se arrastraba como un ídolo de barro, torpe, como uno de esos aviones italianos que bombardeaban y parecía que se iban a caer ellos también después de las bombas.

—Niña, lo siento, pero... —La señora Tita apareció con una maleta, perfectamente vestida con uno de los diseños que había mantenido guardados. Parecía una señorita bien—... Me voy.

—¿Usted también? —respondió Amapola, un poco sorprendida.

—Niña, y yo, entiéndelo —dijo el Cura, sin apenas detenerse. Le dio un escueto beso en la frente y se asomó a la ventana mientras se colocaba un pañuelo.

—¿Me vais a dejar sola ahora? ¿Así vais a pagar lo que mi padre ha hecho por vosotros?

—Que no, niña, que es mejor así, que si entran aquí... —comentaba el Cura preocupado por el nudo de su pañuelo.

—Lo mismo piensan que somos... —añadió Tita, tratando de buscar una excusa.

—¡Sois unos miserables! —les recriminó la Abuelita—. Os iréis, pero de aquí nadie se lleva nada.

—Déjalos, Abuelita —sonrió Amapola—, si casi todos se han ido ya, qué más da...

—¿Y quién les va a contar a los que entran lo que ha hecho Melchor? —preguntó hiriente la Abuelita.

—Mucha gente sabe lo que ha hecho Melchor —observó el Cura, haciendo un gesto a Tita para marcharse juntos—. Niña, acuérdate de rezar todas las noches.

Tita lo pensó unos instantes. Agarró el asa de su maleta con fuerza, con rabia, la levantó del suelo como si llevase dentro toda su moral y sus recuerdos de cuando la vida era otra y la volvió a dejar como un peso muerto.

—¡Tienes razón, Abuelita! Me quedo, no vamos a dejar a la niña sola ahora...

—Gracias, señora Tita —dijo la niña.

—Bueno, aquí los esperamos... y si se tiene una que morir, pues se

muere —sentenció Tita muy nerviosa, como sonriendo, sabiendo que era la única acción valiente que había hecho en toda la guerra.

—Ya estamos... —masculló la Abuelita—. ¡Aquí no va a morir nadie más, leñe!

Ramón había vuelto a entrar en la casa, se fue a las habitaciones y sacó toda la ropa y la metió en una maleta grande. Amapola no lo podía creer. Ramón y su familia no iban a olvidar de repente todo lo que Melchor había hecho por ellos.

Josito, el miliciano, se acercó a preguntarle cómo iba la cosa fuera y Ramón le miró a los ojos y le quitó el brazalete de la CNT-FAI, arrancándoselo para que no tuviera más problemas. «Quítate todo eso», le dijo. Y fue a la cocina a buscar a Pepe, el Joridito. Pilar, la mujer de Ramón, y Saturnino, su hermano, ya estaban en la calle con la bebé, con el Ford encendido.

Ramón no quería dar muchas explicaciones y con prisas cruzó el salón con su hermano Pepe y la maleta.

—Pero ¿te vas, Ramón? ¿Tú? —preguntó Amapola—. Si mi padre ha dicho que te quedes aquí... le has dado tu palabra...

—Ya sé lo que ha dicho tu padre —contestó seco—. Pero la cosa está así —. Ramón abrió el pequeño maletín y sacó una bandera de la Falange—. Niña, me llevo el coche con la bandera. Tú no lo entiendes ahora, pero... dile a tu padre que yo le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros. Pero tengo que salir a recibir a los míos. Volvemos a casa, a Colmenar, para poner la bandera de Falange en el ayuntamiento.

—Traidores. Que sois todos unos traidores —les recriminó Amapola.

Amapola veía cómo casi todos los de la casa se iban marchando y no miraban atrás. Ya había tenido bastante guerra, demasiada guerra. La Abuelita no paraba de mascullar cosas en voz baja mirando por la ventana.

—Si no viene tu padre, yo me quedo contigo, niña —repetía sin parar—... yo me quedo contigo.

—Abuelita, ¿cojo la metralleta? —preguntó Amapola.

—¡Niña! ¡Que la guerra se ha acabado, coña!

EL FIN

La emisora de radio estaba llena de gente, incluso algún falangista vestido para la ocasión supervisando quién entraba y quién salía. Los quintacolumnistas campaban a sus anchas por la ciudad, con los cláxones de sus coches pitando y agitando sus banderas. Algunos portaban altavoces de los cuales salían marchas militares o el *Cara al sol*. Caminaban altivos y trataban con displicencia a todos los que se encontraban por la calle. La mayoría de los madrileños permanecía en sus casas y algunos todavía intentaban marchar hacia Valencia provocando el caos en las carreteras desde hacía varios días. No sabían que ya no iba a salir nadie más de España y que la mayoría iría a parar a campos de concentración. Allí morirían de frío, de hambre o fusilados en juicios sumarísimos.

Melchor había entrado y esperaba que le dieran paso en antena. Ensayaba el discurso en voz alta intentando que no se le notara el dolor de la derrota. Tenía que mostrarse fuerte, ahora se encontraba ante la escena final de una pésima obra de teatro, como las de sus amigos los Quintero, pero sin risas ni acentos de pueblo. Tendría que contener a quienes estaban aún dispuestos a liarse a tiros por las calles.

Melchor ensayaba el discurso, ponía palabras nuevas, cambiaba verbos de lugar... Buscaba la mejor entonación para no parecer lo que no tenía que parecer y que el verdadero mensaje llegara a quien tenía que llegar. Estaba nervioso. Debía radiar su discurso e irse después a entregar Madrid a los generales franquistas en la plaza de España, como alcalde en funciones, como último funcionario de la República:

Pueblo de Madrid, todos me conocéis, soy Melchor Rodríguez, hablo en representación de vuestro ayuntamiento, como vuestro alcalde en estos momentos difíciles.

Pueblo de Madrid, juntos habéis sufrido la letal violencia de la guerra y habéis demostrado vuestra entereza de corazón y la valentía que sólo albergan los grandes hombres. Ahora es el momento de demostrar nuestra dignidad y la entereza de vuestros corazones.

Sé que son momentos difíciles para todos, que hemos sufrido demasiadas muertes y todos tenemos hermanos perdidos en cada rincón de España. Juntos hemos forjado nuestra resistencia en una guerra fratricida que ha durado demasiado tiempo, pero que está dando sus últimos estertores. Hemos perdido esta guerra juntos e igualmente juntos vamos a reconstruir esta ciudad y una paz duradera, paz sin rencores para todos los españoles.

El enemigo ya está entrando en Madrid, nos han prometido que van a hacerlo sin violencia. Guardemos nuestras banderas para mejores tiempos y permanezcamos en nuestras casas, tranquilos y esperando con la mejor de las disposiciones.

En unos minutos voy a hacer entrega de esta heroica villa a quienes entran con sus tambores de victoria. En estos instantes amargos os pido sólo una cosa: serenidad. Se ha sufrido ya demasiado en esta ciudad, que ha dado siempre ejemplo de sacrificio, de valentía y de tesón.

Me dirijo, finalmente, a todos los funcionarios del ayuntamiento, hayan sido depurados o no, para que regresen a sus puestos y ayuden a ordenar el cambio de poderes. También a los policías, guardias de asalto y cuerpos de seguridad municipal.

¡Madrileños, hagamos frente a la adversidad con sensatez y buen juicio! ¡Vivamos en paz, cicatricemos nuestras heridas y despidamos esta guerra que nunca debió empezar!

SEGUNDA PARTE
POR LA SENDA DE LA REBELDÍA

*Cuerpos que nacen vencidos,
vencidos y grises mueren:
vienen con la edad de un siglo,
y son viejos cuando vienen.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

HUÉRFANO

Melchor Rodríguez nació el 30 de mayo de 1893 en Sevilla, en el número 28 de la calle de San Jorge, en el barrio de Triana. El padre de Melchor se llamaba Isidoro y se había trasladado a Sevilla desde Galicia. Pertenecía a la familia gallega de los Giráldez, que era el apellido de su madre (Teresa), la abuela de Melchor. Los Giráldez eran de El Rosal, en la provincia de Pontevedra.

El abuelo paterno de Melchor, Cándido, poco después de enviudar viajó con su hijo Isidoro hasta Sevilla. Allí montó una fábrica de pasta que llegó a tener siete obreros, pero la fábrica acabó quebrando y Cándido se volvió a Galicia. Isidoro, que ya había conocido a María García Dama y se había enamorado de ella, no quiso regresar a su tierra. Encontró trabajo de maquinista en el puerto sevillano y se casó con María, que en ese momento tenía diecinueve años. Habrían de pasar seis más hasta que llegó al mundo Melchor, cuando ya no se le esperaba y la pareja había asumido su esterilidad, pero después de Melchor tuvieron seis hijos más, aunque sólo sobrevivieron dos, Rosario y José. La infancia de Melchor y sus hermanos transcurrió en Triana.

Un mal día su padre murió en un accidente cuando cargaba con su máquina las vagonetas del puerto.

—Mira, Melchorín, ahora hay que ser fuerte... —le dijo su madre—. Pero llaremos los dos, que yo llevo todo el día conteniéndome para que no me vieran los compañeros de tu padre. Saldremos adelante. Vamos para casa, anda.

Estaba en clase y su madre había ido a buscarle para llevarlo a casa. Se abrazó a él. Al fin y al cabo, ya tenía casi diez años y era todo un hombrecito. María por fin echaba con sus lágrimas toda la mala suerte que habían tenido desde que la fábrica de fideos del padre de Isidoro fracasó.

Los compañeros de Isidoro poco pudieron reunir y María tuvo que meter al chiquillo en el hospicio. Ya no podía contemplar desde Triana los barcos que atracaban en el Guadalquivir, ni ver bajar con el gesto de derrota a todos aquellos soldados que volvían de Cuba llenos de miseria, en una procesión de cuerpos sin alma.

No entendía aquello que decían los curas, porque si Dios era tan bueno, ¿por qué dejaba que los niños como él fueran pobres? Nunca lo tuvo claro. Aunque Melchor ayudaba de monaguillo y leía los Evangelios y las vidas de los santos. Ya que no podía ir a la escuela, por lo menos podía leer libros, aunque fueran sagrados. Algunos obreros del barrio decían que si lees no te conviertes en burro, pero los burros que él había visto no parecían haber sido personas antes.

Su compañero Castillo, Castillito lo llamaban, llevaba más tiempo en la fábrica, pero era al niño Melchor a quien le daban las propinas. Por eso un día Castillo le miró de frente y le dijo: —¡Tú, Melchorín! ¡Te voy a dar dos hostias que te vas a enterar...!

—¿Quién? ¿Tú? Primero tendrás que cogerme.

Y Melchor salió corriendo como una bala. Castillito arrancó detrás de él, pero el Manitas, que se movía por el barrio como un perro callejero, acabó por pararse y esperarle.

—Te voy a dar —repitió Castillo con una piedra en la mano.

—¡Tú eres tonto! —le dijo, serio, Melchor—. Si nos pegamos, ¿mañana quién trabaja?

—Y a mí qué. Dame mi parte de las propinas.

—Sí, pues trabájatelas.

Aquello no debió de gustarle mucho, así que arremetió como un toro contra el Manitas. Se enzarzaron con unos cuantos puñetazos hasta que Melchor consiguió zafarse.

—¿Qué pasa? —se burló Melchor, saltando de un lado a otro—. ¿No me ves?

Castillito movía las manos persiguiendo el bulto negro que veía, a corta distancia todavía podía acertar, pero a un metro no veía más que manchas que se movían. Melchor se dio cuenta de que su compañero de trabajo estaba más cegato que un topo y dejó de pelear.

—Oye, Castillo, que ya sé lo que te pasa.

—¿Y qué me pasa?

—Pues que no ves tres en un burro, por eso no das ni una con la madera y te llevas los capones.

—Yo sí veo.

—Ya, ¿cuántos dedos tengo en esta mano? —Castillo intentó acertar varias veces sin conseguirlo—. ¿Ves? Anda, acompáñame a ver a don Francisco.

No le fue difícil al profesor diagnosticar sin ser médico lo que tenía el Castillito.

—Tú no ves desde hace unas semanas, ¿no?

—¿Y cómo lo sabe?

—No hay más verte el color.

—Si es que me levanto y veo bien —explicaba Castillo—. Pero luego, según pasa el día todo se me vuelve borroso.

—Si no se come, es lo que pasa. Venid y tomad estos vasos de leche y mojad todo el pan duro que queráis. Y mañana, Melchorín, lo traes otra vez, ya verás cómo recupera la vista —dijo, amable, el viejo profesor.

Castillito y Melchor se hicieron amigos y crecieron juntos. A Melchor se le puso grave la voz... y sabía armar versitos rápidos y rimas verdes que sonrojaban a las adolescentes. Ya mozo, se le daban bien las chicas del barrio. En casa se pasaba las horas leyendo, tumbado en la cama.

Del hospicio salió Melchor con diez años para comenzar de aprendiz de calderero en la pequeña fábrica que había en la sevillana calle de San Jacinto. Allí mostró sus habilidades para ese oficio y también para el de ebanista. «Siempre fue un manitas», decía Castillito, quien compartió con Melchor la amistad toda su vida. Melchor se reía con facilidad, pero a menudo le afloraba la ira.

Iba de un libro a otro, pero tenía como biblia de cabecera *Así habló Zarathustra*, una obra que le habían regalado en uno de los ateneos de

cultura. Ese apóstol de la destrucción era el héroe que Melchor necesitaba. Alguien que había tenido al mundo para zarandearlo y acabar con todo lo caduco y podrido. Él admiraba a Nietzsche hasta tal punto que le parecía un crimen que los humildes no pudieran apreciar la obra de aquel genio: «Que no puedan elevarse del suelo miserable que pisan y estén destinados a permanecer embrutecidos por todos aquellos a los que les interesa que los obreros no sean más que ganado de carga a su servicio».

Pero quien más influyó en la posterior ideología de Melchor fue Malatesta. Errico Malatesta, que había nacido cerca de Nápoles, en una familia acomodada, pero pronto se adscribió a los ideales republicanos de Mazzini. Al igual que Melchor, conoció pronto el rancho carcelario, tenía diecisiete años la primera vez que lo encarcelaron. Tras la Comuna de París, abrazó el anarquismo y nunca lo abandonó. Apóstol viajero, también estuvo en España y en 1885 huyó desde aquí a la Argentina. Fue amigo de Bakunin y Kropotkin, pero se acabó distanciando de ellos.

Según Malatesta, el anarquismo tiene una única razón de ser: rebelarse contra la injusticia. Las luchas entre hombres y el dominio de los que vencen conducen a la explotación de los vencidos. Entendió la solidaridad como natural en los hombres, pero aprovecharse de la solidaridad hizo que nacieran la propiedad privada y el Gobierno.

Melchor hacía números y cuentas de noche en un círculo republicano, cuyo maestro sin título trabajaba en la fábrica del gas y era vecino de su casa. Una gran persona.

—Un hombre sin educación se parece a un pobre animal, y cuando lee, aprende y piensa, se vuelve fuerte y peligroso para el Estado, que ya no puede utilizarlo como mula de carga —les decía a sus alumnos.

Esas enseñanzas nunca las olvidaría Melchor. Tampoco olvidaría al maestro don Francisco Portillo, su bonhomía y su paciencia con los campesinos y obreros que se dejaban caer por la escuela. De entre ellos, Melchor recordaba a uno en particular: Emilio Cabezas. Pero, de momento, le interesaban más los toros y las chicas sevillanas.

Emilio iba a la escuela cuando podía, sobre una mula vieja llena de

moscas, con su camisa blanca, la de ir a misa. Emilio Cabezas no sabía mucho de política ni de nada en general. Quería aprender a leer y a escribir para no sentir que había perdido su vida en el azadón. Su máxima aspiración era leer un libro, el único libro que tenía en casa, que le había dado su patrón cuando niño: *Robinson Crusoe*. Quería leer aquella novela, «la cartilla», como él llamaba a cualquier libro. «Cartilla» era también la libreta donde apuntaba sus garabatos.

Alguna tarde llegaba Cabezas a última hora, cuando el maestro estaba recogiendo. Entonces Emilio llamaba tres veces a la puerta, con tres golpes secos.

—Señor maestro... que ya sé que llego tarde, pero la remolacha no espera. No he traído el lápiz, que de sacarle punta ya no hay lápiz. Es que aprieto mucho y se me rompe... Tengo las manos duras de trabajar y no tengo tacto.

—Sensibilidad, don Emilio —sonreía amable el maestro Portillo—, lo que no tiene usted es sensibilidad, que el tacto es para otras cosas. A ver esa cartilla.

Entonces, turbado como un niño, Emilio Cabezas le entregaba la cartilla donde había practicado alguna de esas palabras que tanto le costaba escribir a la luz de las velas, en su choza sin ventanas.

—Bien... bien, don Emilio, bien —decía, ocultando su sonrisa, el maestro —. Las bes, las haches, en fin... no ha acertado ni una sola, y eso también tiene su mérito, que fallar todas es como acertar todas. Siéntese y vamos con la lección de hoy: verbos, para qué sirven y cómo...

—Yo, si no es molestia, señor maestro, preferiría que me explicara otra vez eso del otro día, eso de la lengua y el pensar. Que yo no entiendo muy bien cómo puede haber cosas en el mundo que no existen hasta que les ponemos nombre... Yo, mire, he estado pensando mucho sobre eso, que uno no es tan bruto. Si una cosa no tiene nombre, ¿puede ser que exista, que exista de verdad...? Mire usted, señor maestro, que yo tengo una perra que a veces da cachorros y los vendo por *ná*, por lo que dan los vecinos, y hay perricos que no tienen nombre, que no les pongo nombre. Pero yo los siento allí... siento que están. Entonces, ¿yo los veo o no los veo? ¿O son como Dios, que, como dice usted, puede que no exista y que sea un

invento? Pero si Dios tiene nombre, entonces es que existe, ¿no?... Que llevo días que me despierto a media noche pensando si las cosas van a seguir allí por la mañana: la mesa, las cucharas, la cartilla...

Entonces el maestro Portillo sonreía y cogía su regla de explicar. La regla de madera en la que se apoyaba para reflexionar. Para traducir sus ideas al idioma básico de los que rondaban las escuelas republicanas.

—Don Emilio Cabezas, está usted en el camino de los grandes, de Aristóteles, de Platón... Así empezaron: teniendo desasosiego..., curiosidad frente al mundo. Usted ahora es como un niño a quien el mundo se le está abriendo. ¿A cuánta distancia está el sol?

—¿De dónde? ¿De aquí o de la capital?

—Don Emilio, tiene usted que aplicarse más en las redacciones y no confundir tanto las letras: zanahoria, con zeta y con hache. Mientras piensa en esas cosas elevadas, que eso está muy bien... tiene que ocuparse de escribir y leer, para poder recoger todo lo que otros han pensado antes que usted... Imagínese que estamos ante un nuevo Manuel Kant, o un Galileo.

—Galileo, ¿ése no será el hijo del que llaman el Gancho, en la estiba?

—¡Súbase a la silla, don Emilio!

—¿Está usted loco, señor maestro? ¿A la silla dice?

—Súbase a la silla y grite conmigo, ¡viva la inteligencia!

—¡Viva la inteligencia! —gritó con miedo a caerse.

—¡Mueran los pollinos que rebuznan!

—¡Mueran los que rebuznan!

—¡No podrán ser fundamentos de privilegio jurídico: la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas!

—¡A ver si le van a oír!

—¡Pues que me oigan...! Para mañana cópielo diez veces y me lo trae. Con las bes, las uves, usted observe y guíese por su olfato, y si inventa un nuevo idioma, lo patentamos. ¡Don Emilio Cabezas, quién sabe si va a ser nuestro próximo Copérnico!

—A mí estas clases me levantan el ánimo —dijo Cabezas, bajando de la silla—. No es como la iglesia, que uno sale abatido y con culpa por todo...

—Don Emilio, es usted todo un librepensador. Ahora déjeme, que tengo

que corregir unos exámenes para mañana... Y escriba, escriba, que algo queda...

Y Emilio, el Cabezas, salía reconfortado, como siempre que podía asistir a las clases vespertinas del maestro. Así era el maestro Portillo y así de grande quedó en los recuerdos de Melchor.

Melchor trabajó y poco a poco también fue cogiendo ganas de torear. Soñaba con sacar a su madre y sus hermanos del trabajo y comprar un palacio y un coche. Así se hizo torero.

TOROS Y ANARQUÍA

Aunque su nivel de vida fuera bajo, la andadura profesional de Melchor prosperaba al ritmo de sus habilidades y pronto adquirió la profesión de chapista, que en la época era una especialización relativamente bien remunerada. En opinión de Castillito, «Melchor siempre había sido un *echao p'alante* y su fuerza y su carácter fueron lo que le empujaron a vestirse de luces». Y aquella aventura le gustó, aunque luego no prosperara en ella. Fue así como empezó a ejercer de maletilla y a invadir las dehesas de toros bravos, esquivando a la Guardia Civil.

Durante una disputa tabernaria con navajas de por medio, en un forcejeo con un capataz malencarado, Melchor, en defensa propia, hirió al atacante y éste, con el rabo entre las piernas, fue al cuartelillo a denunciarlo. Como consecuencia, la Guardia Civil detuvo a Melchor y lo metieron en la cárcel, justo cuando iba a debutar en la plaza de Sanlúcar.

Aquella detención, la primera de tantas que soportaría a lo largo de su vida, en cierto modo le iba a abrir los ojos. Allí, en la cárcel, conoció a don Pedro Vallina, un médico anarquista con el que compartió celda.

—Melchor. No te tomes la cárcel como castigo —charlaban entre ellos en el patio—, sino como un aprendizaje. Cuando llegue la hora de la anarquía, sobrarán las cárceles, pues nadie tendrá que robar o matar.

—Pero ¿qué es el anarquismo? —preguntó Melchor.

Vallina suspiró. Estaba en cuclillas, lo mismo que Melchor.

—Mira, hijo, te diré la verdad, pero que quede entre nosotros. Es como un norte, un farol al que seguir en la oscuridad. Un mundo mejor, pero que

va a costar mucha sangre conseguir. La emancipación de todos los hombres. Pero, vamos, que eso no está claro ni para Bakunin. ¿Qué es? Pues no sé, una idea.

Tal franqueza desconcertó a Melchor.

—Pues si tú no lo entiendes... —respondió Melchor.

—En general... Veamos —le cortó Vallina, pasándose la mano por la cara —, el anarquista quiere que se acaben los patrones y los esclavos. Quiere que todo el mundo sea libre y feliz. Que aquello que cada cual produce llegue a todo el pueblo. ¿Te parece justo que alguien se enriquezca con tu trabajo mientras a otros no les llega para comer?

—No, claro que no —dijo Melchor.

—Pues los anarquistas combaten contra todo eso. Para abreviar: nosotros creemos en las personas, no en el poder. Creemos en la posibilidad de hacer algo bueno todos juntos. Sin reyes, sin guerras, sin Estados, sin propiedad. Una conjura de la buena gente, ¿entiendes?

Melchor asintió y creyó encontrar su explicación personal. Algo poderoso e invasivo estaba instalándose en su conciencia. Vallina fue el primer apóstol vivo que veía aquel chaval rebelde, valiente y bien dispuesto para la pelea.

Al salir de la cárcel, tras el juicio en el que se le declaró inocente, Melchor se dispuso a debutar como novillero. Lo hizo en Sanlúcar de Barrameda en septiembre de 1915 y salió a hombros de la plaza. Creyó tener a su alcance la fama y el dinero, pero nunca dejó su trabajo de carrocería y así fueron pasando los días, hasta que se le contrató para una corrida en Madrid, en la plaza de Tetuán de las Victorias, en las afueras de la capital. Seis novillos de Montoya para Redondo, Francisco Díaz y Melchor Rodríguez, decía el cartel. Recibió más revolcones que lances de muleta pudo dar y acabó con un par de cornadas en la nalga derecha, que lo tuvieron dos meses en el hospital. Luego lo volvió a intentar, pero unas cuantas cornadas más le hicieron abandonar los toros y dedicarse de lleno a su oficio de chapista. El fantasma de la gloria y del dinero se esfumó para siempre.

El anarquismo arraigó en España de la mano de algunos «apóstoles» llegados de Europa, el primero de ellos el italiano Fanelli, enviado por Bakunin en 1868. Anselmo Lorenzo, uno de los primeros anarquistas españoles, quedó impresionado, porque, sin entender el italiano, la grandilocuencia y la emoción de Fanelli le hacían comprender el discurso sin necesidad de las palabras.

En aquel final de siglo, las reuniones clandestinas se celebraban en iglesias abandonadas o en otros lugares apartados. Desde el púlpito, los oradores atacaban a todo lo que en otros tiempos había sido exaltado allí: Dios, la religión, los sacerdotes o los ricos. Asistían numerosas mujeres, que se sentaban en el suelo mientras hacían punto o daban el pecho a sus hijos, como si se tratara en verdad de un sermón.

El entusiasmo despertado por esos «apóstoles» foráneos no decreció tras su partida. Los iniciados en estas reuniones estudiaron afanosamente los textos que les habían dejado y al cabo de poco tiempo se sintieron fuertes para iniciar por su cuenta reuniones de propaganda. El entusiasmo se extendió rápidamente y la Idea, como ellos la llamaban, llegó con fuerza a Andalucía, donde vivía Melchor.

La vieja región de Andalucía o Bética está formada por la cuenca del Guadalquivir y las tierras montañosas que la circundan. Contiene, pues, llanura ondulada y montaña, suelo bueno y mediano, y precipitaciones medias, pero la mucha evaporación y los largos veranos secos hacían que el principal problema de su agricultura fuera en aquella época la conservación de la humedad. Esta «afortunada» región de España —eso decían entonces los que tenían una visión superficial de ella— ofrecía mucha mayor variedad de cosechas que la Meseta Central. La principal riqueza de la Andalucía alta era —y es— el olivo; en Córdoba y Jaén se encuentran los más grandes y ricos olivares del mundo. En la Andalucía de entonces se producía, además, trigo, maíz, legumbres y en especial uvas, y en la baja Andalucía se daban —y se dan— excelentes condiciones para el cultivo del algodón. Una variedad

tal de cosechas debería ofrecer considerable amplitud de trabajo, pero estos cultivos están condicionados por la sequía, lo cual limitaba la productividad por hectárea y también las posibilidades de rotación en los cultivos. Era, ante todo, tierra de secano.

A medida que se avanza por el valle del Guadalquivir abajo, desde Córdoba hasta Sevilla y Cádiz, el número de latifundios aumenta. En el inicio del siglo XX los latifundios ocupaban en Córdoba el cuarenta y uno por ciento de su extensión total, el cincuenta por ciento en Sevilla y el cincuenta y ocho por ciento en Cádiz. En tres de los partidos judiciales de esta última provincia, los latifundios abarcaban, cuando nació Melchor, el setenta y siete, el ochenta y cuatro y el noventa y seis por ciento del total respectivamente. Y, lo que es aún más significativo, la mejor tierra estaba en aquellos latifundios.

«Cuanto más de cerca se examina la situación en esta zona de latifundios —escribió Gerald Brenan en los años veinte—, más terrible y repugnante se la encuentra. Hasta la guerra de 1914-1918, los terratenientes explotaban los cortijos por su cuenta a través de sus encargados. Cultivaban la mejor tierra y dejaban el resto en baldío. Los labriegos hambrientos que intentaban arar aquí o allá eran apaleados por la Guardia Civil. Durante la Gran Guerra, resultó rentable cultivar la totalidad del terreno, pero a partir de 1918 el área de baldíos empezó a aumentar de nuevo».

El campo estaba abonado para sembrar aquellas ideas libertarias en las fábricas de Cataluña y en el campesinado andaluz, donde, desde tiempos de Fernando III, su función había consistido en proveer de rentas a las familias aristocráticas de Castilla, pero a finales del siglo XIX sólo un tercio de las grandes fincas de Andalucía tenía ese origen; el resto, o sea, la mayor parte de los latifundios, se formaron al desamortizar, ya en pleno siglo XIX (la desamortización que lleva el nombre del ministro Mendizábal), las tierras de la Iglesia y los bienes comunales. Aquellos latifundios fueron vendidos a precios escandalosamente bajos y no sólo sirvieron para hacer la fortuna de familias que provenían de la clase media, sino que con ellos los «nuevos y los viejos ricos» consiguieron el poder político.

Al constituirse en 1910 la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), comenzó en España un sindicalismo anarquista de carácter revolucionario y

antipolítico, el mismo que tendía a desaparecer en el resto del mundo. El anarquismo que triunfó en España, heredero de las ideas de Bakunin, Kropotkin o Majnó, fue también de carácter comunitario y solidario. Siempre hubo en la CNT partidarios de la violencia como única vía posible para revertir el orden social y llegar al comunismo libertario. Como el controvertido Necháyev, un joven profesor ruso que defendía la consecución de la revolución a cualquier precio y al que Bakunin, antes de despreciarle, le llegó a llamar «mi hijo». La violencia que él proponía a la hora de ponerse en práctica siempre fue un tema delicado en el anarquismo español.

El final de la guerra europea (1914-1918) trajo consigo la crisis económica que llevó a los obreros de nuevo a la lucha. A un desempleo crecido se unió una industria en recesión. Los patronos y empresarios veían en la reducción de derechos y salarios la única solución para salir de la crisis.

En marzo de 1917, la CNT y la UGT —dentro de una profunda crisis política— redactaron un manifiesto conjunto. Su objetivo: «Prepararse para la huelga general». La huelga general tardó unos meses en llegar, pero el 12 de agosto se hizo público el manifiesto-programa del comité de huelga de la UGT y del Partido Socialista, dirigido «A los obreros y la opinión pública» (la CNT fue puesta al corriente y se sumó al movimiento de huelga, pero no existió un organismo común para dirigirla):

Esta magna movilización del proletariado no cesará hasta haber obtenido las garantías suficientes de iniciación del cambio de régimen, necesario para la salvación de la dignidad, del decoro y de la vida nacionales.

¡Viva España! Madrid, 12 de agosto de 1917.

El día 13 por la mañana pararon los ferrocarriles en las líneas de Asturias, de Galicia, de Andalucía... Salvador de Madariaga escribió ese día: «La huelga se ha propagado por todo el país: Madrid, Barcelona, Bilbao, Oviedo, las zonas industriales de Valencia, Cataluña, Aragón y Andalucía han quedado paralizadas». En Madrid se sumaron al paro todos los obreros de la construcción, los panaderos, los tipógrafos, los tranviarios... La huelga fue absoluta en la capital, comenzaron los choques callejeros y las ametralladoras dispararon contra los obreros en Cuatro Caminos.

La huelga duró hasta el sábado 18 de agosto, vencida, más que por la

represión del Ejército, con ser ésta durísima, por falta absoluta de dirección sindical.

El Gobierno dio la lista de ochenta muertos y ciento cincuenta heridos en toda España, cantidad evidentemente corta. En cuanto a los detenidos, el día 20 de agosto, pasaban de dos mil.

Pocos meses después de aquella huelga española comenzaría en Rusia la Revolución. Una revolución con mayúscula y consecuencias planetarias y no sólo en la geopolítica, también en el movimiento obrero.

En aquellos agitados años, Melchor conoció, se enamoró y se unió a Paca Muñoz, la bailarina con la que compartiría su agitada vida.

MARRUECOS

Melchor tenía dieciséis años cuando le llegaron los ecos de lo que más tarde se llamaría la Semana Trágica de Barcelona. En efecto, el 9 de julio de 1909 los obreros que estaban trabajando en la construcción de un ferrocarril entre Melilla y las minas de Beni-Bu-Ifrur fueron atacados por gente armada de las cabilas. Murieron cuatro obreros. Aquellas minas eran propiedad de dos empresas, una española y una francesa. La española se llamaba Compañía Española de Minas del Rif y sus propietarios eran los Romanones y los Güell, emparentados estos últimos con el marqués de Comillas.

Con el ataque sobre el ferrocarril empezó una guerra en la zona de Melilla y el Gobierno de Antonio Maura decretó el envío de las Brigadas Mixtas de Cataluña y Madrid, además de otras unidades militares. El objetivo era acabar con la rebelión rifeña. En la tarde del domingo 18 de julio de 1909, cuando se procedía al embarque de un batallón en el puerto de Barcelona, una multitud de hombres y mujeres comenzó a gritar desde el muelle: —¡Abajo la guerra! ¡Que vayan los ricos! ¡Todos o ninguno!

Al día siguiente comenzó la huelga en los barrios periféricos, en los que se encontraba la mayoría de las fábricas. Después, los obreros se trasladaron al centro de la ciudad, donde intentaron detener por la fuerza los tranvías y obligaron a cerrar los comercios y los cafés.

Luis de Santiago, capitán general de Cataluña, proclamó el estado de guerra, de acuerdo con las órdenes de Juan de la Cierva, ministro de Gobernación. Sin embargo, la medida no consiguió parar la oleada de protestas. Se levantaron cientos de barricadas y varias armerías fueron

asaltadas. Buena parte de la violencia se dirigió contra las iglesias y los conventos.

En los disturbios de la ciudad de Barcelona murieron setenta y ocho personas (setenta y cinco civiles y tres militares). Hubo medio millar de heridos y ciento doce edificios incendiados (ochenta de ellos religiosos). Se inició, por parte del Gobierno de Maura, una represión arbitraria y terriblemente dura. Se detuvieron a varios miles de personas, de las que dos mil fueron procesadas, resultando ciento setenta y cinco penas de destierro, cincuenta y nueve cadenas perpetuas y cinco condenas a muerte, entre ellas la del creador de la Escuela Moderna, Ferrer i Guardia, que ni se encontraba en Barcelona en aquellos días. Pero hacía tiempo que la Iglesia y los sectores conservadores pretendían colocar en una pica su cabeza, como ejemplo. Así se clausuraron los sindicatos y se ordenó el cierre de las escuelas laicas.

Melchor Rodríguez tenía ya veintiocho años y acababa de ver nacer a su hija Amapola cuando ocurrió lo de Annual. Aquello fue algo más que un desastre militar, fue un aldabonazo en la conciencia de los españoles. Entre los desastres de Annual y Monte Arruit se perdieron trece mil hombres, en su mayoría hijos de obreros y campesinos. El general Fernández Silvestre, cuyas ambiciones personales eran mucho mayores que sus habilidades militares, había concentrado en Annual toda clase de fuerzas que fueron copadas en julio de 1921 por los rifeños al mando de Abd-el-Krim. Muchas cosas quedaron en evidencia y no sólo la pericia militar del Ejército. También el mangoneo borbónico y el trato discriminatorio y clasista en las sucesivas levadas de soldados. Los anarquistas nunca se lo perdonarían.

El 24 de julio de 1923 las Cortes suspendieron sus sesiones con el informe sobre lo ocurrido en Annual (Expediente Picasso) sin concluir. Eso sí, en los mentideros se decía que existía un telegrama enviado por el rey al general Fernández Silvestre, justo antes del desastre, cuyo texto era tan conciso como inadecuado. Decía así: «Olé tus cojones».

EL SUICIDIO DE LA MONARQUÍA

Durante la noche del 12 al 13 de septiembre de 1923, el Ejército ocupó en Barcelona las centrales de Teléfonos y Telégrafos y, al filo del amanecer, Primo de Rivera reunió en Capitanía a unos cuantos periodistas para comunicarles su «manifiesto». En él se reclamaba la entrega del poder a un mando militar y el apartamiento de los partidos políticos.

Prometía una solución «pronta, digna y sensata» al problema de Marruecos y, en los inevitables párrafos demagógicos que siempre contienen los documentos de esta índole, arremetía contra Santiago Alba, que era el jefe del Gobierno, para agradar a Cambó y a Puig y Cadafalch, cómplices de aquel golpe de Estado.

Nadie movió un dedo para oponerse a tal desmán. Decapitado el coloso confederal de la CNT tras el asesinato de Seguí, exhausta por los tres meses de huelga iniciados sin apenas motivos en mayo de 1923, la CNT no pudo tomar otra decisión que la «revolucionaria», es decir, decretar, antes de que lo hiciera el dictador, la clausura de todos sus sindicatos.

A las dos y media de aquella tarde septembrina de 1923, el rey hacía saber al capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, que, «deseoso de evitar un derramamiento de sangre», lo llamaba a Madrid para que se encargase del poder.

La salida de Barcelona del dictador fue apoteósica. La Lliga, con todos los somatenes, acompañó en masa a Primo de Rivera, creyendo que éste cumpliría lo establecido con ellos: enterraría el Expediente Picasso y a cambio la Lliga entraría en el Gobierno a la vez que se otorgaba una

«razonable» autonomía a Cataluña. Los perfiles de aquella «autonomía» eran de puño y letra del propio general. Nada de todo aquello iba a materializarse.

En las primeras declaraciones que hizo Primo de Rivera tras «tomar posesión de los destinos del país», dijo: «No ignoro que alguien nos ha atribuido el intento de derogar la Constitución. La sola hipótesis constituye para nosotros un agravio... No soy un dictador».

Tampoco le faltaron los elogios. Por ejemplo, los de Ortega y Gasset: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero». Pero no todos se mostraron tan complacientes. Osorio y Gallardo, por ejemplo, no se anduvo por las ramas y escribió en *El Liberal*: «Lo que se implanta en esos momentos en España es una dictadura militar, que no lograrán disimular los hombres civiles que se presten a encubrirla con sus levitas».

Primo de Rivera creyó acabar con el «problema obrero» ilegalizando a los sindicatos y poniendo especial inquina contra la CNT. Sin embargo, la UGT gozó de un notable tacto de codos con la dictadura. El primero de octubre de 1923 llegaba a la estación del Norte de Madrid Manuel Llaneza, dirigente de la UGT de Asturias. De la estación fue directamente a entrevistarse con Primo de Rivera, y el 29 de noviembre se recibía en la Casa del Pueblo de Madrid la visita insólita del primorriverista duque de Tetuán, entonces gobernador civil de la provincia, quien salió de la casa obrera deshaciéndose en elogios sobre la UGT.

Los comunistas en España apenas existían, por lo que sólo estaban en la izquierda socialistas y anarquistas. Y las tensiones entre la UGT y la CNT fueron crecientes. Los ugetistas, intentando sacar algún beneficio, participaron de algún modo en el Gobierno de la mano de Largo Caballero, diseñando leyes para controlar los movimientos sindicales obreros desde la dictadura de Primo. Largo anulaba las huelgas relámpago y delegaba las cuestiones obreras a un jurado mixto entre patronal y sindicatos. La UGT pasó de doscientos treinta mil afiliados en diciembre de 1929 a casi novecientos sesenta mil en diciembre de 1931, y en 1932 contaba con un millón cincuenta mil. La CNT, ilegalizada, se había convertido en el último resto de anarquismo sindical que quedaba en Europa.

El mes de junio de 1924, la ejecutiva de la UGT decidió participar en varios organismos oficiales. La cuestión que se planteó más dramáticamente en el seno del PSOE fue la de si Largo Caballero debía o no aceptar un puesto en el Consejo de Estado y, pese a la oposición de Indalecio Prieto y de Fernando de los Ríos, la ejecutiva decidió que era cuestión de la UGT, y, por ese procedimiento «sindical», Largo Caballero tomó posesión de su cargo en el Consejo de Estado el 25 de octubre de 1924.

«La diferencia fundamental entre la CNT y la UGT es de tipo temperamental —dijo Segismundo Casado—. Lo que distingue generalmente a la CNT es la coronada impulsiva, el arranque irreflexivo y la furia española. La UGT es más lenta en sus decisiones, calcula las consecuencias que puede tener cualquier movimiento suyo y, por consiguiente, se desgasta poco».

Tras el golpe de Primo, la CNT entró en hibernación, pero en 1927, a impulso de «los solidarios», con Durruti, Ascaso y compañía, se fundó en Valencia la FAI (Federación Anarquista Ibérica), grupos pequeños afines, con gran movilidad y acción directa, que les serviría de banderín de enganche.

El 12 de diciembre de 1923, muy de mañana, fuertes golpes en la puerta de su piso de la calle del Amparo despertaron a Melchor y a Paca. Salieron de la cama, se cubrieron como pudieron y abrieron. Allí se encontraron con media docena de policías que les mostraron una orden de registro. No tardaron en dar con «las pruebas», un libro de actas, dinero en una caja y varios artículos para prensa que demostraban que Melchor era miembro y secretario del sindicato cenetista de «constructores de carroajes»... y se lo llevaron a la cárcel Modelo, de donde tardó en salir, pues se le pidió una fianza de mil pesetas, una fortuna para la época, que el sindicato no tenía ni de lejos.

A partir de ese encierro, Melchor iba a tener ocasión de conocer muy bien aquella «casa», situada en una gran manzana, entre la plaza de la Moncloa, y no podía imaginar entonces que iba a ser «invitado» a pernoctar allí muchas veces, y menos que algunos años después, y en circunstancias no deseadas, él mandaría sobre los funcionarios de prisiones que en aquella fría mañana de diciembre lo recibieron con una indiferencia propia de la rutina

funcionario.

Recluido en su celda de dos por cinco metros, Melchor mandó traer de casa jabón, toallas, mudas, libros y recado de escribir: tinta, pluma y papel. Y es que Melchor se duchaba en la cárcel todos los días, que le costaba diez céntimos, costumbre que ni los allí encerrados ni, en general, los obreros madrileños tenían entonces. Melchor no quería perder —ni allí ni en ningún otro sitio— el aspecto aseado y hasta perfumado que mantuvo toda su vida.

Esta vez Melchor no pasó mucho tiempo en prisión gracias a una «desgracia»: Alfonso XIII destrozó en alguna de sus andanzas nocturnas el lado derecho de su coche y la casa real le pidió al taller de Galo Mateos que se lo dejara «como nuevo»... Y Galo, que conocía el «funcionamiento de la cosa», consiguió que sacaran de la cárcel a su mejor carrocería. Ya en la calle, Melchor se encontró con Galo y se enteró del «coste» de su liberación. No le gustó nada.

—Me vuelvo para adentro.

—No te van a admitir.

—Ni se te ocurra volver a hacerme una encerrona así. Salir para arreglar el *jodío* coche al rey... lo que me faltaba. ¿Qué van a decir mis compañeros?

—Nada, no van a decir nada. Cualquiera de ellos haría lo mismo que has hecho tú.

Como chapista, Melchor pasó al sindicato del metal y no paró en su activismo «redentor y revolucionario», lo cual dio con él varias veces más en la Modelo. Por ejemplo, el 26 de agosto de 1927; veinte días después fue puesto en libertad, aunque seis meses más tarde, el 26 de marzo de 1928, volvió a la cárcel. La policía buscaba al autor o inspirador de un manifiesto titulado «Un complot policíaco» en el que se ponía en solfa la actuación policial, acusándolos de usar pruebas amañadas contra los anarquistas. En su casa, la policía volvió a encontrar documentos del comité y el buscado manifiesto, pero esta vez estuvo «dentro» apenas cuatro semanas.

Siempre que la cría podía, Melchor se hacía acompañar a sus mitines y charlas por su niña, y Amapola se lo pasaba en grande oyendo a su padre, el cual dedicaba buena parte de los fines de semana a escribir para

publicaciones clandestinas.

Una tarde de domingo, Melchor llevó a su hija a ver *La tabernera del puerto*, la zarzuela de Sorozábal, y ya de vuelta, cerca de su casa, fue detenido en medio de la calle. La niña corrió hasta el domicilio familiar y Paca le preguntó por su padre. «Lo han llevado a *su casa*», contestó la muchacha. Paca sabía qué significaba «*su casa*» en boca de la niña y ésta sabía que debía llevarle muda y dinero para la ducha. Pronto comprendió que bajo aquella dictadura su padre estaría más tiempo dentro que fuera de *su casa*.

Poco a poco, la dictadura se fue creando enemigos en todos los sectores, derechas e izquierdas, y hasta dentro del Ejército, como los oficiales que se levantaron en Ciudad Real contra el dictador, en 1928. Entendiendo que el rey ya había hecho sus pactos en la sombra y que no tenía un apoyo real, Primo de Rivera decidió dimitir el 28 de enero de 1930, acosado por todas partes y con una crisis económica en el horizonte más cercano.

La monarquía se disponía a vivir sus últimas jornadas arrastrando los pies e iba a dejar una España dividida y un Ejército sobredimensionado y muy politizado. Ejército que, además, estaba marcado por una aventura colonial en la cual había enterrado buena parte de su prestigio. La trágica sublevación del regimiento de Jaca, del 12 de diciembre de 1930, que fracasó, como tantas otras anteriores, y el posterior fusilamiento del capitán Fermín Galán hicieron caer al Gobierno presidido por el general Dámaso Berenguer, y el nuevo Gobierno del almirante Aznar, con Romanones como ministro de Estado, no queriendo convocar elecciones generales, las convocó municipales para el 12 de abril de 1931.

Aquel domingo, a media tarde, se supo que en Madrid los republicanos triplicaron los votos de los monárquicos y que en el conjunto de España el número de concejales electos declarados republicanos era superior al resto. Además, en los días sucesivos, cuando los elegidos tomaron sus actas, muchos más se declararon republicanos. La suerte estaba echada. Al rey sólo le quedaba un camino: el de Cartagena hacia el exilio.

Melchor Rodríguez, como todos sus compatriotas, votó «republicano» aquel 12 de abril y, como él escribió, también estuvo en la Puerta del Sol en la tarde del día 14. Pero no estuvo allí sólo para unirse a la alegría popular,

estuvo para «visitar» al nuevo ministro de la Gobernación, Miguel Maura. Melchor le pidió que sacara a todos los presos sociales de las cárceles.

—Son presos de conciencia —le dijo— y usted debe ponerlos en la calle de inmediato.

Y así lo hizo el ministro.

LA REPÚBLICA

La República nació como una amalgama de deseos. Hubo tantas esperanzas puestas en ella que era difícil cumplir con tal cantidad de expectativas. Los anarquistas supieron enseguida que no iban a obtener la revolución social que pretendían. La CNT y la FAI habían apoyado a los socialistas en las elecciones municipales del 12 de abril sólo para derrocar al rey, pero no iban a recoger ningún fruto de aquel pacto. La CNT, dominada al inicio por los más moderados, giró en favor de los jóvenes faístas revolucionarios, de pistola fácil y exaltación continua, y vio en el nuevo régimen una forma adecuada a la hora de volver a su legalización y conseguir hacerse de nuevo el mejor portavoz de los obreros ganando la batalla a la UGT, el «sindicato del Gobierno». Galo Díez, en el congreso extraordinario de la CNT celebrado en Madrid en 1931 (en aquellas fechas la CNT contaba con ochocientos mil afiliados), anunció: «Lo más sensato es esperar a que se gaste la ilusión por la República para emprender luego, con los republicanos desilusionados, el camino hacia un ideal mejor».

Una vez más, las prisas de los anarquistas iban a hacer un flaco favor a los socialistas y republicanos. Los anarquistas no entendían tanta parsimonia a la hora de abordar los tan deseados cambios sociales: reforma agraria, supresión de latifundios, nacionalización de la banca, desmantelamiento del viejo Ejército, etc. García Oliver, Durruti y los suyos pronto propusieron la gimnasia revolucionaria como método de preparación al advenimiento de la revolución.

La CNT despertó con fuerza en los nuevos aires republicanos y los

enfrentamientos con el Gobierno provisional de la República no tardaron en llegar. Sin embargo, a la vista de pájaro que otorga el tiempo, es difícil imaginar un Gobierno con más planes de reformas políticas y sociales, y, en efecto, puso en práctica una ley de reforma militar y no pocas reformas laborales, impulsadas por Largo Caballero. Se crearon los jurados mixtos, arriendos colectivos de fincas, se abrieron los créditos, se creó el Instituto Nacional de Previsión y una ley de jornada máxima... y aunque quedó pendiente la reforma agraria, aquel proyecto reformista daba cuenta de la fe que tenía el Gobierno provisional en la razón y en la decencia gubernamental.

Pero los anarquistas esperaban mucho más y, sobre todo, lo esperaban más rápido. Sólo durante el primer año republicano los conflictos sociales produjeron ciento ocho trabajadores muertos.

Era lógico que el nuevo Gobierno estuviera obsesionado con el orden público, pero es difícil entender la puesta en práctica para mantenerlo.

«Es verdad que una cosa son las huelgas, los conflictos entre patronos y obreros, el cumplimiento o incumplimiento de las bases de trabajo pactadas —escribió entonces Miguel Maura, ministro de Gobernación—, y otra muy distinta las ocupaciones de fábricas, el asalto a ayuntamientos, apoderarse de centrales telefónicas o agredir a la fuerza pública. Quien se conduce de esa manera no es un ciudadano que usa de su derecho, no es un huelguista; es un rebelde y un insurrecto, y como tal le trato».

La República entregará el mantenimiento del orden público a los militares y se usará el fusil casi como único instrumento disuasorio. En efecto, los Gobiernos republicanos utilizaron los mismos mecanismos de represión que los de la monarquía y no rompieron la relación existente entre militarización del orden público y politización de sectores militares.

El 6 de abril de 1932, Orobón Fernández, líder de la Internacional anarquista (AIT), que era considerado un moderado, dijo en el Ateneo de Madrid: «El advenimiento de la República marcó por unos días la apoteosis más inefable y abigarrada de la confusión de clases... Pero pronto los fusiles de la Guardia Civil... vinieron a delimitar implacablemente las clases y a recordar a todos que la República era un poder esencialmente capitalista...».

Si Orobón Fernández era un «moderado», ¿cómo serían los más

radicales? Se había acabado la «confraternización» entre «lobos y corderos». En las filas anarquistas ya no quedó sitio para el gradualismo. Para la mayoría de los anarquistas las garantías constitucionales se habían convertido en una entelequia.

Cuando el 31 de diciembre de 1931 Melchor publicó un artículo en *El Libertario*, de inmediato fue acusado de «injurias al jefe del Estado». Lo encarcelaron y pidieron ocho años de cárcel y quinientas pesetas de multa. Se libró de estas penas, pero el 15 de febrero de 1932 lo volvieron a detener como líder de la huelga de chapistas y el 2 de abril de ese año volvía a estar en la calle. Ese día habló en un mitin: Ésta es una curiosa República de trabajadores. Tenemos tres ministros socialistas que comen mientras los obreros se mueren de hambre. Gastan dinero en batallas florales y en pasear de un lado a otro. Uno de ellos (Alcalá Zamora) con la monarquía fue monárquico y ahora es presidente de la República.

Como consecuencia, volvió una vez más a la Modelo y, cuando salió, el 14 de abril de 1932, publicó lo siguiente:

¡España proletaria, enlutada! He ahí el fúnebre símbolo de una España ancestral, cuyo martirologio tendrá la virtud de resucitar una España nueva, prólogo sublime de un mundo mejor, en donde el sol de la justicia y de la libertad bañe por igual a todos los humanos, inundando de amor y fraternidad los corazones... y que no tengamos que lamentar el desolador balance de otro 14 de abril mientras el luto, el dolor y la miseria se ensañan con los humildes hogares de los deudos de las ¡ciento sesenta y seis! víctimas.

Repasar la cantidad de «actos revolucionarios» provocados por los ácratas durante la Segunda República resulta impresionante: el 6 de julio de 1931 la CNT convocaba una huelga en la Compañía Telefónica que degeneró con rapidez en acciones violentas, especialmente en Sevilla, donde perdieron la vida treinta personas.

La actitud anarquista más violenta no se dio en las ciudades, sino en el campo, donde su mensaje revolucionario calaba con facilidad entre los jornaleros, que sufrían una existencia miserable, llenando sus espíritus de un deseo de revolución pronto a desbordarse. Así, en septiembre de 1931, en la localidad toledana de Corral de Almaguer, los jornaleros ocuparon varias fincas y la Guardia Civil restauró «el orden», dejando cinco campesinos muertos y siete heridos muy graves. El 31 de diciembre de ese mismo año, en la villa pacense de Castilblanco, tras haber tratado de disolver a tiro

limpio una manifestación campesina, cuatro guardias civiles murieron a manos de los huelguistas en medio de inusitados actos de barbarie. La matanza tuvo su repercusión en la lejana villa riojana de Arnedo, donde, el 5 de enero de 1932, la Guardia Civil, para vengar, según parece, la muerte de sus compañeros de Castilblanco, mató a siete personas e hirió a treinta al disparar sobre una manifestación. Poco después, la cuenca del Alto Llobregat, en Cataluña, fue el escenario de un levantamiento que proclamó el comunismo libertario y tomó por unos días el control de algunas poblaciones. Para restablecer el orden, el Gobierno envió una vez más al Ejército.

Casas Viejas era una localidad gaditana de unos dos mil habitantes, de los cuales una cuarta parte eran braceros sin tierra. El día 11 de enero de 1933, por la mañana, siguiendo lo que iba convirtiéndose en una suerte de guion preestablecido, los anarquistas proclamaron el comunismo libertario y quemaron los archivos municipales, rodearon el cuartel de la Guardia Civil y mataron a dos de los cuatro guardias que constituían la dotación.

Enseguida llegaron al pueblo algunos guardias civiles y muchos guardias de asalto, que restablecieron el orden sin demasiado esfuerzo, con una excepción: una cabaña techada con paja en la que se refugiaban un viejo anarquista apodado Seisdedos y su familia. Los guardias la incendiaron, mataron sin piedad a sus moradores y se entregaron después a una verdadera carnicería entre los habitantes del pueblo. Las fuerzas del orden acabaron allí con veintidós personas. Doce fueron ejecutadas a sangre fría y sin duda entre ellas se encontraban algunas que ni siquiera habían tomado parte en los sucesos. El capitán Rojas, de la Guardia de Asalto, mandaba aquella tropa.

Un oficial destinado en el Ministerio de la Guerra dijo haber oído a Manuel Azaña ordenar: «Ni prisioneros ni heridos. Tiros a la barriga». Era un infundio, pues Azaña nunca ordenó tal cosa, pero tuvo un efecto demoledor. Estaba sometido a un fuego cruzado desde la derecha (el 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo había intentado dar un golpe de Estado en Sevilla) y desde la izquierda las dudas del PSOE acerca de si continuar o no en el Gobierno eran cada vez más evidentes. Pero quien le dio la puntilla al Gobierno de Azaña fue el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora,

quien el 7 de septiembre de 1933 llamó a Lerroux y le encargó formar Gobierno. Lerroux lo hizo recurriendo a una ensalada de siglas, pero no obtuvo los votos necesarios en las Cortes. Tras unos cuantos regates fallidos de Alcalá Zamora, a éste no le quedó más remedio que disolver las Cortes y convocar elecciones para el 19 de noviembre de 1933, en las cuales participaron por primera vez las mujeres.

La CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) obtuvo ciento quince escaños y el PSOE sesenta y dos. La derecha había ganado, aunque los resultados pueden resultar engañosos, pues si todos los partidos que habían apoyado el primer Gobierno de Azaña hubieran ido juntos en coalición, habrían triunfado en los dos tercios de las circunscripciones.

El 8 de diciembre de 1933 la FAI volvió a la carga con una nueva insurrección que cuatro días después estaba derrotada, pero en ella habían muerto setenta y cinco insurgentes y catorce guardias. Siete días después, Alejandro Lerroux, que con setenta años cumplidos ya había dejado de ser el Emperador del Paralelo, presentó en las Cortes su Gobierno, apoyado fuera de él por la CEDA de Gil Robles (que de republicano y liberal no tenía nada, y admiraba entonces los régímenes autoritarios, sobre todo el austriaco de Dollfuss).

Comenzaba así lo que la izquierda denominó «bienio negro» y cuando algunos líderes de la CEDA entraron en el Gobierno (5 de octubre de 1934), «sonó la hora de defender por la fuerza de la legalidad republicana del ataque que lanzaban contra ella los enemigos del régimen, en el fondo fascistas encubiertos que esperaban agazapados el momento de, una vez vaciada la República de su imprescindible contenido reformista, derribar su carcasa hueca e imponer desde el poder un régimen autoritario».

Son éstas palabras de un manifiesto socialista. Desde esta óptica sectaria se fueron configurando las denominadas Alianzas Obreras, que desde finales del verano incluían ya a la práctica totalidad de las organizaciones proletarias, con excepción de los anarquistas.

En aquel enloquecido proceso, los socialistas quisieron llevar la voz cantante en todo momento y hacer de su propio comité revolucionario (PSOE, UGT y las Juventudes Socialistas) el núcleo dirigente respecto al cual las alianzas no fueran sino simples y sumisas herramientas de apoyo.

La estrategia de la sublevación consistía en que la UGT propondría simultáneamente en toda España una huelga general que sería apoyada por la acción armada de las milicias socialistas. Los demás grupos obreros tenían que sumarse al movimiento y colaborar desde una posición subordinada. Algunos, como el minúsculo Partido Comunista de España (PCE), deseoso de salir de la irrelevancia, se sumaron a los preparativos. Otros, como la CNT, rechazaron hacerlo, desconfiando del recién adquirido ímpetu revolucionario de los hasta entonces reformistas líderes del PSOE.

Los socialistas no planificaron nada. Para ellos, la revolución era casi una realidad sólo con pensar en ella. La huelga general fue un fracaso, con la excepción de Asturias. Allí, durante quince días, la zona minera fue controlada por los comités locales de trabajadores de la República socialista y por la milicia del Ejército Rojo con sus dinamiteros. Por otro lado, anarquistas, como García Oliver, afirmaron que los compañeros de Asturias fueron víctimas de una maniobra de comunistas y socialistas, aprovechándose de que la CNT de Asturias había contraído el compromiso de la Alianza Obrera con la UGT. Según los anarquistas, comunistas y socialistas se valieron de ese compromiso moral, reuniéndose y decretando el movimiento revolucionario de Asturias sin comunicarlo a la CNT. Ésta se encontró, pues, en la calle y tuvo que luchar con arrastre de los demás, hasta que, cuando les convino a comunistas y socialistas, dieron éstos por terminado el movimiento revolucionario de Asturias, públicamente, sin comunicárselo tampoco a la CNT. Sea como fuere, la división entre las izquierdas sindicales era radical y terminó con la brutal represión del Ejército. El levantamiento de Asturias arrojó una cifra de cuatro mil muertos, además del destrozo de Oviedo por los cartuchos de dinamita. Fue como una guerra civil.

La represión subsiguiente, extremadamente cruel, hizo que las izquierdas se unieran y quisieran recuperar el poder. Cuando acabó todo, España estaba dividida entre los que habían apoyado la represión y los que no.

La revolución y la durísima represión que la siguió cavaron una profunda zanja emocional entre quienes simpatizaron aquel triste mes de octubre con los revolucionarios y quienes rechazaron de plano su enloquecida actuación.

Desde aquel instante, el consenso mínimo se convirtió en algo imposible en España. Y con sus cimientos tan profundamente minados, la República quedó abocada al fracaso. Ya nada volvió a ser lo mismo. Por un lado, las conspiraciones militares, con el apoyo de la Iglesia y los grandes capitales, comenzaron a preparar y ensayar sus futuros levantamientos y, por el otro, los anarquistas y socialistas se prepararían, cada cual a su modo, para la revolución obrera. Los dos bandos sabían que la futura lucha sería a muerte.

Aprovechando la revolución asturiana, los nacionalistas catalanes se lanzaron en picado contra la Constitución y el estatuto. El presidente de la Generalidad, Luis Companys, salió al balcón del edificio en la plaza de San Jaime y proclamó «el Estado catalán dentro de la República Federal Española».

El Gobierno encomendó al general Domingo Batet acabar con la insurrección y éste declaró el estado de guerra el 7 de octubre de 1934 y Companys no fue capaz de ofrecer resistencia. Las tropas desarmaron a los Mozos de Escuadra y el extremista consejero de Gobernación, José Dencás, huyó por las alcantarillas. Companys y los otros consejeros fueron detenidos y enviados a la cárcel de El Puerto de Santa María y la ley de 2 de enero de 1935 suspendió de forma indefinida el estatuto de autonomía catalán.

Las ambiciones personales y políticas de Gil Robles, empeñado en ser jefe de Gobierno, chocaron con la convicción contraria del presidente de la República, que se negó en redondo a ello. Fueron meses de idas y venidas y, sobre todo, de inestabilidad. Para acabar de arreglarlo, quizá a impulso de Alcalá Zamora, saltó el escándalo del estraperlo. Daniel Strauss, uno de los inventores de aquel juego trucado, declaró haber sobornado a unos cuantos jefes radicales, entre ellos a Aurelio Lerroux, sobrino y ahijado de don Alejandro.

El 28 de octubre de 1935 las Cortes votaron a favor de las responsabilidades políticas del Gobierno, con lo cual Lerroux hubo de abandonar el Gobierno y con ello lo dejó descabezado. Tampoco esta vez consiguió Gil Robles el beneplácito de Alcalá Zamora, quien, al fin resignado, firmó el 7 de enero la disolución de las Cortes y encargó a su amigo Portela Valladares la organización de unas nuevas elecciones, que se celebraron el 16 de febrero de 1936.

La CNT había apoyado al Frente Popular y los votos de sus obreros fueron a parar a la coalición de las izquierdas que se hizo con el poder en las elecciones. Azaña se apresuró a alejar a los generales de sus centros de poder; amnistiar a los presos políticos; reponer a los funcionarios sustituidos por el bienio derechista; readmitir a los trabajadores despedidos por las huelgas del treinta y cuatro, etc. El 7 de abril de 1936 las Cortes destituyeron a Niceto Alcalá Zamora de su cargo como presidente de la República y veinte días después Manuel Azaña se convirtió en el último presidente de la Segunda República Española, dejando su Gobierno a la deriva.

Entonces el grupo parlamentario del PSOE cometió otro error garrafal impidiendo, mediante un voto secreto depositado en el sombrero de Largo Caballero, que Indalecio Prieto fuera encargado por Azaña para dirigir un nuevo Gobierno con el apoyo de todo el Frente Popular.

En estas condiciones, Santiago Casares Quiroga, amigo de Azaña, presentó su Gobierno en las Cortes el 19 de mayo de 1936. El orden público no hizo sino deteriorarse y los militares, con Mola a la cabeza, se prepararon con descaro para dar un golpe de Estado. Los asesinatos primero del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo, el 12 de julio, y de José Calvo Sotelo al día siguiente dejaron las cosas a merced de los conspiradores. El 17 de julio se levantó contra la República el Ejército en Marruecos y el 18 lo hicieron numerosas guarniciones en el territorio nacional.

La sublevación militar fue un fracaso, pues la mitad de las guarniciones del país no apoyaron a los golpistas y con ese revés comenzó lo peor: una guerra civil.

A los militares sublevados les pilló por sorpresa la actuación organizada de los obreros, sobre todo en los grandes centros neurálgicos. Los trabajadores habían aprendido a no fiarse de los políticos, como en el treinta y cuatro, y habían escondido sus propias armas en sus locales. Incluso se utilizaban entierros simulados donde se introducía material militar en ataúdes con la intención de desenterrarlos en las fechas venideras. Y los obreros de Barcelona y Madrid, por ejemplo, llevaban tiempo preparando la defensa contra el levantamiento militar y sabían hasta el número de balas con las que iban a salir de los cuarteles. Los militares no se esperaron encontrar un ejército sindical organizado.

LA GUERRA

La huelga general declarada el 1 de junio de 1936 había llevado a la cárcel a casi todas las cabezas visibles del anarcosindicalismo. Su lucha era, según sus dirigentes, a favor de más de setecientos mil obreros en paro que seguían sin poder alimentar a sus familias. Allí, en la cárcel Modelo, estaban Melchor y sus compañeros David Antona, secretario nacional; Teodoro Mora y Cipriano Mera, de la construcción; el panadero, de artes blancas, Mauro Bajatierra; o Eduardo Val, camarero y dirigente sindical.

A Melchor y a un par de compañeros los pusieron en libertad el día del Carmen, jueves 16 de julio. Aunque al principio intentaron no salir sin que se liberara a los demás, aceptaron cruzar la reja para ir preparando lo que se olfateaba en el ambiente. Teodoro Mora y David Antona quedaron en libertad el 19 y fueron a ver al general Sebastián Pozas, inspector general de la Guardia Civil, para exigir la liberación de todos los presos. Todos los presos fueron liberados y con ellos sus odios, macerados durante noches y noches entre los barrotes de la cárcel.

Los «liberadores» cometieron uno de los errores que habrían de pagar con creces en los años posteriores. Se equivocaron al pensar que los violadores, maleantes, ladrones y navajeros eran todos víctimas inocentes de la represión gubernamental y del «sistema». Pensaron que, al ser liberados, harían la revolución con ellos, como hermanos proletarios, y todos sus males se curarían sin más. Pero los maleantes que estaban en la cárcel no tenían moral, ni bandera: hicieron la revolución para su propio bolsillo, sus oscuros deseos o su maldad, asesinando y robando en nombre

de unas siglas a las que nunca, en verdad, pertenecieron, pero en las que se refugiaron para ocultar sus tropelías.

En la mañana del día 20, desde la central de la calle Luna salieron coches requisados por el sindicato para dirigirse al cuartel de la Montaña, donde los militares sublevados resistían.

—¡Vente! Vamos a Rosales...

Melchor lo conocía desde hace tiempo, se trataba de un compañero que había sido militar y que fue expulsado del Ejército por sus ideas anarquistas. Se llamaba Tomás Lacalle y moriría cuatro días después en tierras de Guadalajara.

—Llevo toda la noche amartillando, que me duele el brazo, a ver si aprenden a apuntar. Son unos catetos. ¡Coño! Que tampoco es tan difícil: metes el peine, apuntas y disparas... ¿No? Pues a alguno no le entra en la cabeza.

—Bueno, son obreros, no militares, dales tiempo. Yo tampoco sé utilizar un fusil.

—Melchor, que no hay tiempo. Que tampoco tenemos tantas balas como para desperdiciarlas.

Tomás, que se había pasado la noche en un ateneo libertario de barriada instruyendo a decenas de sindicalistas en el manejo de las armas, estaba decidido a participar en el asalto al cuartel, y hacia allí se dirigieron, conversando, mientras oían cada vez más cerca los tiros y la algarabía.

—Los sublevados están perdidos en Madrid. Dicen que todas las grandes ciudades han sido tomadas por los obreros. Tenemos que ir a por ellos antes de que salgan del cuartel. Si salen y se hacen con los centros oficiales, se les unirán los falangistas que están escondidos por todos lados.

Abandonaron el coche en la plaza de España. Una multitud, un verdadero río humano, llenaba la calzada y se encaminaba hacia el cuartel.

Melchor se encontró allí con Eduardo de Guzmán, el periodista, director de *La Tierra*, donde él escribía desde hacía años, y con Alfonso, el fotógrafo. Dos amigos suyos, gente de bien.

Le impresionó el aspecto de la plaza. Los jardines llenos de gente

rodeando la estatua del Quijote; nutridos grupos desparramados por las calles de alrededor. En las esquinas, los grupos armados que disparaban contra el cuartel anunciaban el peligro a quienes pretendían cruzar delante de la fortaleza. Eran pocos, sin embargo, los que hacían caso de las advertencias.

El grosor de sus muros y la posición dominante que ocupaba el cuartel de la Montaña hacían fácil su defensa y difícil el ataque. Unos miles de hombres, que son los que debían estar allí dentro, podrían resistir un asedio de semanas, incluso de meses.

—Los tienen agarrados por los huevos —comentó Lacalle a Guzmán—. Los malditos capitanes, digo. Estos días han entrado muchos fachitas para unirse al cuartel. Preparando el golpe. Pero los soldaditos quieren unirse a nosotros, a los compañeros que estamos fuera.

—El problema es saber quién es quién —apuntó Guzmán.

—¿Qué quieres? Esto es una guerra entre españoles. ¿Quieres que hablen en francés y vayan vestidos con uniformes azules?

—Ahí anda uno de asalto diciendo que los que no tengan armas que no estorben —comentó Guzmán, agachando la cabeza—. ¿Me das una?

—¿A vosotros? —sonrió Lacalle—. El fotógrafo que baje la cabeza y que haga fotos de cómo tomamos el cuartel. Y vosotros observad todo y luego coged la pluma, anda. Dejad los tiros para los «profesionales».

Lacalle intentaba poner orden, traduciendo las órdenes de los guardias de asalto a los «voluntarios». Eran valientes, sí, pero inexpertos. No había que jugarse la vida por nada, y algunos la estaban arriesgando, simplemente, al cruzar la calle. Ya había unos cuantos cuerpos en el suelo.

—¡Queremos armas y esos cabrones las tienen ahí dentro! —gritaban algunos.

Los que habían conseguido un fusil, una pistola o una simple escopeta de caza disparaban, casi siempre sin tino, hacia las ventanas. Los que no tenían más que sus manos se agazapaban como gatos, nerviosos, a la espera, aguardando la caída de algún compañero para recoger su pistola o fusil y seguir disparando.

De pronto, Lacalle, a unos metros, agarró a un jovencito miliciano por la oreja y lo tiró hacia donde se encontraban Melchor y sus dos amigos.

—¡Que no se mueva!

—Pero ¿quién es? —preguntó Melchor, intentando sujetar al muchacho.

—Este cabroncete es el hijo del Antonio, el compañero de obra del Chimeno, que lo conozco yo del barrio. Que no tiene ni dieciséis años.

—¡Diecisiete! —gritó el chaval, frotándose la oreja. Lacalle levantó el brazo amenazante, como si le fuera a abofetear.

—¡Como te vea tu padre! Es más, ¡como te vea el Cipriano te corta los...!

—¡Coño! —se enfadó el muchacho—. ¡Que es la revolución!

—Sí, es la revolución —le respondió Lacalle—. Y tú la vas a ver, pero desde ahí.

—Venga, chaval —intentó sosegarle Melchor—. ¿Cómo te llamas?

—Antoñito, bueno, Antonio, como mi padre.

—¿Tu padre es de la cuadrilla de Cipriano?

—Sí, del Chimeno.

—¿Tú quieras ser un héroe? —dijo Melchor, guiñando un ojo a Alfonso, el fotógrafo.

—Claro, un héroe de la revolución obrera.

—Venga, chaval. —Alfonso se acercó—. Tú levanta el puño y ponte así, con gesto de lucha. Si me prometes que te quedas con nosotros hasta que pase lo gordo, mañana te la saco en primera página.

—¿De verdad?

El chaval se colocó puño en alto y Alfonso a punto estaba de sacar la foto cuando una ráfaga de ametralladora batió la zona donde se encontraban. El chico, Antoñito, se agachó como pudo y todos volvieron a tumbarse detrás de los árboles.

De pronto todo quedó en silencio y ellos también callaron. La calma duró un par de minutos entremezclada con el humo y los ayes de los heridos.

—¡No os mováis, que os disparan! —ordenaron Melchor y Eduardo—. ¡Los heridos, no os mováis!

—¡Enfermero! —gritó uno.

—¿No hay enfermeros? —preguntó en voz baja Alfonso.

—No sé, esto es demasiado improvisado —respondió Lacalle, llevando hasta Melchor un herido, como si fuera un saco de patatas—. Hay un par de civiles que saben de medicina, no sé si son médicos, y he visto algún

camillero de la Cruz Roja, pero médicos, médicos...

—¿Pero los guardias civiles...? —dudó Guzmán.

—No todos son malos, muchos están con nosotros —contestó Lacalle—. Otros están esperando en los cuarteles a que el Gobierno les dé las órdenes.

Nadie parecía tener la menor duda de que el cuartel caería muy pronto, pero los de dentro disponían de ametralladoras, fusiles, bombas de mano y munición sobrada, mientras afuera escaseaba la munición y no sobraban las armas.

Eduardo arrastró al herido unos metros más allá, lejos de los tiros. Lacalle, como una pantera, volvió al meollo y le perdieron la pista.

Un viejo escritor y periodista peroraba exaltado y violento ante un grupo de jóvenes. Alto, delgado, con barbas blancas que le caían sobre el pecho dándole cierto aire de apóstol, era Augusto Vivero: —Hoy sufrirán su último Annual los generales borbónicos. Y no serán los moros quienes los vengan, sino el pueblo al que pretenden dominar y seguir explotando. La Montaña es el símbolo de la vieja España. Cuando la tomemos, habrá caído la Bastilla de la reacción y del clericalismo.

Unas descargas interrumpieron la arenga, pero cuando el tiroteo aflojó, Vivero siguió con su discurso: —¡Que nadie se haga ilusiones, compañeros! ¡La lucha es definitiva y a muerte! ¡Ay de los vencidos...!

En torno a la Montaña se encontraban muchos de los del «abanco» de la Modelo, otros de Porlier y de varias cárceles más. Ante el peligro común, la UGT y la CNT se unieron, y se veía la vieja consigna: —¡UHP! ¡UHP...!

Los que gritaban eran albañiles, metalúrgicos, camioneros, taxistas, empleados, gráficos, dependientes... Junto a ellos, encuadrándolos, y en cierto modo dirigiéndolos, unos centenares de guardias de asalto, muchos de ellos embutidos en monos proletarios.

—¡Quietos, quietos...! ¡Que nadie dispare...!

La orden, que pareció surgir de unos guardias, desconcertó a todos. Costaba trabajo que la gente obedeciera, aunque la repetían centenares de personas, exigiendo a quienes manejaban las armas que hicieran un alto. Demasiada rabia contenida. Los guardias dieron ejemplo y reiteraron la orden a quienes los rodeaban. Aunque nadie sabía realmente para qué. Poco a poco disminuyó el fuego, hasta que cesó por completo.

—¿Se ha rendido el cuartel? —preguntó el chaval.

—No, parece que hay tres hombres con un pañuelo blanco atado a un palo.

—Coño, Melchor —dijo Guzmán asomándose—. ¿Ése no es Carmona?

—¿Qué Carmona?

—El que se hizo azañista.

—¡Pues parece que sí! Han salido un sargento y unos soldados y han invitado a Carmona a que entre.

—¿Va a entrar? —se sorprendió Guzmán.

—Sí, eso hace.

—Si es que se me ha jodido el cristal de las gafas —se contrarió Guzmán, intentando recomponerlas.

—¡Vaya héroes que estamos hechos! —ironizó Melchor.

El ruido de un avión los forzó a levantar la cabeza. Surcaban el cielo por lo menos un par de aparatos. Contuvieron la respiración esperando que fueran de los suyos. Volaban bajo, muy bajo, rozando casi los tejados, desdeñando el riesgo de ser alcanzados por algún balazo de los del cuartel. Mientras todos miraban para arriba, olvidándose de Carmona, uno de los pilotos inclinó medio cuerpo fuera de la cabina y saludó con el puño cerrado. La multitud respondió con gritos y aclamaciones.

—Lo que hace falta —afirmó Villanueva, un obrero de la construcción que había estado con Melchor en la Modelo y que en 1938 moriría peleando en Teruel— es que se dejen de tirar papeles y arrojen bombas.

—Las tirarán —respondió Guzmán, ya con las gafas a medio colocar—. No te preocupes, si tardan media hora más en entregarse, deberían bombardearlos.

—Esos muros... Con esa mierda de cañones ni los rascamos por fuera —se lamentó Lacalle—. Están trayendo un cañón del 15, dicen que lo están poniendo en la calle Ferraz. Es que con los del 7 es como si lanzásemos piedras. —Lacalle levantó las cejas y volvió a morder una ramita de pino que traía entre los dientes.

Carmona salió del cuartel, se reunió con sus dos acompañantes y, siempre tembloroso el pañuelo blanco, regresó con prisa hacia la esquina de la calle Ferraz. Allí soltó la noticia de que los sitiados no iban a rendirse, algo

que no sorprendió a nadie.

—Lo que yo suponía —comentó entre dientes Guzmán.

Teodoro Mora arengaba a varias decenas de milicianos. Esta vez no habría concesiones. El cañón del 15 que ya se había instalado comenzó a disparar y dejó a todos sordos por unos instantes. Después, provocó una tempestad de gritos y aclamaciones. Todos esperaban que el proyectil estallase en la fachada de la Montaña abriendo un amplio boquete por donde pudieran penetrar los asaltantes. Pero pasó muy por encima del cuartel y se perdió lejos.

—Quizá lo han hecho para que sepan que vamos en serio —apuntó Guzmán—. Ya veréis, si no salen... el segundo, acierta.

—¡Ahora los va a cascarr bien...!

Y acertó. El segundo proyectil dio de lleno en la fachada del cuartel, que por un momento desapareció de la vista oculta por el humo y la polvareda.

Cuando se disipó la humareda, comprobaron que uno de los balcones, el que tenía una ametralladora apostada, había sido arrancado y una amplia brecha se abría en la fachada. Probablemente atravesaba el muro.

Los proyectiles de los cañones más pequeños estallaban en el cemento y en la parte alta del cuartel, destrozando parte del tejado. Cada cañonazo aumentaba el júbilo y la confianza de los atacantes.

—Mira, pero agáchate —dijo Alfonso, intentando hacer alguna foto entre la gente que corría de un lado a otro—. Ahora sí que vienen a bombardear.

Varios aviones bajaron en picado, dejaron caer algo y se elevaron rápidos, casi verticales, huyendo de los efectos de la explosión de las bombas que acababan de lanzar. El violento estallido hizo temblar la tierra. Parecía que la suerte estaba echada.

Los milicianos con brazaletes de la CNT y de la UGT corrían hacia el cuartel, intentando protegerse entre los árboles. Dentro se escuchaban combates. Los propios soldados del interior se habían rebelado contra sus mandos. Guzmán y Melchor se fueron acercando también. Al chaval, Antoñito, le habían dejado con Alfonso, que se acercaba con la cámara unos metros por detrás, buscando las zonas seguras, para hacer fotos. Algunos soldados desde dentro sacaron una bandera blanca a las ventanas.

—¡Una bandera blanca...!

—¡Ya se rinden...!

Lo que parecía una bandera blanca no era más que un simple trapo macilento temblando en un balcón del segundo piso del cuartel. Pero se corrió la voz de que se habían rendido y muchos corrieron hacia el patio.

—¡Adelante! ¡Viva la República!

De pronto se produjo lo inesperado.

—¡Han empezado a disparar! ¡No hay rendición! —gritó Guzmán.

Alfonso se quedó unos instantes paralizado, con la cámara cerca del ojo, pero sin dispararla. Blanco, tragando saliva, vio cómo varios hombres caían bajo las balas sin entender bien lo que estaba sucediendo.

Entonces dentro se desató el primer infierno de los muchos que habrían de vivir. Se multiplicaron los tiros y los gritos. Se diría que dentro del cuartel se estaban matando entre ellos.

Tronaron de nuevo los cañones. No iba a haber compasión para los vencidos.

A partir de ahí, Melchor sólo recordaba un extraño silencio. Rostros descompuestos, los milicianos, a centenares, entrando en el cuartel y disparando a cualquiera que se encontrase en su camino. De todas las calles de alrededor bajaba una riada de hombres dispuestos a vengar a los caídos en el ataque. Incluso recordaba cómo alcanzaron los disparos a un minero que tiraba cartuchos de dinamita. Su cuerpo desapareció, tan sólo quedaron unas gotas de sangre, como una ligera lluvia que les roció el rostro a varios que no andaban lejos de aquel infeliz.

La resistencia del interior del cuartel fue cayendo, pero a costa de más sangre, de más balas. Se mataba sin preguntar. Se luchaba cuarto por cuarto, pasillo por pasillo. Los soldados, al ser copados, mostraban con el brazo en alto sus carnés de la UGT o de la CNT, del Partido Socialista, intentando salvar la vida. A la mayoría no les funcionó y murieron por los disparos de los que entraban. Otros soldados fueron liberados en los calabozos, donde habían estado presos desde hacía días. Era imposible saber quién mentía y quién decía la verdad. La mayoría de los oficiales se suicidaron en el cuarto de banderas y los encontraron con un tiro en la sien, otros se enfundaron trajes de soldado y se camuflaron entre la multitud.

Melchor y Guzmán se acercaron a unas camionetas de asalto y a unos autocares en los que había varios mandos, entre ellos Fanjul, Villegas y Quintana, los dos generales y el coronel. Protegiéndolos estaban, fusil en mano, una treintena de guardias de asalto, rodeados por un grupo de paisanos cuyo número aumentaba por segundos y con notables muestras de excitación.

—¡Dejadnos que terminemos con ellos! —pidió a voces un tipo sudoroso y malencarado.

—Recibirán su castigo —aseguró un teniente de asalto, que trataba de calmar a los paisanos—. Pero antes tenemos que juzgarlos como es debido.

—¡Pamplinas...! ¡La única justicia es ésta! —gritó un miliciano, mostrando su máuser.

—Cumplimos órdenes del Gobierno —adujo el teniente, muy nervioso.

Subieron de pronto las voces y la disputa amenazaba con terminar a tiros. En las camionetas había ya una veintena de detenidos. Estaban en mangas de camisa, destocados, agotados. Varios habían sido heridos y respiraban con dificultad, otros tenían en la ropa manchas de sangre.

—¿Dónde los llevan? —preguntó Melchor a un capitán de asalto, que daba apresuradas instrucciones a los conductores de los vehículos y a los guardias que los protegían.

—A Gobernación. El general Pozas ha dado órdenes terminantes de conducirlos hasta allí.

Las camionetas se pusieron en marcha en medio de los gritos de los paisanos. Los milicianos que acababan de tomar el cuartel de la Montaña, que habían perdido tantos compañeros, no entendían que los guardias custodiaran a sus enemigos.

—¡Todos merecen acabar colgados! —vociferó iracundo un individuo corpulento, en mangas de camisa, con un pañuelo rojo anudado en torno al brazo izquierdo y un fusil en la mano derecha—. ¡Y también quienes los amparan y defienden!

—Los guardias cumplen con su deber, coño, ¿no os dais cuenta? —le plantó cara, resuelto, un muchacho alto, delgado, que ni en plena lucha de un tórrido día de julio había prescindido de chaqueta y corbata y había sido uno de los primeros en penetrar en el cuartel—. La República no puede

consentir que nadie se tome la justicia por su mano.

—¡Pero la revolución...!

—¡Lo que acaba de pasar no puede volver a repetirse!

—¡Hay que respetar la vida a los que se rinden! —gritó Melchor, apoyando las palabras del muchacho.

—¡Traidores! —vociferó uno escondido entre la multitud.

—¡Ven y dímelo a la cara! —se defendió Melchor—. Matar a prisioneros indefensos es una canallada, lo haga quien lo haga.

Los guardias fueron sacando los autocares de la zona hacia Gobernación. Muchos milicianos salían del cuartel vestidos con las ropas y las cartucheras que habían encontrado dentro.

Guzmán y Melchor dieron una vuelta por el interior junto a varios compañeros confederales. Era la primera vez que Melchor veía tantos cadáveres juntos. Pensó que nada había de poético en toda aquella sangre derramada. Se parecía más a un festín de animales hambrientos que a la revolución con la que él había soñado.

Hacia el mediodía de ese día 20 de julio se acabó la lucha en el cuartel de la Montaña. Sobre esa hora también se rindió el regimiento Wad-Ras, al mando del coronel López Ruiz. Algo más tarde, los milicianos mandados por Cipriano Mera asaltaron el regimiento de zapadores de Campamento, al mando del general García de la Herrán, que murió a manos de sus propios soldados, y al final del día se pudo dar por fracasada la sublevación militar en Madrid.

—Vamos, Melchor —le animó un apesadumbrado Guzmán—. Subamos a Callao, allí van a repartir armas para el convoy que va hacia Campamento.

—Vamos.

—Melchor —se acercó Alfonso—, yo no puedo estar de niñera, que tengo que seguir a los convoyes, ¿qué hacemos con el chico?

—Me lo llevo yo.

Antoñito, en un segundo de despiste, estaba ya intentando subir a uno de los coches.

—¡No te escapes! —Le cogió Melchor de la pechera—. Ven, que vamos para arriba.

Y el chico, a disgusto, marchó con ellos Gran Vía arriba.

—Éste ha salido revolucionario —sonrió Guzmán.

—Pero si no me dejáis ni pegar un tiro —contestó, contrariado, el chaval.

—Ya los pegarás, no te preocupes, que vamos a tener fiesta un rato largo.

Ya en Gran Vía comenzaron a escuchar gritos de personas que corrían de un lado a otro. Luego varios sonidos secos, como si golpearan una madera, y una mujer cayó tendida sobre la acera, sangrando por la cabeza. Nadie se atrevía a atenderla. Los que disparaban se parapetaban tras las terrazas de los pisos altos. Melchor apoyó la espalda en una de las fachadas hasta que los tiros parecieron relajarse. Varios milicianos habían subido por los portales y estaban reduciendo a los que disparaban sobre la multitud.

—¡Melchor, coño! —gritó Eduardo de Guzmán—. ¡Melchor!

Eduardo estaba sosteniendo la cabeza de Antoñito. Uno de los disparos le había alcanzado en el estómago y escupía sangre sin parar.

—¡Qué hacemos, Melchor! —lloró Eduardo—. ¡Qué hacemos!

—Corre a pedir ayuda... ¡un médico! —comenzaron a gritar.

Guzmán salió corriendo, nunca lo había hecho tan rápido como en aquellos momentos. Varias personas habían sido alcanzadas por los disparos y yacían en el suelo. Algunos permanecían solos, porque la gente no se atrevía a ponerse al descubierto para atenderlos.

—Tengo frío, Melchor, tengo frío.

Melchor le abrazó con todas sus fuerzas e intentó taponar la herida que sangraba a borbotones.

—¡Un médico! ¡Joder! ¡Un médico! —gritaron algunos desesperadamente.

—Mi padre me va a echar una bronca que *pa qué*...

—Tu padre lo que va a decir es que tiene un hombre de verdad en casa, un revolucionario, como los grandes.

El chaval le miró fijamente a los ojos y dejó de respirar mientras Melchor le acariciaba la cabeza. Cuando llegó Guzmán con un camillero de la Cruz Roja, ya era tarde.

Guzmán y Melchor se miraron. Rodríguez se incorporó con el mono azul manchado de sangre. Se fueron hacia la calle Luna, a la sede confederal. Allí, cientos de compañeros esperaban con impaciencia armas con las que

combatir. Morteros, ametralladoras, pistolas y municiones comenzaron a llegar en camiones y se repartieron entre quienes salían de inmediato para Guadalajara, Alcalá, Campamento o Toledo.

Mientras se dirigía a su casa de la calle del Amparo, 25, muy afectado por la muerte del chaval, Melchor vio a algunos muchachos que se habían disfrazado con las ropas de los curas y cantaban y bailaban. Las calles alrededor de la plaza de Lavapiés estaban abarrotadas de gente y llenas de humo denso. Olía por todas partes a madera quemada. La iglesia de San Nicolás estaba ardiendo. Los vecinos vieron los ventanales de la cúpula saltar y chorros de plomo incandescente deslizarse por el tejado. Una bola gigantesca de fuego crujiendo y retorciéndose bajo las llamas. Por un instante el incendio pareció extinguirse y la enorme cúpula se abrió con una grieta roja.

Las gentes se dispersaron gritando:

—¡Se hunde!

La cúpula se desmoronó con un chasquido y un golpe sordo, tragada por las paredes exteriores de la iglesia. Desde dentro brincó a lo alto una masa silbante de polvo, cenizas, humo y chispas. De pronto, entre esta nube de humo, surgió la figura de un bombero en lo alto de una escala que se balanceaba en el aire, perdido el apoyo de la cúpula; el hombre seguía dirigiendo el chorro de agua de su manga sobre los puestos del mercado. Era como si Arlequín se hubiera quedado de repente solo en la escena, patético y desnudo. Las gentes aplaudían, quizá por el derrumbamiento de la cúpula o por la figurilla grotesca allá en lo alto. El fuego seguía rugiendo sordamente dentro de las paredes de piedra.

Ya muy cerca de casa, Melchor entró en la taberna de Serafín. Toda la familia estaba agrupada en la trastienda, la madre y una de las hermanas completamente histéricas. La taberna estaba llena de gente. Serafín corría de los clientes a su familia y de ésta a aquéllos, tratando de atender a todos, su cara redonda empapada de sudor, tropezando a cada paso.

—¡Melchor, Melchor! ¡Esto es terrible! ¿Qué va a pasar aquí? Han quemado San Nicolás y todas las otras iglesias de Madrid: San Cayetano, San Lorenzo, San Andrés, la escuela Pía...

El nombre de la escuela Pía le impresionó. Calle del Ave María abajo se

encontró con su mujer, Paca, y la niña, mezcladas con los vecinos. Todos comenzaron a la vez a darle explicaciones: los fascistas habían disparado sobre las gentes desde las torres de las iglesias y las gentes las habían asaltado. Eso decían. El barrio entero olía a quemado y caía una lluvia finísima de cenizas.

La iglesia de San Cayetano era una masa de llamas. Cientos de personas vecinas de las casas adyacentes habían sacado a la calle sus muebles y los habían amontonado lejos del incendio que amenazaba a sus hogares. Guardaban sus propiedades y contemplaban silenciosas el incendio. Una de las torres gemelas comenzó a oscilar. La multitud gritó: si la torre caía sobre sus casas, sería el fin, pero el bloque de piedra y ladrillo al desplomarse se estrelló en mitad de la calle.

Frente a la iglesia de San Lorenzo, una multitud frenética aullaba y danzaba casi sobre las mismas llamas.

La escuela Pía estaba ardiendo por dentro. Parecía como si hubiera sido sacudida por un terremoto. La larga fachada de la calle del Sombrerete, con sus cien ventanas correspondientes a las clases y a las celdas de los curas, estaba lamida por las lenguas de fuego que surgían a través de las rejas. La fachada principal estaba derruida, una de las torres, caída, el atrio de la iglesia, demolido. Por una puertecilla lateral, que era la entrada de los chicos pobres, bomberos y milicianos entraban y salían sin cesar.

Un grupo de milicianos y de guardias de asalto surgió sosteniendo una camilla improvisada, unas tablas sobre una escalera de mano, y sobre las tablas, envuelta en mantas, una figurilla de la que sólo era visible la cara de cera y el mechón de pelo blanco. Un viejecillo temblón, los ojos llenos de terror: el padre Fulgencio, conocido en todo Lavapiés. La multitud abrió paso en silencio y los hombres lo metieron en una ambulancia. Debía de tener entonces más de ochenta años. Una mujer gorda dijo detrás de Melchor: — Lo siento por el pobre padre Fulgencio. Lo conozco desde que era una chiquilla. ¡Y pensar que ahora el pobre tiene que pasar por todo esto! Valía más que se hubiera muerto. El pobre hombre hace ya muchos años que estaba paralítico. Algunas veces le subían al coro en una silla para que pudiera tocar el órgano, porque las manos las tenía bien, pero de la cintura para abajo estaba ya muerto. No sentía ni aunque le pincharan con alfileres.

¿Y sabe usted? Todo esto ha pasado porque los jesuitas se hicieron amos de la escuela. Porque antes, y créame a mí, que las sotanas me hacen vomitar, todos aquí en el barrio queríamos a los escolapios.

El fuego seguía crepitando dentro de la iglesia. El edificio no era más que una cáscara agrietada.

Melchor, su mujer y su niña se dirigieron hacia su casa. Él iba desconcertado, con pasos perdidos y la cabeza algo ida. Sentía un peso en la boca del estómago, como si quisiera llorar sin poder. Al llegar se sentó en el portal de la casa viendo a la gente que pasaba por la calle o que se encracimaba en grupos, hablando a gritos. Trató de aclarar el conflicto dentro de sí. Le era imposible aceptar la violencia y allí, con el mono azul de miliciano lleno de sangre, Melchor intentaba ordenar su cabeza. Se le acercó su niña Amapola y le abrazó como si nunca lo hubiera hecho antes, o como si hubiera pensado en nunca más volverlo a hacer. Ella comprobaba si las huellas de sangre que decoraban los brazos de su padre procedían de su piel, de su rostro, o provenían de la sangre vertida por otros.

Paca y Amapola se fueron calmando y él miró a su compañera a los ojos con una mezcla de lágrimas y de alegría. Si aquello que había visto era la revolución, alguien debía poner riendas a aquel caballo desbocado.

—¡Papá, pensábamos que te había pasado algo! ¡Dicen que hay muchos muertos! Por la calle la gente se ha vuelto loca. Algunos están vestidos de curas y se han puesto sombreros de copa y bailan como si fuera carnaval.

—Paca, niña, no salgáis.

—Tengo miedo, Melchor.

—Paca, yo también. Joder, ¡es la revolución! La que llevamos esperando tanto tiempo.

—¿Has usado la pistola?

—¿Yo? —sonrió, sacándola de la funda—. Mira, no tiene ni balas. Me la he puesto porque me la ha dado Antona, en el sindicato.

—No quiero que la uses.

—No la voy a usar.

Estaba convencido de que la Iglesia en España era un daño que había que corregir, pero aquellas quemas eran estúpidas. ¿Qué habría ocurrido con la biblioteca del colegio, con sus viejos libros iluminados, con sus

manuscritos? ¡Y toda la riqueza destruida en material de enseñanza!

¿Qué habría ocurrido si el antiguo padre prefecto hubiera abierto de par en par las puertas de la iglesia y del colegio y se hubiera quedado él allí, bajo el dintel, frente a frente con los asaltantes? No le habrían atacado, estaba seguro. Como hizo el cura de la iglesia de la Paloma, que había puesto las llaves de la iglesia en manos de las milicias, y su iglesia y las obras de arte que encerraba fueron salvadas y respetadas, aunque demolieron los santos de cartón piedra y se llevaron los candeleros de latón para hacer cartuchos. Y lo mismo pasó con San Sebastián, con San Ginés y con docenas de otras iglesias que se habían mantenido intactas, algunas de ellas en espera de las bombas que iban a caer.

Se sentía agobiado. La lucha estaba entablada y era su propia batalla; sin embargo, se sentía frío hasta el tuétano.

Debía reunir a los Libertos, realizar todo aquello que había defendido durante años en sus discursos y sus artículos. Era la hora de los hombres.

Allí, en ese preciso momento, entendió la labor que debía llevar a cabo. Aquella para la que se había estado preparando toda su vida. Pensó que no había tanta diferencia entre su celda y su casa. Sentado en la ínfima cocina del pequeño piso donde vivían, le nació en el vientre la respuesta a lo que debía hacer en aquella locura que acababa de empezar: salvar todas las vidas que pudiera.

El grupo de afinidad de la FAI, los Libertos, donde se encontraba Melchor, tuvo una reunión de urgencia y decidieron ocupar el palacete del marqués de Viana, que estaba vacío porque su dueño se había marchado a Roma. Lo primero que hizo Melchor fue un informe de todos los objetos de valor de la casa y envió una copia al marqués. Nadie iba a robar nada, como estaba pasando en casi todas las casas requisadas; si ganaban la guerra los anarquistas, ya se vería lo que hacían con la propiedad privada y los objetos. Pero ellos no eran ladrones.

Desde un principio metieron en la casa a todo el que buscaba refugio ante la represión de retaguardia y los *paseos nocturnos* que llenaban de muertos anónimos la Casa de Campo o las cárceles improvisadas del partido.

Los militares sublevados avanzaron matando a su paso a todo el que se les oponía. No hacían prisioneros. Matanzas masivas que se fueron repitiendo en los territorios que iban conquistando. Era la guerra a la que estaban acostumbrados, la guerra de aniquilación que llevaban practicando en las colonias desde hacía decenas de años. El 6 de noviembre llegaron a Aravaca, ya estaban a las puertas de Madrid.

MADRID, PARACUELLOS, ALCALÁ DE HENARES

La guerra no fue, como esperaba Mola, un golpe rápido y suculento, sino que se convirtió en un desastre que duró casi tres años, con centenares de miles de muertos. Mitos, mentiras, medias verdades por uno y otro lado. En cualquier caso, los acontecimientos, incluida la Segunda Guerra Mundial que todos los países preparaban, acabaron por dejar el anarquismo en segundo plano frente a la maquinaria de propaganda y represión de la Unión Soviética. Los anarquistas, durante la guerra española, debieron enfrentarse al manejo del poder y desde allí tuvieron que conocer en sus carnes lo difícil que es aunar las tendencias políticas y personales, luchando, a la vez, contra los comunistas y los franquistas. Por otro lado, no pocos indeseables escogieron los colores de la CNT-FAI para asesinar y hacer del terror su trabajo diario. Otros, sin embargo —y eran muchos, los que más tiempo habían militado defendiendo aquellas ideas—, escogieron el camino de la razón para intentar hacer la guerra con humanidad y con honor, como Melchor. La represión de los primeros meses de la guerra en la retaguardia republicana fue terrorífica, pero en el otro bando fueron las autoridades quienes animaban al crimen. Ahí están los discursos de Queipo de Llano, un general que había sido jefe de la casa militar del presidente de la República, Alcalá Zamora, con cuya familia emparentó al casar a su hija con el hijo de éste:

En San Fernando hay muchos familiares de tripulantes de la escuadra pirata que están en nuestro poder, nos servirán de rehenes y sus vidas responderán de los nuestros que mueran en San Sebastián.

(20 de agosto de 1936)

El día 1 de noviembre de 1936 los cañones facciosos se colocaron a tan sólo quince kilómetros de la Puerta del Sol. Franco, Mola, Varela y los demás generales sublevados estaban seguros de que Madrid caería en sus manos en pocos días. Para ello, desde el 30 de octubre habían comenzado los bombardeos aéreos sistemáticos sobre la ciudad. Una villanía que no tenía precedentes, y el día 7 de noviembre lanzaron un ataque frontal contra la capital. Pensaron, optimistas, que la resistencia republicana carecía de medios, pero no contaron con la voluntad y valentía de los defensores.

Ese mismo día 7, por la tarde, desfilaron por la Gran Vía unos dos mil brigadistas internacionales. Los madrileños que aplaudían a las tropas en aquel improvisado desfile por el centro de Madrid veían en aquellos hombres al héroe que acude a la llamada de socorro. Los brigadistas eran de más de veinte nacionalidades: franceses y belgas, encuadrados en el batallón Comuna de París; alemanes, austriacos y polacos, en el Edgar André... Habían llegado a Vallecas de madrugada y por la tarde ya estaban marcando el paso en dirección a la Ciudad Universitaria. No se trataba de un desfile para lucirse, iban hacia el frente.

—¡Vivan los rusos! —gritaba la gente al paso de los brigadistas.

Poco después de la aparición de los internacionales llegaron los anarquistas de Cipriano Mera, junto con una parte de la columna de Del Rosal. No cantaban *La Internacional*. Era otro himno que en Madrid se conocía muy bien: *Negras tormentas agitan los aires*

Nubes oscuras nos impiden ver...

Iban subidos en camiones por la cuesta de San Vicente, por la Dehesa de la Villa, por Puerta de Hierro, el Manzanares, la Casa de Campo... se dirigían hacia donde les mandaba Eduardo Val, el anarquista que era secretario del comité de defensa y pretendía darle a Durruti, cuando llegara, el mando de todas las unidades anarquistas.

Los planes de los sublevados se encontraron por casualidad en el bolsillo de la guerrera de un oficial franquista que había muerto en combate y aquellos papeles estuvieron pronto en manos de Vicente Rojo, el jefe del Estado Mayor. El plan señalaba como fecha de entrada en Madrid el día 8 de noviembre.

El combate comenzó a primeras horas de la mañana. Los aviones franquistas se emplearon a fondo en «ablandar» las posiciones republicanas desde el cuartel de la Montaña hasta el puente de Segovia. La orden dada a la infantería atacante fue contundente: ocupar completamente la Casa de Campo y cruzar el Manzanares por el puente Nuevo para después asaltar la Ciudad Universitaria hasta llegar a la cárcel Modelo.

El día transcurrió en una rutina de muerte, de luchas cuerpo a cuerpo, de bombardeos, de asaltos y retiradas. Pero el puente Nuevo no caería en manos de los atacantes, aunque la situación llegó a ser tan delicada para los republicanos que el capitán de asalto que dirigía la defensa pensó incluso en volarlo.

El día 10 de noviembre la Casa de Campo se convirtió en una tempestad de fuego. Los milicianos vieron por vez primera a sus aviones bombardear y ametrallar las posiciones enemigas. Hubo un cambio de tornas en el aire. Pero a los de enfrente les pasaba lo mismo que a ellos, que el bombardeo no les hundía la moral. Los Junkers alemanes, escoltados por los Fiat y Heinkel, se dedicaron ese día a bombardear sin cesar los barrios en torno a los puentes de Toledo y de Segovia y volvieron a machacar la estación del Norte. Pero los lentos Junkers alemanes fueron acosados por un nuevo avión ruso, el Polikarpov 1-16, monoplano. También los Heinkel y los Fiat se las vieron y desearon para enfrentarse a ellos. Pronto tendrían un apodo: «moscas» según los republicanos y «ratas» para los facciosos.

El Estado Mayor de Rojo se enfrentó entonces a un problema fundamental: las reservas, a lo que se añadió que las columnas de Varela dieron muestras de una enorme capacidad de bascular de un lado a otro del larguísimo frente. Además, llegó una nueva columna en apoyo de los sitiadores. La componían siete banderas de la Legión, un tabor de la Mehal-la, un batallón —llamado de Argel— y una batería de campaña del 7,5. Este refuerzo se colocó en la carretera de Extremadura.

El 15 de noviembre un avión faccioso lanzó en paracaídas sobre Madrid un ataúd. Dentro iba el cadáver destrozado de un piloto republicano que había sido derribado en territorio «nacional». Dos días después, varios trimotores alemanes bombardearon los barrios periféricos de Madrid en tres incursiones sucesivas a la una, a las seis de la tarde y a las ocho, ya casi

de noche. El día 18 los facciosos se tomaron un descanso en el frente de la Ciudad Universitaria, pero los bombardeos siguieron machacando a los madrileños, acostumbrados ya a salir de casa corriendo para bajar al sótano, al metro o a alguno de los muchos refugios que se excavaron en Madrid desde el inicio de la guerra. El 29 de noviembre, los bombardeos, que no se detendrían hasta el final de la contienda, machacaron los barrios periféricos, que sufrieron ese día un auténtico infierno lanzado desde el aire.

Nadie, fuera de los resistentes madrileños, creía en la victoria, y mucho menos las embajadas extranjeras instaladas en la capital. Vicente Rojo lo explicó perfectamente en una anécdota personal:

Tampoco faltó ese espécimen «agregado de embajada» que, en la confusión de los primeros días, se permitió, con actitud un tanto insolente y otro tanto estúpida, introducirse en mi despacho diciendo: —Pero ¿por qué no se rinden ya?

—¡Porque no nos da la gana! —fue mi respuesta.

A las cuatro de la tarde del día 20 de noviembre de 1936, en la habitación número 15 del hotel Ritz, y asistido por el médico José Santamaría, quien estuvo permanentemente a la cabecera de la cama dando órdenes rigurosas para que nadie entrase a molestar, moriría Buenaventura Durruti. Tenía exactamente cuarenta años y ciento veintinueve días. Murió cuatro meses después de su amigo y hermano Francisco Ascaso. Con la extinción de estas vidas terminaba uno de los más agitados capítulos de la lucha anarquista.

¿Había sido un francotirador apostado en el Clínico o un atentado? Melchor no lo sabía, pero lo más probable es que a Manzana, un compañero que iba en el automóvil con Durruti, se le disparara el naranjero y una bala lo matara. Melchor así lo creía, pero se habían dicho tantas cosas... Su idea se basaba en lo que aseguró el médico que lo asistió en el Ritz. Se llamaba —como ya se dicho— José Santamaría y según él la bala que mató a Durruti fue disparada a menos de cincuenta centímetros de su cuerpo.

En el centro de Madrid se habilitaron durante el asedio hospitales de sangre que no dieron abasto para atender a todos los heridos. El más célebre fue el

que sustituyó al Hospital Militar, que por estar situado en Carabanchel tuvo que ser evacuado y se instaló en el hotel Palace. Pero hubo otros, alguno de ellos dotado de excelentes instalaciones, como el de Maudes, en un edificio del gran arquitecto Antonio Palacios, pero estaba —y está— muy cerca de Cuatro Caminos, donde la artillería franquista llegaba con facilidad.

Según se supo mucho después, el día 23 de noviembre de 1936, Franco se reunió en Leganés con sus generales. Todos reconocieron allí que habían perdido la batalla y que tendrían que cambiar de estrategia, preparándose para una guerra larga.

La República había ganado la batalla de Madrid, pero los habitantes de la Villa seguirían viviendo con el mismo «dolor, temor y temblor» durante veintiséis meses más.

Melchor estaba al tanto de lo que estaba sucediendo en las cárceles: desde hacía unos días estaban sacando a muchos presos y llevándolos a la muerte. Todos lo sabían, pero nadie hacía nada. Por intentar detener aquella masacre, Mariano Gómez, presidente del Supremo, y Luis Zubillaga, del Colegio de Abogados, fueron a ver a Melchor al palacio ocupado por los Libertos.

—Esto tiene que parar. Segundo Serrano Poncela está firmando los traslados de presos. Nadie se atreve a detener esta locura. Por eso hemos venido a verle a usted —le dijo Zubillaga—. Usted es el único que puede parar las matanzas, el único que tiene arrestos.

—Además, ahora que García Oliver es el ministro —añadió Mariano Gómez—, seguro que le hace caso y le nombra a usted director de prisiones.

—Dicen que han fusilado a unos doscientos presos por hacer señales a la aviación franquista —prosiguió Luis Zubillaga, encendiendo un cigarrillo—. Es ridículo, ¿señales? Desde la celda.

—Si van a entrar ya, como parece, no pueden ustedes matar a todos los presos para que no se unan a los...

—Rebeldes —apuntó Melchor.

—Rebeldes —continuó Mariano—. Como usted quiera. No sabe lo que cuentan de Paracuellos, cientos de personas asesinadas a sangre fría y

echadas a las zanjas como si fueran perros.

—¡Sólo usted puede parar esto, Melchor! — Luis le miró a los ojos.

—¿Yo? —sonrió Melchor—. No tienen ni idea de cómo es García Oliver, que ha cenado en mi casa un par de veces. Si se le dice lo que tiene que hacer, hará exactamente lo contrario.

—Piense usted en la prensa internacional, los comparan ya con los bolcheviques. Nadie va a ayudar a la República si se enteran de estos crímenes —dijo Zubillaga—. Y una cosa así...

—No se puede ocultar — sentenció Mariano.

—Lo intentaremos, pero no les aseguro nada.

A García Oliver nunca le gustaron los andaluces, no lo ocultaba, decía que no habían hecho la gimnasia revolucionaria necesaria para detener a las tropas de África y no se lo perdonaba, aunque nunca lo comentara en público. Sin embargo, Melchor le caía bien, aunque aquel sevillano no era como Durruti o él, de pistola fácil. Melchor era más pacífico, como el Noi, pero era buen compañero. A Amapola le caía bien García Oliver, que alguna vez había estado por casa, en Lavapiés, y siempre era amable con todos, siempre sonriente. Pero cuando se ponía a hablar de política era como su padre, le cambiaban el gesto y el tono.

En un principio, tal y como había previsto Melchor, García Oliver no lo nombró y no sólo no se pararon las *sacas*, sino que aumentaron en aquellos primeros días de noviembre, pero García Oliver acabó por aceptar lo que el cuerpo de jueces y abogados y también los diplomáticos querían, y nombró a Melchor.

Aun así, Melchor tuvo una fuerte discusión en la CNT con Val y Amor Nuño y muchos comenzaron a tacharle de «quintacolumnista» o «vendido» por querer salvar la vida de los presos. Él sostenía que aun siendo sus enemigos en las ideas, eran personas, y no se podía matar a personas indefensas, pues la retaguardia no era el frente.

El día 9 de noviembre todavía no era oficial el nombramiento y ya Melchor fue con Ramón y Batista a visitar varias cárceles. En la cárcel Modelo encontró al director y a varios funcionarios confeccionando unas listas con más de cuatrocientos nombres que iban a ir *de paseo* hacia las fosas de Paracuellos. Melchor los detuvo y les quitó las listas de las manos.

Así lo tuvo que hacer también en Ventas, San Antón y Porlier. Varios comunistas le amenazaron de muerte. Pero Melchor tenía detrás, además de la razón, un carácter muy fuerte. Cuando decidía hacer algo, lo llevaba a cabo, costase lo que costase.

El día 8 de diciembre Melchor, Batista y Paquito, el que fue su conductor antes que Ramón, fueron con unos guardias civiles en el Ford negro hacia Alcalá de Henares, con la intención de ver el estado de la cárcel donde se hacinaban más de mil quinientos presos. Tenía que supervisar las instalaciones para intentar albergar a otros cientos que habían sido hechos prisioneros en la Ciudad Universitaria y otros muchos que estaban escondidos en pisos de la embajada de Finlandia.

—Melchor —le informó Batista, el antiguo funcionario de prisiones que ahora ejercía como su secretario—, he hablado con Gómez, ya están repuestos casi todos los funcionarios de prisiones. Apenas hay ya milicianos controlando las cárceles.

De camino, el conductor, Paquito, decidió esconder el coche bajo un puente en San Fernando, a pocos kilómetros de Alcalá. Habían visto varios aviones, las pavas italianas y cazas de escolta que iban a bombardear. Bajaron del coche y se asomaron.

—¡Mirad, mirad, un caza ruso! —gritó Paquito—. Un solo piloto se ha enfrentado a todos esos mamotretos.

Todos miraron hacia los puntos negros intentando contarlos.

—Veinte o así, ¿no? —dijo uno de los guardias civiles de escolta que los acompañaban en el viaje.

—Una pena que sólo haya salido un caza nuestro —pensó Melchor en voz alta.

Desde el puente sintieron temblar la tierra. La veintena de bombarderos descargaron sus bombas en Alcalá. Todos se miraron con rabia. Sabían que aquellas bombas estaban destinadas a la población civil, como siempre, y eso no traería nada bueno para su cometido en la cárcel, pues los bombardeos contra la población civil desataban venganzas contra los presos. Pocos días antes, el 6 de diciembre, después de un bombardeo sobre Guadalajara, milicianos y decenas de personas armadas entraron en la cárcel y mataron a todos los presos excepto a uno que consiguió esconderse

debajo de una bañera. En total se linchó a trescientas diecinueve personas.

Batista fumaba sin parar, sabía que aquellos bombardeos no traerían nada bueno para los funcionarios de prisiones que ahora estaban en la cárcel de Alcalá.

Paquito encendió el coche, nadie hablaba y nadie sabía lo que se iban a encontrar en la ciudad. Cuando llegaron cerca de la cárcel, comprobaron que sus sospechas eran ciertas. Las noticias de las muertes de varios vecinos, niños entre ellos, se habían propagado rápidamente y la masa ya estaba enfrentándose con los funcionarios de la prisión. Entre la turba había varias decenas de milicianos comunistas con su estrella roja en la gorra. Eran de la división del Campesino.

El coche, a pesar de los pitidos desesperados de Paquito, no conseguía abrirse paso y Melchor salió y se subió al techo de otro vehículo, aparcado cerca de la puerta de la cárcel. Sabía que se iba a enfrentar a decenas de personas que acababan de ver a sus próximos descuartizados, rotos por las bombas, y querían venganza, pero decidió lanzarse al vacío: —¡Compañeros! —comenzó a gritar—. ¡Soy Melchor Rodríguez, todos me conocéis! ¡Escuchadme! Sé cómo os sentís, lo sufro cada día desde que empezó la guerra, pero entrar ahí no nos va a devolver la vida de los nuestros. ¿Qué somos? ¿Somos animales, como los fascistas, que matan por placer? No, nosotros no.

—¡Fascista, estás con ellos, eres un fascista! —gritó alguien—. ¡Los de dentro son fascistas! ¡Calladle a ése, pegadle un tiro!

—¡Pegarme un tiro! ¿Es eso lo que queréis? ¿Matar a un compañero como vosotros? ¡Soy un obrero, como vosotros!

Varias mujeres cogieron piedras y las lanzaron contra el coche. Melchor, en vez de apartarse, se irguió y las miró fijamente.

—¡Si queréis pegar tiros, vamos al frente todos juntos, es fácil, yo os acompaña y matamos a todos los fascistas que haga falta, pero estos de ahí dentro no tienen culpa de nada! ¡Los presos no han bombardeado, ellos no han cogido un fusil, ellos son presos, como lo he sido yo tantas veces! ¡Sé lo que es estar ahí dentro! ¡Somos文明ados, no somos fascistas!

La muchedumbre comenzó a bajar el tono de sus voces, pero no cejaba en su idea de entrar. Un chaval miliciano, de no más de dieciocho o

diecinueve años, metió un proyectil en la recámara de su máuser, se alzó por encima de todos y apuntó al pecho de Melchor. Le temblaban las manos. Aquel tipo parecía un cura salido de una iglesia, pero los curas no decían más que sandeces. Melchor respiró unos instantes y pensó que aquel chaval iba a disparar. El chico no gritaba, no hablaba, sólo miraba con miedo y agarraba su fusil como si le fuese en ello la vida. Las personas que estaban cerca hicieron un círculo, no fuera a ser que las alcanzara alguna bala de aquel duelo. Pero Melchor estaba desarmado. Se hizo el silencio. Melchor se acercó a él, se desabrochó la chaqueta de cuero marrón y la abrió de par en par.

—¡Dispara chiquillo! —le dijo, agarrando la boca del máuser y colocándose sobre su pecho—. ¡Dispara y mata a un compañero obrero!

El dedo índice del chaval temblaba, acariciaba el gatillo con suavidad. El sudor le caía de la frente. Un segundo, dos segundos, tres segundos, aquel disparo parecía no llegar nunca. De pronto, Melchor sintió cómo la presión del metal disminuía, hasta quedar como un peso muerto apuntando hacia el suelo.

Batista no se había atrevido a acercarse, ni el director de la cárcel, Fernández Moreno, que intentaba controlar a los que ya habían sobrepasado el primer rastrillo de seguridad.

La masa comenzó a esquivar las miradas, a sentirse seres humanos de nuevo. Pero la cosa no estaba terminada, sólo había sido el primer envite.

Melchor suspiró y volvió a subirse al coche. Sabía que si había podido contener a aquel miliciano, el resto se aplacaría. Y así fue, el miliciano que le había apuntado y muchos otros rebajaron sus gritos. Melchor llevaba ya casi una hora amainando los ánimos.

El comandante Coca, encargado de los milicianos de Alcalá, que se había acercado a la cárcel para ver qué pasaba allí, preguntó a sus hombres quién era ese tipo que había conseguido detener a la multitud. Pronto le dijeron el nombre, pues Melchor era muy conocido allí desde tiempo atrás.

—¡Malditos anarquistas! —gritó Coca a sus hombres—. ¿Por qué no entramos y acabamos con todo esto?

Melchor había ya conseguido entrar en la cárcel a base de palabra y tesón. Difundió la noticia falsa de que había dado orden a los funcionarios

de armar a los presos para, en caso de que entraran los de fuera, no los encontraran desarmados. Y la muchedumbre, aunque rabiosa, suele perder el valor si ha de enfrentarse a hombres armados.

—¡Y tú quién coño eres para decirles a mis hombres lo que tienen o no tienen que hacer! —le increpó Coca, acercándose con la pistola en la mano y escoltado por varios hombres—. ¿Qué quieres? ¿Que te peguemos un tiro?

—¿Tú? ¿Vas a matar al que ha enviado el general Pozas y el ministro? —contestó Melchor—. ¿Sabes lo que es un consejo de guerra?

—¿Pozas? ¿Esto es cosa de Pozas? —dudó Coca.

—Sí —mintió Melchor.

Aunque el director de la cárcel, Fernández Moreno, sí había llamado al general Pozas, éste se había lavado las manos.

—¿Sabes que esto no va a quedar así, Melchor? —amenazó Coca, llevándose a sus hombres al cuartel de San Felipe—. La guerra va a ser larga, Melchorín, y una bala perdida puede venir de cualquier lado. Mira tu compañero Durruti. Te aconsejo que duermas con un ojo abierto —terminó, amenazador.

Parecía que tenía el control otra vez, pero sucedió lo impredecible, como si la suerte se hubiera vuelto loca, como en un vodevil barato donde las cosas suceden sin orden ni concierto. Justo cuando habían conseguido sacar a los que habían entrado en la cárcel, en la puerta de fuera, donde todavía quedaban decenas de personas clamando venganza, se acercó un coche celular que venía de la embajada de Finlandia con una veintena de presos.

—¡Más presos fascistas! ¡Matemos a éstos! —gritó la multitud con renovados bríos.

Melchor salió por la puerta y se acercó a la furgoneta donde se trasladaba a los nuevos presos y, no sin dificultad, se subió al techo.

—¡Éstos también están a mi cargo! ¡Si hay que matarlos, que lo decidan los tribunales, no nosotros! ¡Aquí no se va a pegar un tiro hoy! ¡No somos asesinos, somos obreros!

Antes de que la multitud reaccionara, sacaron el transporte con los presos fuera de la ciudad, con Melchor, Batista y Paquito sujetos a los estribos. El furgón se volvió hacia Madrid, a la prisión de Porlier, y Melchor y los suyos regresaron a Alcalá.

La cárcel estaba ya segura y los presos no lo podían creer: un tipo al que empezaron a llamar el Ángel Rojo los había salvado del linchamiento, sosteniendo una batalla dialéctica con la multitud armada durante casi cuatro horas. Allí dentro estaba gente como Muñoz Grandes; Serrano Suñer, el cuñado de Franco; el futbolista Ricardo Zamora; el secretario de la CEDA, Martín Artajo; el general Gómez Ulla; los hermanos Luca de Tena o el locutor Bobby Deglané. Gente que habría muerto si no llega a aparecer Melchor, y todos lo sabían.

Al fin, Paquito arrancó el Ford, que había quedado en medio de la calle. Durante el viaje de regreso a Madrid nadie pronunció una sola palabra. Cuando Melchor llegó a casa, Amapola y Paca salieron a recogerle y lo metieron en la habitación. Parecía un hombre derrotado y sin fuerzas.

—Papá, ¿qué te ha pasado? ¿Otro atentado? —preguntó Amapola.

—No, hija, esta vez no... Abrazadme las dos.

Los tres se fundieron en un abrazo. Melchor se había quedado sin voz y ahora, sin aliento, sin fuerzas, sólo quería descansar. No sabía si había hecho lo correcto, si dejarse matar por aquella masa llena de odio habría sido lo justo para Amapolita, y por eso se echó a llorar. Cuando la muerte está cerca, lo mejor es aferrarse a lo que nos mantiene vivos. Sabía que la decisión que había tomado aquel día cambiaría su situación entre los suyos. Muchos de sus compañeros no le entendieron. No podían entender el empeño que tenía en cuidar de los presos y en muchos círculos le llamaban «el ángel quintacolumnista». Algunos comunistas nunca le perdonaron e intentarían matarle varias veces a lo largo de la guerra.

TERCERA PARTE
CAUTIVOS Y DESARMADOS

LUISITO: Hay que ver, con lo contenta que estaba mamá porque había llegado la paz.

DON LUIS: Pero no ha llegado la paz, Luisito, ha llegado la victoria.

FERNANDO FERNÁN GÓMEZ,
Las bicicletas son para el verano

MADRID, 1940

Ya se lo habían avisado muchas veces, que permaneciera callado y un poco en segundo plano. Pero él no podía, nunca pudo, demasiado carácter y demasiado pundonor. Melchor pensaba que los valores del honor y la dignidad eran compartidos por todos los que pudieran llamarse a sí mismos hombres de bien. Demasiado tiempo en mítines y en huelgas y en círculos anarquistas le había alejado de la realidad. En aquel final de la guerra incivil, como él mismo la llamaba, parafraseando a Unamuno, casi ninguno había mantenido sus principios y habían corrido a salvar sus propias vidas sin importarles lo que dejaran atrás. Él no hacía más que repetir que no había hecho mal a nadie durante la guerra y no tenía por qué tener miedo. Ante éstos o ante cualquiera estaba dispuesto a defender su hombría y su honradez, tanto era así que salía a la calle con su sombrero y su abrigo, mirando de frente y no al suelo, como hacían los vencidos, y no le importaba lo que pudiera pasar.

La niña, Amapola, ya había dejado de ser niña. El final de la guerra le había dado el espaldarazo que le había hecho superar la adolescencia y su amiga Matilde, que le decía que cuando se madruga para trabajar una deja de ser niña, también había ayudado.

—Las de Lavapiés, chica —sostenía Matilde—, hemos nacido *pa* currar, con guerra o sin guerra... Que las *gatas* de verdad nunca hemos tenido cuartos ni maneras *pa* lucir el palmito por la calle Serrano.

Melchor no hacía caso a los temores de su hija y ponía una sonrisa pícara cuando salía de casa. Y todos pensaban que un día lo iban a coger los de la

secreta y que le iban a llevar a Gobernación y quizá le pegarían dos tiros en el muro de San Isidro o bien le harían pudrirse en cualquier cárcel, lleno de mierda y tuberculosis. Ahora, con Alemania triunfadora en media Europa, ya no tenían que dar explicaciones a ningún extranjero.

Los que se exiliaron habían huido hacia Francia, hacia Argelia, hacia México, hacia los Estados Unidos y los comunistas que pudieron llegaron a su querida Unión Soviética. Pero para la mayoría comenzaba un terrible exilio interior, los campos de concentración franceses o la persecución de la Gestapo.

El 13 de abril de 1939 se hacía un homenaje a los Álvarez Quintero y Joaquín le llamó para que Melchor leyera unos poemas en honor de su hermano Serafín. Melchor no podía negarse. Los Álvarez Quintero fueron sus dos más grandes protegidos durante la guerra y dos de sus grandes amigos. También se había jugado el cuello en el treinta y ocho por colocar una cruz en el ataúd de Serafín, el mayor, pues ése era su deseo. Todo el mundo pensó que estaba loco cuando Melchor, en pleno Madrid revolucionario, sacó un crucifijo que traía escondido en su chaqueta y lo mandó poner encima del ataúd, y así estuvo a la vista de todos en el recorrido que hizo con la multitud por las calles de Madrid. Joaquín siempre estaría agradecido al anarquista por esa acción.

Joaquín le había dicho que, al fin y al cabo, sólo serían unos poemas y charlar un rato con amigos. Pastora Imperio llamó a casa y habló con Amapolita. Pastora poco a poco volvía a ser una de las grandes de la escena madrileña. Llamaba para avisar de que Melchor no fuera al homenaje de los Quintero, que no podía hacerse notar en un acto público, pero él ya había salido. Amapola, al oír a Pastora, recordó la de noches que habían pasado durante la guerra palmeando y cantando hasta las tantas con toda la cuadrilla. Y su madre bailando, Caracol tocando y Pastora moviéndose como se movía, que ella sí que era de otra pasta, de esa de la que sólo están hechas las grandes divas del espectáculo.

Al final de aquel homenaje, un periodista le hizo una entrevista y la publicó tergiversando todo lo que le había contado Melchor. Como consecuencia, dos policías fueron a su casa preguntando por él y Amapola supo que tenía que preparar otra vez el hato para la cárcel. Otra vez preso,

otra vez a la prisión, otra vez. En el barrio se oía decir que ahora la gente que entraba en la cárcel salía con los pies por delante. Amapola tuvo miedo, y cada vez que tenía miedo le daban esos ataques de nervios, con temblequeos, y se le descomponía la tripa.

Otra vez le metieron preso en espera de juicio, pues se le acusaba de crímenes que él no había cometido. Se pasó casi un año encerrado y sin juicio.

Cuando acabó la guerra, él y Amapola se habían mudado a casa de Celedonio, en la calle de los Artistas, con la Abuelita y Juan, con la señora Tita, y había venido de Sevilla la abuela María, la madre de Melchor, a pasar una temporada. Algunos banderilleros de la antigua cuadrilla de Melchor, como el Castillito y su mujer, se dejaban ver de vez en cuando en la calle de los Artistas.

Amapola no quería ir a vivir con su madre, pues pensaba que su padre saldría pronto y lo iba a visitar casi todos los días a la cárcel, a pesar de que estuvo en varias, y a ella todo aquello le parecía un mareo. Ella sabía que allí le trataban bien, que él había salvado también a muchos funcionarios, y le ponían colchón, almohada y, a veces, incluso una sábana. Luego quedaba con Matilde y le contaba que su padre estaba perdiendo los dientes, que se le movían unos cuantos y otros se le habían caído y los guardaba en un pañuelo. Matilde le había preguntado por qué él siempre sonreía. Amapola sabía que su padre tenía mucha fortaleza, pero no tanta, quizás no tanta. Quizás la guerra y la desesperanza iban a hacer mella de verdad en él.

Melchor le dijo un día a Amapola:

—Niña, que no vengas más a traerme comida, que venga la abuela María, que no quiero que veas más cárceles ya, ni que me veas así, que no estoy nada bien.

Y Amapola fue a Lavapiés a ver a Matilde con el puchero casi lleno, porque su padre no había probado bocado.

—Pues a mí, chica, ¡nos ha *merengao*! —exclamó Matilde, leyendo el periódico—. Éstos son peorcitos, que los nuestros mataban a los ricos... vale, pero éstos matan a los pobres.

—Dicen que éstos matan a todo el mundo.

—Ya... que están los cementerios llenos todos los días... Chica, pero no

hablemos de cosas tristes. ¿Qué tal tu padre?

—Pues eso, si no quieres que hablemos de cosas tristes...

—Pero ya ha *pasao* un año desde que lo detuvieron, Polita, si no lo han *matao* ya...

—Ya... Mira, mi padre ha escrito un poema y he *sacao* una copia en un papel, mira, ¿te lo leo?

—Claro, o si no vamos al cine o al teatro o nos compramos un merengue —bromeó—. ¡Ah, no! ¡Que no tenemos dinero ni para el agua de la lluvia! —Se rieron las dos.

—Romance de abril a abril —comenzó a recitar Amapola.

—Oye, no pongas esa cara de tontona, que pareces uno de esos poetas con barba. Como el Maestro Babilla, el del bar, ¿te acuerdas? —Matilde le imitaba a la perfección y las dos soltaron una carcajada.

Amapola continuó recitando en voz alta:

Por abril del treinta y nueve
en la cárcel me metieron
y en este abril del cuarenta,
doce meses llevo preso.
Delitos no he cometido,
mis delitos sólo fueron:
amparar al perseguido,
respetar el pensamiento
de los que eran enemigos
en propagandas y hechos...

Evitar que asesinaran
a muchos miles de presos,
convirtiéndome en su escudo
y dándoles mejor trato
que a mis propios compañeros.

Tener conmigo en familia,
y bajo mi propio techo,
más de cuarenta personas,
de derechas, de ambos sexos,
comprometiendo mi vida

y mi prestigio por ellos.

—¿Qué te parece, Matilde?

—Pues no sé, chica, algunos lo llaman el Ángel Traidor... El otro día unos tipos lo decían aquí al lado y yo les callé la boca contando lo que había hecho Melchor, pero nadie se lo cree... Dicen que se quedó con mucho dinero, que andáis *forraos* de pasta...

—Sí, pues ya ves tú... que no tenemos ni para comer... Bueno, lo que nos trae Joaquín, el de los Quintero. Y ahora que está papá en la cárcel, ya me dirás.

—¿Y por qué no vuelves con tu madre?

—Si vengo a verla.

—Que no, tonta, si digo a vivir con ella.

—No sé, ya me he acostumbrado a lo otro, con la Abuelita y Juan...

Amapola no hizo mucho caso a su padre y se acercó unos días después a verle, sin comida ni nada. Quería demostrarle que ella tomaba sus propias decisiones. Empezaba a estar harta de todo, del anarquismo, de las ideas. Quería pasar desapercibida y vivir una vida normal.

Cuando ella llegó, él estaba escribiendo su defensa para el juicio que probablemente le condenaría a muerte por algo que no había hecho.

—Amapola, te dije que no quería verte ni aquí ni en el juicio, que me desmorono si te veo.

—Papá, ya soy una mujer y quiero decidir. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me espere en casa hasta que me llamen para decirme que te han fusilado?

—Bueno, ya que has venido... Necesito que hagas una cosa. Quiero que copies unas hojas y las guardes por si todo va mal. Voy a defenderme yo mismo, pero quiero que tengas esas hojas, yo las mías las he de entregar en el juicio, son mi defensa.

—Claro, papá, ¿ves?, a lo mejor no te vengo tan mal.

—Sal fuera y di a los guardias que te dejen estar un rato más, que me tienes que ayudar a preparar el juicio, a ver si hay suerte...

Amapola habló con los guardias y le concedieron media hora más y porque era Melchor.

Se sentó y agarró el lápiz, ordenó las hojas y Melchor empezó a dictar mientras leía lo que ya tenía escrito. Iba corrigiéndose mientras hablaba y apuntaba cosas en sus hojas.

—A ver, hija, esto es importante, escribe, que no tenemos mucho tiempo: «El 8 de noviembre del treinta y seis y en virtud de que no había quien evitara las *sacas* de las cárceles, el presidente del Tribunal Supremo, por que el Gobierno en pleno abandonó Madrid el día antes, se lamentaba de que no hubiese una autoridad que fuera capaz de impedir aquellos crímenes; entonces el secretario del Colegio de Abogados, don Luis Zubillaga Olavide, pronunció mi nombre como único hombre capaz de parar aquellas matanzas; acto seguido me buscó y halló en el palacio de Viana a mi antiguo amigo y defensor Luis Zubillaga, y en su coche me llevó al Palacio de Justicia; allí acepté el comprometidísimo encargo y previa consulta con el ministro en Valencia, que fue por teléfono, el día 9 tomé posesión del cargo de inspector general de prisiones y aquel mismo día, sin el nombramiento aún, evité una *saca* en la Modelo de más de cuatrocientos presos que habían de ser sacados para... no volver. Esto y otras cosas hice por espacio de los días 9, 10, 11, 12, 13 y 14, día este en que, después de tres horas de violenta discusión con el ministro de Justicia, dimití del cargo por la noche. Volvieron las *sacas* el 16 o 18 hasta el día 4 de diciembre en que regresé a Valencia a donde fui llamado por el ministro, quien, después de darme explicaciones, me nombró delegado especial de prisiones con atribuciones de director general en la zona de Madrid y Alcalá de Henares». Amapolita escribe también —le pidió—, date prisa: «Posteriormente fue ampliado mi mando a la prisión de Guadalajara. Yo quería hacerme cargo, como director general, de todas las prisiones de la España gubernamental para responder de las vidas de todos los presos, pero el ministro sólo me dio atribuciones para Madrid y Alcalá de Henares, los sitios más peligrosos y con más presos de la zona republicana. El día 5 por la mañana me hice cargo del mando de las prisiones de Porlier, San Antón, Ventas y Duque de Sesto, y de las mujeres de San Rafael y de Quiñones, más la de Alcalá de Henares. Acto seguido, dicté severísimas disposiciones en el sentido de garantizar la vida de los presos a mi custodia, más de doce mil trescientos, quedando cortadas desde aquel mismo día las *sacas* que ya estaban preparadas para dicho día 5 y

sucesivos... Sería interminable dar detalles de la actividad que desarrollé, los disgustos que afronté y las veces que expuse mi vida por salvar la de los millares de hombres encarcelados en las cárceles de mi jurisdicción: más de veinte mil... bueno, ¿dónde está lo de Valencia?... Sí, a estos veinte mil hay que añadir los... pon diez mil... que había en las prisiones de Valencia, Castellón y Alicante, en las cuales se cortaron las *sacas* gracias a mi enérgica actitud ante el ministro de Justicia en Valencia, con motivo de una *saca* de doce presos de una cárcel de la capital en la madrugada del 31 del mes de diciembre de 1936, sin que el Gobierno ni ninguna autoridad allí residente hicieran nada por evitar o cortar estos crímenes. Esto sucedía en Levante un mes después de haber, no... pon de yo haber cortado de raíz estas barbaridades en las prisiones de Madrid y Alcalá de Henares».

—Espera, papá, que vas muy rápido.

—Amapolita, lo que no te dé tiempo lo rellenas en casa, pero venga, escribe... Sigo: «Puedo, y de ello me siento orgulloso, decir que por estar rigurosamente controlada por mí la estancia y salida de las prisiones, de todos los reclusos a mi cargo, ni uno solo me fue arrebatado para eliminarlo, a pesar de la multitud de veces que lo intentaron por toda clase de procedimientos imaginables. En varias ocasiones trataron de eliminar el obstáculo que se oponía a que continuasen realizándose las *sacas* de presos, y ese obstáculo era yo... Gracias a mí viven más de treinta mil presos y todos los que después fueron poblando las prisiones de Centro, ya que yo marqué el camino a seguir y las *sacas* no volvieron a repetirse». Ya, hasta ahí.

—Papá, pero ¿por qué no cuentas lo de la gente que tuvimos en casa? ¿O las monjitas de San Bernardo?

—Sí, eso también... venga... Hasta que llamen vamos a hacer memoria.

Melchor y Amapola apuntaron a toda la gente que ellos recordaron que había pasado por el palacete. Incluso se rieron de algunas situaciones. Era lo mejor que sabían hacer. Amapola se encontraba bien en la cárcel, era como una segunda casa en la que se movía como en la corrala de Lavapiés.

EL JUICIO

Amapola había intentado no mirar el hueco que le habían dejado a su padre los dientes caídos. Las últimas semanas no fueron las mejores. Aquella cárcel no era como las de antes de la guerra, era la antesala de la muerte. Ella, gracias a que conocía a la mitad de los funcionarios de prisiones, podía ver a su padre todas las semanas y llevarle comida más o menos caliente.

Él trataba de ocultarle que en las últimas semanas le habían regado el suelo por las noches y le habían quitado la cama para que confesara sus crímenes, o delatara a algún compañero. Pero desde hacía dos días un funcionario de la vieja escuela, de los que había salvado Melchor, había dado orden de llevarle un viejo colchón, una sábana y una manta, algo insólito para un preso rojo.

Ya no era el Decano. Algunos de sus propios compañeros escupían y le miraban amenazantes, susurrándole fascista cuando pasaba por su lado. Se habían creído los cuentos de los comunistas. Pero los más viejos, los sindicalistas de toda la vida, les mandaban callar y se interponían demostrando que Melchor era intocable. A más de uno le hubiese gustado darle un golpe de punzón en el estómago una de aquellas noches, pero nadie se atrevió, pues también sabían del carácter y la fuerza del sevillano, aunque pareciera moribundo.

Con él los interrogadores no fueron tan duros como con aquellos que gritaban en otros cuartos oscuros, de donde algunos salían a rastras, sangrando, desfallecidos y con la mirada perdida. A él le respetaban. Aunque fuera un rojo malnacido, había salvado a muchos. Aquellos que prometieron

la paz sólo habían traído la venganza desnuda y el plomo rebotando contra los muros del cementerio de la Almudena, cuyos ecos llegaban hasta las cárceles, callando las voces y entrecortando las respiraciones.

Amapola había asistido al primer consejo de guerra, que había sido una pantomima. Acusaban a su padre de haber secuestrado a golpe de pistola a los hermanos Gómez Amezua, irónicamente en las mismas fechas en las que Melchor estaba en Francia pasando a Carlos Mendoza y a su mujer por la frontera, en agosto del treinta y seis. Ni siquiera conoció a esos hermanos, pero al criado de la familia, Delfín de la Flor, sí. A él y al otro que utilizaban de testigo de los hechos los había visto Amapolita entrar en el palacio del marqués de Viana a buscar papeles y salvoconductos.

Esperaban el segundo consejo de guerra, que iba a ser el definitivo. El Gobierno no quería demostrar debilidad y la orden era no dejar libre, o vivo, a ningún rojo que hubiera tenido cargos de importancia. El tribunal militar adelantó las fechas y cerraron el sumario en privado para que Melchor no tuviera tiempo de defenderse adecuadamente.

Amapola sabía que debía ir, aunque su padre se lo hubiera prohibido; al menos, si lo iban a matar, lo vería por última vez. De paso, la niña, que ya no era tan niña, telefoneó a todo el que pudo para avisar de que ese 11 de mayo de 1940 iba a ser el día clave.

El circo comenzó. Como jefe de pista se situó uno de los antiguos presos que había salvado Melchor en la guerra, el fiscal Leopoldo Huidobro Pardo, que demostraba no tener memoria para cosas de rojos. En la pista central del juzgado apareció Melchor cargado de papeles, de cartas, todo lo que había podido recolectar en dos días. Cartas y testimonios que le avalaban y respondían de la labor humanitaria que había llevado a cabo durante la guerra.

Durante varios minutos, Amapolita y Matilde, camufladas entre la multitud para que nadie las viera, escucharon atónitas la retahíla de acusaciones. Huidobro y Pérez de la Osa se ensañaron dialécticamente con Melchor para demostrar que no había restos de humanidad en ningún rojo y que aquellas historias que se habían contado sobre el anarquista no eran más que mitos y leyendas.

—¿Es usted Melchor? —preguntó, casi susurrando, algo nervioso, un

jovencito vestido de militar que permanecía sentado a su derecha.

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

—Soy su abogado.

—¿Tú? Pero si eres un niño.

—Si es que no me han dado el sumario, ningún documento, ni me han dejado preparar el juicio. No sé qué podemos hacer...

—Pues intentarlo, ¡qué narices...! Niño, tú déjame hacer a mí.

Melchor le iba pasando documentos al abogado para que supiera, al menos, qué tenía entre manos mientras se desarrollaba el espectáculo.

—Tiene cara de *alelao* —le susurró Matilde a Amapolita—. Yo creo que esto ya está *arreglao*.

Como en una escena teatral, apareció la madre de los hermanos que supuestamente había secuestrado Melchor. Sin decir nada, la mirada trabajada del fiscal, compungido, hizo que todos los asistentes suspirasen en silencio, siguiendo los pasos de la señora, imaginando lo que estaría pasando por la cabeza de aquella pobre mujer a cuyos hijos habían *paseado* los malditos rojos.

Los testigos, el criado de la familia Gómez Amezua y otro personaje que decía ser tabernero, iban entrando en contradicciones constantes. Estaban nerviosos. Sin duda la amenaza y las promesas de rebaja en su condena les hacían mella. Uno de ellos, el tabernero, ni siquiera acertó a reconocer a Melchor y afirmó, después de acusarle, que le conoció un año después cuando visitó el palacio del marqués de Viana para pedir la intervención de Melchor y los Libertos en favor de un hijo suyo detenido en una checa. El público asistente rompió a reír cuando no fue capaz de adivinar quién era Melchor, entre todos los hombres que había en la sala. Huidobro, ante la cómica escena, tuvo que volver a llamar al orden, amenazando con desalojar la sala si no se respetaba al tribunal.

El abogado de Melchor no paraba de sudar, sin duda no habían elegido al más listo de la clase. Bebía agua constantemente e intentaba entender la figura de aquel rojo del que tanta gente importante hablaba bien en aquellas cartas y en aquellos documentos. Aliviado, aprovechó el descanso para evacuar toda el agua que llevaba acumulada.

—Tú sabes lo que están haciendo, ¿no? —susurró un hombre de unos

cincuenta, algo demacrado, que parecía mirar al inodoro de pared, meando como cualquiera en el servicio de los juzgados. El abogado de Melchor miró a los lados y se asustó un poco al ver que estaban los dos solos.

—¿Quién es usted?

—Eso es lo de menos, niño, lo que importa es lo que te voy a contar, para que se lo relates al juez, así en privado, como quien no quiere la cosa. Le dices que hay un chanchullo con ese tal Delfín y con el tabernero, que son dos mariposones, que deben de tener algún amigo en las altas esferas... algún otro mariposón que no quiere que se tire de la manta. Que investigue quién hay detrás de todo esto... A ver si van a tener que dar explicaciones al mismísimo cabrón de Franco de haberse cargado a Melchor.

El chaval no pudo echar ni una gota más, apartó la vista un segundo, intentando recuperar la relajación, pero en un instante aquel tipo había desaparecido y un ujier vino a avisarle de que volvían a la carga.

En ese instante el chaval supo por qué le habían elegido y se sintió idiota. Dejó de sudar, se miró al espejo, se lavó la cara varias veces y se dio unas bofetadas. Para eso había estudiado, no para que le utilizaran como a un títere, sino para hacer justicia, aunque fuera con aquellos rojos. Se colocó la guerrera y entró de nuevo en la sala, sorteando la mirada displicente y algo socarrona de muchos de los señores trajeados que esperaban la pena capital en las primeras filas. Pidió la venia al tribunal, se acercó y le susurró algo al oído al juez Marcí. Éste le miró unos segundos y le ordenó que se sentara.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Melchor.

—Nada, que a lo mejor no está todo perdido.

Varios testimonios jurados situaron a Melchor en Francia, tal y como había afirmado, justo en aquellas fechas, y los continuos errores en los testigos de la acusación siguieron propagando los murmullos de la sala.

Huidobro, el fiscal, se empeñó en resaltar las cualidades humanas de Delfín de la Flor y arremetió contra las acciones criminales de Melchor, incluso le acusó de haber matado a Salazar Alonso, antiguo ministro republicano al que el Ángel había salvado del *paseo*, llevándole en el maletero del coche hasta los tribunales de justicia. Melchor lo había librado de la muerte entonces, pero no pudo evitar que lo fusilaran después por su,

ciertamente dudosa, participación en el golpe de Estado militar. Huidobro afirmaba que, como Sandoval y el cine Europa, el palacio del marqués de Viana no había sido más que otra checa donde se mataba sin mucho miramiento. Así, pidió insistentemente la pena de muerte para el acusado y la conmutación de los doce años y un día que le habían caído a Delfín de la Flor.

Mientras, los papeles y carpetas iban llegando al abogado de Melchor desde manos anónimas, e intentaba rebatir con ellos las falsedades de la acusación. Todo estaba visto para sentencia, pero Melchor pidió la última palabra: —Lamento, señora Gómez Amezua, lo que les sucedió a sus hijos. Espero que hayan encontrado la paz donde quiera que estén. Pero yo no tuve el gusto de conocerlos, ni de tratarlos, ni mucho menos de provocarles ningún mal; aún más, usted sabe que si hubiera podido evitar su muerte, lo habría hecho, como así lo hice con todo el que me encontré en el camino. De verdad que siento su pérdida, pero no creo que condenar a un inocente les vaya a devolver la vida. Usted, como yo, ha sufrido lo indecible en esta maldita guerra, y la muerte de un hijo no se la deseo a nadie. Siento su pena como mía. Señores del tribunal, me pueden acusar de salvar vidas, de enfrentarme a la muerte para salvar a los presos, mis enemigos; de jugarme la vida y de sobrevivir a diecinueve atentados durante la guerra, que a veces ni yo mismo sé cómo salí caminando de alguno de ellos. Me pueden acusar de ser anarquista. Lo soy y lo seguiré siendo hasta que muera, ya sea por muerte natural o por sus tribunales. Lo que hice en la guerra lo hice por responder a mis principios libertarios. Pero nunca me podrá acusar nadie de ser indigno, de haber cometido un solo crimen, de tener las manos manchadas de sangre. Si lo que quieren es demostrar que todos los rojos somos malos, bien, ustedes mismos. Creo que en los dos lados ha habido gente que no merecía los ideales que decía sustentar. Pero allá ustedes con su conciencia si condenan a alguien sabiendo a ciencia cierta que es inocente. Muchas gracias.

Se produjo un silencio en toda la sala. Hasta Huidobro pareció suspirar y se mordió el labio inferior con la mirada perdida. La madre de los Gómez Amezua comenzó a llorar, contenida, y salió del juicio ayudada por dos tipos que seguían teniendo la gabardina puesta. La suerte estaba echada.

Después del silencio, comenzó un gran murmullo de todos los que asistían apretados al juicio. Nadie lo podía creer. El presidente del tribunal, García Marcí, dio unos golpes con el martillo sobre la base de madera y pidió silencio en la sala. Acto seguido, dijo unas palabras rutinarias: —¿Alguien tiene algo que alegar en favor del acusado?

Volvieron los pequeños corrillos. Los que tenían algo que decir, los amigos de Melchor, no lo podían hacer, pues preferían seguir en el anonimato, no fuera que alguien les quisiera preguntar por su pasado anarquista. Y todos se miraban y suspiraban.

—¡Yo!

Un hombre, impecablemente vestido, se levantó en la tercera fila y se abrió paso hacia el pasillo central. Había estado todo el juicio, durante las ya más de cinco horas que se había alargado, firme en su asiento, callado, con la mirada fija y sujetando una carpeta.

—¿Y quién es ése? —preguntó Matilde a Amapolita, que apenas veía porque todos se habían puesto en pie para ver quién era aquel hombre.

—No sé, Mati, no lo veo.

—Soy Agustín Muñoz Grandes, general del Ejército español y exsecretario general de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de España. Sólo vengo a agradecer a este hombre el haberme salvado la vida, poniendo en juego la suya, cuando tuve la desgracia de caer preso. He venido a defender la verdad. Aquí traigo varios pliegos con más de dos mil firmas que avalan la figura de Melchor Rodríguez, y si eso no es suficiente, puedo conseguir dos mil más, y si ésas no fueran suficientes, podría conseguir otras dos mil. Creo, además, que algunos miembros de este tribunal han debido de perder la memoria y se han olvidado de que deben su vida a este hombre. Espero que, al menos, no hayan olvidado el honor, sin eso un hombre no es nada, y seamos todos fieles defensores de la verdad, que para eso hemos ganado esta guerra.

Varios miembros del tribunal, incluido el iracundo fiscal Huidobro, tuvieron que afirmar, algunos con algo de vergüenza.

Muñoz Grandes los miró a los ojos unos instantes, les entregó los pliegos de firmas y salió de la sala con el trabajo hecho. Él sí tenía memoria, él sí recordaba aquel día en la cárcel de Alcalá de Henares.

Agustín Muñoz Grandes había tenido dudas desde el principio. No formó parte de la sublevación del treinta y seis, nadie pareció avisarle del levantamiento y siguió en Madrid el 18 de julio, aunque intentó huir a la zona rebelde. Fue apresado y condenado a nueve años de cárcel. Los generales republicanos Miaja y Rojo consiguieron su indulto y que aceptara hacerse cargo del Ejército de Valencia en el treinta y siete. Muñoz Grandes mentiría, aceptando el encargo, pero en el trayecto se pasaría al otro bando, participando en la toma de Santander y luego en la de Cataluña. Siempre le gustaron los alemanes, los nazis, desde el principio, y poco después del juicio de Melchor comandó la División Azul que lucharía en Rusia a las órdenes de Hitler contra el comunismo.

Los miembros del tribunal se marcharon a deliberar sabiendo que aquel rojo tenía demasiados amigos importantes, no podían tomar una decisión sin revisar aquellas firmas que había reunido el general y sin consultar, incluso, al mismísimo general Franco. Nadie quería responsabilizarse. Aquel asunto de Delfín de la Flor ya no había por dónde cogerlo y olía demasiado mal. Semanas después, decidieron rebajar la pena de muerte a veinte años y un día, pero a Melchor no se lo comunicaron hasta febrero del cuarenta y uno, para hacer más lenta su tortura. Mientras, el anarquista continuó en su celda de Díaz Porlier viendo cómo sus amigos iban siendo fusilados, esperando su propia muerte cada amanecer.

LA ABUELITA

—Mira, hija, sé que no lo he hecho muy bien... ¿Has comido?... Tu padre ha sido condenado a muerte y no podemos hacer nada, esperar, esperar.

La madre de Amapolita, Paca, era de esas madres raras. Como mujer era increíble, pero como madre le faltaban cosas. Pero lo que sí sabía bien Paca es que a su Amapolita la quería por encima de todo. El matrimonio se había separado durante la guerra y ella había aguantado todo, todo, menos que la tomara por tonta con alguna aventura que tuvo Melchor, pues algunas iban buscando protección en tiempos difíciles... y Melchor no era de piedra. Y en tiempos de guerra ya se sabe, que la gente pensaba que podía morir al día siguiente. La gente confundía eso del amor libre, pero el amor libre no era irse con cualquiera, sino poder elegir a cualquiera para darle tu amor, sin curas ni jueces. Ella nunca amó a nadie más que a Melchor, a ningún hombre. Además, los hombres no daban más que problemas. Quería poder gritar al mundo que ella había dejado todo por él y él había elegido la política en vez de a ella. Así que prefería vivir sola y esperar a que su hija entrase en razón y volviese a su auténtica casa.

—Amapola, tú te vienes conmigo y sanseacabó, te vienes aquí a la corrala, como siempre, y nos las arreglamos. ¿Qué vas a hacer cuando la Abuelita se vaya con sus hijos? La abuela María ya sabes que tampoco está para muchos trotos y tiene a sus hijos también que se pueden hacer cargo de ella. Amapola, que ya es hora de que podamos vivir en paz tú y yo, empezar de cero, como madre e hija.

—No sé, mamá, no sé...

—Bueno, tú piénsalo, hija, sólo te pido eso.

Amapola se demoraba paseando, quería ver cómo había cambiado Madrid. La guerra había terminado hacía ya tiempo y todo el mundo hablaba de Hitler, parecía que nadie le podía parar. De vez en cuando venía alguna carta de su padre, en verso, desde la cárcel, pero Amapola no quería leerlas. Nadie quería preguntar, pero todos sabían lo que estaba pasando en los muros de los cementerios. De vez en cuando se oía que un grupo de falangistas cogía a algún borracho y le pegaban una paliza en algún callejón, «por rojo», y todos tenían miedo a quedarse solos en ciertas calles y a ciertas horas.

Una mañana, Amapola conoció a los hijos de la Abuelita, bueno, a uno de ellos. Era un tipo que había llegado a la casa después de mucho trajín, de muchos tumbos aquí y allá. Había sido depurado y por fin podía volver a su pueblo. Ni siquiera sabía si iba a encontrar a su madre viva y se emocionaron mucho Juan y la Abuelita, que no querían irse así sin más y dijeron a su hijo que se esperara.

—¿Tú te quieres venir con nosotros? —le preguntó la Abuelita—. Ya sabes que no tienes que pensarlo mucho, te vienes para el pueblo y donde comen dos, comen tres. Ahora que yo... estando tu madre...

—No sé qué hacer, Abuelita, si yo sé que tengo que hacer lo que tengo que hacer, pero es que yo quiero estar con mi padre.

—Ya, pero tu padre está en el penal de El Puerto de Santa María, y de allí ya sabes cómo salen, que no quiero ser agorera, pero hay que prepararse.

—¿Te puedo pedir una cosa? —preguntó Amapola, cambiando de tema.

—A ver, suelta.

—Me cantas esa canción que me cantabas durante la guerra, esa de Lavapiés... Me siento muy rara, como si ya fuera una mujer y no quisiera enfrentarme a ello —dijo Amapola, tras escuchar la canción.

—Claro. Es que ser mujer no es nada fácil, ¿qué te crees? Y eso que todavía no tienes hijos... Mira, ve con tu madre, os reconciliáis lo que tengáis que reconciliar, te buscas un noviete que sea trabajador y bueno, y que te quiera, y que no le guste mucho la política, eso también. —Las dos rieron sabiendo por qué lo decía—. Y luego tienes un par de críos y ya está. Eso es la vida. Y así, un día, te mirarás al espejo y serás una abuela. No es tan malo,

coña, que siempre parece que tenemos que apagar un incendio para ser felices.

La despedida fue corta, como deben ser esas cosas. La Abuelita y Juan se fueron a la estación y Amapola no fue a despedirlos, que no quería morirse de pena. La veía radiante con sus hijos, los dos, enteros, después de tantas penurias. Y volverían al pueblo a seguir con sus vidas. Amapola se quedó sola en la casa de Celedonio, con la extraña alegría de saber, por una vez, lo que no quería. Y lo que no quería era quedarse allí, sola. Su vida volvía a empezar de nuevo en la corrala de Lavapiés, con su madre. Sentía ganas de crecer y alejarse de la guerra que tanto la había hecho sufrir, tantos amigos muertos, tanto odio, tanta gente que les había traicionado... y tantos años perdidos que debía recuperar.

ANTONIO

Amapola, ya en la corrala de Lavapiés con su madre, había conseguido un trabajo mal pagado, pero prometedor, cosiendo para la señora Tita. La modista lo había pasado mal los primeros meses, pero poco a poco fue adornando su historia de «perseguida por los rojos» y la llenó de heroicidades y aventuras varias. Unas historias que servían de mucho ante los oídos ávidos de cotilleos de las nuevas ricas, cuyos maridos controlaban ya todo el país. Más que el dinero le importaba el estatus social y a ello se dedicaba con pasión.

Tita había cambiado. Ya no era cobarde, ni interesada, ahora era una cincuentona que sabía qué teclas debía tocar para conseguir ascender a la alta sociedad. Amapola le entregaba lo que cosía en un pisito de la calle Atocha, que pronto se quedó pequeño y Tita hubo de alquilar un local más grande en la calle Carretas.

Matilde había encontrado un trabajo repartiendo periódicos por los quioscos. Los cogía en fardos y los cargaba como si tal cosa. Se dejaba la espalda cada día, pero eso era mucho mejor que no tener nada. Y las dos, Amapola y ella, se juntaban a media tarde para charlar sobre las cosas del día y luego venían las demás y hablaban y se reían de su propia pobreza. Había un chico que le rondaba a Matilde y ella no paraba de hablar de él y todas reían cuando explicaba de esa manera suya, tan castiza, lo reguapo que era. Todas querían encontrar un amor como el de ella, alguien honrado que les dijera las cosas que el reguapo le decía a Matilde.

Ya se habían echado un par de miradas alguna vez Amapola y Antonio. Él y su hermano eran cordobeses, guapos como ellos solos. Morenos, altos, serios, con ese porte que tienen los de Pozoblanco, «que parecen dandis», eso decía Matilde. Amapola no se lo había contado a nadie, pero Antonio la miraba y a ella le hacía tilín. Amapola quería un amor de verdad, aunque se acordaba de su David, siempre se acordaba de su David. De Josito, el miliciano, no volvió a saber nada, ya que cuando acabó la guerra se fue con su familia fuera de Madrid. No había sido más que un juego para olvidar los desamores del bailarín judío. Y a ella le gustaban los hombres, hombres, y Josito no era más que un chiquillo.

Antonio se había acercado y habían hablado camino de casa. Él era pintor de brocha gorda y estaba examinándose para conductor del metro. Hacía tiempo que quería montar una cuadrilla de pintores con su hermano. Amapola tenía uno de esos cuerpos que tiran para atrás, como siempre había estado bailando, y los chicos la miraban por ese estilo que tienen las guapas al caminar.

Las cosas se iban colocando en su sitio y pensó que los primeros amores son los que más duelen, pero que tienen un olor tan bonito que nunca se pueden olvidar, como las flores silvestres que nacen donde quieren, flores rojas, llenas de vida y futuro. Amapolas libres para enfrentarse a la primavera tantas veces como hiciera falta.

Esperó a que Antonio fuese a cobrar la paga. Él la vio al otro lado de la calle haciéndose la interesante y se sonrieron. Amapola se acercó y le reprochó que si nunca le iba a decir lo que tenía que decirle, él tragó saliva y aseguró que le gustaba mucho y le pidió si quería tomarse con él un refresco. Y así lo hicieron, pasaron a la vista de todos, sin secretos. Ella bailó para él y le contó muchas cosas, y él, que era un poco tímido, parecía no creer lo que le estaba pasando.

LAVAPIÉS

—Chica, este año vuelven los *juraos* a las corralas y van a dar un premio a la mejor —les anunció Matilde a todas.

—Pero ¿cuál es el premio?

—Y qué más da —respondió Matilde—. ¿Tú has *ganao* algo en tu vida?

Seguro que iba a ser muy bonito, todas las vecinas haciendo cadenetas y guirnaldas y pintando cartones para conseguir la mejor corrala, como en los viejos tiempos. A Paca, además, se le había ocurrido hacer chiribiquis y venderlos en la calle, para sacarse unos cuartos.

Antonio y Amapola ya estaban por formalizar su relación. Antonio había hablado con Paca para pedirle su aprobación y ella a regañadientes había dicho que sí. Pero ese cordobés le daba un olfatillo de mujeriego que para qué, que más vale un hombre menos guapo, que a los guapos los miran todas y tienen donde apuntar. Más vale feo y de una, que guapo y de todas. Así que estaba con la mosca detrás de la oreja.

Todas las chicas estuvieron trabajando para las fiestas, querían ganar el concurso del patio, aunque no fuera más que por orgullo. Los jueces sabían que aquel barrio de Lavapiés era territorio apache, que la mitad de los hombres estaban en la cárcel, exiliados o fusilados, y que debían mirar sólo las cadenetas y los dibujos. Además, las guirnaldas eran todas rojas y negras, los colores de la FET y de las JONS, pero, puestas en vertical, parecían de la CNT.

Las cosas fueron muy rápido aquel mes. Entre recortes y pinturas pasaban las tardes y Amapola ya salía casi todos los días a dar un paseo con

Antonio sin acordarse ya de David, que no se merecía ni uno de sus pensamientos.

Antonio vivía en una pensión cerca de la Corredera Alta. Con tan buena planta, había sido guardia de asalto, pero ahora, como había luchado por la República, es cierto que sin ningún entusiasmo, no podía seguir en la policía y tenía que buscarse la vida. Por eso lo de ser pintor. De todas formas, Paca estuvo haciendo sus averiguaciones y no le gustaba lo que a veces oía de sus líos de faldas, que ya se sabe de los guapos. Y no quería que su hija sufriera las desilusiones que siempre sufren las mujeres, así que fue a hablar con él cerca de la pensión.

—¿Y tú con esta de la pensión qué tienes? —preguntó Paca, observando la habitación de Antonio.

—¿Con doña Magdalena...? ¿Yo?

—Sí, no te hagas el tonto, que he visto cómo te plancha las camisas, que tanto mimo ni para los reyes.

—No sé —contestó Antonio—. No sé, como a todos.

—Que yo no me chupo el dedo... Mira, Antonio, mi hija y tú lleváis ya unos meses de paseos y yo creo que tienes que formalizar la relación. Os casáis y te vienes a vivir con nosotras y así juntamos lo que ganamos los tres.

—¿Casarme? ¿Yo? —pensó en voz alta Antonio.

—Sí, tú. ¿Tú quieres a Amapola?

—Sí, claro... yo la quiero.

—Te casas o sanseacabó todo esto, y dejas esta pensión y tus líos con doña Magdalena.

—Pero si yo no...

—Ya, por eso, porque tú no, pues así lo evitamos.

Si Amapola lo había elegido, pues ése sería. Por lo menos era trabajador y daba gusto verle cuando se arreglaba un poco. Y Paca ya había preguntado al señor Ambrosio, el que le encargaba los trabajos de pintura, que si era serio. Él le había dicho que siempre cumplía. «Pero —pensó Paca— si me lo traigo para casa, pues a lo mejor se le quitan las ganas, que un hombre soltero tiene muchas horas para pensar en faldas y enaguas».

Al día siguiente, Antonio se acicaló todo lo que pudo y se quitó bien con agua toda la pintura de las uñas y de las manos. Incluso se peinó con gomina

y se puso un pañuelo en el cuello. Las mujeres se paraban a mirarle, con aquel traje de chaqueta de los domingos que le sentaba tan bien. Esperó en la escalera a que la señora Magdalena no le viera para que no le preguntara y salió corriendo. Amapola le esperaba en los jardines del Palacio Real, donde jugaban los niños; estaba aquel día muy guapa. Los dos se sorprendieron viéndose tan arreglados y dieron un paseo.

—Amapola —dijo Antonio, mirando al cielo—, ¿tú me quieres?

—Claro, Antonio, claro, que yo no quiero estar por estar...

—Pero querer de verdad, digo.

—Claro, de verdad de la buena. ¿Qué mosca te ha picado, que vienes tan guapo y tan nervioso?

—Pues... que si te quieres casar conmigo.

—Hijo, cómo eres, y luego dicen que los andaluces tienen gracia.

—Que me cuesta sacar las palabras, Amapola, pero tú sabes lo que te quiero decir.

—Ya, hijo, podrías haber preparado un poema y una canción, y unos músicos tocando.

—Bueno...

—Vale, que sí...

—¿Cómo que sí?

—Sí, y ya, que pareces un loro. Sí, que sí, que nos casamos y ya está, sin poemas, pero prométeme ponerte tan guapo de vez en cuando para que yo te vea, ¿vale? Me da pena que no esté mi padre.

—Ya, es una pena, todavía no lo conozco.

—Todavía le quedan unos años, pero se lo diré por carta. Espero que no ponga pegas.

—¿Cómo está?

—¿Mi padre? Ya sabes, viendo cómo matan a todos sus compañeros. Como las cartas las leen antes de enviarlas, me las escribe en verso y así él me cuela las cosas que quiere decir.

—Debe de ser un hombre...

—Excepcional, sí, lo es... aunque... ¿Sabes que estuvimos a punto de irnos a Francia...? Si llego a saber todo esto que está pasando...

—Bueno, pero a lo mejor no nos hubiéramos conocido tú y yo.

—Ya, pero hubiera conocido a un poeta francés lleno de palabras y poemas y canciones.

—En Francia está Hitler.

—Ya... En Francia estaríamos peor aún, no sé... ¿Tú no te meterás en política?

—Yo no entiendo, yo de eso no entiendo mucho... Hombre, yo tiro para lo que tiro, pero es que no me queda claro...

—Ni a mí, pero tú deja la política en paz, que no sirve nada más que para no tener familia y estar todo el día en la cárcel, para que luego nadie te lo agradezca.

Después del paseo, Amapola fue corriendo a avisar a Matilde y a las demás para contarles que se casaba.

El patio de la corralla estaba lleno de cajas. Todo estaba preparado. Antes los jurados daban algo de dinero como premio, pero ahora creían que repartirían harina y legumbres para los ganadores. Las cadenetas estaban hechas con cola y con papel y varios vecinos con escaleras las habían subido a lo más alto, enlazándolas unas con otras.

Paco, el organillero, vivía en una de las buhardillas de la corralla, así que había dicho que cuando viniera el jurado estaría tocando en este patio y que no iría a los otros. La música a veces llena el sentido de la vista y hace que aparezcan las cosas que faltan.

La madre de Matilde se había ido al campo con las otras madres y cogieron, cerca de Carabanchel, unas flores que aguantarían. No eran muy bonitas, pero bien arregladas podían dar el pego puestas en las rejas.

Antonio, que era muy mañoso con la brocha, hizo unas decoraciones de San Cayetano y San Damián, que parecía que estaban allí mismo, como cuadros del Museo del Prado. Incluso hubo quien dijo que debían quedarse allí todo el año, no sólo para el concurso. También se iban a preparar tejeringos para comer, con más aire que masa; los hacía don Miguel, el churrero, y había encargado a los chicos que cogieran juncos del río para poder ensartarlos y ofrecérselos al jurado. En aquellos años de miseria, los tejeringos eran de los pocos lujos que podían tomarse de vez en cuando en

Lavapiés.

A Amapola se le ocurrió que como postre harían un concurso de chotis. Y para ello tuvo que emplear varias tardes en enseñar a las mujeres a moverse. Un par de chicos trajeron unas baldosas para los hombres, nadie preguntó de dónde venían, de alguna obra, de Ciudad Universitaria, o de donde fuera, el caso es que eran rojos, muy bonitos, y así los chavales podían subirse a la baldosa mientras las mujeres se movían a pleno chotis.

Todo estaba preparado, sólo faltaba la traca final: un globo de papel. Un globo que el aire caliente subiera para arriba. Fue una idea de Antonio y de su hermano Manolo que todos aplaudieron. Una noche construyeron uno que parecía el definitivo y una de las vecinas comentó que eso no iba a subir, que pesaría mucho. Antonio se enfadó y habló con su hermano para hacer la prueba aquella misma noche. A las diez se habían juntado todos los vecinos y aquello parecía una feria de abril. Antonio y su hermano se pusieron en el centro con el mechero y la mecha en la mano. Y entonces Antonio hizo lo que nadie se esperaba: sacó de su pantalón un papel doblado y leyó un poema. Una vez terminado el poema, Manolo prendió la mecha. Todos contuvieron el aliento durante varios segundos. El artefacto se tambaleó y se elevó unos centímetros de un lado y luego del otro. La vecina que dijo que no iba a subir empezó con el «ya lo decía yo» y otras le dababan la razón, pero de repente, cuando ya casi parecía que no iba a poder remontar, se alzó lentamente y salió desde el patio hacia el cielo, para pasmo de todos. Fue algo mágico, como si conseguir que ese trozo de papel volase permitiera volver a soñar. Como si la guerra se les hubiera olvidado por fin y todo pudiera volver a empezar. Lo miraron y a varios se les cayeron las lágrimas.

Amapola y Antonio se abrazaron viendo los restos de luz del globo de papel y se miraron a los ojos. Aquella sensación fue maravillosa y pensaron que habían acertado el uno con el otro.

Al día siguiente era el concurso y todo funcionó como lo habían previsto: el chotis, los tejeringos, el organillo, las explicaciones de Matilde sobre los colores de las guirnaldas, la sangría hecha con más ganas que vino y la sorpresa final del invento de los hermanos cordobeses. Los jueces se fueron sin decir nada, pero todos sabían que se habían sorprendido. El ganador lo

anunciarían a las once de la noche y harían la entrega del premio en la plaza de Cabestreros. Allí fueron. Las personas del jurado, en su mayoría mujeres falangistas, estuvieron deliberando un rato y al final dijeron el nombre del ganador. Todos esperaban conteniendo el aliento y, cuando dijeron su nombre, el patio de Amapola, el número 25 de la calle del Amparo, todos saltaron y gritaron. Paca y la madre de Matilde subieron al pequeño escenario para que les dieran el diploma y las dos cajas con harina y legumbres y regresaron decididos a agotar la madrugada en una juerga.

En plena fiesta, un par de horas después, entraron unos policías secretas preguntando por un vecino, el hermano del tío Paco, el organillero. Subieron corriendo al piso y abrieron la puerta a patadas. Todos callaron. Lo sacaron a golpes gritándole: «Venga, rojo de mierda, que te vamos a sacar la información a hostias». Uno de los policías, cuando salían por la puerta, volvió a la fiesta, miró el patio, encendió un cigarrillo y se acercó a donde estaban todos petrificados y en silencio.

—Vosotros, los rojos, es que no aprendéis, ¡que aquí no hay fiestas para vosotros, coño! —dijo el policía—. Hasta que no quede ni uno, no va a haber fiesta en España.

—¿Qué le van a hacer? —se atrevió a preguntar Matilde.

—¿Quieres venir con él? —contestó el miserable—. Sí, vente y te lo cuento de camino, o en los sótanos, que allí una chica como tú siempre se lo pasa bien.

Matilde bajó la cabeza, su madre se interpuso entre ella y los policías, y ya nadie se atrevió a preguntar. Ninguno más quiso mirarse a los ojos. Alguien, alguna de las mujeres, acarició al tío Paco y le sacó una copita de anís mientras las vecinas recogían todas las guirnaldas y las tiraban a unas cajas. Paca miró la harina y las legumbres y se sintió más miserable y pobre que nunca. Nadie habló más. La fiesta había terminado como siempre y la guerra volvió, como si el globo de Antonio nunca hubiera subido, nunca hubiera surcado los cielos de Lavapiés derrotando las leyes de la imaginación.

Aquella noche fue una de las más amargas que se recordaron en Amparo, 25, porque el hermano del tío Paco nunca volvió, desapareció y nadie supo más de él. Nadie. Y el tío Paco, el organillero, ya no tocó nunca

más *Madrid, Madrid, Madrid* en el patio. Lo tocaba enfrente de Gobernación, por si su hermano estaba en los calabozos, para que lo oyera, todos los días, a las doce de la mañana.

MAGDALENA

Amapola estaba feliz. El traje, modesto, se lo había cosido ella misma con una tela que le había regalado la señora Tita y estaba la mar de guapa, eso decían todas. En pocas semanas llegaría la fecha de la boda. Como las cadenetas del patio, los días se iban enganchando unos a otros y parecía que nada iba a cambiar. El día señalado, Amapola estaba en la iglesia con todas las amigas, pero Antonio no venía y ya tenía que haber aparecido. Manolo, su hermano, decía que estaría en la pensión arreglándose, que iba a ir a buscarnos. Pero Paca prefirió ir ella misma. Cuando llegó a la pensión, se encontró a Antonio discutiendo con Magdalena, la dueña. Ella lloraba, desconsolada, y él, en calzoncillos, intentaba que ella entrase en razón.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Paca, metiéndose en la discusión—. Tienes a la niña hecha un manojo de nervios y ya sabes cómo es su estómago.

—¡Que no se casa! —protestó Magdalena—. ¡Que no se casa!

—¿Cómo que no se casa? —inquirió Paca.

—¡Que me ha escondido los pantalones! —aclaró Antonio—. ¡Me los ha pedido para planchar y no me los quiere dar, y así llevamos una hora!

—A ver... —Paca intentó analizar la situación—. Tú, Antonio, vete a tu habitación porque a la calle así no puedes salir. Y déjame hablar con esta señora.

Antonio obedeció y Paca se encerró en la cocina con la dueña de la pensión. La verdad es que la señora tenía todo como los chorros del oro. Era una mujer guapa, aunque ya no era joven.

—A ver, doña Magdalena, ¿cuál es el problema?

—¡Que se me va... que yo no sé qué voy a hacer sin él! —lloró desconsolada—. Yo le he cuidado todo este tiempo. Y no puede irse así por las buenas.

—¿Éste de la foto es su marido? —preguntó Paca, cogiendo un marco metálico que portaba un retrato del matrimonio. Era un tipo sin ninguna gracia y con cara de garrulo.

—Sí.

—Sí... ahora lo entiendo todo.

—¿Y qué hago?

—Pues seguir con su vida, como hacemos los demás.

—¡Si se va, sólo voy a querer morirme!

—Que no... que al final las cosas son más sencillas. Una se queda sola y aprende que se le acabó todo eso de las noches dulces. Apriétele a su marido, que a éste me lo llevo al altar, que a mi hija no la vamos a dejar compuesta y sin novio.

—¿Su hija? ¿Y va a dejar que se case con su hija después de saber esto?

—¡Huy! —sonrió Paca—. Usted no sabe los hombres que he conocido yo. ¿Que le gustan las mujeres? ¡Toma! ¡Y a mí los hombres!, pero éste no va a estar de cárcel en cárcel, que por lo menos llegará a casa por las noches.

—Además, en la guerra le operaron mal de una úlcera y no aguanta el alcohol.

—Pues ya lidiaremos, ya. A ver, Magdalena, deme usted los pantalones y tengamos la fiesta en paz y esto se queda aquí, entre nosotras, que nadie tiene por qué saberlo, ni su marido ni mi hija. Y usted llora un par de días y ya llegará otro al que planchar los pantalones.

—Usted no sabe lo que es estar tan sola.

—¿No? No, no lo sé... Yo he estado sola hasta casada.

Magdalena lo pensó y trajo el pantalón recién planchado y se lo dio a Paca. Paca se lo subió a Antonio a la habitación y le dijo que en dos minutos le quería ver fuera de aquel piso. Se marcharon todo lo deprisa que pudieron y Antonio aprovechó para sacar también la maleta de la habitación con todo lo que le dio tiempo a meter en ella, sabiendo que no volvería a la

pensión nunca más.

Y Magdalena se puso a llorar de nuevo y pensó en abrirse las venas, y recordó por qué odiaba tanto a su marido, por tenerla ahí encerrada todo el día, trabajando. Ella que había soñado con viajar por el mundo y Antonio le hacía viajar o por lo menos no darse cuenta de su edad. Si hubiera podido tener hijos, que su marido le echaba la culpa a ella, pero en realidad la culpa era de él y de su falta de hombría y el arroz se le había pasado, yerma para toda la vida. No sabía si amaba tanto a Antonio por Antonio en sí o por lo que la hacía sentir, esa ceguera que provoca el no querer mirar hacia delante y huir de la propia vida sin norte.

Mientras corría por las calles junto a su futuro yerno, Paca iba pensando en si hacía lo correcto, si debía contárselo a Amapola o dejarlo todo como estaba. Al fin y al cabo, Antonio era un hombre vivido que ya venía desfogado y no tenía por qué buscar fuera de casa. Y total, si todo iba mal, pues sanseacabó y a otra cosa, por mucha ley que hubiera con la puñetera iglesia, patada en la puerta y aquí paz y después gloria, cada uno a lo suyo.

La boda fue pobre y rápida, que los curas ventilan deprisa cuando saben que no va a haber dinero en el cepillo. Las amigas de Amapola lloraron de felicidad y tiraron unos papelitos que habían hecho las noches anteriores, muy finitos, que parecían casi arroz, porque el arroz no estaba para tirarlo a la calle.

Y Paca habló mucho con la madre de Matilde y miró a Antonio toda la tarde para que él supiera que ya no iba a dejar que esos juegos hicieran daño a su hija.

Pero allí faltaba Melchor, que estaría mirando desde el ventanuco de la celda de El Puerto de Santa María, imaginando cómo su hija se casaba y él no estaba allí para verlo. Los funcionarios sabían quién era y por eso, con los años, le dejaban una celda individual, aunque se lo habían explicado muy clarito: o es para ti o no es para nadie, y con la salud que tienes y la humedad del suelo no durarías mucho. Él se entretenía escribiendo poemas y pensando que debía salir entero y con fuerza. Con fuerza para poder ayudar a los compañeros presos, y esa idea le seguía obsesionando.

Melchor le mandaba a Amapola versos y ella, cuando Antonio estaba durmiendo, salía con las cartas al patio y las leía en voz baja:

Puerto de Santa María,
presidio de mi tormento,
Jerusalén de mis penas,
tumba del alma y del cuerpo,
donde los hombres se mueven
mitad vivos, mitad muertos...

Amapola sin su padre nunca estaría completa. Como a todos los de Lavapiés, la guerra les había partido por la mitad. Empezaba ahora su vida de casada. Quería tener hijos... y vivir.

Magdalena, la dueña de la pensión, aquellas noches no pudo dormir y en medio de los desvelos se asomaba a la ventana para ver a los serenos. Se bajaba a la cocina, con media luz, metía las lentejas en remojo e iba mezclando sus lágrimas que se confundían con el agua.

MELCHOR

Casi sin darse cuenta, en la casa ya correteaba torpemente María Luisa y otro bebé estaba en camino. Antonio y su hermano habían montado una empresita de pinturas. Eran felices, todo lo felices que se podía ser.

Amapola cosía para la señora Tita, aunque ésta estaba distante desde hacía algún tiempo y no tenía una sonrisa ni un segundo para ella y se quejaba más que de costumbre. La hacía ir por la noche, cuando ya estaba cerrado y no podían verla las clientas.

Era invierno cuando llegó un aviso de Melchor: regresaba a Madrid, condenado a doce años y un día. Le habían concedido la libertad provisional y con lo que ya había cumplido le dejaban salir. Amapola, Antonio y María Luisa, la nieta, se acercaron a la estación para recibirlle. No era ya aquel héroe fuerte y lleno de energía. Había perdido tantos kilos que apenas se le reconocía y el poco cabello que le quedaba estaba llenito de canas.

Antonio quedó impresionado con aquel hombre desnutrido y gris, que, sin embargo, conservaba una mirada alta y vivaz. Paca no había querido ir, pues prefería su vida sin Melchor. Le alegraba que hubiera salido, pero no le iba a dar ni un gramo de confianza, que no quería sufrir otra vez. Y ahora tenía nietos que cuidar, la que estaba y la que venía.

Melchor alquiló una casa en la calle Libertad, ironías del destino, y en cuanto hubo dormido un par de días volvió a su labor política en favor de los presos. Paca tenía miedo de que Amapola decidiera volver con su padre y esos días intentaba estar más cariñosa que de costumbre, siguiendo el consejo de la madre de Matilde, porque a veces Paca era mucha Paca.

Amapola iba a visitarlo y llevaba con ella a la niña, pero luego volvían las dos a Lavapiés.

A Melchor le ofrecieron buenos trabajos en algunas empresas de quienes él había salvado la vida, pero nunca aceptó. Prefirió malvivir vendiendo unos seguros que le daban para el alquiler, para comer y para algunos pequeños caprichos. Nunca había tenido nada, así que nada echaba en falta.

Antonio había entrado en el metro a trabajar como conductor y alternaba ese trabajo con el de pintor de brocha gorda. Para Amapola no era la historia de amor que había soñado, pero en el barrio nadie tenía un romance de los que salían en las revistas. Incluso Matilde, que se había casado con aquel tipo tan bueno, el reguapo, que resultó tener un problema en el corazón y a veces no podía trabajar, y ella siguió con su reparto de periódicos y con el dolor de espalda, pero ahora con un par de hijos a su cargo.

Una mañana nació Paquita y por la tarde Amapola tuvo que seguir trabajando para entregar unas telas y hacer la cena.

Los meses pasaban y Antonio a veces salía del trabajo y se iba de vinos. Pero el alcohol no le sentaba nada bien y más de un día llegó a casa borracho. Amapola no quería borrachos, no los podía soportar, y un día se marchó de casa con las dos niñas y se fue a casa de Melchor. Paca, sin embargo, le decía que eran daños menores, que era cosa de hombres y que había que aguantar un poco para llevarle por el buen camino. Pero Amapola no estaba dispuesta a pasar por aquello.

Cuando llegó a la casa de la calle Libertad con las dos niñas, Melchor le dijo que no tenía que volver con su marido, que ya hablaría con los abogados que conocía para que pudieran separarse, pues no podía permitir que un borracho estuviera con su hija.

Un día, pasadas varias semanas, apareció Antonio llamando a su mujer por la ventana. Ella le oía y no sabía si bajar, mientras las niñas, María Luisa y Paquita, las dos rubitas y hermosas, ajenas a todo aquel asunto, querían verle y jugar con él. Melchor le aconsejó a su hija que no bajara, pero ella no le hizo caso.

—¿Quéquieres?

—Vengo a pedirte perdón —dijo Antonio con la mirada gacha. Se había puesto la americana y el pañuelo.

—Ya es tarde.

—Bueno, pues me voy...

—¿Y ya está...? Antoñito, hijo, que vale que seas un sieso, pero, coño, di algo más, ¿no?... ¿O cómo crees que va a ser esto? ¿Que vengas así por las buenas y todo arreglado? ¿Es que no vamos a poder ser felices ahora que empezamos a estar bien?... Tienes que elegir, o el bar o yo.

—Pero si ya sabes que yo no hago más que trabajar, pero los compañeros me dicen de tomar una y no les puedo decir que no... Y me emborracho con nada, que no sé lo que me pasa.

—¿Pues sabes lo que vamos a hacer? Te voy a buscar yo al trabajo todos los días, así no pasas por el bar. Y prefiero que tus compañeros digan que eres un calzonazos, a que seas un borracho para tus hijas.

—Si tú crees que es la solución...

—Déjame pensarlo. Ahora te toca sufrir un rato. Pero te aviso, hagamos lo que hagamos, como te vuelva a ver un solo día como aquella noche delante de tus hijas, te doy con la plancha y no te levantas.

Antonio se marchó preocupado y Amapola volvió a subir a la casa. A Melchor aquello no le pareció una buena idea.

—Pero, Amapola, que los hombres no cambian —decía Melchor—. No vuelvas con ése, que es un pobre desgraciado.

—Papá, tú no te metas.

—¿Cómo que no me meta? Pero me has hecho hablar con todos los abogados que conozco para ver si podías separarte, ¿qué quieres que les diga ahora?

—Pues no les digas nada.

—Vas a ser una desgraciada.

—¡Es que yo no soy como tú! ¡La gente no es como tú! —exclamó Amapola, subiendo el tono—. ¡La gente normal tenemos miedo y nos afectan las cosas! ¡Mientras tú ibas a lo tuyo, los demás hemos tenido que sobrevivir, que no era fácil! Y Antonio se deja la vida trabajando para sacarnos adelante.

—¿Ir a lo mío? —sonrió Melchor irónico—. ¿Llamas así a la pena de

muerte?

—Si no te hubieras preocupado tanto por los demás y hubieras hecho algo por tu familia, otro gallo habría cantado.

—Llevas demasiado tiempo viviendo con tu madre y hablas ya como ella.

—Sí, por lo menos ella está todos los días y saca el trabajo adelante y llevamos a las niñas limpias y les damos de comer y no tienen que ir a la cárcel de visita día sí y día también.

—¡Amapola! ¡Y la anarquía!

—La anarquía es lo tuyo, no lo mío... ¿Dónde están tus compañeros ahora?

—Muertos, o en la cárcel...

—No lo entiendes, papá, que a mí España me da igual, que llevo toda la vida escuchando hablar de las ideas y nadie las practica excepto tú, que estás solo y la gente piensa que estás loco... y yo a veces también lo creo.

—Pues coge la puerta y vete, no voy a tolerar que digas esas cosas sobre mí y mis compañeros.

—Ya me voy, no te preocunes. Ahora diles a tus compañeros que te ayuden a ser padre de una puñetera vez.

Amapola cogió a las niñas y unos pocos petates y volvió a la calle del Amparo. Sentía que su padre nunca se había parado a pensar en su familia. Y que Antonio era un hombre incompleto que necesitaba segundas oportunidades.

Melchor estaba realmente enfadado con su hija, pero sabía que se había metido demasiado en los asuntos personales de ella y en cosas de pareja los terceros siempre salen escaldados. Pero no iba a dar su brazo a torcer: si Amapola seguía con un hombre así, él se quitaba de en medio. Estaba cabreado, sí, pero Amapola estaba decidiendo sobre su propia vida y en eso consistía la anarquía, en la libertad para elegir el propio camino.

PACA

Antonio cumplió, aunque a veces, cuando Amapola no podía ir a buscarle, se tomaba un vino y volvía «contento» a casa y se ponía algo violento. Pero Amapola se pasaba una semana sin hablarle y al cordobés se le quitaban las ganas. Lo que sucedía era que todos los hombres lo hacían y él no iba a ser menos. Al fin y al cabo, se deslomaba en dos trabajos para mantener a sus hijas y a su mujer.

Las niñas crecían y a Paca le habían concedido autorización municipal para montar un puestecillo de tabaco y caramelos en la plaza de Tirso de Molina, justo a la salida del metro. Lo que ella nunca supo es que Melchor fue quien habló con un tipo del ayuntamiento para que le adjudicaran aquel puesto. La gente compraba justo al salir de la estación y ella empezó a sacar unos buenos cuartos.

Melchor y Amapola seguían sin hablarse, pues los dos eran muy cabezotas, y aunque a los dos les dolía el corazón por no verse, ninguno quería dar su brazo a torcer. Aparte de ese desencuentro, Amapola estaba satisfecha con su vida.

En Lavapiés volvía ese año el concurso de patios.

—Chica, yo todavía me acuerdo de cuando ganamos. ¿Tú no? —dijo Matilde.

—Claro, todo el mundo lo comenta.

—¿Por qué no le decimos a Antonio que monte otro artefacto de papel?

—Eso estaría bien.

—Venga, ¿se lo decimos a las demás y lo intentamos?

—No sé, a mí me da mala espina. Cada vez que los pobres tratamos de celebrar algo, se vuelve contra nosotros.

—Chica, no digas tonterías, a ver si vas a creer en Dios, en los fantasmas y en eso del destino...

—Ya sabes que yo sí creo —admitió Amapola.

—Ya, pero tú crees como todas, por rebeldía, para no estar de acuerdo con tus padres, pero creer, creer... Es que esas historias de la Biblia son bastante increíbles.

Matilde era así, rápida y lagartija para las cosas del barrio. Y Amapola siempre se reía con ella; aunque no había tenido hermanas, ésa era la suya.

Paca quería sacar unos cuartos en las fiestas vendiendo chiribiquis y compró aceite a un aceitero que venía de Toledo. Los había hecho muchas veces para vender y era de las pocas cosas que sabía cocinar. La masa la hacía Amapola, como la de los buñuelos, y ella le daba su toque y le echaba un poquillo de anís, canela y cáscara de limón. Todos decían que eran los mejores chiribiquis de Lavapiés.

La idea del patio fue bien acogida por todos los vecinos, que aún guardaban en el recuerdo lo de hacía años, un recuerdo agridulce. Así que empezaron los preparativos para el concurso. Antonio y su hermano Manolo decidieron mejorar el diseño y hacer un globo más aerodinámico, incluso con decoraciones a los lados.

Por fin todo estaba dispuesto y el patio engalanado para el jurado. Paca estaba en casariendo los chiribiquis y metiéndolos en cucuruchos. Los hermanos cordobeses presentaron a última hora de la tarde el «cohete lunar» y todos quedaron asombrados por su diseño y sus colores. Unos días antes, Manolo y Antonio habían ido a la orilla del Manzanares a probar el invento y había funcionado perfectamente. Ahora sólo faltaba que no hiciera viento ni lloviera.

Amapola y Matilde habían juntado a todos los niños de la corrala organizando un pasacalle con juegos y una piñata llena de tejeringos y los niños se lo pasaban en grande. Correteaban disfrazados de chulapos y chulapas y alguno se llevó una buena bronca cuando al jugar al rescate estropearon alguna guirnalda. Ya había muchos críos en la corrala y todo estaba lleno de vida otra vez.

De pronto, varias vecinas empezaron a gritar y algunas salieron corriendo hacia la calle para llamar a una ambulancia o a un médico. A Amapola se le cayeron varios tejeringos cuando vio que era de su casa de la que salían y entraban. Se acercó corriendo a ver qué pasaba. Paca estaba muy grave, se le había caído toda la sartén de aceite hirviendo encima y se había quemado todo el cuerpo, hasta el cuello. Todo menos el rostro, eso por lo menos se había librado. Amapola se puso muy nerviosa y se acercó a ella temblorosa.

—Mamá, no te mueras, espera...

Llegó una ambulancia y se la llevaron al hospital. Amapola corrió a abrazar a Antonio y sintió que se moría si perdía a su madre.

Fueron unos días muy largos, sin saber lo que iba a pasar. Amapola avisó a Melchor y éste se puso en contacto con los médicos que él conocía para que vieran a Paca. Estuvo días entre la vida y la muerte. Poco a poco se recuperó y comenzó a abrir los ojos y a tomar sopa o puré. El problema eran las posibles infecciones, con tanta piel quemada el riesgo de coger una era muy alto y podría morir en unas horas. Un médico llamó a Amapolita.

—¿Es usted la hija de Francisca Muñoz?

—Sí, soy yo.

—Vengo a comunicarle una mala noticia... No, su madre está bien, dentro de lo que cabe, pero vamos a tener que dejar la cama libre y se la tendrán que llevar a casa. ¿Tienen ustedes espacio?

—Vivimos en treinta metros cuadrados mi marido y yo, mis dos niñas, mi madre y el hermano de mi marido.

—Eso no da para mucho.

—Pues dígame usted.

—Algun contacto tienen ustedes aquí —comentó, sonriendo, el médico mirando unos papeles—. Porque hemos conseguido de la unidad de quemados un sostén especial para que su madre esté como suspendida en la cama. Es un aparato muy nuevo, con unos hierros que se colocan en la cama y así el cuerpo no reposa sobre el colchón, para poder cambiarle las vendas.

—Pero ¿no va a venir nadie a curarla?

—Tendrán que hacerlo ustedes mismos. Dos o tres veces por día. Y

echarle varias pomadas.

—¿Y quién va a pagar todo eso? —preguntó Amapola, haciendo cuentas.

—Aquí tiene una caja con varios botes y otra con vendas, para unos meses, luego ya se verá —sonrió de nuevo—. Aquí hay mucha gente que quiere mucho a su padre, yo entre ellos. De todas formas, no se preocupe. Yo iré varios días a enseñarle cómo hacer la cura, luego ya podrá usted hacerlo sola.

—Bueno... gracias, son ustedes muy amables —replicó Amapola—. Pero ¿se va a morir?

—No —contestó el médico—, de momento no hay peligro si no se infecta, pero hay que hacer bien las curas y ser muy cuidadosos.

Fueron meses muy duros, quizá los más duros de la vida de Amapola. Pero supieron estar a la altura. Antonio cumplió lo prometido, no bebió ni una gota, sólo agua, y encima trabajó más que nunca, y Manolo igual. Las compañeras de Paca le guardaron el puesto, se turnaban para vender y todas las semanas le llevaban las cuentas. Ninguna sisó ni un cigarrillo, que sisar era de ricos, no de obreros.

También las vecinas se turnaban para ayudar a Amapola con las pomadas y las vendas y al final el mismo médico, sorprendido de la pericia de las mujeres de la corrala, decía que eran mejores enfermeras que las del hospital.

Melchor, aunque no se dejaba ver por la calle del Amparo, se hizo con los servicios de varios espías, entre ellos Matilde, que le hacía la crónica diaria de cómo andaban en la casa. Amapola cosió más que en toda su vida e hizo manteles y ajuares para medio Madrid. Los llevaba a las tiendas o a donde fuera. Así, entre unas cosas y otras fueron pasando los meses, que pronto fueron un año y empezaba a ser otro.

Un día llegó Matilde a casa de Paca muy sofocada, que no sabía cómo contarle una cosa a Amapola.

—Que sí, chica, que me lo ha dicho uno que sabe.

—Pero ¿otra vez? —repetía Amapola.

—Sí, ya sabes que tu padre le gusta la cárcel, que parece que la necesita.

—Pues es el peor momento para hacerse cargo de él, que yo no puedo.

—Sí tiene quien se haga cargo, que ahora vive con un muletilla suyo, el

Castillito, y su mujer. Que llevan tiempo en casa.

—Como yo no subo allí...

—¿Cómo que no subes?

—Que le llevo a las niñas y se las dejo en el portal, y ellas suben para que las vea, y luego las recoge Antonio. Pero yo no quiero verle hasta que no me pida perdón.

—Mira que sois tercos los dos —se quejó Matilde—. Si es que... tal para cual.

—Matilde, tú crees que debo ir a verle a la cárcel, ¿verdad?

—Mujer, tu padre no ha hecho más que bien a todo el mundo y ahora anda ayudando a los presos republicanos. Por eso le han metido, por repartir panfletos en las cárceles y en las fábricas.

—Es que mi padre sigue sin aceptar a Antonio y él tiene sus cosas, pero es buen hombre. Además, es mi marido.

—Sí que lo es y se ha portado, Antonio digo, que no para y nunca se queja, pero los hombres son como son y a veces... Pero cuando ha tenido que estar, ha estado ahí.

Amapola lo pensó y fue a Gobernación, en la Puerta del Sol, donde decían que torturaban a los detenidos. Pero no pudo entrar. Sólo le dejaron meter un paquete de ropa limpia que el funcionario aseguró que llegaría. A Melchor no le torturaban, simplemente le regaban el suelo, para que no pudiera dormir. Ésos de Gobernación no eran como los funcionarios de las prisiones, eran malas personas, sanguinarios... Melchor estuvo allí oyendo los gritos que daban los maltratados, esperando que fuese su turno, pero no le llegó. Después le llevaron a la cárcel de Carabanchel y allí sí podía visitarle Amapola. Y así lo hizo. Fue sola a verle, aunque había que atravesar medio Madrid en un autobús de línea que estaba ya muy viejo.

Muchos de los funcionarios la conocían y salían a saludarla. Y los que no sabían quién era estaban enterados de que era la hija de Melchor y eso era más que suficiente para no hacerla esperar largas colas. Resultaba raro para Amapola ver cómo el único sitio donde trataban bien a su padre era en la cárcel.

El reencuentro fue escueto y hermoso. En las siguientes ocasiones Amapola llevó a las niñas para que las viera tras el cristal y él estuvo

haciendo juegos y tonterías para entreteneras.

—¿Qué tal tu madre? —preguntó Melchor.

—Bien, saliendo de las quemaduras, hemos tenido mucha suerte con lo de las infecciones y no habido más que alguna pequeña, nada... poca cosa.

—¿Se queja mucho?

—Como siempre... si es que ella no sabe hacer ni un huevo frito, no tenía que haberle dejado freír los chiribiquis.

—¿Necesitáis algo?

—Es extraño que me preguntes eso detrás de estos barrotes.

—Bueno, ya sabes que de vez en cuando hay que meter a los anarquistas en la cárcel, así se sienten más tranquilos.

—¿Pero todavía queda alguien en el sindicato?

—Amapolita, aunque tú no lo creas, esto es una carrera de fondo y sólo hemos perdido la primera batalla.

—Pues dicen que a Franco le quedan muchos años, pues ahora los americanos lo prefieren a él antes que a los comunistas.

—Es una difícil decisión... Yo no sabría a cuál elegir —sonrió Melchor.

—Viene otro —dijo Amapola, frotándose la tripa—. Éste va a ser un hombre, estoy segura, como tú siempre querías.

—¿Cómo le vas a llamar?

—Antonio... o Melchor, como tú.

—No sabes la ilusión que me hace... un varón.

—Papá, ¿tú hubieras preferido tener un varón, como el primo Pepito, en vez de a Violeta y a mí? ¿Verdad? A él le hubieras dejado estudiar y...

—Yo siempre te he educado para que seas libre, como lo hubiera hecho con un hijo.

—Ya... Ésa es una asignatura pendiente que tenéis los anarquistas, lo digo para la próxima batalla, si es que la hay. El machismo, que no os lo quitáis de encima seáis del signo que seáis.

—Yo no soy machista.

—Ya, y yo soy Bakunin... Papá, ¿me vas a pedir perdón algún día?

—¿Y tú vas a entrar en razón?

Los dos sonrieron sabiendo que su enfado les iba a durar aún algún tiempo. Las niñas se lo pasaron en grande viendo a Melchor, eran muy

pequeñas y para ellas todo era un juego. Le dieron muchos besos al abuelo, y él les hacía canciones y dibujillos para que colorearan.

Melchor le contó a su hija cómo había visto morir a compañeros en el penal de Santa María, donde estaban todos hacinados, y se decía que era aún peor en Burgos o en El Dueso. Estaba contento por haberse mantenido con vida. Quería estar vivo y sobrevivir al asesino.

Pero parecía estancado en la guerra, todo circulaba en torno a ella, a los suyos y a los otros, a las ideas y a lo que había que hacer para reconstruir el sindicato y los ateneos, y Amapola le miraba como quien mira a alguien del pasado. Parecía no querer vivir la realidad.

Al salir de la cárcel de Carabanchel, Amapola decidió caminar un rato con las niñas. De pronto vio una figura y le dio un vuelco el corazón. No, no podía ser. Había una monja que salía también de la cárcel, probablemente había estado —igual que ella— visitando a algún preso. Era una mujer delgada y se apoyaba en un bastón. Lucía el uniforme de sierva del señor. Amapola pensó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada y siguió caminando, hasta que al pasar por delante de la monja se quedó paralizada, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Juana? ¿Eres Juana, la comunista? —preguntó Amapola.

La mujer se detuvo unos segundos, se apoyó en el bastón y levantó la mirada hacia Amapola.

—¿Amapolita? —exclamó la monja suavemente, casi sonriendo—. ¿Eres tú? ¿Y esas preciosidades? —preguntó.

—Mis hijas, y otro que va en camino... un niño. ¡No me lo puedo creer! ¡Pensé que habrías muerto!

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Casi diez años...

—Amapolita —dijo la monja—. Me alegro de que seas tan feliz... ¿La Abuelita no te contó nada?

—¿De qué?

—¿Qué fue de ella? —inquirió Juana, sonriendo.

—Se fue al pueblo con Juan y con sus hijos. La he visto un par de veces, sigue bien, mucho más vieja, pero está feliz con sus cosas... ya sabes.

—No me mires así, ya sé... tienes un montón de preguntas que hacerme,

¿verdad?

—Sí, Juana, la verdad es que ha sido como ver...

—Un fantasma, ¿verdad?

—Bueno...

—Volví de entre los muertos varias veces durante la guerra. Si quieres caminamos hacia allí, donde hay unos columpios, y te cuento mi historia mientras las niñas juegan un rato. Luego coges el autobús.

Caminaron despacio, al ritmo de la cojera de Juana, y ésta le fue contando lo que había pasado en la casa aquella noche, al final de la guerra. Amapola no salía del asombro. Aunque Ramón no se había portado bien con su padre ni con ella, no se imaginaba lo que Juana le estaba contando.

Las niñas, entretanto, subieron al tobogán. María Luisa, la mayor, se hacía cargo de Paquita, que era la pequeña y un terremoto que no podía parar quieta. Amapola y Juana se sentaron en un banco y Juana acabó de contar su relato.

—Me llevaron envuelta en la alfombra al coche. El Cura y Ramón estaban muy nerviosos. Yo les oía discutir. El Cura quería tirarme en cualquier lugar y terminar cuanto antes, pero Ramón dijo que Melchor no haría eso, que aunque yo era una comunista de mierda, no tenían derecho a tirarme en cualquier cuneta, como habían hecho los rojos con sus hermanos... Giró el volante y no me llevó a la Casa de Campo, como era el plan del Cura, sino que me dejaron en uno de los hospitales improvisados de campaña que se habían montado para los que salían hacia Valencia. Allí me rescató un médico, sólo sé su nombre, Cayetano, todos le llamaban el Murciano. Fue él quien me operó. Me dijo que tenía que ser fuerte, muy fuerte, si quería seguir viviendo. Yo perdí el conocimiento durante varios días y luego me encontré en una camilla camino de Levante. Al pasar por Albacete, el Murciano se me acercó de nuevo. «Juana, te llamas Juana, ¿verdad?», me preguntó. Yo casi no podía hablar. «Te vamos a dejar en un pueblecito de aquí al lado, pues no creo que aguantes hasta Alicante... Les he dicho que te han disparado unos comunistas y que has perdido la memoria, así cuando entren no te harán preguntas. Tienes que comer, dormir y esperar a que se te cierre bien la herida. Si tienes suerte, vivirás». Una familia me cuidó, tampoco lo recuerdo muy bien, porque estuve casi

todo el tiempo dormida. Luego me llevaron a un convento y me cuidaron las monjas.

—Ha debido de ser muy duro todo esto...

—Sí, bueno, con la ayuda de Dios todo pasa y de todo nos recomponemos —sonrió Juana—. Ahora soy sor Remedios, que tomé los hábitos o me los tomaron, no lo sé muy bien, cuando apenas podía mantenerme en pie. Me quedé tan débil que tardé más de un año en volver a caminar. Las monjas me adoptaron, me arreglaron los papeles, me cuidaron y me hicieron una hermana más.

—Pero no lo entiendo, Juana, si tú eras comunista, ¿ahora crees en Dios?

—Es muy difícil de explicar, Amapolita, algún dios debe existir para pasar por lo que he pasado y seguir en pie. No sé, a lo mejor Dios me puso aquí para ayudar a los presos. Yo hago lo que puedo, en Dios no creo mucho, la verdad, pero prefiero seguir siendo monja y ayudar a los míos que no poder hacerlo. Yo ya perdí a todos los seres que amaba, a todos.

—Vaya, lo siento.

—Luego me hicieron profesora, que, como habían matado y depurado a tantos maestros, no tenían para llenar las aulas y cogieron a los militares, a las monjas y a los curas. Y no te puedes imaginar lo que enseño —dijo sonriendo—. A los niños los quieren convertir en fascistas, ésa es la generación que viene... pero yo hago lo que puedo y les meto algo de letra pequeña y les hablo de cosas de las que no se puede hablar. Leemos poesía y les cuento historias que les hacen pensar.

—Yo estoy igual que tú. Me siento anarquista, pero creo en Dios. Bueno, en San Antonio.

—Qué más da si algo más allá existe o no, ¿para qué perder el tiempo pensando en eso? Lo importante es el ahora, lo que podemos hacer ahora por los otros, por los niños, por los presos. No te imaginas lo que he visto en las cárceles. Un Ángel Rojo como tu padre nos haría falta ahora. Estoy bien así, de monja, y si hay que rezar, pues se reza. Nadie me mira, nadie sospecha...

—No sé ni qué decir, Juana, la verdad.

—No digas nada, vuelve con tu familia e intenta ser feliz.

—Sí, eso haré, creo que es lo único que hemos aprendido de la guerra

los que hemos sobrevivido: que hay que ser feliz pase lo que pase.

Las dos se abrazaron llorando sin que las niñas se dieran cuenta y luego estuvieron en silencio disfrutando de los juegos infantiles. Después se despidieron y Juana siguió caminando en dirección al metro. Y cogió su rosario y pasó las cuentas una a una recitando a cada pieza, entre dientes, una estrofa de *La Internacional*.

LA ÚLTIMA BANDERA

Después de la guerra, los días duraban menos, eso sentía Melchor. El tiempo se le iba de las manos y ya era demasiado mayor para poder seguir pensando en el futuro.

Franco le parecía inmortal, y allí estaba, oteando desde el *Azor* a sus pequeñas criaturas. La pobre resistencia republicana que había quedado en el interior de la península moría entre desacuerdos y los que vivían fuera nunca pudieron entender la amargura que reinaba en el exilio interior.

Melchor tenía miedo, apenas podía dormir por temor a que llamaran a la puerta y no fuera el lechero. Aunque ya era casi un anciano, los de la secreta golpeaban su puerta de madrugada, por ejemplo cuando visitaba Madrid algún mandatario extranjero o, simplemente, cuando les venía en gana. No confesó a nadie sus miedos, no quería hablar de ello, pues pensaba que su terror era la victoria de los asesinos.

Escribía con seudónimo artículos de crítica taurina. Los toros eran para él una pasión. Aunque pensara que los toros eran burgueses, no podía dominar el olé interior cuando veía los pases de verónica o al natural del Viti o de Paco Camino, aunque ya en la nueva década de los setenta todo el mundo se volviera loco con las tonterías de Manuel Benítez, el Cordobés. A él le gustaba más el toreo serio, sin filigranas.

Seguía viviendo en la calle Libertad. Por qué los franquistas habían mantenido tal nombre en el callejero madrileño era una ironía del destino. Cuando la puerta de aquel piso se abría, el visitante se adentraba en un modesto hábitat cargado de recuerdos. Apenas se podía entrever un

pequeño hueco libre de pared entre tanta foto y tanto cuadro. Gran cantidad de objetos descansaban en los cajones. Poemas, fotografías, grabados y recortes de periódico amarilleaban allí dentro. Melchor toreando, arengando a las masas, recogiendo un premio, leyendo poesía, componiendo canciones... Daba la impresión de que aquel hombre arrastraba su pasado a la deriva, mientras intentaba salvarse del presente. Añorar el pasado, eso es lo que vierten los poetas en sus versos.

«Campo libre, tierra libre, que todo sea libre. Que allí donde el hombre libre sea libre el pensamiento, su saber, su entendimiento, su albedrío, sus acciones, que no admita coacciones ni las imponga a un segundo», así comenzaba uno de los poemas colgados en la pared.

Pasó el verano, luego el otoño y otra vez volvió el invierno, y eso a Melchor no le gustaba, la calefacción era demasiado cara y el frío de Madrid llegaba a los huesos. Para aquel sevillano, el invierno madrileño contenía algo de nostalgia, gente que ya no volvería. Demasiados muertos sostenían ya la vida de Melchor.

Había comenzado a escribir sus memorias varias veces, cada vez que leía un artículo pretencioso o escuchaba a alguien meritarse con milagros de la guerra que no le correspondían, pero ¿quién iba a interesarse por la historia olvidada de un viejo anarquista? Sabía que habían pasado ya sus mejores días, pero quería respeto para sus ideas. Las ideas «que llevan un siglo arrastrándose por fábricas y tierras de cultivo, por ciudades y campos». Seguidor de su verdad, que era para él el «único dios vivo». Nunca había tenido estudios, aunque su pluma era viva y pura.

Cuesta mucho limpiarse las manos después del tajo y acariciar con los dedos de lija el suave blanco del papel. Cuesta pasar las hojas de los viejos libros que van de mano en mano y encontrar el significado de las palabras que nunca se descubrieron antes. En su pequeño despacho jugaba con su bolígrafo de siete pesetas, pobre como su dueño, como le gustaba decir a veces. Pensaba que con ese boli sólo podría escribir la prosa de la tierra. Al cabo de quince lustros y pico de vida, de trabajos, de escaseces y sufrimientos, lo iba a intentar, pero lo quería hacer él solo y quizás por eso nunca concluyó sus memorias.

Para gozar de esa íntima riqueza de vivir con la conciencia tranquila, sin

claudicar, hubo de pasar infinitos miedos, momentos de horror en los que le tocó intervenir a impulsos de su conciencia anarquista y libertaria y siempre se movió por el afán de «amar al prójimo como a sí mismo». Debió de ser eso lo que le impulsó a evitar las muertes de sus enemigos durante la guerra, a salvar en las cárceles millares de vidas de quienes no comulgaban con las ideas ácratas del Ángel Rojo, como le habían nominado aquellos presos. Nunca le gustó lo de Ángel. Dios, si es que existía, no había tenido nada que ver en todo aquello y ninguna horda de arcángeles le había ayudado en los momentos más duros en la retaguardia republicana. Ni en la guerra, ni luego, en el penal de Santa María, ni su permanente lucha por los presos que poblaban las cárceles de Franco, y se indignaba con la lectura de los libelos escritos por quienes se habían adueñado de la narración de lo ocurrido. A su edad, la cólera le rondaba a cada rato y debía sosegarla. Sufría con la utilización interesada del pasado y por cómo se había transformado la verdad según las manos, la pluma o los intereses de cada escritor «oficial». Nunca se le había acercado ningún editor, ni escritor, ni investigador para que narrara aquellos hechos. No les importaba realmente su opinión, ni su versión. Consultarle a él, o investigar seriamente los datos no interesaba ni al régimen, que ya había tenido revancha suficiente, ni a los de izquierdas, que, comandados internacionalmente por el Partido Comunista, no querían ni oír hablar de la represión en la retaguardia republicana. A este propósito recordaba una frase de su amigo Joaquín Álvarez Quintero, que le dijo el 14 de junio de 1944, cuando Melchor regresó, sin dientes y con veinticinco kilos menos, del penal de El Puerto de Santa María: —Amigo, Melchor, ¿quién será el que escriba el verdadero libro de lo sucedido en las dos zonas de nuestra Guerra Civil? —Y sin dejarle contestar, añadió con desánimo—. Yo creo que nadie.

Pero eso no le impedía pasarse muchas tardes y noches corrigiendo las inexactitudes históricas interesadas. Escribía largos argumentos a las editoriales, o a los propios escritores, que nunca eran respondidos, ni sus ruegos subsanados. Y la historia fue quedando falsa para la posteridad, como en casi todas las épocas.

Melchor tenía la conciencia tranquila. Era un pobre chapista de carrocerías, hijo de padres modestísimos que nunca supo ser mala persona,

sino todo lo contrario. Intentaba quitar todo el peso cristiano a eso de amar al prójimo como a sí mismo, aunque aquella consigna humanitaria quizá había entrado en su conciencia cuando fue monaguillo en el hospicio sevillano. Luego fue torero y después, ateo convencido.

El único reconocimiento público le viene de manos del periodista, y exespía, el chileno Bobby Deglané. Otro de los presos que había salvado Melchor varias veces durante la guerra. Ahora, en el sesenta y cuatro, era uno de los locutores más importantes de la radio. Bobby quería homenajear a su salvador y le propuso a Melchor salir en el programa: *¿Quién cantó las cuarenta a...?*. En el caso de Melchor era «a la violencia». Para dar más importancia al acto y que los medios de prensa del país lo cubrieran, propuso hacer un homenaje doble: al viejo anarquista y al capitán Palacios, un héroe de la División Azul. Era como hermanar a las dos Españas.

Melchor, en un principio, tuvo que discutir con media CNT. Los compañeros no querían que aceptara un homenaje, que era como venderse al régimen, pero, por otro lado, era la primera vez que un rojo podía hablar en la radio en directo, sin censuras previas. Una difícil decisión. Melchor lo meditó varios días y aceptó la invitación, aun sabiendo que traería cola.

El circo Price era el lugar indicado, unas dos mil butacas repletas de gente, entre la calle Barquillo y las Infantas. Melchor había preparado concienzudamente el discurso y sabía que era un acto importante. No cabía un alma, Bobby hizo las presentaciones y Melchor habló al micrófono: — Señoras, señores y amigos, cualquiera que sea su condición social, su casta, sus ideas: mi tan respetuoso como cordial saludo a todos. Vaya para todas las personas, presentes unas y otras, muchísimas, que nos están escuchando en este instante, un immense arsenal de agradecidos abrazos con todas las fuerzas de mi corazón de idealista libertario (de antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra) al estilo de aquel divino rebelde contra toda clase de tiranía que, antes de haber sido perseguido, prendido, maltratado y crucificado, ya había predicado aquellas sus sabias e inmortales palabras: «No quieras para los demás lo que no quieras para ti mismo»... Yo no quise, para aquellos millares de hombres encarcelados por sus ideas, bajo mi directa custodia, lo que no había querido para mí cuando tantas veces había sido encarcelado por Gobiernos que posiblemente mis propios presos

habían defendido en regímenes anteriores. Por eso me dispuse a hacer lo que hice con todos, ni más ni menos, sin pararme jamás a exigirle a nadie su cédula política de perseguido y encarcelado por sus ideas, contrariamente a lo que tantísimas veces se hizo conmigo también por defender mi propia doctrina idealizada, de la que en todos mis actos procuro ser consecuente. Y que nada, absolutamente nada, pedí a nadie a cambio de aquello que yo hacía, o mejor: de aquello que yo hice durante treinta y tres meses consecutivos; lo demuestra la limpia ejecutoria de mi larguísimo recorrido por mi calle de la Amargura durante este último cuarto de siglo; hechos, vivos aún, que yo no voy a relatar aquí porque no es para esto para lo que nos hemos reunido esta noche. Voy a terminar, si ustedes, respetables señores míos, han logrado para mí el gran premio de esta medalla (que yo no he pedido, pero que sí agradezco con toda mi alma, que de bien nacidos es ser agradecidos), sean para todos ustedes, así como también para los artífices de Radio España, desde su digno director gerente, pasando por el maestro de los locutores Bobby Deglané hasta el más humilde empleado, mis ¡muchas gracias!, refundidas en este solidario grito de auténtica hermandad humana: ¡viva España, la España ÚNICA, de todos y para TODOS los españoles!

Todos quedaron en silencio, los técnicos de sonido y los trabajadores de Radio España no sabían si los iban a encarcelar o los militares iban a entrar pegando tiros. Era la primera vez que un rojo pronunciaba aquellas palabras en público: la unificación de España, el final de la guerra. La reconciliación. En un instante todos se levantaron con lágrimas en los ojos, aplaudiendo hasta que las manos les dolían. Para la mayoría de los asistentes, rojos o hijos de rojos, aquellas palabras eran un gran triunfo contra el régimen, el final del estigma de malhechores y diablos con cuernos y rabo.

Melchor se fue a casa con su medalla y la colgó en la pared donde tenía todos sus recuerdos. No sabía si había hecho lo correcto, pero sí lo que su corazón le había pedido, como siempre.

Los años siguieron agolpándose. Melchor escribía en sus cartas a sus amigos presos que el tiempo fuera de la cárcel le parecía pasar más rápido que entre rejas. A veces, los años parecían meses, otras semanas y otras, días, horas.

Aquel invierno del recién comenzado 1972, Melchor tenía frío. Compraba sellos, sobres y papel para escribir las decenas de cartas que enviaba semanalmente para buscar el amparo de los presos. Pedía a los que había salvado la vida en la guerra, los pocos que todavía le hacían algo de caso, o no se habían cansado de que el viejo anarquista siguiese intercediendo por aquellos presidiarios que ya a nadie importaban en plena bonanza económica.

A pesar de las tímidas huelgas estudiantiles, Franco había demostrado que todos eran corderos y él era el gran perro, aunque Melchor seguía pensando que sus ideas volverían, pues no se puede vivir eternamente dormido y sin libertad.

Iba casi todos los días a comer a casa de su sobrina Sari y se divertía haciendo cancióncillas a los hijos pequeños de sus sobrinos, a Rosa, que siempre estaba en sus rodillas dibujando y cantando canciones. Pero veía a Amapola por todas partes, la llamaba en sueños y la confundía con su hermana o las hijas de ésta. Eso lo llevaba a las espaldas y sabía que no se había portado bien con su hija; llevaban años sin hablarse y era por su culpa, por su terquedad. Pero ya no sabía cómo subsanar aquel error que había trastocado su vida privada. Incluso se enfadaba con sus nietos porque no querían pasar toda la tarde oyendo hablar de la guerra y del anarquismo, pues estaban ya a otras cosas. El pasado, el pasado, siempre el pasado.

Aquella tarde de febrero de 1972 hacía un frío que pelaba. Melchor quería salir, pero Asunción, la viuda de Castillito, con la que vivía, le aconsejó que se quedase en casa y llamó a Eduardo de Guzmán para que viniese a visitarle.

Eduardo lo había pasado mal después de la guerra. Intentó huir por Alicante y se enfrentó a la dureza del campo de concentración de Albatera, a las torturas y a la denigración. Logró sobrevivir y consiguió la ansiada libertad a mediados de los cuarenta, aunque, como Melchor, de vez en cuando debía revisitar las cárceles por alguna ocurrencia o sospecha de la policía. No le permitían escribir, nunca más lo haría en un medio de comunicación, ni siquiera en deportes, así que varios amigos del sindicato le encontraron un trabajo de escritor haciendo noveluchas del Oeste y de mafias norteamericanas. Eddy Thorny o Charlie G. Brown fueron algunos de

sus seudónimos, y la gente que compraba las novelitas pensaba que habían sido escritas por algún norteamericano. Nunca dejó de militar en la CNT y eso le había traído algunos disgustos, como a todos los que sufrían el exilio interior.

—A ver, Melchor, ¿qué te pasa? —preguntó Eduardo con voz de padre—. Me ha dicho Asunción que sigues cascarrabias, que llevas unos días que no hay persona que te aguante.

—Ya sabes cómo es Asunción, dice que estoy sordo, pero yo oigo perfectamente.

—Si no te cuidase ella, ¿qué ibas a hacer tú?

—Pues eso, ¿qué iba a hacer yo sin Asunción?

—¿Qué sabes?

—Nada, Eduardo, parece que no sacan ni a un preso. Yo creo que no han recibido las cartas.

—¿Todavía te fías de él? —dudó Eduardo, mirando los papeles del escritorio.

—Martín Artajo es un buen hombre.

—Es un fascista.

—Bueno, es un fascista y lo que tú quieras, pero es un buen hombre. Si puede hacer algo, lo hará —apuntó Melchor, intentando controlar su mano, que de vez en cuando le temblaba.

—¿Has hablado con Gallego?

—No, hace meses que no hablo con él.

—A él —explicó Eduardo, colocándose las gafas— sí que le dejan escribir, le han tenido tantos años en la cárcel que... Aunque le censuran todas las novelas.

—Y tú, ¿por qué no escribes en el extranjero? —preguntó Melchor—. Quizá allí te publiquen. En Argentina, o en México, allí están editando muchos sus memorias.

—No sé —respondió Eduardo, mirando al horizonte—. Quizá... ¿Por qué no escribimos un día las tuyas, tus memorias?

—Un día. Cuando haya muerto el perro.

—Es inmortal —rio Eduardo—. Ya lo sabes.

—Sí, eso dicen —contestó Melchor.

—Bueno, dame las cartas y las envío yo, que hace mucho frío y no estás para mucho trajín.

Melchor sacó una decena de cartas del cajoncito del escritorio, repasó que estuvieran bien todos los nombres y se las entregó a Eduardo.

—Toma, los sellos.

—¿Quieres un anís?

—No, Melchor, tengo que ir a la editorial a entregar *Doble juego con la muerte*, una de gánsteres. Me he pasado toda la noche escribiendo.

—Menos mal que eso te da, que si no...

—Mejor esto que la cárcel, ¿no?

—Eduardo, ¿tú puedes dormir por las noches?

—¿Yo? —Se volvió a colocar las gafas en la posición correcta—. No, ya lo sabes. Bueno, dormir sí que duermo, pero dice Carmen que no paro de gritar y moverme. Que tengo pesadillas.

—Últimamente no hago más que pensar en la muerte. Pienso en Amapolita todos los días, no quiero morirme sin decirle todo lo que la quiero.

—Pues díselo, coño. Y dejaos de tonterías, que es tu hija. Vas un día y se lo dices.

—Pero es que me cuesta, que ya ni viene a verme.

—Ni tú a ella. ¿Hace cuántos años que lleváis sin hablar?

—No sé... Demasiados.

—Pues espera unos días a que pase el frío, te la llevas a tomar algo al Retiro y charláis.

—Eso haré. Asunción está en el hospital de la Milagrosa, que tiene a su hermano enfermo. Lo mismo me da un ataque de soledad y voy a verla.

Eduardo cogió las cartas, se despidió con prisas y fue hacia la editorial para entregar aquella nueva novela de mafiosos de Chicago.

Asunción estaba preocupada porque su hermano se estaba muriendo. Además, veía a Melchor muy débil y no le gustaba dejarle solo en casa.

—Melchor —le dijo Asunción, ya con la puerta abierta—. ¿Por qué no te vas a casa de Sari? Vete a comer allí. Ya he hablado con ella y te tienen la comida hecha, que estos días te vendrá bien algo caliente.

—No te preocupes, Asun, por favor, que no soy un niño...

Se dieron un beso fraternal, como siempre. Asunción dudó unos momentos en la puerta y volvió para encender la estufa en el despacho sabiendo que él no lo iba a hacer. Le guiñó el ojo y se marchó.

Melchor se quitó el aparato del oído, que a veces le pitaba y le producía un enorme dolor de cabeza, y se fue al despacho. Sonrió al ver la estufa y se acercó un poco a ella para calentarse. No había sido tan mala idea. El frío de Madrid era intenso, pero no era húmedo como el del penal de Santa María. Allí te dolían los huesos y nunca entrabas en calor. Se frotó las manos y comenzó algo que llevaba tiempo pensando: escribir sus memorias.

«¡Qué pena para quien la verdad es su dios vivo... (perdónenme quienes, siendo creyentes, piden con exigencia respeto para sus creencias, como yo también lo pido, sin exigirlo, para mis ideas)... y tiene necesidad de escribir aun careciendo casi en absoluto de ese Don, con mayúscula, que tiene altar propio en el mundo de los seres humanos por ser el que yo llamaría el Dios de la Cultura! Al cabo de quince lustros y pico de vida de trabajos, escaseces y sufrimientos, con ligeras ráfagas de buenos ratos facilitados por el azar bajo una época de actos incíviles que, aun sometido a inmensos peligros, produjeron íntimas satisfacciones en el espíritu del que esto escribe, hasta el punto de considerarse en ciertos momentos el hombre más feliz de la tierra. Porque si bien es verdad que uno es feliz en lo más íntimo de su mente, salvando de la muerte a muchos, muchísimos seres, que perdieron su hacienda, su hogar, o su libertad, gracias a mí no perdieron la vida. Eso me hace gozar de la íntima riqueza de vivir con la conciencia tranquila, aunque hube de pasar miedo y dolor en aquellos azarosos momentos de horror en los que hube de intervenir a impulsos de mi conciencia idealizada».

Escribió toda la tarde, hasta que la estufa dio sus últimos estertores y en el despacho no se podía estar. Había pensado demasiado en el pasado, en los muertos, los presos, la guerra incivil que nunca terminaba para los vencidos. Como decía su amigo Eduardo, los vencedores lo son hasta que los vencidos mueren. Ésa había sido la gran victoria: dejaron algunos vivos para poder sentirse vencedores el resto de sus vidas. Ganar no sirve de nada si no puedes regodearte diariamente en la derrota de los otros.

Se dejó los calcetines puestos y se acostó escuchando la radio. No le gustaba la soledad, nunca le gustó, le incomodaba porque la visitaban los

recuerdos. Medio dormido, imaginó que Amapolita se sentaba en el borde de la cama y le acariciaba la frente. Su preciosa hija, a la que tanto echaba de menos. Incluso llegó a pensar que estaba allí de verdad, y habló con ella durante el sueño y le dijo cuánto la había querido desde siempre, desde que la cogió en brazos por primera vez.

Algunos rayos anunciaban que el día iba a empezar y a traer algo de calor, quizá suficiente para salir a la calle. Recordó que entre las cartas que se había llevado Eduardo la noche anterior faltaban tres o cuatro que estaban en el cajón de la entrada. Se había olvidado y eran importantes, porque eran presos que necesitaban medicinas urgentemente. Se vistió cuidadosamente, como siempre, se colocó el pañuelo, el sombrero, el abrigo, repasó los remites y, justo antes de abrir la puerta de la entrada, sintió que la cabeza se le iba. El suelo comenzó a dar vueltas, se cayó y, dándose en la cabeza con el borde de un mueble, quedó sin sentido.

Al rato sonó el teléfono varias veces. Pepe, su hermano y sus sobrinos Sari y Pepito, ante el silencio telefónico, se acercaron a toda prisa al piso esperando que su olfato no dijera la verdad. Allí estaba su tío, tirado en el suelo, con contusiones y con una ligera ráfaga de respiración.

La mala noticia corrió como la espuma y muchos compañeros fueron a verle. Parece que ésta era la última batalla que iba a librarse, que no había victoria, sólo despedidas y rostros agradecidos.

Alberto Martín Artajo, el que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Franco durante tantos años y el que había conseguido el pacto con Eisenhower, visitó a su amigo en la habitación. Melchor le había salvado la vida durante la guerra, como a tantos, pero era de los pocos que lo habían recordado. Había intentado prestarle su apoyo a Melchor durante años, pero el viejo anarquista sólo aceptó ayuda para los presos que atestaban las cárceles.

—¿Cuando salgas de ésta aceptarás mi invitación a comer por fin? —le comentó Alberto en uno de los momentos en los que Melchor despertó.

—Ya sabes que no, sólo acepto las invitaciones a las que puedo corresponder y no tengo un duro —intentó sonreír Melchor—. Aunque lo de salir de aquí creo que va a estar difícil. Me parece que ésta va a ser mi última cama.

—Te he traído un crucifijo —dijo Alberto, sacando una figurilla con el Cristo del bolsillo de su abrigo—. Ya sé que no vas a querer, pero... ¿lo puedo dejar sobre la mesilla?

—No.

—Bueno, te lo acerco y le das un beso, a ti no te cuesta nada y lo mismo tu alma...

—¿Mi alma? A la nada a donde voy a ir... Bueno —volvió a intentar sonreír Melchor—, Alberto, te propongo un trato.

—Di.

—El día que tú te pongas una corbata con la bandera anarquista besaré ese trozo de madera.

—¿Me das tu palabra?

—Sí, te la doy, pero tienes que venir paseando por la calle y saludando a todo el mundo, incluso a los policías, para que te vean bien.

—Ten cuidado, Melchor, que a mí los retos...

—Eso sería gracioso, ¿no crees?

—La verdad es que sí.

Alberto se quedó un rato con él y, cuando se fue, entraron sus sobrinos, junto a Asunción y Eduardo.

Al día siguiente, Alberto Martín Artajo se vistió con su mejor traje. La tarde del día anterior había ido a un modisto amigo suyo y le había pedido la confección rápida y urgente de aquella corbata. Tal y como había prometido, aquel día fue caminando y con la cabeza alta saludó a gente por la calle, incluso a algún despistado guardia que miró los colores de la corbata pensando que se trataba de un sueño. Cuando llegó al hospital, Melchor estaba ya muy débil, pero esbozó la que hubiera sido una tremenda sonrisa.

—Pero, hombre, ¿tú estás loco? —dijo Melchor, suavemente.

—Sabes que los dos somos hombres de palabra. He venido andando y con el abrigo abierto para que todos la vieran. Alguno se ha caído de culo —sonrió Alberto, dando la mano al que había sido su salvador en el treinta y seis—. Ahora te toca a ti cumplir la tuya.

—Madre mía. —Se intentó incorporar Melchor—. Pero que esto quede entre tú y yo. Acércame ese trozo de madera, anda.

Alberto acercó el crucifijo, que había vuelto a traer en el abrigo envuelto

en un pañuelo, y se lo llevó a los labios. Melchor lo besó y le guiñó el ojo.

—¡Hala, ya está! —exclamó el viejo anarquista—. ¿Contento?

—Mucho, Melchor, mucho, para ti no es importante, pero para mí sí lo es. Quiero que el señor te lleve a donde te mereces, con los ángeles.

—Con que me lleve con mis compañeros, mi madre y mi hermana Rosario me conformo. ¿Te la vas a quitar?

—No, hoy pienso pasearme por medio Madrid con la corbata anarquista.

Aquel día de los enamorados de 1972 fue el último para Melchor. Poco a poco se fue apagando, como una vela, tranquilamente. Entre la muerte y la vida veía a Amapolita en todas las personas que entraban a visitarle. Hasta que murió y supo que ya no habría más cárceles, tan sólo la libertad.

Pepito, el hijo de Sari, su sobrina, habló con su tío Pepe y entre varios compañeros y familiares pagaron un nicho en la Sacramental de San Isidro. Un amigo que le debía un favor se lo dejó bien de precio, porque Melchor no tenía ni para pagar el ataúd. Así se murió con sus bolsillos llenos de dignidad.

La noticia se extendió a toda velocidad, los teléfonos sonaron y decenas de personas se acercaron a despedir al Ángel Rojo, gente de todos los colores, incluso comunistas, además de los falangistas que había salvado en la guerra.

Dicen que la lluvia caía el día de la última acción política de Melchor, el momento que había estado preparando desde su anonimato: unir España en un postrero abrazo desde el que poder partir hacia la reconciliación. Por eso todos se miraban con recelo, porque muchos de los que estaban asistiendo al entierro eran enemigos acérrimos. Las risas nerviosas comenzaron cuando se vislumbró entre los paraguas el gran crucifijo de la cabeza a los pies sobre el ataúd, quizá la última ironía que le había preparado el destino. Pero no habían podido conseguir uno sin cruz, a pesar de haberlo intentado para respetar la última voluntad de Melchor. Entre la multitud se entremezclaban personalidades del régimen y luchadores de la libertad, y hacían una tregua entre gabardinas. Era un día de paz, el día que tanto buscó Melchor desde hacía más de treinta años.

Eduardo de Guzmán no podía contener las lágrimas. Sacó una bandera rojinegra, los colores de la Idea, y la colocó bien visible, tapando al Cristo crucificado. Fue una pequeña victoria, el único ser humano enterrado

oficialmente en España con la bandera anarquista desde el año treinta y nueve. «Han vencido, pero no han convencido», pensó Eduardo. Martín Artajo, afectado por la muerte de su amigo, intentó recordar aquel himno anarquista. Se le confundían las palabras, pero se adelantó, miró a todos y decidió dar la oportunidad que Melchor se merecía.

—Yo y varios de los aquí presentes vamos a rezar un padrenuestro. Sé que muchos de ustedes entenderán que lo hagamos aunque no lo compartan. Todos queremos lo mismo, que su alma se recuerde como lo que fue: «el divino rebelde».

El féretro apenas pudo entrar en el nicho, que estaba demasiado alto. Era ahora o nunca. Eduardo, con sus gafas mojadas, prefería pensar que sus lágrimas se confundían con la lluvia. Al fin comenzó a escucharse cada vez más fuerte un pequeño murmullo...

*Negras tormentas agitan los aires,
nubes oscuras nos impiden ver,
aunque nos espere el dolor y la muerte,
contra el enemigo nos llama el deber.
El bien más preciado es la libertad,
hay que defenderla con fe y valor.
¡A las barricadas! ¡A las barricadas
por el triunfo de la Confederación!
¡A las barricadas! ¡A las barricadas
por el triunfo de la Confederación!*

Alberto Martín Artajo recordaba esa melodía del pasado, lo que para él siempre fue un canto de terror se convirtió aquella mañana en una música de réquiem y de paz.

Eduardo sintió que hacía demasiado tiempo que esas notas sólo se encontraban en el silencio de su recuerdo, pero ahora resonaban en la pequeña Sacramental de San Isidro poniendo el punto final a una guerra incivil.

Amapola, que evocaba la canción moviendo los labios, no quería que el aire que expulsaba se convirtiese en nota, prefería dejar todo aquello dentro del pasado, todo lo que hubo de sufrir durante aquellos años. Sabía que nunca se habían dicho esas últimas palabras de amor y de respeto. Se sentía una extraña más. Incluso algunos no la reconocían, pues ya era una mujer mayor y muchos no la habían vuelto a ver desde hacía años. Prefería

quedarse así, en el anonimato, y no volver al dolor de las eternas cárceles de su padre.

NOTA DE LOS AUTORES

Yo debía de tener unos ocho años, en los ochenta, cuando recuerdo que visitábamos a la bisabuela Paca. Me sentaba junto a ella en Tirso, en la salida del metro, y ella me escondía un palulú o unos caramelos con forma de margarita. Luego enseñaba lo guapo que yo estaba a todas las compañeras que vendían tabaco y pipas, que me decían sonriendo y llenándome de babas al besarme lo alto que ya estaba y que si yo era el de Paquita. «El pequeño de Paquita», contestaba la bisabuela Paca. Y luego vendíamos durante la mañana cigarros sueltos y yo miraba las palomas comer migas de pan y los perros, chuchos todos, que paseaban despreocupados por Tirso. Luego levantaba el puesto portátil, un carrito que se había diseñado ella misma de metal y madera que se recogía como un desplegable y comíamos en el bar Cancela, allí mismo. Ella se reía con el camarero, se sentaba en su sitio de siempre y le servían el menú del día con bromas y cariño y a mí me daban mis espaguetis con tomate, una Fanta o un Cacaolat y veíamos el parte, como ella llamaba al telediario. Luego bajábamos a su casa, Amparo, 25, yo estaba nervioso porque sabía que me tenía guardado un puzzle de los que entraban en los quesitos MG, que eran redondos y de animales, porque yo, en aquella época, quería ser veterinario, como todos los niños.

La vida de su hija, mi abuela Amapola, fue feliz, todo lo feliz que pueden ser los pobres. Poco a poco fueron sacando algo de dinero matándose a trabajar, mi abuelo Antonio con sus dos trabajos, Amapola cosiendo y Paca con el puesto. Así salieron adelante. Hacía muchos años que Amapola, Antonio y los tres niños se habían ido a vivir solos, a una casa alquilada en la

calle Francisco Remiro, una casa como de campo que terminaba en el canalillo, tenía ciudad y mucho campo para los niños y luego, cuando yo era pequeño, se mudaron a Aluche, a la calle Illescas. Paca se había quedado en Amparo con las vecinas de siempre, que ella no quería cambiar su rutina.

Yo fui creciendo, formando mi propia vida a la sombra de mis pasados y mis futuros, a la sombra de aquel bisabuelo Melchor que impregnaba todo de honor y buenas acciones, de humanismo y anarquía. Pero en aquella época, en los noventa, no se podía hablar de anarquismo, la gente mayor te mandaba guardar silencio y los demás, los jóvenes, parecían estar cegados por aquel Santiago Carrillo, que se había inventado el pasado y había negado todo lo que no fuera comunista. Los profesores, los mayores, decían que aquello de las ideas era muy malo y yo no entendía cómo en mi casa me contaban aquellas aventuras de mi bisabuelo que podrían ser las de un héroe y que, fuera de casa, pareciese un don nadie. Un ángel y, a la vez, un desconocido rojo. Pero siempre sentí un apego especial por aquel personaje y pedía a mis padres, a mis tíos, a mi bisabuela Paca y a mi abuela Amapola que me contasen más y más historias de la guerra. Luego leía los libros sobre el tema y nunca se hablaba de aquello, incluso llegué a pensar que se lo habían inventado, que toda familia tiene unos mitos y leyendas que hacen dormir bien a los niños. Hasta que la verdad se hizo imparable.

Amapola hablaba poco, lo justo para no cansar sus bronquios. Cada vez que yo le intentaba sacar información sobre la Guerra Civil, ella ponía ese gesto que ponen los perdedores sumergidos en silencio. Creo que se le activaba algo en lo más interno, como una alarma de seguridad, como si algún policía secreta nos fuera a grabar la conversación. Yo la intentaba calmar hablando de cocina. Ella había sido una gran cocinera y eso nos unía, era una pasión que compartíamos desde que yo era niño y la miraba aderezar sus guisos entre canciones. Siempre cantaba copla y lo hacía muy bien, aunque hacía años que sus bronquios no la dejaban cantar las frases enteras y yo sonreía y le ponía instrumentación a sus silencios, como si cada respiración que debía tomar fuera una pausa musical para que entrara la orquesta.

Me enseñó a mezclar la rama de canela con el tomillo para el cocido madrileño; a majar ajo, limón y perejil con una pizca de azúcar para las

masas de harina o pan; a cortar en tiras finas la aceituna negra y sofreírlas con clavo para las empanadillas de atún; y lo más sabroso, rallar el chocolate negro para la carne estofada de ternera con un toque de cilantro. Eso le relajaba, cocinábamos y así podía atacarla con mi batería de preguntas soterradas.

Amapola no había tenido una vida fácil, pero se reinventó varias veces y salió adelante, siempre lo hacía. No sé si aprendió eso de su padre o de su madre. Los dos fueron igual de tercos, como dos mulas, cada uno tirando para su lado. Eso lo tenía bien presente mi abuela, no era frecuente encontrar una anciana de noventa años que hubiera sido hija de padres separados. Mis bisabuelos fueron una tormenta, más bien dos huracanes, y eso había marcado a Amapolita desde niña. Eso y ser hija única, aunque ella siempre dijera que tuvo dos hermanos: Violeta, que murió cuando era una niña, y Clavel, el del frasco, el que nunca nació y reposaba en formol en el baño del número 25 de la calle del Amparo. Un tipo extraño aquel Clavel, un niño que nunca nacería, que nunca crecería. Cuando vino al mundo el hijo varón de Amapola, mi tío Melchor, todos dijeron que se parecía mucho a aquel trozo de carne del frasco. Imagino que no debió de hacerle mucha gracia.

Ahora vivía sola. Mi abuelo Antonio, su marido, había muerto hacía años y Paca, la mujer de Melchor, mi bisabuela, también había dejado su tremendo carácter con casi cien años, en 1997. Siempre decía Amapola que a ella las residencias le parecían antesalas del cementerio, que mientras pudiera valerse por sí misma, iba a mantener su casa, aunque tuviera que tener una chica veinticuatro horas al día. Ella había cuidado a su madre hasta que murió, pero sabía que sus hijos no lo iban a hacer. Que los tiempos habían cambiado.

Nuestras conversaciones bailaban de un lado a otro y yo, a veces, me sentía más un interrogador que un nieto. A ella no le gustaba remover el pasado porque había sufrido demasiado. A veces, cuando reordenaba en su memoria lo que tenía guardado en la mente (nunca me dejó grabarla ni tomar apuntes), me imaginaba que si la República hubiera ganado la guerra, cuán diferente habría sido España y qué distinta habría sido la vida de mi abuela. Tanto que lo más seguro es que yo no hubiera nacido. Mi bisabuelo

Melchor habría sido un hombre importante, un gran sindicalista, y no habrían tenido que pasar tantas calamidades. Pero eso era historia ficción y Amapola siempre decía que si hubieran ganado los comunistas, habrían estado igual o peor que con Franco.

El abuelo Melchor tenía luces y sombras constantemente. Amapola siempre ocultaba información y luego decía que eso no era importante, que eso no lo tiene que saber la gente, que luego yo lo iba a escribir todo y ella no quería que yo escribiese todo. Aunque después, cuando nadie nos veía, me preguntaba sobre mis novelas y mis obras de teatro. Esas cosas que me contaba me hicieron pensar en lo idiota que es creerse las biografías de los personajes históricos.

Me había pasado años deslumbrado por las hazañas humanistas del abuelo Melchor, el Ángel Rojo, y lo tenía en mente cada mañana, como si quisiera seguir sus pasos y ser tan buena persona como él. Pero cada tarde con mi abuela me fue cambiando la perspectiva. Él había luchado por sus ideas por encima de su familia y eso es maravilloso, admirable... cuando no eres de su familia. Y Amapola era hija única. Con apenas veinte años tuvo más experiencias al límite de lo que toda mi generación vamos a tener en nuestra vida. Por eso ella me reprochaba siempre que yo fuera por ahí diciendo que era anarquista, que yo no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello, que ahora la gente decía demasiadas cosas gratuitamente. Y a mí me hacía replantearme mis propias convicciones y me sentía en un mar de dudas y de autocrítica. Ella era la verdadera heroína de toda aquella historia, aunque nunca hubiera hecho nada heroico. Las decisiones que fue tomando le hicieron llevar una vida en la que nunca tuvo el timón, digamos, mejor, que las decisiones que no fue tomando fueron las que marcaron su vida.

—Hijo, deja de escribir sobre esas cosas, que tu abuelo nunca quiso que se escribiera sobre lo que había hecho.

—Sabes, Amapola, que Alfonso Domingo ha encontrado las memorias de Melchor en Ámsterdam, de su puño y letra. Inacabadas, pero algo va contando. Es una pena que siempre quieras mantener silencio.

—Tú qué vas a saber, ahora os creéis todo lo que cuentan por ahí, esos del Gobierno, que son todos de derechas. O ese Carrillo, que se ha

inventado lo que le ha dado la gana. O los historiadores de tres al cuarto, que son ratas de biblioteca. ¡Ésos no saben nada! Se inventan la historia para que alguien quede bien en sus libros y a vender...

—Amapola, no son todos iguales, mira Alfonso.

Alfonso Domingo sabía que las rosas eran las flores preferidas de Amapola y por eso se las llevaba siempre que iba a verla, incluso después de escribir su libro sobre el abuelo Melchor. Fue al único investigador que dejé acercarse a mi abuela. Había que protegerla de esos que andaban publicando libelos, pretendidos ensayos sobre la guerra sin ningún rigor. Libelos con pretensiones de realidad. El abuelo Melchor era un personaje muy jugoso: si él había detenido las matanzas descontroladas en Paracuellos en el treinta y seis y las *sacas* en las cárceles republicanas en los primeros meses de la guerra, eso sólo quería decir que las había habido. La derecha quería al Ángel Rojo, para decir que todos mataron por igual, cosa que no fue así, y los de izquierdas no querían hablar de él, porque hablar de él significaba reconocer la cruel represión republicana. Por eso los comunistas negaron y vilipendiaron siempre la figura del abuelo, incluso llegaron a decir que habíamos vivido como reyes. Nada más lejos de la realidad. Carrillo y sus pactos de silencio habían colocado al PCE en un lugar preferente en la Transición y ello significaba negar a los anarquistas.

Me resultaba extraño que un personaje que había salvado tantas vidas durante la guerra y la posguerra hubiera sido olvidado. Aunque España es un país sin memoria y nos lo recuerda a cada paso. Incluso mucha gente de la CNT, organización que ahora es una pequeña sombra de lo que fue, todavía hablaba de las fiestas que se montaban Melchor y los Libertos en sus casas ocupadas y de cuánto oro se llevaron, maletas llenas. Pero no, fue un hombre íntegro hasta el final, hasta su muerte. Y eso es difícil de soportar, es como ser nieto de Jesucristo o algo así.

Cuando en marzo de 1939 estalló una guerra civil interna en la moribunda República, una guerra civil dentro de la Guerra Civil, todo fue un caos. Amapola, cocinando un pollo en pepitoria, me contó que a partir de entonces no podía controlar los nervios de su estómago y que por eso cocinaba el pollo más hecho, que se separase fácilmente del hueso, para que la digestión no fuera tan pesada. En medio de los bombardeos y la batalla

entre los propios republicanos, Amapola protegía la casa donde Melchor escondía a decenas de personas de la represión republicana, sí, sus propios enemigos.

Amapola y él nunca llegaron a despedirse, después de tantos años sin hablarse; imagino que no fue por la discusión sobre Antonio y el alcohol, sino por todo lo que habían pasado juntos. Nadie me lo quiso contar nunca. Imagino que sólo necesitaban un descanso: Amapola, de la política y Melchor, de la familia.

Siempre tuve la idea de escribir cómo se había subido Melchor a una camioneta en Alcalá de Henares parando la acometida de la turba contra los presos fascistas, o cómo había tenido decenas de protegidos durante la guerra; o las aventuras de los trenes de presos que trasladó a Valencia mientras los comunistas y algunos de los suyos disparaban al famoso Ford, «el forito» como lo llamaba Amapola. Pero prefería irme a comer con mi yaya Amapola, cuando ya vivía en el barrio de Aluche, o en la casita donde pasábamos los veranos, en Santa María de la Alameda, junto a El Escorial. Hablábamos de recetas, de guisos, de canciones y coplas y, a veces, cuando estaba descuidada, le entresacaba información sobre el bisabuelo Melchor.

Fui creciendo y me hice escritor. Anduve a otros temas. Pero un día me atacó aquella historia dormida, la historia de mi familia. Así decidimos Joaquín Leguina y yo escribir esta historia, no sólo la historia de Melchor, que tan bien escribió Alfonso Domingo, sino la de Amapola y la de la gente que construyó la realidad del abuelo Melchor en aquellos años. Abrumados ante la figura del Ángel Rojo, le buscamos a través de la imperfección de Amapola, de sus nervios, de sus fallos, de su cobardía y de sus ganas de vivir.

Amapola, la flor salvaje, con nervios en la tripa ante cualquier discusión. A quien la dictadura de Franco le había quitado hasta el nombre, ya que la obligaron a llamarse María Paloma durante cuarenta años, pues María y Paloma sí estaban en el santoral.

En aquel febrero del 2012, en el hospital militar de Carabanchel, todos sabíamos que iba a ser la última vez que Amapola ingresaba, y ella también, que estaba muy malita de sus bronquios y casi no podía respirar.

—¿Sabes quién ha venido esta noche a verme? —me dijo Amapola desde la cama del hospital, intentando incorporarse. La ayudé y le puse unos

cojines para que estuviera medio sentada en el colchón, porque no funcionaba el aparato para subir el somier.

—¿Quién?

—El abuelo Melchor; imagino que era un sueño, pues yo no creo mucho en esas cosas, pero ha venido a verme y me decía que fuera con él, que por fin nos habíamos perdonado.

—¿Adónde? ¿Adónde te decía que fueras?

—No sé, a ningún lado, me sonreía y me decía: «Amapola, ven, que ya es la hora»... ¿Qué te parece?

—No sé... —Lo peor es que yo sabía que era verdad todo lo que me estaba contando.

—Es raro, llevo un par de noches en que se me aparece mi padre. Hoy, no se lo digas a nadie, pero me ha parecido sentirle, como si estuviera sentado en mi cama, cogiéndome la mano.

Aquella noche me fui con la ligera impresión de que aquella historia de fantasmas tenía algo de realidad, como esas calles que te ponen el vello de punta y no quieras atravesarlas a determinadas horas.

Serían las cinco de la mañana cuando me llamaron del hospital. El final acababa de producirse hacía unos minutos. Así que me vestí todo lo rápido que pude y fui al hospital militar. Casualmente llegué el primero, porque yo vivía cerca, en Marqués de Vadillo, y pude acariciarla un rato, llorar a solas con ella y ver lo tranquila que se había quedado.

Al tanatorio vino Matilde, la amiga de Amapola, y me dijo: «Jo, chico, iqué casualidad! Que se ha muerto la Amapolita el mismo día de su padre, el día de los enamorados. ¿No te parece raro?».

La verdad es que sí, es como esas extrañas casualidades en las cuales es mejor no pensar. Los dos se sintieron justo antes de su muerte y se murieron el mismo día.

Amapola me decía que ella había sido mejor abuela que madre. Para mí era como mi segunda madre y me regañaba: —¿Tú? Tú qué vas a ser anarquista, si eres un burgués... Ahora no entendéis todo aquello, ahora tenéis mucho que perder. No podéis ser anarquistas como eran ellos. —Me lo decía medio riéndose y con cariño—. Y ojalá nunca tengas que ser anarquista —concluía.

Aun ahora que estamos escribiendo Joaquín y yo estas líneas, oímos afirmar a opinadores de radio que la anarquía es el caos, la destrucción o el horror, o que jóvenes anarquistas han roto esto o aquello. Si supieran la cantidad de personas que murieron defendiendo la libertad en nombre de la anarquía, gente trabajadora, noble, con carácter, organizada, generosa, luchadora y humilde, entenderían quizá un poco la vida de mi abuela Amapola, de mi abuela Paca y de mi abuelo Melchor. Aquella anarquía que tan sólo llevaba un mundo nuevo en su corazón.

Recuerdo que muchas veces, en el pequeño jardincito que tenía mi yaya en la casa de Santa María, después de prepararle para cenar el zarangollo que tanto le gustaba, le pedía que me recitara aquel poema de su padre, que se sabía de memoria. Ella se erguía, ponía la voz engolada y lo soltaba de un tirón, y yo era el nieto más feliz del mundo, teniendo la abuela más bonita y más imperfectamente perfecta de todas:

Y si un paria de la tierra

pregunta: ¿qué es lo que encierra dentro de sí el anarquismo?,
se lo explicarás tú mismo
como su doctrina indica.

Anarquía significa:

Belleza, Amor, Poesía,
Igualdad, Fraternidad,
Sentimiento, Libertad,
Cultura, Arte, Armonía,
la Razón, suprema guía;
la Ciencia, excelsa verdad;
Vida, Nobleza, Bondad,
Satisfacción y Alegría.
Todo eso es Anarquía.
Y Anarquía, Humanidad.

EPÍLOGO

Las circunstancias en las que se conocieron Rubén Buren y Joaquín Leguina estaban dispuestas como para que acabaran a sartenazos; habría sido muy sencillo un duelo a primera sangre a poco que los dos autores hubieran tenido afición. Pero son Tercera España, no embisten cuando usan la cabeza, están por la idea y son muy partidarios de unir contrarios, en lo posible. Buren es biznieto de Melchor Rodríguez, el protagonista de esta novela y de una vida que, enmarcada en los años más dolorosos del siglo pasado, commueve al que se acerque a él sin odio en el mar de plaquetas que nos riega. Joaquín Leguina es un socialista sustantivo que en el tiempo novelado se habría movido, pisando por sus pisadas, junto a Julián Besteiro. Como hizo Melchor, el libertario, para acabar con la guerra incivil. El cenetista Melchor Rodríguez estuvo en el trance que dirigió Casado al lado de Cipriano Mera, mira cómo corren los italianos en Guadalajara. Fue el último alcalde del Madrid republicano, pero su retrato es el único que no aparece en la galería de corregidores que solemniza la pared del Ayuntamiento.

Leguina y Buren pensaron que ya estaba bien de olvido intencionado.

Así que, en lugar de buscar el ensarte del otro en una navaja cabriteña de trece muelles, decidieron los dos escritores conocerse y, al poco, muy poco, quererse mucho, y no componer un par de historias celosas, sino una sola construida por elevación, labrada entre investigaciones, papeles de los álbumes familiares, intuición, cerveza, mojo picón, tinta de ordenador, verso y arcón. Redactar juntos, corregir juntos, romper juntos, crear juntos. En el descenso al fondo de Melchor bajaron hacia arriba, subieron por él, por sus

adentros, y se dieron aún más nítidamente con un héroe hispano que, para serlo completamente, cuenta todavía con la indiferencia de la historia formal, lo que viene siendo la carpetovetónica tradición. Ya lo decía el abuelo de un amigo mío: «*Pa los buenos, mierda*». Y cuando mi amigo lo repetía, pero en el tono que el abuelo exigía, bien alto, le daba cinco duros y le hacía rico. Más o menos eso —la apestosa indiferencia— es lo que se le ha concedido a Melchor Rodríguez desde la posguerra hasta hoy. Contra esa anulación del individuo sublime, ejemplar, combatieron unos cuantos insumisos con el historiador y periodista Alfonso Domingo a la cabeza. Otras voces se añadieron y la de Pepín Bello, plata de la Edad de Plata, retumbó igualmente para evocar en la excelencia cómo le amparó la sombra del anarquista Rodríguez.

Unos cuantos iniciados en la andanza de Melchor buscaron una calle para la respuesta y, desde hace unos cuantos, año tras año, arrancaban la placa de la calle de Fomento, la placa sobre ladrillos chequistas, y colocaban en su lugar otra que decía en mayúsculas verdaderas: CALLE DE MELCHOR RODRÍGUEZ. El señor Fomento debió de ser alguien muy importante y que no tuvo enemigos, porque su nombre, siniestramente unido al crimen, aún permanece cerca de Leganitos y el de Melchor pelea por hacerse un hueco en el extrarradio. Al principio fueron unas decenas, al final un par de centenares los que se reunían allí para aplaudir la memoria de Melchor Rodríguez y dar el *Negras tormentas (A las barricadas)* a la tarde de Madrid. Que a los muertos se les canta su canción. Lo vi desde lo alto de una escalera.

Un libro viene a añadirse a la tarea: una novela penetrante que es Melchor Rodríguez, su azarosa circunstancia, su temple y su victoriosa condición de perdedor. En pie tras la cogida. Como cuando le reventó el toro en la plaza de Tetuán; con todos los matices que abrochan el retrato psicológico de un tipo distinto y mejor: es fácil crear personajes, lo difícil es recrearlos sin ceder a la exageración afectuosa, o lo contrario, que devengan en caricaturas o monstruos goyescos en lugar de acercarnos al alma del hombre. Para comprenderlo.

Leguina y Buren nos explican a Melchor Rodríguez, uno de los indispensables, y salimos por la última página con todo entendido. El

libertario que desafió a la turba linchadora, y a Franco cada día, se ha hecho por fin aventura literaria desde la autenticidad.

JOSÉ ANTONIO MARTÍN OTÍN
(PETÓN)

Notas

[1] Juventudes Socialistas Unificadas, adscritas al PC. <<